Ana R. Cañil

LOS AMANTES EXTRANJEROS

Viajes por España con los escritores guiris
que se enamoraron de ella

ESPASA

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
PRÓLOGO. AVENTURAS EXTRANJERAS POR ESPAÑA
1. PERSIGUIENDO A LOS ROMÁNTICOS POR LA ALHAMBRA. «QUE EL ÉXTASIS SEA CONTIGO»
2. LOS EXTRANJEROS NOS PSICOANALIZAN EN EL DIVÁN DE EL ESCORIAL: GAUTIER, DAVILLIER, MORRIS Y...
3. SANTA MARÍA DEL NARANCO Y SAN MIGUEL DE LILLO FULMINAN A EDITH WHARTON Y CEES NOOTEBOOM
4. TRAS LOS PASOS DEL CAPITÁN NEMO Y JULIO VERNE POR LA BAHÍA DE VIGO
5. SEGOVIA, EL CLÍPER QUE NAVEGA POR EL PAISAJE. JAN MORRIS, WILHELM VON HUMBOLDT Y GEORGE...
6. SEVILLA: «AQUÍ SE PUEDE SER FELIZ». ZWEIG, GAUTIER, FORD Y BORGES NOS GUÍAN POR LA CIUDAD
7. POR EL PAÍS DE LA MARAGATERÍA CON DOS «IMPERTINENTES» BRITÁNICOS: RICHARD FORD Y GEORGE BORROW
8. TRAS LAS HUELLAS DE POR QUIÉN DOBLAN LAS CAMPANAS. CON HEMINGWAY Y HENRY BUCKLEY POR LA SIERRA...
9. ASÍ EMPEZÓ TODO EN EL CAMINO DE SANTIAGO. JEAN-CHRISTOPHE RUFIN Y EDITH WHARTON LO VEN DIFERENTE
10. EL PASEO DEL PRADO, EL MÁS BONITO DEL MUNDO. TICKNOR, GAUTIER Y DAVILLIER SE RINDEN AL SALÓN...
11. BARCELONA DE LA MANO DE ORWELL Y GARCÍA MÁRQUEZ. DE LA INGENUIDAD DE UN IDEALISTA...
AGRADECIMIENTOS
LOS ESCRITORES QUE ME HAN ACOMPAÑADO EN ESTE VIAJE
NOTAS
CRÉDITOS

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

You
Tube

SINOPSIS

La periodista Ana Cañil realiza un viaje intimista, hermoso y emocionante por algunos de los lugares más emblemáticos de nuestro país (La Alhambra, El Escorial, el Paseo del Prado o el Camino de Santiago, entre otros) de la mano de los grandes viajeros extranjeros que nos visitaron y dejaron plasmado su enorme amor por España, bañado también de displicencia y desprecio por nuestras contradicciones. Este libro, que nació del deseo de mantener alerta el asombro ante la belleza, recoge miradas que sorprenden e ilustran y que a veces también duelen, pero que no dejan indiferente. Viajar por la España del siglo XXI de la mano de ilustrados no españoles es una aventura deliciosa a la par que irritante y maliciosa.

Ana R. Cañil

Los amantes extranjeros

Viajes por España con los escritores guiris que se enamoraron de ella

A Joaquín.

Prólogo
Aventuras extranjeras por España

Este libro nació del deseo de mantener vivo el asombro ante la belleza. Si un día la mirada se desliza con indiferencia ante la montaña azul a fuerza de aire limpio y transparente, si nos pasa inadvertido el momento en que el copo de nieve cae sobre el abrigo, o el oído es sordo a la canción del arroyo o al ritmo de las olas enredando la arena, algún cacharro de nuestro interior está oxidado.

Si la biblioteca de El Escorial no ensancha y encoge nuestro espíritu en un espasmo de emoción comparable al que se siente al atardecer ante las murallas de la Alhambra o una calle despoblada, solo transitada por gatos, de un pueblo solitario de la Maragatería; si el románico ramirense de Santa María del Naranco no nos insufla un chute de adrenalina al amanecer; si en Cesantes, frente a la ensenada de San Simón, de madrugada, no nos roza la sombra del capitán Nemo y su Nautilus navegando por la ría de Vigo, conviene sentarse con calma a la sombra de un árbol del camino y preguntarnos si no nos estamos olvidando de algo tan primordial como la capacidad de disfrutar de lo bello.

La sensación de retrasar el paso, de frenar y mirar, se nos ha desvelado durante la pandemia, esta plaga que nos ha puesto en nuestro sitio, recordándonos que somos uno más en este planeta al que maltratamos hasta el infinito. Por ello, los viajes por España en la compañía de libros de autores extranjeros que hacíamos cuando llegó el aviso del confinamiento se han convertido en un antídoto, en un bálsamo de recuerdos creado por la sublimidad que nos rodea. Y lo cerca que la tenemos. Si la apreciaron los de fuera, ¿cómo no la vamos a amar nosotros?

Recurrir a la mirada de los otros, los extranjeros que viajaron por la Península y describieron con ojos distintos lo que a nosotros se nos escapa de tanto verlo, es un placer al alcance de todos. Encontrar libros para viajar a los lugares que una habita, o que en algún momento ha visitado, para descubrir lo ignorado a fuerza de estar ahí, forma parte de esa necesidad de no perderse nada. La cuestión es descubrir o redescubrir, con mirada propia y ajena. Da igual que el viaje sea en *bus*, en tren, en avión, en bici o a pie. Lo de escoger a los

extranjeros —escritores que, además, eran aventureros, diplomáticos, pintores, fotógrafos—, viajeros, que no turistas (son conceptos distintos), de tiempos diferentes aporta curiosidades inolvidables.

Viajar por España en la segunda década del siglo XXI con los apuntes, notas y libros de aquellos románticos despiadados de finales del XVIII y de la siguiente centuria completa, con la eclosión del *Grand Tour* que realizaban los norteamericanos y los europeos pudientes, es una aventura deliciosa, valga la cursilería. Y, por momentos, también irritante y maliciosa. Nos abren un mundo que va más allá del viaje turístico en busca de arte o de paisajes; también nos desvelan cómo nos veían en lo social y en lo político. Son miradas que sorprenden, ilustran y, muchas veces, duelen. Porque duele constatar la lástima que daban «los pobres españoles» de abajo y el desprecio que producían a los de arriba.

La elección de los libros escogidos para cada viaje es aleatoria y libre de pretensiones. Salvo algunos casos muy concretos, depende de gustos personales. El anárquico sistema lleva a éxitos preciosos, pero también a fracasos estrepitosos, que hemos olvidado u obviado. Todo lo compensan sensaciones tan gratas como la de sentarse frente a una iglesia románica, una escultura o un paisaje en el mismo lugar en el que tiempo atrás lo hiciera uno de estos escritores admirados.

Cuesta asimilar la enorme influencia que la novela picaresca del francés Alain-René Lesage *Las aventuras de Gil Blas de Santillana* tuvo entre los extranjeros, incluido el fascinante norteamericano George Ticknor. Por no hablar de Richard Ford, George Borrow, Washington Irving o Alejandro Dumas. Antes, en los albores del siglo XIX e incluso a finales del XVIII, nos topamos con Joseph Townsend y con Wilhlem von Humboldt, y a ellos hemos acudido a veces. ¿Por qué desde el siglo XIX? Porque los románticos protagonizaron la gran oleada de viajeros apasionados, porque había que poner un límite para empezar —también para finalizar, aunque cuesta— y porque ellos fueron el antecedente de la segunda gran oleada de viajeros: los corresponsales y escritores de la Guerra Civil.

España no formaba parte del *Grand Tour*. Inglaterra, Francia, Italia y, a veces, Grecia estaban mucho antes. Los que se desviaron a España casi siempre lo hacían por accidente. Desechaban Italia, o bien por estar demasiado repleta de gente, o bien —el motivo más común — por razones económicas. Pero también estaba la aventura. El atraso y el exotismo de la tierra que fue de los moros del Magreb durante ocho siglos ofrecían un toque diferente. Mantenían que África comenzaba al cruzar los Pirineos, y no necesariamente como algo deshonroso, pero sí con el significado de subdesarrollo y pillería.

Buscaban un exotismo con cierto matiz oriental. Leer y recorrer ahora sus caminos desmitifica esa admiración acomplejada frente al extranjero. La dictadura de Franco, la mala suerte con las dinastías en la Corona, el papel de la Iglesia, la pobreza o lo paletos que éramos son complejos que perviven desde hace siglos en generaciones de españoles, frente a las corrientes de modernidad del extranjero. Con razón muchas veces, sin ella otras muchas en los últimos tiempos. Seguimos siendo papanatas frente al glamur de los guiris, siempre y cuando estos no sean emigrantes.

Otro de los resultados satisfactorios de corretear por la Península ha sido el aumento del aprecio por las gentes, las tierras y los paisajes. Observar la mirada extranjera de hace dos siglos —pobre país— y la de hace veinte años supone un soplo de autoestima para el español de hoy. Lo que hemos logrado en los últimos cuarenta y cinco años es una gesta brutal, si bien aún nos falta perspectiva para valorarla en su justa medida. Es un milagro haber llegado a ser quienes somos hoy, tras leer la compasión, el desprecio y la displicencia ante nuestra incultura y retraso con los que, en general, nos retratan los viajeros del siglo XIX, espantados ante la decadencia de «un imperio en el que nunca se ponía el sol»; capaz de arruinarse en poco tiempo hasta convertirse en el país más atrasado de Europa e incluso del mundo, cuyos habitantes —muchos de ellos en «hordas de mendigos», escriben — eran incultos gracias al intenso trabajo para mantenerlos en la ignorancia de la Iglesia católica, de la Inquisición, de las dinastías Austria y Borbón y de una aristocracia que era «la peor de Europa», en palabras del bostoniano George Ticknor.

Todos se habrían llevado las manos a la cabeza —o arqueado las cejas, que es más fino— si vieran que en poco más de medio siglo, pese a una Guerra Civil y una dictadura de cuarenta años, sin ayudas tras la Segunda Guerra Mundial, ahora jugamos un papel importante en Europa y en el mundo. Venga, seamos alguna vez chauvinistas a la francesa e impertinentes a la inglesa. No hay más que recorrer el Camino Primitivo de Santiago a principios de este siglo con Jean-Christophe Rufin, escritor, Premio Goncourt, diplomático, uno de los fundadores de Médicos sin Fronteras, de mente abierta, europea y libre de prejuicios, para comprobar que en el siglo XXI podemos permitirnos el lujo de querernos. Y bastante.

Sin pretenderlo, cada una de las lecturas de estos libros iba poniendo en evidencia los prejuicios propios de nuestros viajeros. Los románticos se rindieron ante las catedrales góticas, las iglesias románicas, los palacios, los paisajes, las antiguas culturas romana y árabe… Como escribió Edith Wharton, «una buena catedral gótica

condensa tanta historia, ha pagado un precio tan alto en fe y fatigas, en sangre, locuras y en santa abnegación, ha albergado una sucesión tan larga de vidas y ha dado voz colectiva a tantos anhelos confusos y contradictorios, ha visto tantas cosas sublimes y terribles, que es como un antepasado de la especie humana milagrosamente preservado, una especie de judío errante que se ha vuelto sedentario, que se ha quedado detenido en pétrea contemplación, un ser ante el cual pasan, fugaces, las generaciones».

Esta fascinación por las catedrales y sus parientas pobres, las iglesias y las ermitas, no evitaba que los amantes extranjeros a menudo cayeran sin miramientos en la mayoría de las trampas de la leyenda negra; unos a conciencia, como Richard Ford, el aristócrata admirador del duque de Wellington, displicente y cariñoso con los pobres españoles hasta decir basta. O su amigo George Borrow, el vendedor de Biblias y muchas veces de historias fantásticas, casi siempre contra la Iglesia católica (a menudo con razón). Los dos vivieron y viajaron por España en la primera parte de la década de 1830 y encabezan la lista de esos «curiosos impertinentes» que nos amaron tanto como nos despreciaron: su obra extendió la imagen desastrosa de este país, basada también en el mencionado Gil Blas. Y, pese a todo, los estudiosos subrayan cómo estos mismos viajeros del siglo XIX mejoraron bastante la opinión difundida por británicos y franceses en los siglos XVI y XVII con la leyenda negra y el embrujo del extraño Felipe II, que tanto acongojó a la generación del 98 y, en parte, a la del 27. En el último medio siglo se ha generado una increíble bibliografía nacional y extranjera sobre el asunto.

En este contexto, a veces una se topa con joyas como la de Ticknor, *Diarios de viaje por España* —la solapa del libro reza: «Considerado el primer autor de una historia literaria española y precursor en Harvard de los estudios hispanísticos en Estados Unidos»—, que recorrió la Península durante 1818, bastante menos contaminado de prejuicios que británicos y franceses. Viajaba con cartas de presentación y contactos con notables ilustrados, tan solo cuatro años después de la expulsión de los franceses.

Diez años después, poco antes del *boom* de los años treinta del siglo XIX, llegó su compatriota Washington Irving. También político y diplomático —regresó como embajador después de haber escrito sus populares *Cuentos de la Alhambra*—, retrató la tristeza y el atraso de España, habló de los mendigos y de la miseria sin paños calientes, así como de los malos gobernantes. Como ocurre con Ticknor, se agradece la ausencia del toque displicente y flemático, regado con gotas de superioridad, que en ocasiones transmiten tanto franceses como

ingleses. Ticknor lo apuntaba todo en sus diarios: desde la vestimenta hasta las comidas, los asombrosos horarios de la aristocracia, el penoso comportamiento de Fernando VII, la incultura, las damitas lelas…, pero también la escasez de ilustrados que había, la belleza de una buena parte del país y sus posibilidades: «La clase más alta de todas es deplorable. No puedo concebir nada más monótono, burdo y menos elegante que su modo de pasar el día y la vida […]. El rey tiene estómago para sentarse a la mesa ocho veces diarias. Y su compañía es todo aquel que posea tal habilidad. Don Carlos [el hermano de Fernando VII, quien luego disputaría el trono a Isabel II] y su mujer no son mejores. Y si la reina, aunque ignorante, desea, como algunos piensan, un poco más de cultura y gusto en la Corte, no puede tener éxito. En cualquier caso, los compañeros del rey son tales que ninguna mujer con sentimientos femeninos puede soportarlos».

Lo mismo sucede con Irving. No hay desprecio al pueblo, aunque sí dura crítica a los dirigentes y tristeza ante la imagen de un imperio dilapidado en un suspiro. Los condicionantes históricos impregnan mucho más a los impertinentes británicos y a los amenos franceses, como el divertido y a veces cruel Théophile Gautier, el barón Charles Davillier y su amigo el pintor y dibujante Gustave Doré.

Estos franceses son curiosos, entretenidos y, en el caso de Davillier, buenos hispanistas. Recorren el país en plena fiebre de los viajeros románticos, observan perfectamente los destrozos que ha dejado la Guerra de la Independencia, pero no registran los latrocinios de los generales de Napoleón, que entraron a saco en multitud de catedrales, iglesias y museos. Ya se encargan Richard Ford y George Borrow de destacarlo. Ambos han influido en la imagen tópica que los británicos aún tienen de España.

África. Todos vienen buscando ecos del continente que se abre tras el estrecho de Gibraltar y, cuando fallan los tópicos —no les atracan los bandoleros, el Paseo del Prado es más hermoso de lo previsto, Andalucía no es tan árabe como ellos pensaban, aunque lo es mucho—, se irritan. Lo de que la realidad no te arruine un buen titular que se reprocha a los periodistas es también un lema de los escritores desde hace siglos. Aunque relaten crónicas, el afán de aumentar sus aventuras y, por supuesto, de ganar lectores e influencia es una nota común.

Pero asombra la facilidad con la que extienden a toda España sus impresiones sobre su visita al litoral mediterráneo y Andalucía. Un recorrido habitual es la entrada por Girona; bajan por la costa hasta Granada y la Alhambra —objetivo prioritario y que les lleva más tiempo—; algunos llegan a Sevilla, a Cádiz, y pasan a Marruecos

(Tánger) en busca de princesas cautivas y sultanas… Andalucía y España es todo uno. Como destacó un siglo después el neerlandés Cees Nooteboom mientras contemplaba Santa María del Naranco en Oviedo: «¡Qué desatino que la mayoría de la gente no vaya más allá del horno de la costa este española!».

Pero no todos lo hacen. Richard Ford y George Borrow —los dos recorrieron el país a caballo—, cubrieron la piel de toro en intervalos de tres o cuatro años; Henry Lyonnet estuvo en Navarra, Guipúzcoa y Cantabria; Julio Verne, en Galicia, y otros muchos, como Edith Wharton, entraron por Jaca y se asombraron ante las muestras del románico y el gótico que encontraron en la mitad norte de la Península.

Cuando se pasa de viajar con los amantes extranjeros románticos y de inicios del siglo XX a llevar en la mochila a escritores y corresponsales de la Guerra Civil —con los miembros de las Brigadas Internacionales como protagonistas—, la percepción cambia de forma radical. Exactamente un siglo después de la explosión de los románticos, desde la proclamación de la Segunda República y durante la Guerra Civil, los españoles se convirtieron en héroes para millones de idealistas de todo el mundo. La Segunda República española era ejemplo para la izquierda internacional; héroes para jóvenes —y mayores— que percibían la amenaza del nazismo en Alemania y del fascismo en Italia. A medida que los valores, la cultura y el ingenio de la República de Weimar quedaban sepultados bajo las botas militares y las camisas pardas, las alpargatas de los obreros y campesinos españoles simbolizaban un grito de esperanza. Así, viajar a la Sierra de Guadarrama de la mano de Henry Buckley o de Ernest Hemingway es sentir la tristeza por lo que no fue y el orgullo por todo lo que se luchó para que sí fuera. El abandono de Francia, Inglaterra y Estados Unidos a la Republica española transita por los escritos de aquellos miles de jóvenes que cubrieron nuestra guerra, ya fuera como soldados de las Brigadas Internacionales, ya fuera como corresponsales y escritores.

Luego llegó el período oscuro —casi cuarenta años de dictadura y apagón— y transitamos con Jan Morris o Cees Nooteboom —incluso con Hemingway, que se olvidó de Franco para poder disfrutar en San Fermín—, que vertieron juicios durísimos. Los hay grandes, como Nooteboom, que se patearon este país varias veces en dictadura y democracia. O como Chris Stewart y su *Entre limones* y secuelas, que aguardan subrayados para las aventuras en las Alpujarras.

Por ahora, el comentario más triste y doloroso lo hemos encontrado en Jan Morris, autora de, «tal vez, el mejor libro de viajes nunca escrito sobre España», según el hispanista Gerald Brenan. Y sí,

aunque *Presencia de España* tiene poco más de ciento cincuenta páginas (narra un viaje en el verano de 1963 con su mujer —entonces era varón— y alguno de sus hijos), el libro es una joya: sus opiniones son rotundas, y una termina pensando que quizá están algo mediatizadas por su condición de militar al servicio de Su Graciosa Majestad, Isabel II, en su anterior vida. Como comprobamos en El Escorial —siempre apasionante—, son muchos los viajeros que nos recuestan en el diván del psiquiatra durante su visita. Es esclarecedor y tienen bastante razón. Morris escribe: «En la inevitable presencia de Felipe II, que vaga por todos los rincones de El Escorial, puede que percibas el eterno anhelo de esta nación por tener un hombre fuerte en el centro, su recurrente instinto de autocracia».

Llevamos más de cuarenta años mostrando que podemos vivir sin ese «recurrente instinto de autocracia», pero la dama británica nunca rectificó y ha muerto hace bien poco. Seguramente, ni se acordaba de su sentencia ni de la del *post scriptum* final en edición revisada de su obra que apareció después de la muerte del dictador: «Comienza una era en España, pero sería más pertinente decir que finaliza otra. Nadie sabe si la democracia será duradera en España, pero es históricamente cierto que el despotismo que murió con el general Franco no era una aberración, sino la norma política española». Afortunadamente, ya sabemos que la «norma política española» se quebró hace medio siglo.

A cambio de la sorpresa que producen los comentarios de Morris —que molestan, por más ciudadano del mundo que se sea—, también hay párrafos magníficos, auténticas declaraciones de amor, como la del neerlandés Cees Nooteboom —vive medio año en Menorca y el otro medio en su país—, que explica las razones por las que acabó en España, aunque iba camino de Italia: «Tengo la sensación —es muy difícil hablar sobre estas cosas sin caer en una terminología mística y extraña— de que el carácter y el paisaje españoles están en consonancia con “aquello que me incumbe”, con cosas conscientes e inconscientes de mi ser, con quien yo soy. España es brutal, anárquica, egocéntrica, cruel; España está dispuesta a ponerse la soga al cuello por disparates, es caótica, sueña, es irracional. Conquistó el mundo y no supo qué hacer con él, está enganchada a su pasado medieval, árabe, judío y cristiano, y está allí con sus caprichosas ciudades acostadas en esos infinitos paisajes vacíos como un continente que está unido a Europa y no es Europa. Quien haya hecho solo los itinerarios obligados no conoce España. Quien no haya intentado perderse en la complejidad laberíntica de su historia no sabe por dónde viaja. Es un amor para toda la vida, nunca termina de sorprenderte».

En el año 2000, Jean-Christophe Rufin, emprendió el Camino de Santiago en solitario. Sus más de sesenta tacos no iban a ser un impedimento, puesto que es montañero y senderista. Su experiencia —que en un principio no tenía intención de escribir— es una metáfora de todo lo que nos ha pasado. El Camino, nacido de una leyenda sin pies ni cabeza para historiadores y racionalistas, es una senda celta, íbera, romana, medieval y europea que acoge a viajeros de todo el planeta. Una experiencia entre cristiana, zen y espiritista transcurre a lo largo de un país que, aunque sigue fustigándose y despreciándose cada día —en la línea oscura de El Escorial de Felipe II que muchos nos atribuyen—, se ha convertido en la segunda potencia turística del mundo. Todos esos ciudadanos, turistas de avión y de senderos, al terminar su recorrido, vengan de donde vengan, ya nunca dirán que representamos el atraso de Europa o la basura del mundo.

Y eso pese a lo difícil que es hablar del carácter español en líneas generales. Son muchos los escritores y viajeros que denuncian lo poco que tienen en común vascos y andaluces, o gallegos y valencianos, subrayando que la unidad —nunca voluntaria— de los reinos fue la que obligó a los diferentes monarcas a titularse como «rey de las Españas».

Nos quedan por delante otros muchos viajes, infinitos. Es una tarea para una vida. A veces serán de tres o cuatro días; otras, con una noche basta. Un párrafo de Rilke en Toledo se solventa con una mañana en la ciudad, o quizá se necesiten dos días, depende del párrafo. Cuando descubres a Henry Lyonnet, te cuesta recorrer la costa cántabra siguiendo su libro: necesitas un tiempo prudente.

La grandeza desvelada o redescubierta y los secretos de historias que nunca nos habían contado convierten estas aventuras en el mejor trabajo que podíamos haber encontrado. Porque, además de estas cábalas más o menos transcendentes, no es fácil trasladar la plenitud de una chimenea encendida en una solitaria casa rural de la Maragatería tras una jornada persiguiendo las huellas del astuto Borrow; la espera de un amanecer en la playa de Cesantes para ver surgir a los buzos de Nemo en la ría de Vigo; la escapada de la nieve y el hielo, que venían pisándonos los talones mientras bajábamos de San Juan de la Peña por culpa de Wharton, o el embrujo del atardecer en la Alhambra por indicación de Gautier.

¡Todo por culpa de los libros!

1

Persiguiendo a los románticos por la Alhambra. «Que el éxtasis sea contigo»

Sultanas y cristianas cautivas de velos vaporosos, brillantes melenas y ojos de fuego vagaban por estos jardines encantados de la Alhambra de Granada. Destilaban amor y pasiones secretas, según los románticos. Cierto que, en ocasiones, debían tener cuidado de no manchar sus delicados pies en la sangre de los caballeros arrayanes, sus amantes decapitados en cruel venganza. Pero ¿qué es la violencia por traición y amor? Nada. Tiempos de romanticismo y del *Grand Tour* por Europa.

España era solo para los osados, para los iniciados en la aventura gracias al norteamericano Washington Irving. Durante el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, preparar un viaje a España y no incluir la Alhambra era como ir a Italia y no pasar por Roma. Como escribió Irving, «para el viajero inspirado en lo histórico y en lo poético, la Alhambra de Granada es un objeto de tanta veneración como la Kaaba o Casa Sagrada de la Meca para los devotos peregrinos musulmanes». Él fue uno de esos veneradores y, desde luego, el extranjero que más ha influido en la imagen de este palacio real, ciudad palatina y «antigua fortaleza o palacio amurallado de los reyes moros de Granada, desde donde ejercían dominio sobre este ensalzado paraíso terrenal».

Desde que el diplomático y escritor norteamericano redactara sus *Cuentos de la Alhambra* en 1829, entre las paredes rojas de las murallas y sus aposentos, los cuentos de *Las mil y una noches* se hicieron realidad para el mundo occidental en la colina de la Sabika, sobre la cual se asienta esta ciudad palatina.

Releer a Irving y su experiencia con Mateo Ximénez, su cicerone en el paraíso árabe junto con la familia de la «buena tía Antonia», significa recordar quiénes éramos y cómo nos veían hace ciento noventa años, cuando el escritor se instaló aquí, en las mismas habitaciones en las que estuvieron doña Isabel de Portugal y Carlos V: «Dele usted a un español sombra en el verano y sol en el invierno, un poco de pan, ajos, aceite, garbanzos, una capa de paño pardo y una guitarra, y ande el mundo como quiera. ¡Hable usted de pobreza!…

[…]. Los hijos de la Alhambra son una demostración elocuente de esta filosofía práctica». Así nos veían y, seguramente, así éramos en gran parte. Eso sí, añadía el escritor neoyorquino: «[El español] se tiene siempre por un hidalgo, aun con sus harapos».

* * *

La mochila ya está lista para el viaje. Aunque no incluye aceite ni garbanzos, ni siquiera una guitarra, pero sí algunos libros subrayados, el proyecto de perseguir por la Alhambra las huellas de otros tres reconocidos escritores románticos —Hans Christian Andersen, Théophile Gautier y Charles Davillier—, a los que Irving encandiló, se convierte en una aventura *vintage* tan fascinante como los mismos cuentos que les embrujaron. Es otra forma de mirar el tesoro andalusí siglo y medio después y de recuperar el mestizaje de la cultura española.

En el vagón del AVE de Madrid a Antequera (Málaga) a veces no hay enchufe para cargar el móvil o el ordenador, pero las ruedas son lo único que tiene en común con las diligencias que empleaban los viajeros románticos del siglo XIX. No quedan muchos meses para que el tren de alta velocidad enlace la capital con Granada, un deseo y una necesidad cuya realización se ha retrasado desde principios de este siglo XXI más de lo debido*.

Después, en el autobús de Renfe que lleva a Granada, no se esperan ataques de bandoleros de leyenda, como José María *El Tempranillo* o Juan Palomo, tan anhelados por los extranjeros de aquellos tiempos. Pero sí se vigila por si acaso aparece la vista mágica de la Alhambra, aunque no hay tal oportunidad. Está la llanura, las sierras azuladas y las cumbres blancas y aún lejanas de Sierra Nevada junto a los campos de olivos perfectamente alineados y hermosos, y el signo definitivo de los tiempos a las afueras de la ciudad: la planta embotelladora de Coca-Cola, los talleres de reparación de coches y una gran superficie de alimentación y ropa. ¡Cómo les irritaban a aquellos elitistas viajeros la vulgaridad de los avances modernos, que extendían desde las modas de París hasta los feos edificios de pisos elevados! Hoy se encogerían de hombros ante los vaqueros, las camisetas y las deportivas, el uniforme del personal en todo el globo terráqueo.

Quizá alguno de los coreanos, japoneses, franceses o ingleses —muchos más que españoles— que viajan en el autobús, pendientes también de las ventanillas, piense en esa uniformidad, o puede que sueñen con los bandoleros del romanticismo y sus leyendas, tan explotadas hace dos siglos.

El gasto del taxi desde la estación de Renfe hasta el Hotel América, el único dentro de la Alhambra junto con el carísimo y siempre lleno Parador Nacional, es un imprescindible, por más que los *trolleys* con ruedas sean prácticos y ligeros para subir la Cuesta de Gomérez, como se llama el más conocido acceso a la Puerta de la Justicia, y luego a la Puerta del Vino, principal entrada a la Alhambra.

El América es un hotel modesto, sin televisión, con las habitaciones decoradas al estilo de los años cincuenta del siglo pasado. Son pequeñas, pero limpias, sin nevera en el cuarto, pero con vistas a un patio andaluz como Dios y Alá mandan, donde se desayuna, se come y se cena con dignidad, aderezado todo con el humor de Angelo (que no despiste el nombre; es *granaíno)* y de su jefa, Maribel, y sus dos hijas. Es el único lugar —además del Parador—, dentro del recinto de la Alhambra, donde se puede dormir. De dormir dentro de las murallas disfrutaron Irving y Manuel de Falla, y alardearon otros muchos. El que más, el divertido Théophile Gautier, quien aseguraba que, junto con el amigo que le acompañó en el viaje por España, logró dormir cuatro noches en el Patio de los Arrayanes y en el de los Leones, ese desde el que Irving vio tantos amaneceres y atardeceres.

Sierra Nevada y la Alhambra compiten en belleza. © Sofía Moro.

Por la noche, la ciudad palatina entra en un silencio que se cuela por cada una de las esquinas del palacio de Carlos V; brota de los Palacios Nazaríes y se extiende por los jardines, la Alcazaba, la Puerta

del Vino, la Calle Real… Sigue más allá de las murallas que miran al frente, hacia el Albaicín. Allí el silencio se rompe, se cruza y se adormece con las voces de las terrazas y alguna música, aunque hay que pararse para buscar el rasguear de una guitarra —todos esos viajeros tan internacionales dicen que lo escucharon—. Ya no se oye el río Darro, que corre a los pies de la Sabika, y en este final de febrero e inicio de marzo apenas tiene caudal. Sin embargo, con la brisa moviendo hojas y sombras entre los árboles de la cuesta de la Puerta de las Granadas y el murmullo de las fuentes, es fácil evocar a poetas, godas esclavas y sultanes entristecidos.

A primera hora de la mañana, los pájaros que anidan en la buganvilla del hotel ya han organizado su particular despertador. Y comienza el primer día completo de la aventura, de la mano de dos franceses y un danés, cuyas páginas sobre este lugar a veces compiten con las de Irving.

* * *

Han transcurrido más de ciento ochenta años desde que el francés Théophile Gautier, ya famoso en su país por su poesía y sus novelas, pasara casi seis meses en España y unos cuantos días entre la Alhambra y Granada. Como ya hemos mencionado, Gautier presumía de haber dormido cuatro noches sobre un colchón en el mismo Patio de los Arrayanes y de los Leones. Dejó un libro, *Viaje por España,* que corrió como la pólvora entre sus contemporáneos, aunque no tanto como los cuentos de Irving. Veintidós años después, en 1862, el adinerado barón Charles Davillier, junto con el pintor y dibujante Gustave Doré, llegaron a Granada y, aunque no durmieron en la Alhambra, pasearon por los Palacios Nazaríes y los barrios de la ciudad, plumín en mano, dejando expresivos textos y dibujos sobre la belleza y la pobreza del lugar.

También en 1862, Hans Christian Andersen, el escritor de cuentos mundialmente célebre, emprendió su *Viaje por España*, libro que resultó un tanto frustrado y frustrante. El autor de *El traje del emperador*, *La sirenita* o *El patito feo* recogió su comprensible disgusto porque en «tres días llegaría la reina [Isabel II]. Era la primera vez, desde el tiempo de Isabel la Católica, que Granada iba a ver a su reina», por lo que la ciudad, incluida la Alhambra, se disfrazó. Había «un arco del triunfo de cartón, papel pintado imitando mármol, y esculturas de yeso», además de otros adornos para tapar agujeros. Eso le recordó a Andersen «los viajes de la emperatriz Catalina de Rusia, por cuyo motivo ciudades enteras de cartón piedra eran construidas» para regocijo de la dama. Habría sido fantástico que pueblos y aldeas

Potemkin —ideados por el poderoso amante de Catalina, Grigori Potemkin— se hubieran levantado aquí para Isabel II. Siendo cierto, seguro, todo lo que cuenta, parece que, en realidad, el danés se sintió molesto porque la reina no le recibió.

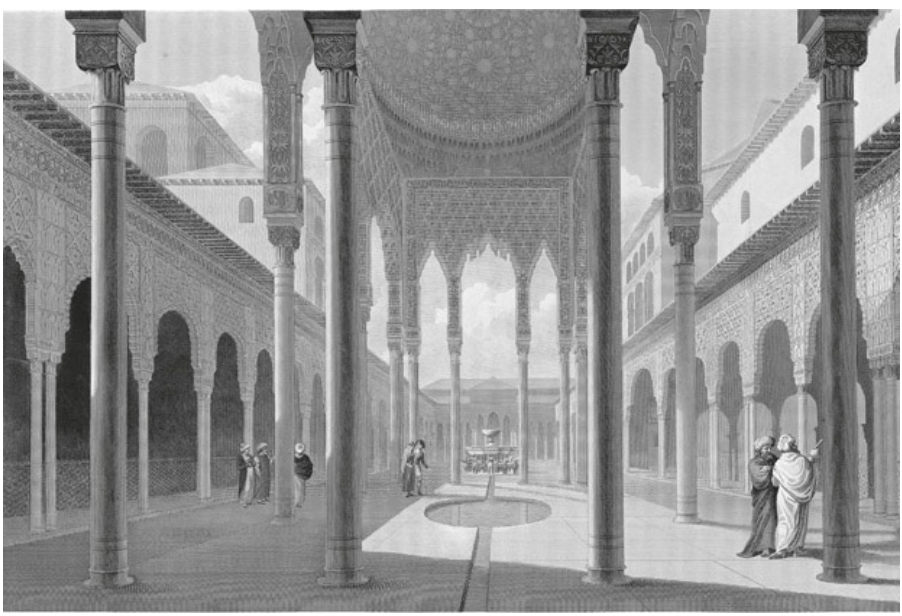
Pasear por la Alhambra de la mano de estos tres señores es estimulante. En parte para comprobar que la realidad y la fantasía, mezcladas con el tópico y, muchas veces, con el error basado en las apariencias, pueden producir libros estupendos, como el de Gautier, con juicios que siglo y medio después resultan tremendos si no se sitúan en su contexto. «España, que está tocando con África, como Grecia con Asia, no está hecha para las costumbres europeas. El genio de Oriente asoma en mil formas distintas, y quizá es una lástima que no haya continuado siendo morisca o mahometana», escribió el francés mientras bajaba el Puerto de los Perros, esto es, Despeñaperros.

En 1840, España respiraba aún la terrible herencia que el *Rey Felón*, Fernando VII, había dejado a su joven hija, Isabel II. Guerras entre isabelinos y carlistas y entre conservadores y liberales arrasaron el país durante buena parte del siglo XIX. La pobreza, unida a un pueblo semianalfabeto, castigado por la herencia de la Inquisición como mano de hierro de la Iglesia, es con lo que se encontraban los viajeros —escritores, científicos, políticos— que recorrían un país que apenas un par de siglos antes había sido dueño del «imperio donde no se ponía el sol». Les fascinaba encontrar ese atraso, vestido con un romanticismo desmesurado, tanto como les molestaba cualquier atisbo de desarrollo que pudiera acabar con el pintoresquismo.

«El deterioro que narran es cierto. Aquella era una España dura y muy atrasada, pero todos estos escritores lo hacen con estereotipos. Hablan de un pueblo español que baila y muchos de ellos sabían ya lo que iban a escribir sobre nosotros cuando salían de su país. Hay unos grabados de Cavanah Murphy sobre el Patio de los Leones, que retratan un lugar de dimensiones góticas, con un patio gótico, y eso que lo tenía enfrente». La cita es de Juan Calatrava, granadino, catedrático de composición arquitectónica, doctor en arte, abogado y experto en Le Corbusier y Owen Jones (el arquitecto, no confundir con el joven pensador de *El Establishment. La casta al desnudo)*, además de uno de los grandes estudiosos de la Alhambra. En efecto, el grabado de Murphy no deja lugar a dudas. Con todo, el profesor Calatrava cuenta que los viajeros y escritores del siglo XIX que visitaron la Alhambra le interesan «no como fuente histórica, sino como objeto de estudio en sí mismo. Nos dan la visión de una cultura moderna sobre aquella España. Más que lo que cuentan de cómo estaba la Puerta de

la Justicia entonces, me importa el sustrato que hay detrás de lo que escriben». Lo dice un hombre que fue niño en la calle Reyes Católicos de Granada y que muchas tardes, cuando estudiaba, se subía hasta el Patio de los Leones para hacer allí sus tareas del colegio: «Como todos los niños de esta ciudad, crecí con los cuentos de las madres y los abuelos sobre las leyendas de la Alhambra».

Es cierto que en aquella época la Alhambra «sobrevivía en unas condiciones penosas. No desapareció de milagro. Estuvo en un peligro constante, sobre todo desde 1830», cuenta Calatrava. A ese milagro de permanencia, pese a los robos y las barbaridades que padeció, contribuyeron los viajeros del siglo XIX, desde los más conocidos, como Washington Irving, a los menos, como Owen Jones o Girault de Prangey. Afortunadamente, en ese país que asombraba, admiraba e irritaba a los románticos también nacían personajes como Leopoldo Torres Balbás, el hombre que en la década de los años veinte del siglo pasado sentó las bases para salvar y reivindicar todo lo que acoge la colina de la Sabika, donde está asentada la ciudad-fortaleza más importante del mundo árabe.



La visión gótica del Patio de los Leones de Cavanah Murphy. Album/akg-Images/ Liszt Collection.

Retratado el contexto, escoger el camino que en 1840 tomó «don Teófilo» —como llamaban a Gautier sus amigos granadinos— es sencillo. Atravesó la Puerta de las Granadas, de etapa renacentista, y eligió lo «más escarpado», hasta la fuente de Carlos V, porque era el

camino «más corto y pintoresco». Y lo pintoresco arrasaba entre estos caballeros. Además, por la cuesta —se trata de la Cuesta de Gomérez —, «algunos arroyos corren rápidamente en regueras de guijarros menudos, y mantienen la frescura al pie de los árboles […]. Esta mezcla de fuego, nieve y agua hace del de Granada un clima sin igual en el mundo, un verdadero paraíso terrenal», escribió el folletinero francés. La subida ha cambiado poco en este siglo y medio, salvo que no resulta tan escarpada. El murmullo del agua sigue arrullando la Alhambra, y los árboles y el bosque bajo son un lujo que seguro agradece la estatua de Irving.

La cumbre es la Puerta del Juicio o de la Justicia y, ¡ay, Señor!, cuántas especulaciones han creado la mano y la llave que la coronan, la primera en primer plano, la segunda detrás. El barón de Davillier y Gautier coinciden en dedicarle un ratito a esta puerta, datada en 1348: «La llave es un símbolo de gran veneración entre los árabes, a causa de un versículo del Corán […]. La mano está destinada a conjurar el mal de ojo, la *jettatura*, como las manecitas de coral que se llevan en Nápoles […]. Había una antigua predicción según la cual Granada solo sería tomada mientras la mano no cogiera la llave», relata Gautier. Él mismo añade: «Es preciso confesar, en desdoro del profeta, que los dos jeroglíficos están en su sitio», mientras Boabdil, *El Rey Chico*, lanzó, ya fuera de Granada, aquella «lamentación histórica, *suspiro del rey moro*».

Hans Christian Andersen se apresura a traducir «la leyenda escrita en el jeroglífico por el arquitecto: "No perecerán las murallas de la Alhambra en tanto la mano la llave no alcance"». Otra leyenda de los románticos; la inscripción no dice nada de eso. A la fama de la mano y la llave contribuyó Irving con su cuento sobre el sabio bicentenario y el viejo sultán que pelean por una bella goda. Ambos «emblemas nos harían creer que estamos en Oriente, a no ser por una Virgen de madera —apunta Davillier—. Hay que añadir el verdadero significado de la llave: los moros creían que el profeta enviado de Dios debía de servirse de ella para abrir las puertas del mundo». Pluralismo interpretativo.

Seguir los pasos de los dos franceses y el danés resulta relativamente fácil, y la Plaza de los Aljibes es reconocible, igual que la Puerta del Vino. Para Davillier, sus azulejos «son los más bellos y los mayores que existen en Granada […], habrían sido arrebatados sin duda alguna por los visitantes, como la mayoría de los de la Alhambra. Afortunadamente, se encuentran colocados a varios metros del suelo». Es cierto lo del azul y la belleza. Este es uno de los párrafos que dan lugar al famoso dibujo de su compañero, Gustave Doré, *El*

ladrón de azulejos de la Alhambra, ilustración que se ha quedado en el imaginario colectivo de todo extranjero y nacional que haya leído algo sobre la historia de los Palacios Nazaríes. Ya Washington Irving advertía de ello: «Cuando se mira a través de la increíble tracería de los peristilos y de los —al parecer— frágiles festones de las paredes, se hace difícil el creer que haya sobrevivido a la destrucción y desmoronamiento de los siglos, a las sacudidas de los terremotos, a los asaltos de la guerra y a los pacíficos y no menos dañosos saqueos del entusiasta viajero». Luego comprobaremos que no solo rateaba el viajero, sino que los primeros depredadores del lugar eran sus propios administradores.

Tampoco cuesta encontrar la Torre de la Vela de la que habla Gautier, «cuya campana anuncia las horas de la distribución del agua, y parapetos de piedra, donde puede uno acodarse para contemplar el maravilloso espectáculo que se ofrece a la vista…». En esta tarde fría y limpia de inicio de marzo, esos muros de piedra restaurados están repletos de turistas ingleses, árabes y coreanos, que, o salen de la visita a los palacios, o esperan para entrar al día siguiente. Pero es unánime la admiración con que se lanza la mirada hacia el Albaicín y la Vega granadina, y el gusto con que disparan móviles de jóvenes y ancianos a la explanada donde Boabdil, en sus tiempos felices, veía las justas entre sus caballeros. Este Rey Chico, tan utilizado por los románticos y anzuelo de leyendas para turistas, es menos mencionado por los expertos «alhambristas» del siglo XXI.

La misma luz del atardecer que ilumina el Albaicín dora también el palacio de Carlos V, joya del renacimiento español y denostado hasta el aburrimiento por la mayoría de los viajeros románticos como símbolo del poder cristiano que pretendía machacar a los derrotados nazaríes. Donde hoy expertos como Jesús Bermúdez o Juan Calatrava, *in situ*, al pie de la Alhambra, ven un palacio renacentista notable, Gautier veía un «gran monumento del renacimiento, que se admiraría en cualquier parte, pero que aquí se maldice cuando se piensa que ocupa una extensión tan grande como la misma Alhambra, destruida expresamente en aquel trozo para encajar su pesada masa».

La «cara B» de esos románticos que, en líneas generales, coinciden con Gautier la puso un viajero atípico, el estadista e intelectual Wilhelm von Humboldt (sí, el hermano de Alexander, el naturalista y geógrafo), para la ciencia política un tipo más importante que su hermano, quien en su *Diario de viaje a España. 1799-1800*, cuando aún la Alhambra no había sido tan contaminada por el romanticismo, escribió que «el palacio de Carlos V, sin terminar en el interior, forma un cuadrado y constituye un bello edificio en un estilo arquitectónico

austero grande». La percepción de lo bello encierra muchas aristas, casi todas vinculadas al momento o la época. La investigación de los siglos no perdona y hace tiempo que la afirmación de que se había destruido parte de la Alhambra se demostró falsa; el suelo ocupado por el palacio tenía, sobre todo, jardines.

El ladrón de azulejos, de Doré. Esa mirada pilla, para Davillier, es la de un inglés. DEA/Biblioteca Ambrosiana/Getty.

Documentados los hechos y el contexto, tras zascandilear por los alrededores y las murallas, tener la visita «oficial» a la Alhambra a las ocho y media de la mañana con Andersen, Davillier y Gautier aumenta la gracia y el misterio. Ayuda el café, el zumo de naranja y las tostadas con tomate —o los suizos— que caen en el desayuno, aunque sea dentro del hotel. Aún hace frío afuera para intentarlo en el patio, aunque siempre hay algún nórdico que no lo entiende. A mediodía, con sol y a veintiún grados, les parece que hace mucho calor.

Con la panza llena es mucho más fácil pensar en la jornada. ¿Qué queda de lo que nuestros escritores vieron? La entrada a los Palacios Nazaríes siempre es emocionante, pero aún más si se van a recorrer con un italiano que habla árabe, llamado Daniel Grammatico, periodista y excorresponsal en Oriente Medio, hoy amante de la Alhambra y a menudo guía de guiris más o menos ilustrados.

Antes de que el primer grupo de turistas invada la estancia nos encontramos en la Sala del Mexuar, el primero de los tres Palacios Nazaríes —los otros dos son el palacio de Comares y el Palacio de los Leones—, muy modificado por los Reyes Católicos, donde son bien visibles la pila de agua bendita que mandó instalar Isabel la Católica, el escudo de estos y el de su nieto, Carlos V. «Encima de la sala del trono de Ismael I —el sultán que levantó este palacio—, los cristianos levantaron el coro de una iglesia. Y un altar justo donde se supone que se sentaba el mismo sultán», comenta Grammatico segundos antes de que le sustituya otro guía con su grupo de turistas.

En la actualidad, y dada la brevedad de las visitas, en la Sala de Oración del Mexuar se acelera, salvo para indicar las hermosas vistas del Albaicín y el poyete que recorre la base de los arcos, muestra de que fue incorporado en el siglo XIX. Es una de las restauraciones del período transcurrido entre 1868 y 1889, cuando ya los Contreras —familia de restauradores que intervino en la Alhambra durante tres generaciones— habían iniciado los trabajos obedeciendo al título de «restauradores adornistas», debatido posteriormente pero que hoy se disculpa como una muestra del mestizaje de los palacios en sus diferentes etapas. Algo de esos dorados debió de ver el irascible Hans Christian Andersen cuando, incluso antes de entrar en el palacio de Comares, escribe que «la Alhambra es como un antiguo libro de leyendas, lleno de signos de escritura fantásticos, trazados sobre oro y policromía».

Ante la fachada de Comares, las exclamaciones de asombro de las visitas son un empellón al ánimo de los guías. Levantada por el gran

Mohamed V —el sultán de la Alhambra—, es fácil llevar al personal a la evocación del señor sentado en el trono sobre las tres escaleras, donde celebró la conquista de Algeciras (1370), posición fundamental para el paso del estrecho de Gibraltar.

Con las bocas aún abiertas, los turistas aparecen en el Patio de los Arrayanes, y, seguramente, es la primera vez que se dan cuenta de que están en la única ciudad palatina de estas características que ha sobrevivido en el mundo. Es en este patio y en el de los Leones donde la recomendación de Daniel Grammatico se hace imprescindible: «Hay que pensar que los sultanes y sus notables lo veían todo sentados sobre sus cojines, a una altura inferior a la que lo vemos nosotros. Todo el palacio se refleja en el agua, que hace de espejo». El sultán podía observar en ese espejo, en esta alberca, lo que sucedía alrededor, y era también el anticipo del Paraíso, pero sobre la Tierra.

Para el barón de Davillier, «sería difícil dar idea de la extraordinaria elegancia de este patio, el más grande y, al mismo tiempo, uno de los mejor adornados de la Alhambra», y continúa describiendo las columnas de mármol de Macael, incluyendo la traducción de otra de las inscripciones del patio: «Soy como el atavío de una novia dotada de todas las bellezas y de todas las perfecciones».

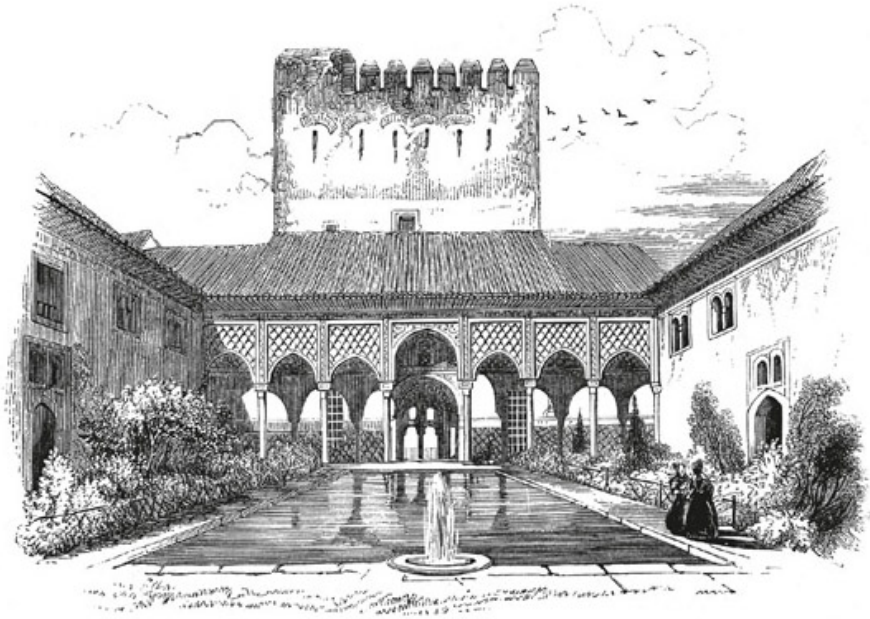
La entrada al siguiente espacio justifica que tenga tantos nombres. El Salón de Comares, Salón de los Embajadores o Salón del Trono aplasta al visitante por su grandeza, aunque uno acabe de llegar al Patio de los Arrayanes. Eso era lo que quería transmitir el sultán. «La Alhambra es única. No hay otro palacio de dinastía desde el norte de la India hasta aquí que quede en pie. Ni en Córdoba —el imaginado Medina Azahara— ni en Damasco ni en Topkapi, que es posterior. Aquí, *Las mil y una noches* que querían imaginar los románticos están servidas. ¿Cómo no les iban a influir estos azulejos, que incluyen la forma de la estrella de David, evocan a los sabios del rey Salomón y tienen clara influencia en Gaudí?», se pregunta el periodista-guía, mientras sigue traduciendo: «El palacio que habla en todas sus estancias». El mismo Patio de Comares tiene una frase que resume el sentir de la vida en la Alhambra: «Que el éxtasis sea contigo».

Pese a la fama del Patio de los Leones, esta es la sala más importante del conjunto de la Alhambra. Para arquitectos como Owen Jones o, después, Leopoldo Torres Balbás o, actualmente, Juan Calatrava o el sabio Jesús Bermúdez (arqueólogo del sitio y quizá el hombre que más sabe de la Alhambra), es un ejemplo de proporción y una cumbre del arte. Este techo de Comares —«decoración *ataujerada* o de difícil engarce»— alcanza la categoría de obra maestra de la carpintería islámica. Hay un dibujo de Torres Balbás, con los siete

cielos numerados en la escala, que explica lo que esta sala significaba para la dinastía. Y para todos: ¿quién no se acuerda del dicho «estoy en el séptimo cielo»?

En sus paredes, uno de los poemas reza que ese era el trono de la estirpe nazarí. No hay guía que vaya con tiempo que no cuente que, bajo el techo, en la franja más alta de la pared, se reproduce la *sura* 67 del Corán, llamada «del Reino», donde se revela la soberanía incuestionable de Dios. El barón Davillier pasa desde los Arrayanes al Patio de los Leones hablando del «Cuarto de la Sultana, una de las más bellas salas, muy deteriorada hoy, pues no hace mucho aún servía de almacén para el bacalao con que se alimentaba a los forzados».

Son poco menos de las nueve y media de la mañana y una corriente más que fresca pasa por los corredores cuando la visita se topa con el Patio de los Leones. El madrugón premia a la fotógrafa Sofía Moro, que comparte el instante con las afanadas señoras de la limpieza. En arte, este patio es el lugar más famoso de nuestro país, siempre entre los diez más visitados de Europa. Forma parte del imaginario de cualquier niño español desde hace siglos, aunque el tiempo y el cambio de conceptos no perdonan ni a los más letrados. Ante la fuente, o bajo las ciento veintiocho columnas que cita Davillier —hoy son ciento cuarenta y dos las contabilizadas—, hay que hacer otro esfuerzo de traslación en el tiempo para entender el contexto en el que describieron el sitio los escritores extranjeros. Para Gautier, pese a los elogios de las poesías árabes, «confieso que no hay nada que se parezca menos a un león que estos productos de la fantasía africana: las patas son, sencillamente, estacas semejantes a esos trozos de madera sin desbastar […], las bocas parecen hocicos de hipopótamo…». Para Irving, «estos leones no merecen positivamente la fama que han alcanzado: están pobremente esculpidos», y lo atribuye a que quizá lo hizo algún esclavo cristiano encadenado. Para Andersen, el patio luce «arcos de tul bordado en piedra […] encajes de Bruselas tejidos en porcelana», pero los leones «están malamente esculpidos, son torpes y pesados». El más atinado a los gustos de siglo y medio después es Davillier, para quien «estos leones, que lo mismo pudieran ser tigres o panteras, son en realidad animales soberbios». El adinerado barón francés, que viajó varias veces a España, habla de «la taza inferior de la fuente». Irving también se refiere a la «alabastrina taza que derrama por todas partes sus gotas de diamantes», y es que en el siglo XVI se añadió otra taza a la fuente original. O, al menos, ese es el debate. Como aclara Jesús Bermúdez, la fuente tuvo dos tazas durante mucho tiempo, hasta que los estudiosos optaron por la que creyeron original, una taza, como se contempla en la actualidad.



Pese a los grabados de la época, durante el siglo XIX la Alhambra estuvo muy abandonada. Album/Oronoz.

En cuanto a los leones, tan poco atractivos para los románticos, todos en postura de alerta, orejas levantadas y colas replegadas, la restauración de inicios de este siglo, modélica y premiada, muestra el mimo elegido por el tallista en el mármol de cada pieza de león. La fuente —que estuvo policromada, aunque se ha perdido cualquier resto de color durante las agresivas limpiezas realizadas durante varios siglos— tiene un hermoso poema del visir y poeta Ibn Zamrak bendiciendo a Mohamed V por engalanar sus casas. Algunos de los versos de la fuente dicen: «¿No ves cómo el agua se derrama en la taza, pero sus caños la esconden enseguida?», «Es un amante cuyos párpados rebosan lágrimas que esconde por miedo a un delator». ¡Lo que habrían hecho los románticos con estos versos! Davillier recurre a una traducción del «señor Gayangos» —un clásico entre los viajeros del XIX—, en la que tan solo palabras como «perlas, plateadas» o «centellear» se acercan a la traducción oficial.

Las ciento veintiocho columnas del patio son ahora ciento cuarenta y dos. © Sofía Moro.

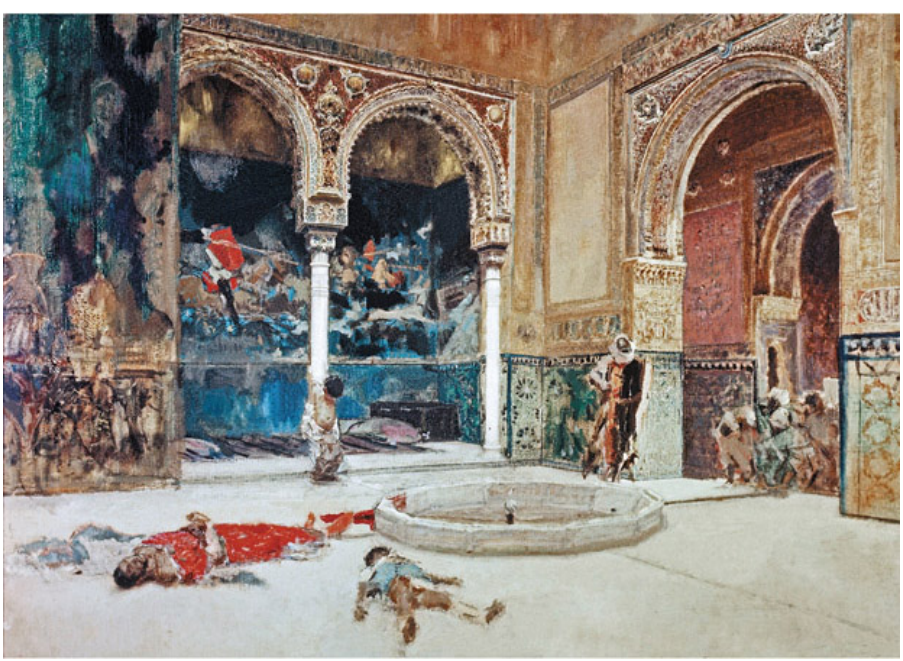
Daniel Grammatico sonríe al oír las opiniones de los dos franceses y el danés, y viaja en el tiempo, más atrás del siglo XIX: «El león es símbolo de majestad, de masculinidad en el mundo árabe. Los leones de las puertas de Isart tienen más que ver con estos doce de la fuente». Al guía le importa menos la opción del mármol en el suelo del patio, defendida y apoyada por expertos como Jesús Bermúdez, que los leones, por cuya pata delantera izquierda aún sigue brotando el agua, y las tazas que tuvo la fuente: «No creo que hubiera mármol en tiempos de Mohamed V. La Alhambra está concebida como un palacio con jardines colgantes fantásticos, se ve en las paredes. Era el espacio más cercano al Paraíso que había en la Tierra, o eso pretendían los sultanes y así está descrito en sus paredes. Y este patio debía de tener flores bajas, plantas de colores, como los colores de las vidrieras de toda la Alhambra. La dinastía nazarí amaba la psicodelia, hermosa, increíble, reflejada en vidrieras y flores en el agua».

Cierto es que, en los grabados de siglos pasados, el Patio de los Leones aparecía con tierra, plantas o el eterno mirto, ese arbolito maravilloso que perfuma toda la colina de la Sabika y del que ya hablaban los poetas de los sultanes. Pero la investigación química del suelo del patio apunta a que hace setecientos años no había jardín alrededor de la fuente.

Una vez examinada la estética de crucero del Patio de los Leones

gracias a los canales, los visitantes suelen pasar a otra estancia casi igual de famosa, la Sala de los Abencerrajes, ese lugar de éxito para las leyendas románticas y las narraciones del padre Echevarría, sin olvidar la pintura de Mariano Fortuny. Fue en esta habitación donde Muley Hacén, el padre de Boabdil —ya saben, el rey que lloraba—, ordenó matar a treinta y nueve caballeros de la familia de los Abencerrajes, guapos y valientes según los romances, por los celos provocados por la relación de la sultana con uno de estos señores. Ni siquiera está confirmada la emboscada para la matanza.

Davillier se queja: «Los escépticos dirán que estas manchas no son más que una herrumbre rosada sobre el mármol», porque, una vez demostrada la existencia de zegríes y abencerrajes, según antiguos historiadores árabes y españoles, «nadie nos impide creer que las manchas sean realmente de sangre, y por nuestra parte creemos en esta sangre como en la de san Genaro». Con humor, dedica párrafos a esta sala y a los cuentos del padre Echevarría, «canónigo de Granada», que insiste en que las gentes «en las paredes ven pintadas las sombras de aquellos infelices caballeros, en el suelo tirados sus cadáveres». Es una leyenda, pero, unas páginas más adelante, el mismo Echevarría habla de las sombras de los abencerrajes, «espectros que producen a media noche un lúgubre murmullo». En tiempos de *fake news*, es imposible reprochar a los románticos que se engancharan con historias tan sugerentes.



La matanza de los Abencerrajes, de Mariano Fortuny. Album/Oronoz.

Y lo cierto es que en la fuente no son muchos los guías que se atreven a desmentir la leyenda de la sangre. Pero Grammatico no tiene compasión cuando a una señora alemana, jubilada y, sin duda, agradable, le aclara que las manchas de la fuente son herrumbre, al tiempo que le recomienda que mire al techo, mucho más importante. Y tiene razón, porque en esta sala, en todo el Palacio de los Leones, se conservan los mejores ejemplos de techos, cubiertas y arcos de mocárabes, *muqarnas*, de la Alhambra y quizá «del arte islámico occidental de la segunda mitad del siglo XIV».

«Los mocárabes se forman con prismas superpuestos, combinados geométricamente», describe Jesús Bermúdez, autor de la *Guía Oficial de la Alhambra*. Esta ciencia geométrica y matemática de los árabes, «tan avanzada, tan admirable, es una muestra más de que la Alhambra es otra fusión perfecta entre ciencia y arte», sentencia Grammatico. Davillier coincide en que «la bóveda, en forma de media naranja, según la expresión española, es el trabajo más grandioso que se pueda imaginar».

«Yo soy el jardín y me manifiesto rodeado por la armonía, contempla mi belleza y entenderás mi ser», traduce Daniel Grammatico en la Sala de las Dos Hermanas, tras sonreír a la alemana desengañada que no deja de mirarle con resentimiento. Esta es otra de las estancias del Palacio de los Leones, cuyas dos losas de mármol del suelo distraen al turista poco avisado del techo de mocárabes, «el cénit de la decoración arquitectónica en la Alhambra», según Bermúdez. Como en el Salón del Trono, pero con otras sensaciones, el techo de los Abencerrajes y el de la Sala de las Dos Hermanas llevan a los visitantes a encogerse sobre sí mismos, a no ser que sean empujados o sacados del éxtasis por el siguiente grupo de coreanos (se sabe que son coreanos y no japoneses porque los primeros gritan más, según susurra un guardia del lugar).

Coinciden el catedrático Juan Calatrava, el experto Jesús Bermúdez y el guía Daniel Grammatico en que nadie tiene claro si la Lindaraja que da nombre al jardín porticado, modificado al estilo renacentista, que ha hecho soñar desde a Washington Irving hasta al último romántico, existió como tal. «Existieron muchas *lindarajas*», cuenta el profesor Calatrava, refiriéndose a cristianas presas de los sultanes. Lo mismo que existieron bellas esclavas moras entre los príncipes católicos. Bermúdez aclara que el nombre del famoso jardín es una fusión del «árabe *Ayu dar (al) Aixa*, "los ojos de la Casa de Aixa", y Aixa es la madre de Boabdil, un personaje clave. Seguramente, este era su mirador».

El hecho es que este pequeño jardín, exquisito, tiene juegos de zócalos de azulejos fantásticos, y las hermosas epigrafías árabes, señala Grammatico, están hechas con trozos de cerámica recortados y ensamblados. El techo, realizado con cristales de colores, es otra joya incomparable. Resulta fácil entender la fascinación de los escritores y viajeros románticos por el lugar, pese a que las vistas y los corredores fueron tapados para darle forma de claustro en el momento en que construyeron las habitaciones de Carlos V, en 1528, cuando llegó recién casado con Isabel de Portugal. Y dicen que muy enamorado.

Mientras «don Teófilo» Gautier atraviesa el «jardín de Lindaraja» sin detenerse, porque «solo es un terreno inculto, sembrado de escombros, erizado de maleza», veinte años después Davillier escribe sobre la vegetación de «naranjos, limoneros, acacias y otros árboles que crecen al azar en un encantador desorden», e incluso tiene tiempo de admirar los «más ricos y de un estilo mejor», quizá de toda la Alhambra. Parece fácil pensar que el barón gastó más tiempo que Gautier en visitar la Alhambra, aunque durmió en «una casa de pupilos» en Granada.

Por el contrario, el pobre señor Andersen, acuciado por los adornos que se ponían para Isabel II por doquier, solo escribe sobre el mirador de Lindaraja que «es lo más lindo y elegante que se ha visto. Tal mirador es un balcón volante, suspendido en el aire, cual si flotase […] sobre álamos y cipreses».

Con la cristiana Lindaraja en mente, a las puertas del mítico Tocador de la Reina y el recuerdo de Aixa, quizá la mujer más fascinante de la Alhambra, se acaba la larga mañana, conscientes todos de la vanidad humana, por los siglos de los siglos, amén.

Tanto embrujo y leyenda necesita un aterrizaje suave en la realidad, y nada mejor que pasar por la tienda de la Alhambra, sorprendentemente agradable pese a lo que suelen ser estos establecimientos en los museos y lugares turísticos. Las reproducciones de grabados, las cerámicas, los recuerdos, tienen un gusto superior a la media y se pueden adquirir detalles bastante originales a precios aceptables.

El comercio también ha cambiado en la España del siglo XXI y las tiendas ahora trabajan el diseño mezclado con la tradición, sobre todo en cerámicas, esculturas telas, tapices… No hay más que bajar con cuidado la Cuesta de Gomérez hacia la Plaza Nueva para ver cómo, en una y otra acera, junto a las tiendas para turistas más tradicionales, se encuentran otras con nuevas formas y objetos elaborados por jóvenes artistas. Y en Granada hay unos cuantos. También en el Zacatín —el viejo zoco en el corazón de Granada, que conserva parte de la

distribución de las estrechas calles—, donde se pasean las sombras de las bellas sultanas escondidas tras sus gasas, hay tiendas que ofrecen objetos de diseños muy llamativos que se alejan de lo tradicional.

El chocolate y los churros en el Gran Café Bib-Rambla es un clásico. No hay desayuno o merienda que no alaben los románticos si está vinculado al chocolate, los picatostes y los churros. Y los recién fritos, con masa ligera y fina, de este café han traspasado fronteras más allá de Despeñaperros e incluso han cruzado el Estrecho.

En la plaza del mismo nombre, el cardenal Cisneros, confesor de Isabel la Católica, ordenó la quema de miles de libros en árabe —algunos los cifran en cuatro mil, aunque otras fuentes afirman que desaparecieron muchos más—, verdaderas joyas de la sabiduría, desde tratados de medicina a libros de historia, arquitectura, ingeniería… Una vergüenza que ha manchado el nombre de Cisneros y de la Iglesia desde hace más de quinientos años. La quema, narrada en novelas y datada históricamente, junto con el inicio de las conversiones forzosas, rompió las Capitulaciones que los Reyes Católicos habían firmado con Boabdil, lo que provocó los levantamientos en el Albaicín y las guerras con los moriscos. Por un momento, las hadas de las que hablaba Irving y que parecen lanzar polvos sobre la Alhambra para mantener su aura se esfuman ante el recuerdo de aquella barbarie. Pero la ingesta del revitalizante chocolate, el paseo por las orillas del Darro y la subida por la Cuesta del Rey Chico, con la ciudad amurallada totalmente iluminada, disuelven las oscuras nieblas.

El mirador de Lindaraja, «lo más lindo y elegante que se ha visto». © Sofía Moro.

* * *

El olor del mirto envuelve la Alhambra al amanecer y al anochecer. Aunque las higueras y los granados aún están encerrados en su invierno, la sensación de que desde el Generalife llegan aromas que solo se anuncian con sensualidad, como los perfumes de la televisión, invade la habitación al abrir la ventana sobre la Calle Real.

Ya suben desde la ciudad los funcionarios de la Alhambra: guardias de seguridad, guías, vendedoras de entradas, todos ligeramente abrigados porque el relente que lanza Sierra Nevada es engañoso, pese a que luce el sol.

El día promete. Tras la ruta de situación, toca ahora descubrir la Alhambra que no se enseña a las primeras de cambio. A medida que transcurre el tiempo desde la llegada a la ciudad, crece el convencimiento de que la Alhambra debe visitarse varias veces en la vida. Debería ser por prescripción médica. La fortaleza es el lugar de la Península que mejor pone en evidencia de dónde venimos y quiénes somos.

El tesoro más universal de España nunca termina de mostrar todas sus facetas; por eso ejerce tal fascinación entre turistas, escritores y sabios. Si, además, el recorrido que se ofrece esta mañana es el de las zonas más protegidas —el Peinador de la Reina, las habitaciones de Washington Irving-Carlos V o la Torre de la Cautiva, que no soportarían riadas de turistas diarias— y se deben sortear varios escollos hasta llegar al final, como si fuéramos a descubrir el fantasma de Mohamed V o de Carlos V, la intriga está servida.

«La Alhambra cumple totalmente el concepto de *crossbreeding* que defiende la UNESCO. Ese cruce y mestizaje de culturas asoma en cada esquina. Desde el oratorio de Mohamed V, orientado a la Meca, al yugo y las flechas de los Reyes Católicos». Jesús Bermúdez es un hijo de la Alhambra, nacido aquí, a la espalda del palacio de Carlos V y muy cerca de la actual entrada a los Palacios Nazaríes. Estaba predestinado a fundirse con todo lo que acoge la colina de la Sabika por mucho que se resistiera. Ser el hijo del mayor arqueólogo del lugar marca, aunque no tanto como serlo de Mateo Ximénez, el cicerone de Irving, cuyos retoños pescaban golondrinas desde las torres de la fortaleza. Pero, sin duda, nacer y crecer aquí te convierte en otra criatura de la Alhambra.

Dispuesto a descubrirnos algunos de los lugares menos transitados, le seguimos a lo largo de pasillos, patios, puertas y pasadizos hasta acabar la mañana en la joya más protegida de la ciudad palatina, el Peinador de la Reina. El recorrido se convierte en una peripecia tan arriesgada que ni los *whatsapps* familiares o las noticias políticas desde la capital logran distraer al visitante del objetivo final. «Mirad la Calle Real. Es una muestra de la multiculturalidad. Ahí está la Puerta del Vino al fondo y el palacio de Carlos V a la derecha; detrás, el *hamman* y la iglesia cristiana; enfrente, una tienda de taracea. Creo que ese local aún se mantiene como debía de ser una casa nazarí de las que había aquí dentro». Este

arqueólogo, arabista y conservador habla con pasión, acelerado por ese tiempo que siempre se le queda corto, mientras guías, funcionarios o guardas le saludan, camino de sus puestos en los Palacios Nazaríes, que hoy volverán a recibir a cientos de turistas.

Asoma una semana de un marzo seco y la mayoría de los visitantes, salvo los adolescentes de instituto, son extranjeros. Las cumbres de Sierra Nevada tienen nieve, pero mucha menos de la que es habitual en estas fechas. Sin embargo, las acequias desviadas del Darro mantienen el murmullo del agua, allí donde Mohamed I decidió levantar la primera parte de la fortaleza.

Los japoneses que atraviesan la Puerta del Vino camino de la entrada a los Palacios Nazaríes van a realizar el recorrido habitual y llegan pertrechados con sombreros, móviles y cámaras. Pero otros nos hemos apuntado al «Espacio del Mes», unas visitas que abren al público los lugares de la Alhambra que «por sus características, tamaño, conservación o fragilidad» no pueden estar tan expuestos. Así que vamos camino de las habitaciones de Carlos V y Washington Irving, unas estancias que entran en esa categoría más protegida, junto a la Torre de la Cautiva, la Sala de las Camas o Baño de Comares, y la Torre de la Vela. Ya sabemos que el escritor y diplomático norteamericano se alojó en las mismas habitaciones que el emperador ordenó levantar mientras le construían el palacio, pero lo que no sabíamos es que en 1842, cuando Irving regresó a España casi veinte años después de vivir en la Alhambra y tras entregar sus credenciales diplomáticas como ministro plenipotenciario de Estados Unidos ante Isabel II, volvió aquí y se encontró con un hotel que llevaba su nombre —aún existe, a las afueras de la muralla, con la calificación de cinco estrellas—. Y mucho menos imaginaba que, gracias a sus cuentos y leyendas, le quitaría el nombre a la estancia del mismísimo emperador. Encima de la puerta se lee: «Washington Irving escribió en estas habitaciones los *Cuentos de la Alhambra*». Al fin y al cabo, Carlos V y su mujer no escribieron nada, salvo cartas.

Entre saludo y saludo a diferentes guardias de seguridad, Jesús Bermúdez busca las llaves para abrir la Escalera del Tiempo, que une el palacio de Carlos V con los Palacios Nazaríes. Ni un segundo ha parado en sus explicaciones. Ya sea abundando en la multiculturalidad ante los detalles de los bajorrelieves de las puertas de Carlos V o en el maravilloso patio en círculo que recuerda al Panteón de Roma, pero sin cúpula.

Fue Leopoldo Torres Balbás, según todos los expertos consultados —incluyendo al profesor Juan Calatrava y al mismo Bermúdez, además de varios guías—, la personalidad más importante de la

Alhambra desde el siglo XVI y a quien se debe la salvación de la ciudad-fortaleza y el acabado del palacio renacentista. Los trabajos realizados en el siglo XX, comenzados por el respetado Balbás en la década de los años veinte, marcaron la línea que debería seguirse en la recuperación de toda la Alhambra. Dejaron las cosas encauzadas por el buen camino, que se había perdido durante el siglo XIX.

Incluso el palacio del Emperador, denostado por los viajeros románticos, es considerado hoy un tesoro del renacimiento, integrado en «una ciudad palatina, islámica, andalusí y medieval. Mohamed I la diseña, Mohamed V la construye, los Reyes Católicos son la última pieza que cierra el círculo para crear el primer Estado de la modernidad, y Torres Balbás, su gran restaurador, la salva», sentencia Bermúdez, defensor de la visión global.

La Escalera del Tiempo, «una manga más de aeropuerto» —hay otras, como luego nos mostrará—, nos lleva a los sultanes nazaríes. Ya estamos en la parada crucial, delante de la puerta de la habitación de Irving. El escritor escogió estas salas para descansar, pese a que tenía toda la Alhambra a su disposición. Y se comprende por qué nada más entrar.

Bermúdez abre la sala en penumbra con la parsimonia de quien sabe que va a mostrar un tesoro: los techos pintados en 1537 por Julio Aquiles y Alejandro Mayner, reclamados por el emperador desde el Vaticano para recrear sus habitaciones. «Carlos V se enamora de Isabel de Portugal y en 1526 se casan. La trae a la Alhambra por unos días, pero se quedan seis meses. Isabel tiene frío y se baja a dormir a un convento más confortable en Granada, pero el emperador se queda aquí», relata el arqueólogo, mientras abre con mimo las contraventanas que muestran el esplendor de, quizá, la joya iconográfica más importante del renacimiento español: el Salón de Frutas.

Algo recorre el aire, aunque no sea el aleteo del murciélago del que habla Irving en una de sus primeras noches en estas habitaciones, mientras evoca también a Isabel de Parma, la esposa de Felipe V, la última reina que durmió en estos aposentos. En 1829, el norteamericano escribió aquí los *Cuentos,* que, junto con el excelente libro del arquitecto Owen Jones, pusieron a la ciudad de los nazaríes en el foco del mundo occidental. Durante décadas, la recopilación de Irving, con todas sus leyendas raramente basadas en datos reales, pero sí inspiradas en el boca a boca de los mismos *granaínos,* se utilizó como libro de lectura para aprender inglés. Fue traducido a otras lenguas europeas, como el francés o el italiano, y sirvió para propagar la magia del lugar entre los románticos hasta asentar el mito. Aún hoy

son minoría los turistas que no llegan a la Alhambra en busca del triste Boabdil —el último sultán de la Alhambra que lloró «como una mujer», como le dijo Aixa, su madre— o de las huellas de Zoraida, la princesa cautiva, así como de los personajes de otros cuentos que conformaron el imaginario colectivo de los granadinos, aderezado con un sinfín de tesoros secretos nunca hallados. El mejor de ellos, y el más iconoclasta, es el del aguador y el moro de Tánger, contra el corrupto alcalde de Granada. A las puertas de las Torres Bermejas, en restauración, es imposible no pensar que allí abajo, quizá, sigan momificados un alcalde, un alguacil y un barbero, hombres corruptos e insaciables a los que la ambición enterró en vida.

Con las sombras de las leyendas a cuestas, por fin llegamos al corredor que abrirá el lugar más protegido de la Alhambra: el Peinador de la Reina, «que ni es peinador ni era de la reina», aclara Jesús. Nuestro guía recuerda que las pinturas encargadas por el emperador son fruto del interés que Isabel la Católica supo transmitir en sus cartas a su nieto Carlos, situándole en sitios como este, donde Mohammed V o Yusuf I se retiraban para escuchar. La vista sobre el Albaicín es sobrecogedora, y la acústica, asombrosa.

Las pinturas estuvieron expuestas a las miradas y a las agresiones de los visitantes durante buena parte del siglo XIX, y muchos de ellos, como Matisse o Chateaubriand (sus nombres a menudo se buscan en la galería que lleva al Peinador), dejaron sus autógrafos o marcas en estos lugares. «Sí, hemos buscado la firma de Chateaubriand, pero no la hemos encontrado», bromea Bermúdez.

Un sentimiento sobrecogedor invade a los visitantes. Es inevitable pensar en Irving, que cuando llegó a estas puertas, que estaban cerradas, escribió: «Aquí, pues, había misterio; era, sin duda, el sitio encantado de la fortaleza». Al sobrecogimiento ayudan las pinturas de Aquiles y Mayner —discípulos de Rafael Sanzio—, dañadas y restauradas, muestra de la lucha del arte por sobrevivir. Uno de los detalles de Irving para evitar tal deterioro fue el de introducir un libro de firmas para satisfacer el deseo de transcendencia del personal, pero, por lo visto, no siempre funcionó. Ahora, ya bien restauradas, son de una perfección exquisita.

El Peinador de la Reina desde arriba. Al fondo, vista del Albaicín. © Sofía Moro.

Es este el lugar donde más gráficamente se ve todo lo que convive en la Alhambra, agrupando ese concepto de mestizaje con el que Bermúdez y otros «alhambristas» defienden que hay que observarla: «Los dos niveles muestran, arriba, el mundo cristiano, y abajo, el mundo islámico. Alguien le contó a Carlos V que aquí se retiraban los sultanes y decidió incrementar la visión de herencia de poder. El emperador se trajo a pintores que trabajaban en el Vaticano, entre 1539 y 1546».

Situado en la Torre de Comares, el Peinador es diferente de las otras treinta y cinco torres de la Alhambra por todo lo que se ve y se escucha. Irving, siguiendo las costumbres de los sultanes y del emperador, observaba el Albaicín con unos prismáticos de la época durante días, cuenta en su libro. Se necesitarían horas para describir el lugar, donde, además de la pintura de las primeras mazorcas —«en el Generalife estaban plantando las nuevas verduras traídas de América, como el maíz, y suponemos que las copiaron por novedosas», murmura este Jesús, niño de la Alhambra—, está el águila bicéfala de Carlos V. El hecho de que las pinturas representen el desembarco en Túnez en 1536 tiene un marcado simbolismo.

Con las bellezas del Peinador integradas en la retina, el camino hacia el baño del palacio de Comares está envuelto en una atmósfera rendida. No es posible tanta belleza y estupidez humana juntas. Pero unos metros más allá lo de la belleza superior se rompe. Siempre es

posible encontrar algo más bonito en este lugar. Y para demostrarlo, ahí está el *hamman*.

Bermúdez no suele tirar mucho de leyendas, aunque reconoce su valor en la difusión de la cultura nazarí. Pero al llegar al corredor alto del *hamman* no puede evitarlo: «Cuentan que el sultán arrojaba desde aquí una manzana a las mujeres del harén que estaban en el baño, y la que era agraciada con la fruta tenía la suerte de ser la favorita para esa noche». El baño de Comares, antes conocido como Baño Real, lo reservaron los Reyes Católicos para su uso particular. Aunque cada palacio de la Alhambra tenía su propio *hamman*, este es el único que se conserva. Y bastante bien, pese a las diferentes adaptaciones que fue sufriendo. Algunos de sus azulejos son increíbles y su linterna —habitual en la arquitectura nazarí— ilumina el patio central y las habitaciones con camas laterales. Una de las curiosidades que impacta a niños y adultos es la letrina, perfecta, que tenía el sultán. En la parte alta del baño, además de ser el lugar desde donde el sultán elegía a su favorita para la jornada, también está el balcón donde tocaban los músicos. Naturalmente, ciegos.

Conocida también como *qalahurra*, «por el poema que figura en el interior de su habitación principal», resalta Bermúdez, la Torre de la Cautiva puede ser el mejor lugar para entender la fortaleza defensiva que es la Alhambra. Su estructura arquitectónica y su composición decorativa, según la *Guía oficial de los Palacios Nazaríes* —obra, entre otros, de Mar Villafranca y el propio Jesús Bermúdez—, «subrayan el momento de mayor pureza del arte nazarí». Todo visitante que pueda ser acompañado por un arabista capaz de traducir el poema de Ibn al-Yayyab, predecesor de otro grande, Ibn al-Jatib, puede considerarse un elegido de los dioses.

De vuelta a la calle, tras los encajes de la Torre de la Cautiva y bajo el efecto de tanto esplendor, no se puede evitar pensar que dice mucho de la dinastía nazarí el hecho de que los sultanes tuvieran primeros ministros que, a su vez, eran capacitados poetas y estadistas extremadamente cultos. Reflexionando sobre este hecho en una de las terrazas de la Calle Real, la sensación es que sería muy raro encontrar, en pleno siglo XXI, un primer ministro con esas características.

El libro del barón Davillier y Doré nos explica cómo fueron nuestros gobernadores de la Alhambra en el siglo XIX: «Cuando el palacio moro fue confiado a la vigilancia de los gobernadores, la mayoría de los que tenían como misión guardarlo y conservarlo parecieron entregarse porfiadamente a la tarea de apresurar su ruina. Sería una historia muy curiosa la de estas devastaciones. Veríamos, por ejemplo, al gobernador Savera utilizar un mirador moro para

establecer su cocina. A otro, don Luis Bucarelli, antiguo oficial catalán, establecerse en las habitaciones de los reyes de Granada y aposentar en ellas sucesivamente a sus cinco hijas con sus cinco yernos. Se dice que este fue quien, para pagar los gastos de una lidia de toros, vendió un día los azulejos más bellos entre los que adornaban la mayoría de las salas». Por supuesto, Davillier escribe que el famoso ladrón de azulejos que dibuja Doré arrancándolos tranquilamente con un cincel era un inglés. Vaya usted a saber. Como veremos más adelante, Richard Ford, el gran viajero por España, hace un relato muy similar treinta años antes que Davillier. Seguramente, y pese al desprecio mutuo que comparten franceses e ingleses respecto a la piel de España —la Guerra de la Independencia, Wellington y Napoleón pesaban mucho—, el barón lo había leído. E incluso, en alguna ocasión, lo cita a pesar de ser «inglés».

Luce una tarde estupenda y no hace falta pensar mucho para encaminar los pasos hacia «la Casa Real de la Felicidad», el Generalife. De todas formas, el barón francés se equivocaba, porque vaticinó que no quedaría ni un azulejo si los robos seguían a ese ritmo —por cierto, él es citado por algunos estudiosos como uno de los que tuvo que ver con la salida de los jarrones de la Alhambra—, seguramente porque no contaba con el trabajo de hombres como Leopoldo Torres Balbás.

* * *

La Casa Real de la Felicidad. ¿Quién osaría dar ese título a un lugar, incluso mereciéndolo? Pues lo hizo Ibn al-Yayyab, poeta, intelectual, ¡político! —primer ministro en la Corte nazarí de Granada — y consejero de seis sultanes durante casi medio siglo. Para él, la Casa Real de la Felicidad era el Generalife, la finca de caza y de cultivos de la Alhambra, el palacio de verano de los sultanes. Y de los amores prohibidos de las sultanas.

Si, al amanecer, por la Calle Real se percibía el aroma del mirto —entre geranio y madera—, aquí, en el Generalife, te impregna los poros de la piel. Quizá es porque en otoño e invierno —faltan aún días para la primavera— el mirto se aprovecha de que el jazmín o el azahar todavía están convalecientes del frío y no se atreven a salir. Es fácil entender por qué Al-Yayyab compara el lugar con una novia adornada para su boda en uno de sus hermosos versos labrados aquí dentro.

Entrar en esta finca de recreo y de siembra, una almunia para los sultanes nazaríes —está fuera de las murallas de la Alhambra, pero a un paseo de unos cientos de metros—, es viajar a la parte más lúdica de la cultura árabe, la más cursi para quienes tienen miedo al

romanticismo.

No hay una fecha exacta sobre cuándo se empezó a levantar —quizá estaba recogida en alguno de los miles de textos árabes que Cisneros ordenó quemar—, pero los guías y los historiadores lo sitúan entre la segunda parte del siglo XIII y la primera del XIV. Era una finca de caza, eso es seguro.

La primera parte del Generalife, los Jardines Nuevos, planificados al inicio del siglo XX, reciben a los grupos de turistas que recorren el lugar. La mayoría lo hacen una vez acabada la visita a los Palacios Nazaríes, cansados ya, sobre todo si hace calor, lo que a menudo no permite apreciar bien el espacio. En la entrada, a la izquierda, las vistas sobre el Albaicín y Granada distraen la atención del teatro al aire libre, de 1952, donde se celebra el Festival Internacional de Música y Danza de Granada.

Es difícil imaginar que aquí hubo huertas, muchas y grandes, pero el paseo-camino del palacio del Generalife recuerda que también se sembró de todo, incluidos los nuevos frutos traídos de las Américas por los barcos de los Reyes Católicos o de Carlos V. La felicidad de flores y plantas se debe a la Acequia del Rey o del Sultán, que recorre el lugar con murmullos de agua que alivian a las visitas.

La adrenalina se revoluciona ante el palacio, el lugar que llevó a Al-Yayyab a dar tal nombre a esta construcción de precioso patio rectangular, con acequia y jardines alrededor, más los arcos que llevan a las habitaciones. El interior del patio no deslumbra si uno viene de visitar los Palacios Nazaríes, pero es un aperitivo si se ha empezado por los jardines. Y la luz, esa luz *granaína* que concede un halo a toda la colina de la Sabika, en el Generalife alcanza su momento cumbre.

Es en el Patio de la Acequia donde las cámaras y móviles de chinos, japoneses y demás turistas se disparan para repetir uno de los planos más famosos de la ciudad palatina de Granada, el que acompañaba nuestros libros de historia y arte junto con el del Patio de los Leones. Los *selfies* y las fotos de grupo pueden hacer que alguno de los muchos buscadores de poses acabe en el agua, a no ser que escoja para visitarlos la primerísima hora de la mañana o última de la tarde. Los surtidores cruzados vuelven loco al personal. Algún sultán con humor ordenaba, de repente, abrir los canalillos para regar y mojar a sus invitados, que no sabían de dónde venía el agua.

El lugar más desconcertante en estos momentos de los Jardines del Generalife es el que acoge la leyenda más popular, el Ciprés de la Sultana, donde se supone que la mujer de Boabdil y un caballero arrayán engañaban al desdichado último rey de Granada. La leyenda mantiene que, tras ser «pillados» bajo el ciprés, se desencadenó la

matanza de los arrayanes, jamás probada, pero que volvió locos a los escritores románticos. Y para los visitantes de este siglo XXI, en la era de Tinder o de Meetic, es fácil imaginar que en un lugar tan bello se siguen viviendo momentos de amor y de arrumacos sin prisas. Es desconcertante observar el enorme ciprés seco, sujeto con un aro de hierro para que no se caiga. Más bien parece que se le intenta mantener prisionero con la gran argolla, como si fuera castigado por ser el último resto que recuerda la historia de los amantes infieles.

El Generalife, el palacio de recreo de los nazaríes. © Samuel Magal/Album/Heritage Images.

Es un lugar adecuado para abrir el libro de Richard Ford. Se pateó la Península a lomos de caballo —le debía de aburrir tanto cuidado de su esposa y familia—, y bajo la displicencia y «curiosa impertinencia» con las que observan los británicos todo lo que hay en la pérfida Europa —mucho más si es de la cola de Europa, esa España africana y oriental—, nos dejó una obra tan brillante como poco limpia de los prejuicios de una clase social más que estirada.

Algunos de sus datos son controvertidos, como la leyenda entera, que eso es lo que es, una leyenda. Se enfrentaron zegríes, partidarios de Ahyesah (Aixa), y abencerrajes, partidarios de Zoraya (Isabel). Ford escribe que Boabdil hizo matar a los abencerrajes, partidarios de Isabel de Solís, uno de los cuales era su amante. Otros datos sitúan la matanza unos años antes, en los tiempos de su padre y de su abuelo,

que no se llevaban precisamente bien con los abencerrajes. Hay citadas hasta tres matanzas de estos desde la primera mitad del siglo XV en Granada. Pero es un cuento tan de hadas y tan «oriental» que a ella se apuntaron los románticos. La conclusión de Ford es que «los más valientes mueren en el momento en que Castilla y Aragón se unían bajo Fernando e Isabel». Es cierto, las disensiones acabaron con la dinastía nazarí.

El británico escribe: «Granada, que bajo los moros tenía medio millón de habitantes, apenas si cuenta ahora [1833] con ochenta mil. La fecha de su ruina es el 2 de enero de 1492, cuando el pendón de Castilla ondeó por primera vez sobre las torres de la Alhambra […], de la misma manera que la Cava dio paso a la ruina de la monarquía goda y abrió el trono de España a los moros, así una mujer cristiana era ahora la *teterrima causa* de la caída musulmana, facilitando el triunfo de los descendientes de Pelayo. Su nombre era Isabel de Solís. Era hija del gobernador de Martos y, habiendo sido cogida prisionera por los moros, se convirtió en la favorita de Abu al-Hassan, rey de Granada. Es la heroína de una romántica novela histórica de Martínez de la Rosa. En árabe se llama Zoraya, «estrella de la montaña», alusión a su magnífica belleza, porque Ayeshah, otra esposa y prima de Abu al-Hassan, se sintió celosa…». Seguro que recuerdan que unos se hicieron partidarios de Aixa, la madre de Boabdil, y otros de Zoraya.

Más allá de la lucha entre partidarios de una y otra, lo triste, solo amortiguado por los resultados actuales a la luz de una Granada bien diferente, son las reflexiones del hispanista británico al hilo de la caída de los nazaríes y el despegue de Iberia: «Los moros, antes de la caída de Granada, aunque aborrecidos, eran tratados con respeto por los cristianos, como moros, caballeros y soldados. Pero después fueron llamados moriscos. Este diminutivo expresaba desprecio y auguraba ese mal trato de que el partido vencido es con demasiada frecuencia víctima en la cruel y púnica Iberia […]. La existencia de los moros, debilidad aparente de España, era de hecho el secreto de su fuerza».

Ya se sabe que lo de la «púnica Iberia», como el desprecio a sus habitantes, proviene de la veneración de Ford por Wellington, el salvador de España frente a Napoleón. Este país, dice el británico, «aunque ahora sea el ludibrio [la burla, la mofa] de Europa, que en otros tiempos palidecía ante su nombre, Granada sigue siendo la tierra prometida de lo romántico, el lugar donde el presente se olvida en el pasado, y donde, aunque su harpa haya enmudecido y su espada enromado, el eco de los tiempos felices sigue resonando por sus patios cubiertos de mirtos». Desolador, como el resto de las páginas en las que detalla el escarnio al que durante doscientos años fue sometido

este lugar por sus gobernadores y administradores. Y, en este caso, el británico apuntaba hacia la verdad. Por eso, cuando el sol ya está bajando, el tomo sobre Andalucía de Ford regresa al bolso para que no rompa ninguna magia y entramos en el canto inolvidable del Generalife, la Escalera del Agua.

Pese al arte de Sofia Moro, es difícil que las fotos hagan justicia al lugar, entre otras cosas por la imposibilidad de recoger y retratar como se merece el agua cayendo por las barandillas de esta ingeniosa escalera. Tampoco las imágenes de vídeo hacen justicia al rumor del agua trotando por las tejas de la barandilla, a los olores que se cuelan entre las trepadoras o a la luz filtrada por los techos vegetales en estos tres tramos de escalera, donde las manos se hunden en busca del frescor de las aguas limpias de Sierra Nevada.

«Todo es atractivo y coqueto en estos Jardines del Generalife, que a algunos decepcionaron por pecar de ignorancia», cuenta el francés Henry Lyonnet, también conocido como el escritor y periodista Alfred Copin, en *La España desconocida*. Y continúa: «Por todas partes hay surtidores de agua, tejos podados y cipreses enormes, de uno de los cuales, monstruoso, se dice que tiene mil años. Sea cual sea su edad, lo cierto es que ya estaba ahí en tiempos de los moros». Aún estaba vivo el famoso ciprés.

La evocación de aquellos tiempos de cultura, sabiduría, ciencia y amor nos pisa los talones por esta finca de recreo donde se escuchan los pasos susurrantes de las sultanas enamoradas, enganchando sus velos en las espinas de los rosales; los poetas visires o el triste Boabdil, espiando a su mujer infiel y al amante caballero arrayán. Todos susurran al atardecer.

* * *

La Alhambra es Granada. La ciudad se lo debe todo a los nazaríes, pero Granada no solo es la Alhambra y la colina de la Sabika. Enfrente, sobre las otras dos colinas, están el Sacromonte y el Albaicín, donde se ubicó el primer palacio árabe. Los dos lugares fueron bien paseados por los escritores, tanto como las cantadas orillas del Darro y del Genil.

Es el Sacromonte uno de esos sitios que atrajo, una tarde tras otra, al pintor, dibujante y grabador Gustave Doré, el compañero del barón Davillier. Aquí realizó muchos de los dibujos que han exportado la mirada sobre Granada más allá de los Pirineos. Ha pasado de «cuartel general de los gitanos», peligroso hasta la segunda mitad del siglo XX, a ser el lugar donde los guiris se alquilan cuevas y donde los gitanos integrados entregan su *jondo* con alma a quien sabe encontrar

dónde se esconde el duende, una mezcla que recuerda a los orígenes multiculturales que le adjudica la historia.

«El Sacro Monte es hoy el cuartel general de los gitanos de Granada. Es, para hablar con propiedad, una ciudad dentro de la ciudad con una población que tiene costumbres y lenguas particulares […], las faldas de la colina están socavadas por infinitos agujeros o grutas que sirven de vivienda a los gitanos». En 1862, el escritor Charles Davillier veía así la colina de Valparaíso, donde se asienta uno de los seis barrios del Albaicín de Granada. Cuentan que los judíos y los moriscos expulsados por los Reyes Católicos dejaron tras de sí a su servidumbre; una parte se instaló en el Sacromonte, hoy limpio, encalado hasta la pulcritud. Su blancura daña la mirada del paseante cuando el sol rebota en sus casas.

Las cuevas de los gitanos que veía Doré en 1862. Album/akg-Images.

La nota de color la ponen las puertas de las antiguas cuevas, convertidas ahora en lugares para el flamenco —la zambra y el zorongo, que dejaban boquiabiertos a los extranjeros—, preferentemente destinado a turistas. De los dibujos de Gustave Doré, con las gitanas con aspecto de bruja bailando a las puertas de las cuevas, las niñas desnudas pateando la zambra o los cerdos mezclados con niños gitanos, no hay ni rastro. Eso sí, las chumberas siguen siendo la vegetación que retrata el lugar.

Cuidado, que sea un barrio para pasear a los guiris no significa que no haya nichos donde la esencia del cante y el baile *jondo* no

aparezca. Todo lo contrario. La *jondura* y el *duende* de este barrio, que tanto tiene que ver con el cante grande que enamoró a Federico García Lorca y a Manuel de Falla —aquí se hizo el primer concurso de flamenco, dicen, en 1922—, se mantienen vivos. Apellidos vinculados a los Maya, los Amaya, los Habichuela, los Cortés, los Carmona, los Bustamante, entre otros, siguen dejando huella, pero hay que encontrarlos al atardecer. Algunos llegan buscando a Curro Albaicín, que hace tiempo dejó estos barrios.

Por el día, lo que llama la atención si se va hacia la cima, donde está la abadía, es la casa de Brígida, *La Sevillana,* que se vino desde Barcelona en 1977 «porque no ganábamos para comer. Y aquí me quedé». Una se la topa a veces en su patio, donde es imposible no fijar la mirada ante el alarde de adornos, platos, macetas, la imagen de María Santísima del Sacromonte, el Cristo del Consuelo… «También tengo el de los gitanos», dice.

La Sevillana tiene siete hijos, quince nietos y doce biznietos. «Tenéis que ir hasta las cuevas del museo, para que se vea cuando no había ni agua, ni luz, ni baños. Hacíamos caca detrás de una pita. Eso lo tienen que saber también los turistas», explica Brígida, que saluda a todas las parejas rubias que suben y bajan, que se hacen fotos con la fachada de su casa a la espalda. Tiene un bote para quien tenga a bien dejar una moneda, que ella no pide. «Me multaron por poner un andamio para limpiar y colgar cosas y me enfadé. Salí en el periódico», cuenta, mientras invita a un vaso de agua fresca. Dentro, una mesa camilla impoluta de faldas coloridas, y fotos de Brígida disfrazada para los carnavales, que le encantan. Brígida mantiene que los gitanos actuales del Sacromonte, «los que tienen una cueva para flamenco, están integrados. Mucho y bien».

Con el consejo de La Sevillana comienza el ascenso hacia el Museo del Sacromonte, en el Barranco de los Negros. Las chumberas, el aloe vera, los geranios y las trepadoras alivian la fatiga de la subida, ayudada también por los bancos que caritativamente han dejado en los recodos para niños, añosos y ¡sí, jóvenes también! Poemas de fray Luis de León —«Del monte en la ladera»; «Granada es la flor dejada por el cauce de ese río…»— dan la disculpa para detenerse y devolver el corazón de la garganta al pecho.

Tenía razón Brígida. Al Museo Etnográfico del Sacromonte hay que subir para entender cómo se vivía aquí hasta principios de los años ochenta, «cuando se trajo la luz y el agua corriente», cuenta uno de los voluntarios que vende las entradas. Tras la subida gloriosa conviene tomar un refresco en la terraza sobre el curso del Darro y el Albaicín, antes de recorrer las diez cuevas que muestran cómo era la

vida por aquí arriba.

Está ya avanzada la mañana y el sol sacude. Entramos en la cueva de una familia donde «hay una sola pieza, con tablas mal unidas. Y aquí, en esta estancia de paredes encaladas, vive en confusión toda la familia», escribía el barón Davillier. Es imposible no retroceder, no imaginar el pasado en este dormitorio de colcha de ganchillo y lleno de fe.

Para los amantes del flamenco, conocedores de su historia, debe de ser «un alucine de no olvidar», comenta una señora de Valencia que visita el lugar, porque en un lugar así crecieron, seguro, algunos antecesores de establecimientos tan populares entre los *granaínos* como la Venta del Gallo —«ahí se celebran bodas y bautizos», había explicado un taxista el día anterior—, Casa Rocío, La Zambra, La Canastera o Casa Pepe. Seguro que quedan artistas canosos, ya le den al cante, a la guitarra o al cajón, que recuerdan bien cómo fue su infancia en las cuevas.

La abadía del Sacromonte corona este barrio en el que ya dejaron sus huellas los habitantes trogloditas, los nazaríes, los judíos, los árabes, los moriscos desterrados por Isabel y Fernando… Y no podía faltar una abadía con sus reliquias católicas, las de santos como Cecilio, discípulo del apóstol Santiago, y los *Libros plúmbeos**, que hicieron correr ríos de tinta en los siglos XVI y XVII.

Lo mejor de la abadía es el espectáculo de mirar la Alhambra desde otra perspectiva, porque la vista ofrece un plano diferente del acostumbrado desde el Albaicín. Al bajar, dejando atrás las primeras cuevas que se abren para recibir a las visitas con los primeros cantes y zambras, la parada en una de las terrazas que rodea la estatua de Chorrojumo, el autoproclamado «rey de los gitanos» hace más de un siglo, da para reposar todo lo que se ha dejado atrás. Trogloditas, moros, cristianos y flamenco, arte en tantas esquinas…, solo que ahora tan lejos de aquella pobreza triste y dura que les encantaba retratar como pintoresca a los viajeros románticos.

Así que toca sentarse y buscar la historia de este Chorrojumo, Mariano Fernández Santiago, mientras cae una cerveza helada con el Darro murmurando, y descubrir que este rey gitano fue un pícaro, precursor del turismo entre los extranjeros, gracias a como le vistió de goyesco su tocayo el pintor Mariano Fortuny. Es inevitable mirar hacia arriba, buscando la Cuesta del Rey Chico, donde dicen que este personaje cayó fulminado por un infarto, según Internet y la leyenda. Grande Chorrojumo.

* * *

De vuelta al hotel, dentro de esta fortaleza única que es la antigua ciudad de la dinastía nazarí, los pájaros de la buganvilla se marchan ya a dormir; las luces de la Calle Real son tan cálidas y misteriosas que, con el recinto de la muralla cerrado, en cualquier momento puedes esperar el paseo de Aixa amonestando a su hijo Boabdil.

Es ese el momento en el que hay que guardar las notas para los amigos y una misma, con todo lo que conviene saber sobre el lugar, todos esos datos que no sirven tanto para adornar la historia como para enriquecerla, que no es lo mismo.

A saber: la Fuente de los Leones tuvo dos tazas (recipientes de la fuente) desde el siglo XVI hasta el XX, cuando se restituyó a la forma original que le dio Mohamed V en el siglo XIV, aunque existen otras teorías. Hay guardada una réplica idéntica de la fuente, con las incisiones en la frente de cada león. Cada uno de estos doce animales está delante de los versos del visir y poeta Ibn Zamrak.

Los recorridos que se hacen hoy para visitar la ciudad palatina no tienen que ver con los de los tiempos de los nazaríes. Cada palacio —el Mexuar, Comares, los Leones— era una unidad en sí misma. Hay dos maneras de observar la Alhambra, la cristiana y la nazarí.

La Alhambra ha sobrevivido a los terremotos durante siglos gracias a que los muros son de tierra apisonada y las columnas tienen una lámina de plomo entre la base y la columna, que hace que el edificio baile cuando se producen temblores. Hay columnas en los patios en las que se ve perfectamente la lámina gris del plomo. Es un prodigio arquitectónico.

En tiempos de los nazaríes, las diferentes clases sociales no se cruzaban en pasillos y estancias, otro reto para un arquitecto. El recorrido áulico, el de la belleza del sultán y los suyos; el recorrido burocrático, de los administradores y escribas del sultanato, y el recorrido del servicio, de los que limpiaban o llevaban leña para las calderas, por ejemplo, no se encontraban nunca.

Ningún estudioso sabe con certeza dónde estaba el harén. Lo de encima del Patio de los Arrayanes es una suposición.

La Alhambra habla, se describe a sí misma. En cada estancia, quien sabe árabe puede recorrer su historia, desde el enorme respeto a Alá, pasando por la preciosidad del lugar, jardín del Paraíso en la Tierra, a las amenazas sutiles del señor, el sultán. Hay poemas maravillosos, cumbres de la poesía árabe.

Es una ciudad-fortaleza viva, no la que abandonó Boabdil el 2 de enero de 1492. Se han integrado los arreglos y las modificaciones cristianas, como el Peinador de la Reina o las habitaciones de Carlos V o de Washington Irving. Pero también ha sido víctima de

restauraciones canallescas.

En el palacio de Comares y en el Patio de los Arrayanes, si se mira desde el pórtico frente a la Torre de Comares, la fila de «almenitas» son un añadido de los restauradores, «que adornaban», un concepto del siglo XIX. Lo peor lo eliminó ya el gran Leopoldo Torres Balbás, arquitecto, intelectual y restaurador de la Alhambra desde 1923 hasta 1936, cuando estalló la Guerra Civil. Salvó lo que vemos y marcó el camino para restaurar la joya más visitada de la península Ibérica y uno de los edificios más importantes de Europa, siempre entre los diez primeros. También del mundo, depende del *ranking* que escojas.

En el Museo de la Alhambra —situado en el interior del palacio de Carlos V— se visitan dos de los míticos jarrones enteros de la Alhambra, cumbre de la cerámica árabe. Hay una docena de jarrones localizados en diferentes lugares del mundo, algunos perdidos por los expolios a los que fue sometida la ciudad durante el siglo XIX. El museo no recibe demasiadas visitas y es un sitio delicioso.

Los ladrones de azulejos que dibujó Doré retratan una realidad: desde Fernando VII —o antes— hasta Alfonso XIII, la Alhambra fue sometida al robo y pillaje de desaprensivos nacionales y extranjeros, empezando por sus propios gobernadores.

No es verdad que el palacio de Carlos V destruyera una gran parte de la Alhambra; no se sabe bien qué había debajo, pero parece que no eran grandes construcciones. Quedó inacabado, no por falta de dinero, como escribieron los cronistas extranjeros, sino porque Carlos V perdió interés por Granada.

Sobre si la sangre de la fuente de los Abencerrajes es óxido o si perteneció a la bella Zoraida no está claro dónde acaba la historia y dónde empieza la leyenda. Zoraida y Lindaraja existieron, y fueron, como otras muchas, prisioneras cristianas de las que se enamoraron los árabes. También hubo princesas árabes capturadas por cristianos que caían fulminados ante su atractivo. Sí que jugaron papeles importantes personajes únicos como Aixa, la valiente madre de Boabdil. Pero esa es otra historia.

Las leyendas fueron difundidas inicialmente por Washington Irving, que recogió una parte de la tradición oral entre los granadinos, algunos habitantes de la Alhambra y varios archivos. Los *Cuentos de la Alhambra* es un tesoro que fue utilizado como manual para aprender inglés y que extendió la magia de la Alhambra —existe, pese a lo sobado del concepto— por toda la Europa romántica.

El libro de Owen Jones sobre la arquitectura y el significado de la Alhambra es lo más serio de todo lo que se escribió en el siglo XIX sobre la ciudad palatina, y es tomado por los estudiosos como fuente

fiable. Hay una edición española estupenda, realizada por el catedrático Juan Calatrava.

Hay una traducción reciente de José Miguel Puerta de las inscripciones de la Alhambra, ese lugar que habla entre el murmullo del agua y la brisa de sus corredores. Se puede encontrar una inscripción en cada habitación. Antes de la de José Miguel hubo otra traducción de fray Darío Cabanelas, un respetable monje franciscano que durante la Transición ayudó a entender la Alhambra actual.

Y, por último —quizá debería ser lo primero—, no se puede iniciar el viaje al interior de las murallas de la ciudad roja sin tener claro que la fortaleza responde al concepto de mestizaje cultural. «Visto desde el momento actual, en Granada se ha hablado más tiempo árabe —ochocientos años— que castellano», recuerda Daniel Grammatico, uno de los guías arabistas que ayudó a elaborar este capítulo.

2

Los extranjeros nos psicoanalizan en el diván de El Escorial: Gautier, Davillier, Morris y Nooteboom

Febrero se parece más a abril o a mayo que a sí mismo. Al salir de Madrid, temprano, aún hace frío, pero el azul limpio y transparente de las ocho de la mañana amenaza con tornarse gris a medida que avance el día. La boina plomiza se cuela por las calles, los parques, las ventanas abiertas, la piel de la gente paliducha o verde-gris —en general, las mujeres lo disimulan mejor gracias al maquillaje—. Los tubos de escape de coches y motos disparan vahos contra los peatones, los ciclistas y algún «valiente» con patinete y sin casco.

Dejar la ciudad un día de diario es un privilegio, aunque sea a costa de avanzar por las calles del centro hacia la atascada M-30 con un motor diésel que transmite culpabilidad por contaminación desde la primera arrancada. La ausencia de lluvia se ha aliado con todos los humos dañinos, y la advertencia de la Unión Europea —la de multas que nos van a caer— no resulta disuasoria.

En el asiento de atrás del coche viajan los cuatro libros de escritores extranjeros que empujan a la fuga hacia el Monasterio de El Escorial, ese Real Sitio fundado por Felipe II, *El Prudente*, nieto de los Reyes Católicos, hijo del emperador Carlos V de Alemania y I de España, según rezaban los libros de Historia de nuestros colegios. No pueden faltar los de Gautier y Davillier, y además, del montón de extranjeros que hay sobre la mesa, elegimos otro más fino y cercano en el tiempo: el estupendo, ágil y osado texto de Jan Morris titulado *Presencia de España*. La que para muchos es una de las mejores escritoras de viajes del siglo pasado publicó este libro en 1964, basándose en los artículos que hizo para la revista *Rolling Stone*, cuando aún era el escritor, militar y periodista James Humphrey Morris. El verano anterior, todavía como hombre, había recorrido el país con su mujer y alguno de sus hijos en una furgoneta. Realizó su cambio de sexo en 1972.

Hemos añadido otro libro más, aun a riesgo de perdernos entre tanta página, pero cómo nos veían —y nos siguen viendo— hace doscientos, sesenta o cuarenta años partiendo de El Escorial y Felipe II es un ejercicio muy tentador. Este cuarto texto es el del holandés —

neerlandés, escribe él, y así debe de ser— Cees Nooteboom, quien en *El desvío a Santiago* recoge sus muchos y variados viajes por la Península y las islas desde mediados hasta finales del siglo XX. Como ya hemos avanzado, Nooteboom vive una parte del año en Menorca y le encanta España.

Casi suenan como en el chiste: dos franceses, un inglés y un holandés que en diferentes momentos de la Historia reciente —desde mitad del siglo XIX— han visitado la pomposamente denominada «octava maravilla del mundo», una ciudad-fortaleza emblema de la cumbre del Imperio de los Austrias. Recorriendo el sitio y, quizá, sin pretenderlo, han psicoanalizado a un país que lleva varios siglos tendido en el diván, con la Iglesia católica y el poder monárquico como principales aliados para enviarnos al psiquiatra.

Es divertido y comprensible, aunque a veces irritante, observar cómo los propios fantasmas de cada uno de esos escritores —los cuatro ligera o intensamente enamorados de España— mediatizan también su análisis. El poeta y novelista, fotógrafo, «pobre diablo de escritor de folletines», como se define a sí mismo Théophile Gautier, viaja siendo aún joven, cuando han transcurrido menos de treinta años desde la expulsión de los franceses en la Guerra de la Independencia; Charles Davillier, mucho más prudente y cauto, hispanista, aristócrata, anticuario —las malas lenguas cuentan que se llevó de España cosas que no debía— y muy culto, se deja arrastrar en menor medida por la leyenda negra sobre Felipe II y lo hace veinte años después de Gautier, a quien, sin duda, ha leído; cien años más tarde, la británica Jan Morris casi escribe a vuelapluma, a veces desenfadada, pero con los resabios del toque de superioridad de Richard Ford, el eterno «impertinente» reconocido por su extensa obra sobre España. Ford vivió en Sevilla unos años y se volcó en una obra que ha sentado las bases para todos los prejuicios que los británicos tienen sobre España. Y Morris no es menos. Como veremos, vierte juicios sobre los españoles que aún hoy producen cierto dolor.

Cees Nooteboom es, quizá, quien mejor conoce el país. Está más cerca de nosotros. «Cuarenta años dura esta historia [su relación con España]; es la línea más constante de mi vida junto con la escritura. Y es física: un año sin el vacío de este país, sin los colores de la tierra y las rocas, es un año perdido», escribe. Tiene la ventaja de ser contemporáneo, de haber vivido aquí desde antes de la Transición y la «movida»; quizá es quien más tiempo ha tenido para leer la historia de El Escorial, para atisbar una parte de lo que significó Felipe II, ese monarca «sobre cuyo imperio no se ponía el sol». Y no solo en su Holanda natal, donde pervive el terrible recuerdo del rey y del

sanguinario duque de Alba, sino que ha presenciado en vivo cómo esa España triste y negra levantaba cabeza. La primera edición de *El desvío a Santiago* es de 1992.

Cuenta Charles Davillier que, según un viajero francés, «la distancia de Madrid a El Escorial es muy semejante a la que hay entre París y Fontainebleau», y aunque solo «son ocho leguas», el viaje en ferrocarril «es pesado y largo. Más de una vez lo hemos hecho en diligencia o en esas antiguas carrozas de tablas amarillas adornadas con pinturas fantásticas y con un tiro de cuatro mulas empenachadas». El viaje duraba «no menos de ocho o diez horas» allá por 1862. Ahora no hay diligencias y dura una hora si se hace fuera de hora punta.

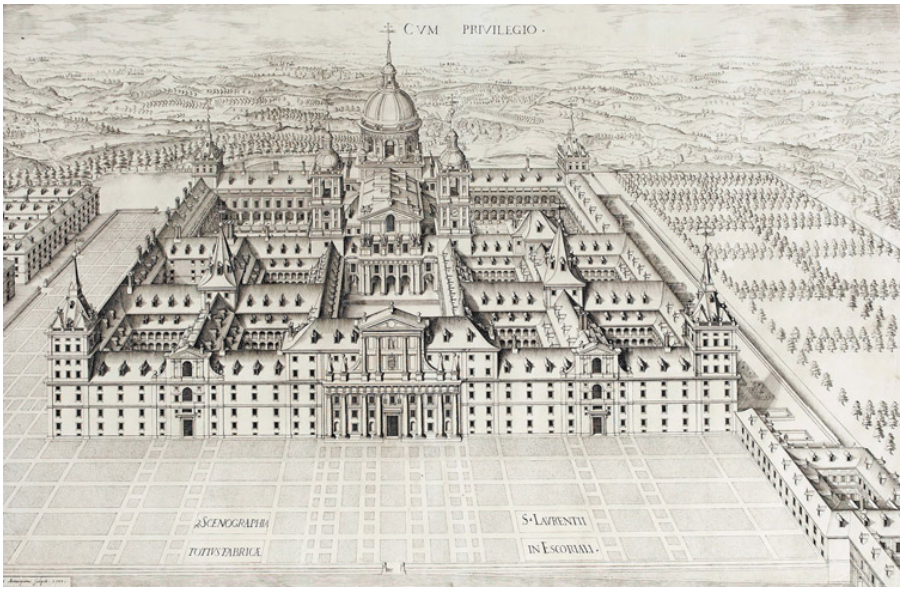
Pasadas las ocho y media de la mañana de este 14 de febrero, ciento cincuenta y siete años después de que el barón francés y el artista Gustave Doré partieran desde la capital, la autopista AP-6 (la carretera de A Coruña) va cargada de coches, aunque no tantos como los que pelean por entrar en la ciudad. Sigue brillando el sol, el cielo es cada vez más azul a medida que avanzamos hacia la Sierra de Guadarrama, mientras van quedando a la derecha las numerosas salidas que conducen a las poblaciones más ricas de Madrid: Pozuelo, Las Rozas, Torrelodones, Collado Villalba… La entrada por la Nacional 505 es la del antiguo camino trazado por Felipe II tras varios debates sobre cuál era la mejor ruta —con las correspondientes expropiaciones de fincas, «bien pagadas», según los historiadores de la época— entre Torrelodones, Galapagar y El Escorial.

El rey cruzaba el río Guadarrama, hoy de escuálido caudal, y tomaba el camino de Valmayor. La bajada hacia el arroyo del Tercio, que desemboca en el hermoso pantano de Valmayor, permite contemplar la aparición de El Escorial. Entonces es el momento de recurrir al texto de Théophile Gautier, que durante seis meses de 1839 se paseó por la Península con máquina de daguerrotipos incluida: «En seguida se divisa, recortándose en el fondo nebuloso de las montañas, El Escorial, ese Leviatán de la arquitectura. Desde lejos resulta muy bello: parece un inmenso palacio oriental…», escribe el francés en una de las pocas referencias amables al lugar. «Atravesado el olivar, se desemboca en el pueblo donde os encontraréis frente a frente con el coloso que, visto de cerca, pierde mucho, como todos los colosos de este mundo […]. Realmente me siento apurado para dar mi opinión sobre El Escorial. Ha habido tantas personas serias y famosas (a mí me parece que tal vez no lo han visto) que lo han descrito como una obra maestra y un supremo impulso del genio humano, que yo, un pobre diablo errante, daría la sensación de querer ser original al llevar la contraria a la opinión común, pero, a pesar de todo, digo en

conciencia, que juzgo El Escorial como el monumento más abrumador y más melancólico que puedan soñar, para mortificación del prójimo, un fraile lúgubre y un tirano suspicaz. No se me oculta que El Escorial tenía una finalidad austera y religiosa. Pero la seriedad no significa esterilidad y ausencia de ideas; y la melancolía no es el marasmo, ni el recogimiento es el aburrimiento. La belleza de las formas puede casar bien con la elevación de ideas […]. Las personas enamoradas de la sobriedad en la arquitectura verán en El Escorial un modelo perfecto, pues en él no se emplean más líneas que las rectas, ni más estilo que el orden dórico: el más pobre y más triste que existe».

No tenía su día Gautier cuando llegó a El Escorial. El libro, una delicia cuando se trata de describir otros lugares, revela la antipatía y la obsesión que el escritor «universal» para los franceses tenía contra Felipe II y su austeridad, su absolutismo y su complicidad con la Inquisición. Incluye en esas antipatías al arquitecto Juan de Herrera, que acabó el proyecto iniciado por el interesante Juan Bautista de Toledo, colaborador de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina y a quien Felipe II trajo de Italia. Las manías de Gautier se extienden también a El Greco, a quien en otras partes del texto pone a caer de un burro por los rostros y las formas de su pintura. No sabía que en eso coincidía con el monarca español, quien llegó a rechazar el *Martirio de san Mauricio* del pintor de Creta cuando ya vivía en este lugar.

Con las palabras de Gautier en los oídos, la avenida Juan de Borbón y Battenberg da la bienvenida a quienes llegan desde la capital y recuerda que este don Juan, el rey sin corona del siglo xx, el padre de Juan Carlos I, que cedió a su hijo los derechos al trono para posibilitar la llamada Transición de la dictadura de Franco a la monarquía parlamentaria, está ahí dentro, en el Pudridero contiguo al Panteón de los Reyes, diseñado por Felipe II para los monarcas españoles. Allí deberá estar cuatro décadas —lleva poco más de veinticinco años— hasta que los restos sean trasladados al Panteón.



No hay forma de encontrarle a El Escorial la «forma de parrilla» de San Lorenzo que algunos le atribuyen. Album.

Cosas de la historia, de camino, a la izquierda, ha quedado el monumento al Valle de los Caídos, donde el general Franco acaba de ser desalojado de su basílica, encargada a Juan de Ávalos. Ha costado más sacar al dictador de su lecho, que ocupó hace cuarenta y cinco años, que a los monarcas del Pudridero, donde, como decimos, tienen que estar cuarenta años. Los paquetes turísticos ofrecen conjuntamente la visita a El Escorial y al Valle de los Caídos, y, a menudo, la imaginación de los extranjeros —y de los nacionales— procesa sin excesivo rigor la vinculación entre la grandeza del Imperio de los Habsburgo y la dictadura de Franco, una estratagema burda para historiadores e ilustrados pero de fácil manejo entre las masas de turistas. Ahora el discurso ha cambiado y, tras la pandemia, habrá que estar atentos a ver si el Valle sigue siendo centro de interés turístico más allá de nostálgicos y extremistas seguidores del dictador.

* * *

Aunque a estas alturas de febrero solo ha nevado un par de días, las montañas de granito y el monte Abantos están jaspeados de blanco en las cumbres. El granito, esa piedra con la que está edificado el monasterio y que procede de las entrañas de las rocas que nos rodean, es el culpable de la imagen «escalofriante» que produce en Cees Nooteboom, del «sentimiento de tristeza predominante» del que habla

el barón Davillier, o de la «penetrante tristeza de El Escorial, [donde] puede sentirse de algún modo la tragedia de España, sus nunca satisfechas aspiraciones», según Jan Morris.

Son poco más de las diez de la mañana y la calidez que transmiten los rayos del sol y los gritos de los chicos de más de un instituto —italianos y españoles— que esperan a las puertas del edificio para la visita, mientras, móvil en mano, se hacen fotos para subirlas a Instagram, disuelven cualquier atisbo de frialdad o tristeza. Las poses tanto de ellas —de perfil, pierna doblada, mano en la cadera, sacudida de melena al viento y sonrisa ensayada mil veces ante el espejo— como de ellos —gafas en la punta de la nariz, dedos en «V», pelo engominado o disparado en puntas, corte modelo futbolista y pendientes ídem— ante esa maquinita infernal que llevan en sus manos habrían dejado perplejos a los escritores que nos acompañan. A la tristeza de la que hablan solo se le acerca un ligero sentimiento de compasión por la profesora a la que nadie escucha, aunque se desgañita explicando los miles de ventanas que tiene el lugar o las parrillas del enorme san Lorenzo que presiden la entrada principal.

Ayudan también los cantos de las golondrinas y los vencejos que ya mencionaba Gautier, y que esta mañana, quizá tan locos como todos con el cambio climático, parecen más alegres que nunca, trastornados por una primavera que lleva dos meses de adelanto. En esta atmósfera no cabe ni la tristeza ni la grisura, porque el café con leche y el cruasán calentito levantan el ánimo, aunque la verdad es que nunca ha estado decaído. Las lecturas de lo que cuentan sobre El Escorial estos cuatro personajes llegados de más allá de los Pirineos despiertan una parte de curiosidad y otra de morbo, e invitan a averiguar qué queda de lo que vieron.

La barandilla que rodea las terrazas también es de granito. Las piedras de las fachadas, el empedrado y los pivotes de varias calles son de esa roca que en la Sierra del Guadarrama, en la presierra que rodea al Abantos, pasa inadvertida a quienes llevan siglos viviendo allí, incluso a los que lo hacen solo desde hace décadas, ya sea disfrutando de una segunda vivienda —El Escorial es una de las zonas residenciales más caras de las afueras de Madrid— o porque, a base de pasear o patear la sierra, ya forma parte de su ADN. Está en los viejos chalés de inicios del siglo pasado, enmarcando ventanas y puertas; en los bancos antiguos y sólidos de los parques, a veces vestidos de un musgo que los ennoblece; en las fuentes que aún perduran en los pueblos de la sierra; en las barandas que rodean las plazas, adonde trepan niños y viejos desde hace siglos para cotillear mejor, y en las

tumbas de cruz de granito pulida y sin pulir de los cementerios.

La presencia de esa piedra fría que extraña a algunos viajeros hoy se torna cálida en las terrazas con sillas de cojines floreados, con la tela a juego con el mantel de la mesa, las mantas que reposan en los brazos de las butacas exteriores y las estufas de gas que intentan espantar el frío. En este entorno, el hotel, restaurante y café Miranda-Suizo es un clásico. Cuentan que ya a mitad del siglo XIX estaba abierto, aunque el barón Davillier no habla de él ni mereció un dibujo conocido de su compañero Gustave Doré.

El lugar, a pocos metros del monasterio, entre la plaza de la Constitución y la calle Floridablanca, ha pasado por diferentes manos y es un referente para las primeras citas de quienes desconocen mejores rincones. Entre sus últimos dueños estuvo el Grupo Arturo, empresario de la restauración, amigo de políticos conservadores, que tanto juego dio en la prensa en los tiempos de la corrupción o de personajes como «el pequeño Nicolás», que serviría de ejemplo a cualquiera de nuestros escritores de hoy como prueba de que «lo «pintoresco» perdura en España. La búsqueda de ese concepto, el de «lo pintoresco», es una constante agotadora en muchos de los románticos del siglo XIX, que incluso llegan a irritarse cuando comprueban que la modernidad arrastra la pérdida del exotismo que les ha traído a España.

El Miranda-Suizo tiene ese aire algo decrépito que le dan los años, cálido gracias a la madera interior que abunda en las partes abiertas de la cafetería y del restaurante. En el mostrador, de ambiente tan *vintage* como el resto, se acopla una pareja de extranjeros que podrían ser alemanes. En las mesas, al pie de las ventanas, un par de señoras jubiladas —si no lo están, deberían—, rubias con raíz canosa, vestidas con chaqueta de punto y falda de paño a cuadros, medias gordas y zapatos andarines, ojean una guía que no está en castellano. Tienen la mejor mesa y por eso, quizá, la pareja que atraviesa la puerta les lanza una mirada de reproche. Su aspecto transmite que son gente de posibles y, por la forma en que les saluda el camarero, son habituales, con residencia en el pueblo. Ella, menuda, ojos verdes cuando se quita las gafas de sol, rostro ligeramente retocado, pero sin ostentación de bótox, pañuelo de amebas al cuello, chaqueta y suéter a juego, falda plisada de fondo, con dibujo de pata de gallo, zapatos Oxford burdeos y medias tupidas. Él, sombrero y chaqueta tipo loden, corbata debajo del chaleco acolchado, pantalón de franela lisa y mocasines. Ambos encajan a la perfección en el modelo que exporta la imagen tradicional de este pueblo, calificado de «villorrio» cuando Felipe II decidió ubicar aquí su ofrenda por el triunfo en la batalla de San

Quintín contra los franceses el 10 de agosto de 1557, día de san Lorenzo. Dispuesto a diluir la imagen de tanto tipismo pijo, el fotógrafo Alfredo Cáliz, que vive a escasos kilómetros, se apresura a apuntar que es mediodía, la hora en que la gente normal está trabajando, y que en las últimas décadas el antiguo villorrio —luego lugar de la aristocracia y la burguesía— ha atraído a gentes más progresistas, amantes del jazz y *culturetas*, que se han esforzado por dulcificar el olor a rancio.

Tras la radiografía cotilla a los clientes —se nos han quedado en el tintero dos empleados encorbatados que deben de trabajar en una sucursal bancaria, porque aquí no hay Corte Inglés—, el segundo café y la comprobación de que es la hora del grupo, llega el momento de empezar la visita.

A través de la calle Grimaldi —debe su nombre a Jerónimo Grimaldi, ministro italiano de Carlos III, no a ningún pariente cercano de Carolina de Mónaco— se llega a la explanada que rodea el edificio…, y ahí está la fachada lateral, por la que se accede a la visita. No tiene pérdida; sigue repleta de estudiantes que aturden ahora a un gran grupo de japoneses, siempre educados, siempre silenciosos. «Los japoneses ya nos visitan durante todo el año», declara el guía del grupo. Se llama Miguel Ángel, es menudo y viste formalmente de terno azul marino, corbata incluida. Detrás de sus gafas esconde una mirada de resignación al comprobar que no parece haber entre esta gente heterogénea que le escucha nadie que sea precisamente un sabio. Su aire de seminarista queda confirmado por el movimiento de sus manos y por el desdén con que lamina a los grupos de chicos vocingleros, que «aún no están en edad de comprender la grandeza y el legado de este lugar que se les muestra».

«Felipe II construye este palacio para gloria de Dios y del Rey», comienza el guía. «El edificio, levantado entre 1563 y 1584 para cumplir con la promesa de Felipe II a san Lorenzo, tras la derrota de los franceses de Francisco II en la batalla de San Quintín, tenía que ser el centro político del imperio más grande del mundo. Y esto comenzaba por una arquitectura superior. Felipe pagaba y sabía lo que quería; era muy religioso y adusto, y, por tanto, el edificio debía transmitir severidad y religiosidad. Es muy sólido y hoy quizá resulte algo exagerada aquella afirmación de que era la octava maravilla del mundo». Las palabras de Miguel Ángel suenan en el primer patio, sombrío aún a esas horas y con un frío que pela incluso en el punto central, donde los visitantes se agrupan para observar las estatuas enormes de los reyes de Judá, con David y Salomón en un lugar preferente. El rey Salomón era una obsesión para Felipe II, el sabio

entre los sabios que dejó boquiabierta a la misma reina de Saba y que levantó el Templo de Jerusalén. El Escorial está repleto de simbología para los amantes de las ciencias ocultas, cada día más en auge entre quienes lo visitan. Pero también para historiadores y arquitectos que cuestionan la extendidísima creencia de que los planos de Juan Bautista de Toledo están diseñados en forma de parrilla —con el palacio como mango— en honor al mismo san Lorenzo, que disfrutó de su martirio rogando que le dieran la vuelta por el otro lado, puesto que por uno ya estaba bien asado.

Este guía de El Escorial —y otros personajes tratados— huyen de entrar en consideraciones esotéricas sobre las creencias de Felipe II en las ciencias ocultas, aunque estén basadas incluso en las historias de fray José de Sigüenza, el monje guardián de la biblioteca a quien la Santa Inquisición quiso buscar las cosquillas en alguna ocasión. «Felipe era un rey muy profundo, quería reconstruir el Templo de Salomón, pero su religiosidad no casaba con la simbología que algunos señalan. Hoy viven aquí veintiún monjes agustinos que cuidan del lugar, frente a los más de cien jerónimos que hubo hace un siglo». Mientras el guía continúa la explicación, es inevitable que nos asalte la frase del barón Davillier, quien confiesa que «es casi imposible encontrar en el monumento la forma de la parrilla de san Lorenzo, a menos que se suba hasta la linterna que remata la cúpula», cosa que no se hace en las rutas para turistas.

Este Patio de los Reyes de Judá, forrado de granito de arriba abajo y por donde desde hace cinco siglos entran las visitas, que sienten las corrientes de la Sierra de Guadarrama cuando barren sus cuatro ángulos dejando tras de sí un halo de fino cristal helado y transparente —algunos lo atribuyen a las propiedades del gas radón que el granito deja filtrar—, sí que da para comprender reflexiones dolorosas y tristes, como las que vertía la británica Jan Morris al inicio mismo de su libro tras la visita a esta fortaleza: «En los interminables pasillos y patios puede sentirse el gusto español por lo grandioso y lo abrumador, forjado en el falso amanecer de una plenitud imperial y con frecuencia vulgarizado ampulosamente. En la frialdad y soledad de este edificio puede detectarse el aristocrático estoicismo de España, algo noblemente ascético en el carácter del país, que con frecuencia le presta un sentir de ultramundo, retirado. En la inevitable presencia de Felipe II, que vaga por todos los rincones de El Escorial, puede que percibas el eterno anhelo de esta nación por tener un hombre fuerte en el centro, su recurrente instinto de autocracia. En la nítida estructura del edificio, que tiene forma de parrilla como tributo al martirio de san Lorenzo, quizá veas reflejada la claridad y la

precisión que tan bien caracterizan a un aspecto de la vida española. En su ademán imperioso se puede apreciar el modo en que el centro de este país grande ha impuesto su voluntad sobre la periferia, aplastándolo todo con su propia cultura castellana y manteniendo cuidadoso control sobre cualquier desviación. En la inmensa basílica, incrustada en el corazón de esta mole, puede que comprendas cuán próxima ha estado en España la fe cristiana a las fuentes de autoridad. […] Ante todo, en la penetrante tristeza de El Escorial, puede sentirse de algún modo la tragedia de España, sus nunca satisfechas aspiraciones».

La voz del guía y los clics de las cámaras y los teléfonos nos devuelven, ya psicoanalizados, a la realidad de este siglo XXI, donde el país con «eterno anhelo por tener un hombre fuerte en el centro», que decía la británica, disfruta de más de cuarenta años de democracia. Con todos sus dolores a cuestas, logró formar parte de Europa, es una de las primeras potencias del mundo e incluso se nos tiene por una tierra de felicidad. ¡Qué gusto da contradecir los malos presagios! Aunque estén fundados en realidades históricas y percepciones británicas, y por más que aún arrastremos complejos a veces reales, a veces absurdos, el subidón que produce ver la España del siglo XXI frente a lo que nos pronosticaban hace poco más de medio siglo es inevitable.

Recuperado el sentido de la realidad, el libro de Morris vuelve a la mochila para empuñar el móvil como arma de estos tiempos raros y *guasapear* o hacer fotos del momento, porque la estancia que se avecina parece ser un lujo. «La sabiduría era tan importante para Felipe II que decidió que, para acceder al palacio, primero había que pasar por la biblioteca. Era un rey que amaba profundamente el conocimiento». La voz del guía se pierde ante la entrada a la magnífica biblioteca. No importa que haya que esperar unos minutos a que salga el grupo de adolescentes que la fotografían —algunos la deben de ver a través del móvil—, porque el lugar promete. Cuentan Gautier y Davillier que les hizo de guía un ciego —Davillier asegura que se llamaba Cornelio, «un viejecillo seco y flaco que se pasaba la vida guiando a los extranjeros»— que rara vez se equivocaba en la descripción de lo que les estaba enseñando. Pero una vez falló y le comentaron que estaba hablando de un cuadro colgado al otro lado de la pared. El enfado del hombre fue tal que los dejó allí plantados. Sobre los guías ciegos de El Escorial y sus descendientes escriben los dos franceses y hacen alusión algunos extranjeros más en el siglo XIX. Pero ni el guía ni Luis Sánchez, uno de los bibliotecarios del lugar hasta hace no mucho, han oído ninguna de esas historias.

La Biblioteca, maravillosa en contenido y en continente. © Alfredo Cáliz.

Con la sala vacía, al menos por unos minutos, la entrada a la que seguramente es la biblioteca más hermosa de España conmueve. Las pinturas del techo, los frisos, los anaqueles dorados, las esferas…, todo transporta a la extraña mezcla del mundo que esconden los libros: racionalidad y magia. Al señor Gautier, al menos, le pareció que los frescos de «Carducho y Pellegrini son de buen tono fresco, claro y luminoso; la composición es rica y los arabescos que se entrelazan son del mejor gusto […] presenta la particularidad de que los libros están colocados en los anaqueles con el lomo contra la pared y el canto del lado del visitante. Ignoro la razón de esta singularidad. Esta biblioteca es rica en tesoros inestimables y completamente desconocidos», reconoce el escritor francés en un ejercicio sorprendente de generosidad tras todo lo que ha despotricado sobre El Escorial en su conjunto. Pero para no perder la costumbre, sale de allí refunfuñando porque, al ser domingo, «el bibliotecario no estaba, no pudimos obtener nada más y tuvimos que marchar sin haber visto una sola edición de incunable, contrariedad mucho más sensible para mi compañero que para mí, que desgraciadamente no tengo la pasión por la bibliografía ni ninguna otra».

Mucho menos le cuesta reconocer los valores del lugar a su compatriota, el barón Davillier, para quien «la biblioteca es una de las piezas más bellas y más grandiosas de El Escorial. Está hecha de

increíbles mármoles y pórfidos; armarios de ébano, de caoba y de otras maderas preciosas forman su espléndido mobiliario». Davillier al menos se lanza a una interpretación de por qué los cantos de los libros están al revés, y para ello cita a una de las personalidades más interesantes de la historia del monasterio: «El erudito español Arias Montano, cuya biblioteca sirvió de origen a la de El Escorial, tenía costumbre, de lo que parece, de colocar sus libros de esta manera, y se adoptó este método quizá para evitar romper la uniformidad». Llegados a este punto del recorrido, y con las cosas que han dicho hasta ahora los guiris sobre el lugar, la biblioteca encargada por Felipe II a fray José de Sigüenza y Arias Montano resulta uno de esos lugares que muestran la cara menos conocida del rey renacentista, que encargó a los suyos la búsqueda de miles de manuscritos e incunables.

«Mi teoría personal —comenta el guía— es que los libros fueron colocados con el lomo hacia adentro para que el dorado hiciera juego con los techos. De todas formas, la cosa no es tan extraña si ustedes piensan que los libros no llevaban títulos en el lomo en aquellos tiempos». No ha leído al barón francés, ni tiene por qué. Aparenta estar muy seguro de su sabiduría, como si la transmitiera el granito.

Ante tanto color, luz y estanterías repletas, además del sinfín de cachivaches de cuento que se expanden por la sala, la sensación que se tiene es la de que esta biblioteca habría podido concursar en el cine con las mejores, como la de *El nombre de la rosa*, que fascina a Guillermo de Baskerville y a su autor, Umberto Eco; como la de Hogwarts de *Harry Potter*, aunque J. K. Rowling escogió otra, la biblioteca Lello de Oporto, que hoy soporta largas colas de visitas, víctima del éxito de la saga, o como la de Nueva York de *El día de mañana*, donde hay que decidir qué libros quemar para sobrevivir a una nueva edad de hielo.

Pero la biblioteca escurialense o «laurentiana» es en exceso luminosa y poco siniestra para participar en películas tenebrosas, algo raro teniendo en cuenta la imagen que se transmite del Rey Prudente, siempre de negro, como en el cuadro de Juan Pantoja de la Cruz, que aquí le muestra frente a su padre, Carlos V, en la pared de enfrente. La parte que se enseña, la sala principal, no alberga, que se sepa, libros secretos que matan con su tinta o libros prohibidos. La luz que la inunda proviene de cinco ventanas y cinco balcones que dan al Patio de los Reyes y a la sierra de granito. Otras siete ventanas caen a poniente, hacia la lonja.

No hay grupo de visitantes que no abra la boca o lance alguna exclamación al entrar en el Salón de los Frescos, momento en el cual el guía correspondiente —el de hoy apremiado por cumplir el tiempo

de visita— llama la atención del turista sobre las pinturas que se exponen. Las siete artes liberales en forma de mujeres: «Gramática, Retórica y Dialéctica —el Trívium—, y Aritmética, Música, Geometría y Astrología —el Quadrívium—». Los frescos, obra de Pellegrino Tebaldi y sus colaboradores, entre los que se encontraba Bartolomé Carducho, nos observan desde la enorme bóveda de cañón. Para este Salón de los Frescos, Tebaldi se inspiró en la bóveda de la Capilla Sixtina, otra de las muchas decisiones que impuso el rey en todo el complejo. En el frontal norte de la sala se representa a la Filosofía, y en el sur, hacia el convento, la Teología. Por falta de tiempo, o de ganas, pasamos de la imagen del rey Salomón ante la reina de Saba mientras esta le examina para comprobar si el artífice del Templo de Jerusalén era tan sabio como se decía. Aprobó. El retrato de la pareja es uno de los más utilizados por los partidarios de la simbología de El Escorial para mostrar que, aunque sometida su edificación a las normas más duras del Concilio de Trento y con la Inquisición al acecho, el edificio tenía cosas que se le escapaban a la Santa Iglesia católica con el permiso del rey.

En una esquina de la hermosa sala, entrando a la izquierda, pende el retrato de fray José de Sigüenza, junto con el de Benito Arias Montano, ya mencionado, humanista, políglota y sabio, un renacentista en toda regla, que sirvió a Felipe II en el asesoramiento y la búsqueda de manuscritos. Pero Arias Montano fue especialmente clave tanto en el rastreo y compra de los manuscritos, que comenzó en 1556, como en la intención de que el salón no fuera únicamente una exposición de pinturas: quiso que, además, sirviera como sitio para estudiar y trabajar. Hoy es un lugar de paso para los turistas. Los investigadores bajan a una sala donde el padre agustino José Luis del Valle se encarga de custodiar los tesoros para bibliófilos.

Esos investigadores tienen un permiso especial y hay que justificar bien la razón para entrar en los sótanos, donde aún algunos aspiran a desvelar misterios.

En la actualidad, la biblioteca cuenta con más de cuarenta mil ejemplares, con seiscientos incunables y casi cuatro mil manuscritos en griego, latín, árabe y hebreo. Nadie tiene especial entusiasmo en recordar las razones por las que, en 1671, «más de cinco mil códices, entre ellos unos dos mil quinientos árabes, latinos unos dos mil; seiscientos cincuenta griegos, noventa franceses, cuarenta hebreos, etc., algunos de inmenso valor, como el *Lucense*, célebre códice de los concilios visigóticos; un griego iluminado que contenía las obras de Dioscórides; la voluminosa *Historia natural de las Indias*, en diecinueve volúmenes, del toledano Francisco Hernández, que comprendía la

fauna, la flora y costumbres de México, iluminadas con sus propios colores, etc.», alcanzaron los 451 grados Fahrenheit —la temperatura a la que arde el papel— durante tres días. Fue el incendio más pavoroso que sufrió el edificio.

Felipe II, entre sus libros tesoro, pintado por Juan Pantoja de la Cruz. © Alfredo Cáliz.

Respecto a posibles especulaciones sobrenaturales, misteriosas y místicas de aquel fuego, los guías e historiadores oficiales no dan tregua. Temen el negocio en que se ha convertido la cábala y lo esotérico entre los visitantes, jugando a veces con la buena voluntad del turista. Argumentan, además, que el lugar no necesita ni leyendas ni series de televisión, porque bastante tiene con la realidad. Con mencionar parte de las obras que acoge —de santa Teresa, de san Agustín, el *Códice áureo* con los Evangelios en letras de oro, el *Apocalipsis figurado de la Casa de Saboya*, las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X— y lo que esconden cada una de ellas es suficiente.

En el centro de la preciosa sala, astrolabios, códices en vitrinas de mesa y la Esfera Ptolomeica de Felipe II. Fue un regalo de Fernando de Médici y en ella se muestra la Tierra como centro del universo, tal y como defendía Ptolomeo hasta que el genio de Galileo desmontó la teoría geocéntrica. Las cinco mesas de mármol con marcos de bronce y las pilastras de jaspe y mármol también tienen enorme valor, pero no

bastan para muchos visitantes… Porque lo que se echa de menos en la visita es la magia de los libros que encierra, la puesta en valor de todos los secretos, herejes o cristianos —cuentan que nunca se destruyó ningún libro prohibido—, que intentaron desvelar según sus creencias los dos hombres que presiden la sala: Felipe II y su padre, el emperador Carlos V.

Uno de los libreros del lugar en este siglo XXI, Luis Sánchez, lo tiene claro: «No creo en nada de los secretos espiritistas que se cuentan sobre El Escorial». No obstante, reconoce que las veces en que tuvo el privilegio de quedarse solo, al inicio del día o al atardecer, uno puede imaginar allí las mejores historias y novelas del mundo. Y los libros, códices y joyas singulares crean una atmósfera especial.

Durante años, hasta el inicio de los ochenta, los textos y tesoros de la biblioteca estuvieron sin microfilmar. Ahora «ya está todo. Solo que cuando acabamos de microfilmarlo en un archivo, ya estaba casi obsoleto y hubo que empezar con otro más amplio y seguro», sigue Luis Sánchez. Una cierta nostalgia invade a los más curiosos ante el escaso tiempo dedicado a los turistas en esta nave repleta de belleza que rompió con los tres cuerpos de las bibliotecas conventuales.

Pese a la ligereza del paso, es fácil imaginar el roce suave de las manos de los monjes sobre las mesas de mármol y ágata, o evocar los pasos del taciturno y estudioso Felipe II. Luego llegaron más reyes, sabios que aquí estudiaron, franceses invasores de 1808, a los que se engañó para que no se llevaran los mejores códices, aunque lo intentaron. Curiosamente, el francés Gautier no menciona el asunto y Charles Davillier pasa de puntillas sobre cómo hubo que esconder códices y libros, sobre cómo arrasaron las tropas francesas el lugar y sobre el expolio que hicieron los generales y oficiales de Napoleón. Escribían para sus compatriotas contemporáneos y a nadie le agrada que le recuerden los brutales abusos de los suyos. Tras los franceses llegó el nefasto Fernando VII, después la desamortización y, por último, los avatares de la Guerra Civil. Al terminar, los agustinos se hicieron cargo de la administración de la biblioteca e intentaron recuperar lo perdido. A la salida de la sala es inevitable preguntarse qué harían en otros países con una joya como esta, que encierra sabiduría, misterios y esplendor. Como escribió Ray Bradbury, el autor de aquella vigente distopía que es *Farenheit 451*: «Sin bibliotecas, ¿qué tenemos? Ni pasado ni futuro».

Cees Nooteboom es de esos escritores que ha ejercido de verso suelto, lo que se define como un «va a su bola», pues no se deja encasillar en ninguna corriente o generación que intente ponerle sello. Rompió moldes pronto, cuando en su juventud se inclinó por España

en vez de por Italia, como era su idea original. Para un holandés bien instruido desde su infancia en lo que significó la dominación española, la decisión era curiosa, aunque hayan pasado cuatro siglos. Por eso, recorrer El Escorial con su mirada, soñando con «quedarse una noche […] dentro del monasterio y errar solo por las silenciosas y hechizadas habitaciones, con una vela y un plano», convierte al lector rápido en cómplice del hispanista.

Nooteboom pasea por el lugar bajo el recuerdo de Magdalena Ruiz, la enana favorita de Felipe II, y de sus hijas. De hecho, llegó al monasterio recordando un libro del historiador Geoffrey Parker en el que se presta bastante atención a Magdalena, «quien ya desde 1568 estaba a su servicio [de la princesa Isabel] y que murió en 1605 en El Escorial […]. Magdalena está muy enfadada conmigo», escribía Felipe, «y se ha ido comunicándome que quería marcharse». Es fácil imaginar el portazo detrás de la famosa bufona retumbando por estos pasillos antes de entrar en la iglesia.

«La cúpula es de un solo casco, porque el granito es muy pesado. En Roma, Miguel Ángel la hizo de ladrillo», resalta el guía, que vuelve a señalar que el lugar tiene planta de cruz griega, «como el Templo de Jerusalén. Recuerden que, en el Vaticano, Miguel Ángel hizo un primer plano con templo de cruz griega, que le obligaron a rehacer». Todo el altar cumple con las consignas del Concilio de Trento y, más allá de san Lorenzo, atraen la atención los dos monarcas y sus familias, Carlos V y Felipe II, instalados en los dos laterales del altar en estatuas en bronce. El barón Davillier enumera lo que a tantos escritores, sobre todo protestantes y de otras creencias, llama poderosamente la atención: el relicario, tan presente en las grandes catedrales. «A la derecha del altar se encuentra el relicario donde Felipe II había reunido una prodigiosa cantidad de reliquias. El padre Ximénez, que era uno de los frailes del Escorial, hace una curiosa enumeración de estas reliquias, comprendiendo once cuerpos enteros, ciento tres cabezas de santos, entre las cuales figura la de san Lorenzo, seiscientos brazos, etc.».

Ni la grandeza de la cúpula, una vez más emulando a la Sixtina, ni el altar deben desviarnos de algunas piezas asombrosas. En la entrada de la iglesia, a la izquierda, está el deslumbrante *Cristo* de Cellini. En mármol de Carrara, «en un solo bloque, cabeza, tronco y piernas, mientras los brazos son de otra pieza. La cruz es mármol negro», relata con admiración Miguel Ángel —pese a las veces que lo debía de hacer cada día—, subrayando que se trata de un regalo de Cosme de Médici, duque de Toscana, y de Francisco I de Médici a Felipe II. Es tan bello, sin las marcas de los clavos en pies y manos y

sin corona de espinas, que «parecía una figura paganizante». Por ello el rey no lo puso en un lugar primordial. Y, además, le añadieron un paño que tapara «sus partes».

La impresión causada por la belleza del *Cristo* crece delante del magnífico Tiziano del *Martirio de san Lorenzo,* ante el cual el personal se siente más pequeño que la mismísima Margarita Ruiz. Pero es con El Greco y su *Martirio de san Mauricio* donde cuesta más trabajo entender a Felipe II. El cuadro, una de las composiciones más logradas del pintor griego, no fue del agrado del monarca, porque la decapitación del santo y sus 6.666 compañeros de la falange egipcia sacrificados no quedan bien a la vista del observador. La escena necesitaba más drama. Encargó otra obra, mucho más explícita, aunque de inferior calidad, a Rómulo Cincinato, quien no tiene problemas en llevar al primer plano la cabeza de san Mauricio decapitada y con la tráquea y las venas sanguinolentas al aire. Es una de esas pinturas que descubren a los adolescentes que la afición por las vísceras y la sangre que salpica en los hermanos Cohen o en *Juego de tronos* hace siglos que se pasea por los museos en unos cuadros que son la fotografía en color de la época.

En el altar de la iglesia, debajo de las figuras de Felipe II y su familia, se abre la puerta que daba al dormitorio del rey, quien recibía la misa a través de una ventana abierta en la puerta, no de un «agujero», como dan a entender los escritores consultados. El cuarto de Felipe II es pequeño, se enseña con cuidado en la actualidad —Patrimonio, encargado del monasterio, argumenta que las telas y la cama están muy deterioradas— y resulta sorprendente. Es el neerlandés Nooteboom quien recoge un sentimiento imposible de trasladar a los visitantes nacionales: «Felipe II, *nuestro* rey, el hombre que heredó un imperio mundial y no pudo mantenerlo unido. Comido literalmente por los gusanos y pudriéndose, murió en su pequeña habitación sofocante de El Escorial, el palacio que mandó construir y que refleja su alma extraña; una fortaleza y un monasterio, un rudo cuadrado construido según el modelo de una parrilla, la parrilla en la que fue asado vivo san Lorenzo. Aún recuerdo que hace ya unos años estuve por primera vez en esta habitación, el suelo de piedra roja, el baldaquino bordado y brocado descorrido alrededor de la estrecha cama, la colcha que alguna vez debió de haber sido roja como la sangre, pero que ahora parecía descolorida y morada, el agujerito por donde, acostado, podía seguir la misa de la capilla. Paredes desnudas alicatadas solo hasta la mitad. Aquí se había acostado, como una araña en su tejido. Desde aquí salían los hilos invisibles hacia los rincones más recónditos de su imperio mundial, aquí también se

decidía nuestra historia. En el colegio había aprendido que fue un monarca cruel, el hombre que nos había enviado a un igualmente cruel duque de Alba para oprimirnos. Estar allí tenía algo de siniestro. La pieza era de techos bajos, las sillas de la habitación contigua se parecían a esa donde apoya su mano en el cuadro de Juan Pantoja de la Cruz».

Nooteboom, nacido en 1933, vuelve a El Escorial cuando ya ha comenzado la revisión, también extranjera, de la leyenda negra. Al menos, se ha abierto brecha para trazar los dos lados de Felipe *El Prudente:* el del sanguinario y represor, y el del renacentista. Jan Morris, nacida en 1926, nonagenaria y entregada a sus hijos y su mujer, retocó su libro en 1979 y no le debió de dar tiempo a variar —quizá no quiso hacerlo— otra frase lapidaria sobre este imperio que se nos viene encima ante la pequeña habitación de Felipe II: «Nunca fue tan breve el período de supremacía de una nación, nunca tan fulgurante; y nunca más sabría España con certeza cuál era su papel en el mundo». Ahí queda eso.

Vamos andando por el claustro, que, hasta el inicio de los años ochenta del siglo pasado, era de «acceso libre para los lugareños, que paseaban por aquí abajo cuando llovía», e incluso se encendían fuegos y se realizaban festejos. Según algunos guías, los restos de esas celebraciones populares aún se detectan en las piedras y en algunas pinturas. Todo eso da igual, porque el visitante se queda clavado al pie de la gran escalera que arranca del claustro, donde ya hay un grupo de alemanes, envueltos en abrigos acolchados de una famosa marca china, con los cuellos levantados hacia un cielo espléndido. Porque sí, debajo del granito hay un cielo como Dios manda. «La cantidad de metros de pared que Lucas Giordano ha pintado es realmente impresionante y a nosotros […] que nos sentimos agotados por el más mínimo trabajo, nos cuesta concebirlo», escribió Théophile Gautier, sin hacer una concesión más a los «Pellegrini, Gangiaso, Carducho, Rómulo Cincinato y muchos otros que pintaron en El Escorial claustros, bóvedas y techos». La sublimidad de la escalera es solo comparable a la de la biblioteca, solo que aquí la perspectiva es más amplia y luminosa.

En las salas capitulares, el *Martirio de san Mauricio* de El Greco, el que no le gustó al monarca triste, pero que se merece unos minutos por más que apremien los tiempos; un Velázquez y varias obras de los pintores italianos, como el productivo Lucas Giordano. Solo las pinturas de esta fortaleza merecen una visita aparte, tanto los frescos como los cuadros. Los frescos de la escalera, los de la biblioteca o las pinturas de los renacentistas en la sacristía y las salas capitulares

convierten el monasterio en una pinacoteca más que respetable.

En la Sala de los Secretos (o Galería de los Susurros) conviene estar atentos, porque se puede dar el caso de que el guía lleve cierta prisa para cumplir el horario y no cruzarse con el resto de las visitas —el mal de hoy en día— y la atraviese sin más. Cuentan los guías que un susurro en una esquina atraviesa la estancia y llega, nítido, hasta el extremo opuesto. Pero la curiosidad, más que el milagro, es difícil que sea degustada por los turistas, dado el tráfico de gentes. Por supuesto, sin fotos, como todo el complejo. No está claro si Juan Bautista de Toledo, el hombre que desarrolló el proyecto de Felipe II, tuvo claro el objetivo de la excelente acústica o si se lo encontró por casualidad.

El personal ya solo piensa en bajar a las dos salas de la Cripta Real. Primero, la del Panteón de Familiares de los Reyes —es de mármol blanco y da frío— y después, la sala que más morbo despierta, la de los reyes Habsburgo y Borbón. Féretros «de jaspe, pórfido y otros mármoles preciosos. En los muros están los nichos, y en ellos sarcófagos anticuados de forma, que son los que contienen los restos de reyes y reinas […]. Los mármoles pulimentados reflejan la luz temblorosa de la antorcha […]. El monstruoso edificio pesa sobre vosotros con toda su carga; os rodea, os enlaza y os ahoga». Por el tono, no podía ser otro que Théophile Gautier quien hace esta descripción, y puede que sea esta la única vez en la que el melodrama con que describe el lugar esté algo más cerca del visitante actual; porque sí, es difícil librarse «de la impresión siniestra, desesperada».

En el Panteón de los Infantes se acogen los restos de don Carlos, el heredero frustrado de Felipe II, muerto a los veintitrés años. Fue un joven agresivo y cruel, parece que víctima de una trepanación que le hicieron en la adolescencia. Su padre lo acusó de conspirar contra él después de que Juan de Austria advirtiera al rey. De esta historia han corrido ríos de tinta, especialmente extendidos por la leyenda negra. «Ya se sabe cuántas fábulas se han hecho alrededor del hijo de Felipe II. Este niño, de índole extraña y enfermiza, que se dice mordía el seno de sus nodrizas, mostró después un carácter salvaje e indomable», escribe el barón Davillier, mientras Gautier da por hecha la implicación del rey de Felipe II en la muerte de su hijo.

Pero las murmuraciones sobre los féretros blancos de los infantes y los escalofríos que producen se detienen cuando el guía indica la puerta de acceso al Pudridero, el otro lugar que va a dejar al visitante un cuerpo regular si luego pretende tomar el aperitivo. La pequeña puerta que hay entre el mencionado Panteón de los Familiares y de las reinas sin hijos, y el Panteón Real tiene un nombre oficial que espanta y despierta sensaciones desagradables en el imaginario del visitante.

Por supuesto, no puede verse, pero no hay escritor, personaje ilustre o turista que no lo mencione al finalizar el paseo. Todo lo encierra esa palabra: «pudridero». Si se describiera como el lugar de momificación del cuerpo sería otro asunto.

En la cripta hay sitio para Juan de Borbón y doña Mercedes, aún en el Pudridero. ¿Y los reyes vivos? Misterio. mastix/Alamy Stock Photo.

Aún bajo el efecto psicológico de que algo huele a pocho, se pasa al corazón de la Cripta Real, donde dormitan los Austrias y los Borbones. De las cuatro esposas de Felipe II, tres descansan aquí: Ana de Austria, Isabel de Valois y María Manuela de Portugal. «El panteón se inicia con Felipe III y se acaba en 1654 con Felipe IV», explica el guía, quien, ya acostumbrado al ruego, señala los dos féretros sin letras doradas que hay sobre el dintel de la entrada. Levanta la mano y explica: «Si observan ustedes bien, aunque no tienen las letras doradas aún, sí están grabadas en el mármol. Los nombres que se recogen son los de don Juan de Borbón y su esposa, María de las Mercedes. Ambos reposan en el Pudridero, donde cumplirán los cuarenta años que impone la tradición, para luego ser trasladados ahí. No se sabe nada de los reyes eméritos, don Juan Carlos y doña Sofía, pero habría que hacer obra, ampliar el lugar para acogerlos. Aunque se han escrito tantas cosas que da la sensación de que no escogerán este lugar». De eso parecen estar bastante seguros los compañeros de visita, quienes, con el relajo y la confianza del que ha compartido dos horas y ya

finaliza el recorrido, acaban con la inevitable especulación de cómo se sentirían los cuatro monarcas vivos de la Corona española en un lugar como este. La opinión de una docena de personas es poco indicativa, aunque sean de muy diversa procedencia, pero hay consenso en que ni Juan Carlos ni Sofía, ni Felipe ni Letizia se dejarían sepultar en un lugar tan tétrico. Opiniones tiene el pueblo que a todo el mundo sirven, aunque no salgan en un programa de televisión.

La Sala de Batallas, la última parte de la visita, con cincuenta metros de largo, seis de ancho y ocho de alto, le parece un bosque de lanzas a Cees Nooteboom: «Es *La batalla de La Higueruela*. Los caballos están adornados con los colores de los contendientes, jinetes con lanzas y arcos cruzados atacan, detrás esperan cordones cerrados de infantería, cada cordón con su propia enseña. El hedor de la muerte, la sangre y el polvo no son visibles, el sonido de ira, miedo y dolor es inaudible, la bandera con la media luna es aplastada», describe el holandés. En la segunda década del siglo XXI, la enorme batalla en el muro sirve para que los dos chavales se propongan buscar a Wally entre tal enjambre de muertos y sus restos. Es arriesgado establecer conclusiones sobre una anécdota; hace tiempo que las batallas se ven en las pantallas como un juego, por mucha sangre que enseñen.

Los jardines renacentistas merecen un paseo. © Alfredo Cáliz.

Aliviar tanta historia con una pasada por la tienda completa la

jornada. Las vajillas con diseños de los monarcas españoles no están al alcance de los bolsillos normales, pero sí quizá un grabado interesante del lugar. Pero es el paseo final por los Jardines de los Frailes, entre el boj que soporta los fríos del monte Abantos y los cantos de los vencejos, el que lleva a dar la razón al rey al escoger el lugar.

No hay nada más que acercarse a la silla de Felipe II, en las afueras y desde donde cuentan que el monarca observaba las obras, para detectar de nuevo la atmósfera transparente y azulada. Quizá llegue con los vientos que trae el gas radón desde el Abantos, o quizá tengan razón las leyendas y, desde hace siglos, ese gas ejerza un embrujo en la gente que por aquí deambula y que impregnara el fuerte viento que sorprendió al rey y a los monjes mientras buscaban el lugar donde levantar el monasterio, llevándolos a decidir que «aquí mismo se clavará la primera piedra». Pueden ser tantas las historias que los escritores que nos psicoanalizan como país tras pasear por este sitio quizá tengan razón en muchas cosas. En otras, como se ve, se equivocaron. Mucho. Y esas equivocaciones dan mucho ánimo.

3

Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo fulminan a Edith Wharton y Cees Nooteboom

Un sentimiento de recompensa ante tanta belleza elegante y austera es lo que recorre el ánimo viajero a los pies de Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo, dos pequeñas y hermosísimas iglesias del románico asturiano capaces de empañar la mirada de la norteamericana Edith Wharton y del holandés Cees Nooteboom. Ambos escritores, rumoreados candidatos al Premio Nobel de Literatura en algún momento de sus vidas, sin nada más en común que la escritura y su amor por la Europa del Sur, cayeron rendidos ante las faldas pétreas de estos lugares mientras recorrían la costa del Cantábrico.

Edith Wharton (1862-1937) se convirtió en un referente para miles de mujeres durante el siglo xx, pese a ser una militante antisufragista y sacrificar a sus heroínas. La contradicción entre sus opiniones conservadoras sobre el voto de la mujer y la lucha de sus personajes femeninos por romper límites —los que ella misma se saltó — es apasionante. Divorciada, bisexual, renegada de la alta sociedad neoyorquina, lo tenía todo para luchar contra los corsés que la asfixiaban.

Su condesa Ellen Olenska de *La edad de la inocencia* se incorporó al capítulo de personajes femeninos capaces de alcanzar la libertad, solas y rompiendo las costuras mejor zurcidas del sistema, cuyos valores ultraconservadores al final terminaron derrotando a Ellen. Olenska le dio a Wharton el primer Premio Pulitzer que se concedía a una mujer, así como ansias de resistir y de libertad a sus lectoras. La Lily Bart de *La casa de la alegría* es otra muestra de joven tradicional y castigada por las convicciones que heredó de su madre.

Escritora, viajera, culta, rica, jardinera y decoradora, esta norteamericana amante de Europa —cruzó el océano sesenta y seis veces, reseñan sus fans— se refugió en el viejo continente huyendo de la asfixiante y pacata clase social a la que pertenecía. Se pateó Italia y Francia —país en el que estableció su más larga residencia— a la caza y captura de las joyas del románico y del gótico, de todos esos rincones que aún no habían destapado las guías de viajes —le

encantaba no seguirlas—, y dejó libros estupendos sobre sus correrías.

De un viaje de infancia le habían quedado varias imágenes de España. En su madurez volvió a viajar por la Península, pero no pudo rematar el trabajo. En junio de 2016, algunos de esos paseos nos los devolvió un libro, *Del viaje como arte. Travesías por España, Francia, Italia y el Mediterráneo,* una joya con la edición de Teresa Gómez Reus, que incorpora las «pocas cuartillas» encontradas en la Beinecke Rare Book and Manuscript Library de la Universidad de Yale y que «dan testimonio, junto a su correspondencia desde España, casi toda inédita, de su atracción por nuestro país, un interés que hasta ahora ha pasado inadvertido», subraya Gómez Reus. Gracias a ella y a Patricia Fra López (editora de *Regreso a Compostela),* sabemos que Wharton pensaba realizar un libro sobre España, similar a *Viaje por Francia en cuatro ruedas*, y no queda claro la razón por la que no llevó a cabo el proyecto, porque notas y apuntes para ese texto sí que han quedado, aunque sean esquemáticos.

Edith Wharton recorrió España con sus padres cuando tenía cuatro años, allá por 1867, y lo recuerda como «un revoltijo de excitadas impresiones». En *Una mirada atrás,* sus memorias, relata «llegar tarde y hambrienta a las escuálidas posadas; dedicarse a la caza de pulgas; beber chocolate; ser perseguidos dondequiera que fuéramos por mendigos deformes, guías y toda clase de gentes charlatanas y desconcertantes; y entre el caos y la fatiga, una fantástica visión […] y por todas partes sombríos pasadizos ondeantes de inciensos y procesiones…». Regresó a España en varias ocasiones, divorciada ya de su marido, desde 1913, y en compañía de Henry James, su gran amigo, a quien admiraba como escritor y como persona. Pero la Primera Guerra Mundial frenó sus viajes y durante cuatro años la escritora se dedicó activamente a ayudar a Francia en la Gran Guerra.

Cincuenta y ocho años después de pisar por primera vez la Península, tomó varias notas del que sería su último recorrido por estas tierras. Lo hizo en compañía de Walter Berry, uno de sus grandes amores. «Durante tres semanas recorrieron Aragón, Navarra, Asturias, el norte de Castilla y Galicia, y, como siempre, el itinerario se había planeado con meticulosidad», cuenta Teresa Gómez Reus. Trataba de recorrer la España seria que adoraba, lejos de la manida y folclórica de los toros y las castañuelas, de los presuntos bandidos que, también presuntamente, atracaban a los viajeros en sus románticos viajes del siglo XIX.

En los apuntes sobre ese viaje —en coche propio, todo un lujo en los años veinte— hay una frase sobre «las dos exquisitas iglesias

visigóticas de Santa María de Naranco y San Miguel de Lillo», que actúan como disculpa para iniciar el recorrido con las notas de Wharton bajo el brazo. Que una mujer que para una generación representa el glamur, la inteligencia y la elegancia de la sociedad neoyorquina y europea de los años veinte y treinta viajara por España con casi tanto interés como por Italia o su amada Francia es una tentación, una invitación a seguir su rastro, y más cuando dejó escrito que una mañana, el 12 de septiembre de 1925, esas iglesias le produjeron «la impresión más completa que he sentido nunca de un edificio del prerrománico vivo y articulado».

Si a las pinceladas de Wharton añadimos la mirada de otro escritor más cercano en el tiempo, más fascinado por España que Wharton lo estaba por Francia e Italia, el paseo por Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo se instalará en la memoria con diferentes sentimientos. Cees Nooteboom se echó a los caminos europeos a comienzos de los años cincuenta, con apenas dieciocho años, y ese primer viaje le mereció el Premio Ana Frank de novela en 1957, el primero de los muchos que ha obtenido a lo largo de su vida. Este neerlandés nacido en La Haya lo ha hecho casi todo en el terreno intelectual, si bien ha sido *El desvío a Santiago* el texto que nos ha acompañado siempre en estas correrías. Nooteboom comparte con la norteamericana su fascinación por el viejo continente y el viaje fuera de rutas conocidas para descubrir nuevos rincones, algo realmente difícil en la era de los drones y los móviles.

El holandés nos quiere más que Wharton; nos mira de otra manera. Sí, él tuvo la oportunidad de quedarse en Francia —tiene la Legión de Honor, como la neoyorquina— o en Italia, pero España lo atrapó. «Una de las pocas constantes en mi vida es mi amor —no hay una expresión inferior— por España. Mujeres y amigos han desaparecido de mi vida, pero un país no se escapa tan fácilmente». Aunque este país que tanto ama sea «caótico, egocéntrico, cruel y soñador», calificativos que el neerlandés usa para describir estas tierras. ¿Cómo no escaparse en busca de algunos de esos lugares que llevan a un extranjero a escribir así de nosotros?

Nooteboom no desprecia tanto como Wharton las guías para turistas, pero, como buen viajero que es, intenta llevarles la contraria. *El desvío a Santiago* es una disculpa para deambular por la España que no vieron los románticos del siglo XIX y los «curiosos impertinentes». Al fin y al cabo, todos los caminos en la Península llevan a Santiago, y en su peregrinación —durante varios años—, el escritor busca una respuesta a la pregunta inicial que se han hecho tantos de los que nos visitaron, más allá de la búsqueda de tópicos del folclore, los toros y el

sol: ¿cómo es posible que un imperio que en pleno siglo XVI era dueño del mundo, culto, con todos esos pintores y escritores del Siglo de Oro, se convirtiera durante el siglo XIX y hasta la última parte del XX en uno de los más pobres, atrasados y tristes de Europa?

La pregunta está implícita en casi todos los viajeros románticos y del siglo pasado que visitaron España. Una parte de la respuesta sigue siendo un misterio. La otra parte la encuentran mencionando la influencia de la Iglesia y su interés por mantenernos en la ignorancia, y a los malos gobernantes, incluyendo, sobre todo, a los Borbones. Otros escritores, como Joseph Townsend o Jan Morris, no liberan a los españoles de responsabilidad, bajo esa creencia tan extendida de que cada cual tiene el gobierno que se merece.

Dos ilustres protestantes británicos, uno llegado a finales del siglo XVIII y otro en la primera mitad del XIX, también esbozan en sus textos ese reparto de responsabilidades. Se trata del recién mencionado Joseph Townsend y de George Borrow, que también acompañan el viaje hasta Oviedo, ciudad a la que dedicaron bastantes páginas en sus libros. Como buenos protestantes que eran, adjudican la mayor parte de las culpas por la situación atrasada de España al papel desempeñado por los curas y las autoridades eclesiásticas, si bien Townsend es bastante más elegante que Borrow… Atentos a «Jorgito el Inglés» (así le llamaban sus contemporáneos). Le seguiremos en más aventuras, pero ¡menudo personaje!

Las andanzas y opiniones de estos dos ingleses, junto con las notas de Nooteboom y Wharton, convierten la ruta por la costa cántabra a Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo, y a la catedral de Oviedo, en una lección de belleza y misterio sazonada de interrogantes sobre lo que pudo haber sido y no fue, aunque sin descartar el soplo de autoestima que nos invade por lo que hemos logrado recuperar en los últimos cuarenta y cinco años.

* * *

Una primavera y un verano más lluviosos de lo acostumbrado —y lo acostumbrado es bastante— han convertido la cornisa cantábrica en un vergel que se extiende hasta bien entrado el verano. En la mañana de la salida desde San Vicente de la Barquera hasta Oviedo —poco más de hora y media—, el azul del cielo se deja ver a través de la humedad transparente que ha estallado después de tantos días de lluvia. José García, el amigo fotógrafo, y Pilar Toral, la apasionada cántabra-asturiana de estas tierras, respiran hondo. Las fotos saldrán adelante. La A-67 se abre con los Picos de Europa a la izquierda y el mar Cantábrico a la derecha, aunque se esconde a ratos tras suaves

montañas o paredes rocosas en las que las puntillas de las olas se convierten en enormes encajes que envuelven los acantilados.

Hasta hace unos seis años, Asturias y Cantabria, tan emparentadas, tan vinculadas en su historia, aunque ahora se peleen por el lugar donde nació don Pelayo —los cántabros dicen que fue en Cosgaya, sin base documental seria—, el supuesto héroe que derrotó a los moros en Covadonga —hechos también cuestionados por solventes historiadores—, y Corocotta, el también supuesto caudillo cántabro que resistió a los romanos, han estado distanciadas. Los Picos de Europa y sus aledaños hacían de frontera incluso a inicios del siglo XXI. Se llamaran como se llamaran Corocotta y Pelayo, lo cierto es que tanto el Imperio romano como Al-Ándalus se toparon con la grandeza de estas sierras de impenetrables muros, como sus gentes, cerradas pero leales.

Durante la primera media docena de años de comienzos de siglo, la A-67 se cortaba entre Unquera y Llanes por lo complicado del suelo y sus derrumbes (los argayos), que desafiaban a los ingenieros a la hora de rematar la autopista del Cantábrico. Ahora, transitar por esta maravillosa costa, entre los «descendientes» de Corocotta, que venció a Roma, y los de Pelayo, cuya historia seguramente se forjó con Alfonso III de León —un tipo listo que necesitaba justificaciones dinásticas—, es un inmenso placer.

Nooteboom, mientras está en Oviedo, se lamenta de que la gente de otros países solo baje al sur: «Hace treinta años que viajo por aquí y nunca se acaba. Es todo un continente lo que hay detrás de los Pirineos. Misterioso, oculto, desconocido, un conjunto de países con su propia historia, sus propias lenguas y tradiciones, harían falta años para desenterrarlo por uno mismo, descubrirlo, discutirlo con uno mismo». Y el neerlandés tiene toda la razón. Tras perseguir las rutas de los «curiosos impertinentes británicos», de los románticos franceses del siglo XIX y de algunas excepciones norteamericanas, como George Ticknor y la estimada Wharton, los viajeros actuales piensan que han sido la costa mediterránea y Andalucía los territorios que más han influido en la formación de la imagen de la Península en los últimos doscientos años. Una obviedad para los historiadores, pero no para el turista.

En la avenida de los Monumentos de la capital de Asturias, camino de las dos iglesias, se impone el primer café de la mañana, tras haber salido de la autopista con la comodidad que ofrecen las carreteras nuevas. Es en La Cocina de Güeli donde nos indican cómo llegar a las joyas prerrománicas y al monte con el Sagrado Corazón de Jesús, «el *muñecu*», que lo llama un paisano. El olor del café, el sobao

y el pincho de tortilla resucitan el ánimo para recuperar las líneas de *Del viaje como arte*, de Wharton, y situarnos en lo que nos espera: «Después de la ceremonia (misa en la catedral de Oviedo) salimos en coche hacia las montañas al norte de León para ver las dos exquisitas iglesias visigóticas. Ambas preciosas». A pie de página, la responsable de la edición aclara que lo que Wharton llama visigóticas «en realidad son exponentes del arte asturiano, diferenciado del arte hispano-visigodo». Un pequeño regocijo se produce en el ambiente al comprobar que hasta una mujer culta, entregada al románico y al gótico francés, italiano y español, comete deslices en sus apreciaciones. Aunque sean de pequeño matiz.

Continúan las páginas de Wharton sobre la mesa del café mientras cae el primer bocado de sobao: «Magníficas esculturas de viñas en San Miguel sobre la puerta del lado occidental que da a las escaleras. En las jambas de la puerta de entrada —por dentro—, hay un curioso y basto medallón con números circenses; hombres dando volteretas, etc. El interior de Santa María —que todavía se usa como iglesia parroquial—, totalmente sublime, con columnas pareadas sobre los capiteles, arcos bajos en los extremos oriental y occidental, formando el coro y el atrio».

Espoleado el ánimo por las impresiones de la escritora y la cafeína, el último tramo hasta Santa María del Naranco —es la primera que aparece— y San Miguel de Lillo es de minutos.

Si a Wharton le impactaron los dos edificios y el entorno un 12 de septiembre de 1925, cuando el campo está agostado y amarillea incluso en Asturias, la visita en día soleado de casi un siglo después, cuando el campo alardea de ese verdor que epata al llegar desde la árida meseta, constituye una verdadera delicia. Es primera hora de la mañana y la piedra arenisca del palacio que mandó construir Ramiro I allá por el año 842 dota de cierta aura a la construcción, puede que efecto de la simbiosis entre la humedad, que envuelve el ambiente en un celofán, y el sol, que no se atreve a derrotarla.

La visión de la fachada de Santa María del Naranco cae sobre el visitante sin aviso. Sus dos pisos, que parecen tres gracias a la destreza de un desconocido arquitecto —usó para lograr ese efecto las tres últimas ventanas—, sobrecogen al pensar que llevan ahí mil doscientos años azotados por el viento, el agua y el salitre del mar Cantábrico, que está a unos treinta kilómetros de distancia. Conmueve comprobar cómo se defiende la belleza contra los elementos naturales, aunque lo peor sea la contaminación propiciada por la mano del hombre.

En la cara oeste del palacio-iglesia está el lugar de la venta de

entradas para la visita. Juan Manuel, que también es guía, las vende esta mañana y advierte que en San Miguel está prohibido hacer fotos por las pinturas, que están en proceso de restauración desde hace meses. No sabe qué historiador es el mejor para estudiar el edificio, pero defiende que la parte de abajo parece más unas termas copiadas a los romanos que un aljibe.

Mientras Mónica, la guía, espera a que el grupo esté completo para entrar por la puerta baja de la fachada principal —dos escaleras simétricas y hermosas la flanquean—, la mirada del visitante se detiene en los dos balcones laterales. Con eso basta para entender al narrador Nooteboom: «La construcción es alta; a pesar de los grandes trozos de arenisca, toscos y muy desiguales, con los que se ha construido, da una impresión de elegancia ligera y extrema. ¿Qué clase de reyes eran esos? ¿De dónde sacaban los modelos para sus construcciones? Hace pensar más bien en la decoración de Roma, la ligera gracia de las dos fachadas abiertas se ríe de la oscuridad de la Edad Media, de hecho, no conozco ninguna construcción que se parezca a esta». La evocación romana del holandés tiene todo el sentido, pero también la pregunta sobre quiénes eran estos reyes astures, que comenzaron con don Pelayo y dejaron un rastro imborrable en la historia de la Península en su lucha por expulsar a los árabes. Con todo, aquel rey Pelayo o los varios Alfonsos monarcas, incluso este Ramiro I al que se deben Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo, han tenido mala suerte en la propaganda de sus hazañas si se compara con el éxito de las leyendas artúricas en Gran Bretaña. Ramiro también luchó contra los vikingos, pero no se le ocurrió ni mesa redonda ni unos caballeros alrededor, aunque en Asturias hay otros detalles mágicos, ya mencionados por Estrabón, como una cultura de adoración a la Luna en una sociedad matriarcal.

Ramiro, que, según las crónicas, disfrutó de unos años de paz porque Abderramán II andaba liado en otros asuntos, levantó Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo en el llamado estilo «ramirense», además de enfrentarse a los piratas. Pero merecería mucho más por parte de los creadores de leyendas y series, aunque solo sea por los nombres que le rodean: era hijo de Bermudo y de Uzenda, nieto de Fruela y esposo de Urraca y luego de Paterna. El hijo se llamó Ordoño y la hija, Aldonza; y su peor enemigo era el noble astur Nepociano. En fin, que Ramiro, además de rey aceptable, es una mina para dar nombres a madres y padres que quieren ser originales. Y sin tirar del santoral. Zascandileando con estas historias, la espera para organizar la visita se hace más agradable. En la puerta, bajando unas escaleras, hay unos poyetes que dan pie al juego de las lecturas

de los escritores guiris.

Santa María del Naranco, joya del prerrománico que conmueve desde hace mil doscientos años. © José García Pérez.

Por fin, Mónica logra pastorear a los asistentes y comienza advirtiendo sobre las escaleras y lo de recostarse en las paredes. Santa María es «de piedra arenisca en tierra blanca y lleva aquí 1.170 años. Hay que mimarla. No suban al altar para hacerse la foto ni a las ventanas de los balcones. Que dure para vuestros nietos y bisnietos», les dice a los pocos niños presentes a esa hora. Pese a todo, a lo largo de la visita, el «efecto Instagram» en alguno de los turistas es imposible de evitar. Se suben al altar en cuanto la guía se gira.

En su origen, Santa María era un palacio real, aunque la residencia habitual de los reyes astures estaba en Oviedo. San Miguel de Lillo se levantó como la iglesia del palacio, pero cuando, en el siglo XI, San Miguel se derrumbó, Santa María se transformó también en iglesia. «Tiene dos miradores, por primera vez abovedados en piedra, no en madera. En las paredes laterales, idénticas, se ve un arco central más grande y luego los que están a los lados van disminuyendo de tamaño para generar un efecto óptico; las paredes tienen acanaladuras (de canal) y huecos para apoyar andamios cuando había que reparar; las columnas están sogueadas, con una soga que las envuelve, clásico del arte asturiano», dice la guía, cuya voz se diluye con la búsqueda de la luz para fotografiar los medallones que tanto impactaron a Wharton: «El interior de Santa María, que todavía se usa como iglesia

parroquial, es totalmente sublime, con columnas pareadas en forma de flauta helicoidal, medallones en las paredes sobre los capiteles, arcos bajos en los extremos oriental y occidental formando el coro y el atrio. Unos ochenta años más antigua que San Miguel». Las cosas son distintas ahora; Santa María no es más antigua que San Miguel, atestiguan guías e historiadores. Tampoco se usa ya como iglesia parroquial, pero el atractivo sigue estando presente.

El rincón de la balconada en el que Nooteboom evocaba lo diáfano del edificio continúa intacto. El día de la visita, el escritor lanzaba su imaginación monte arriba, sentado en la galería occidental, un privilegio para «mirar la ciudad que yace allí en la lejanía, la ciudad de los reyes astures, y pienso en algo impreciso como: entonces aquí fue, aquí se inventó, se cambió y se retuvo algo, pero está demasiado lejos, demasiado borroso, hay estratos de historia colocados unos encima de otros que están relacionados con esos otros, pero no lo están, una historia de hace solo cincuenta años, cuando el coronel Aranda, rebelde a la República, tuvo que defender con tres mil hombres el Oviedo nacional contra los mineros asturianos que llegaban al asalto desde todos los lados […]. Pero Aranda tenía cien ametralladoras Hotchkiss con las que pudo levantar una "cortina de fuego" sobre las colinas que lo rodeaban, mantuvo un asedio de noventa días que costó la vida a miles de personas. Vio caer su puesto avanzado en la montaña del Naranco —los soldados de la República ya en los extrarradios— hasta que resonó ese grito parecido al otro, casi tan antiguo como la misma España, y derivado del popular "moros en la costa": "¡Moros! ¡Moros en la cuesta!", y las tropas marroquíes de Franco entraban en la ciudad desde la montaña del Naranco, junto a la iglesia en donde estoy sentado ahora», cuenta en el *El desvío a Santiago,* mientras pasamos sus páginas en el mismo lugar en el que pensaba Nooteboom en 1986.

Hoy, desde la cima del monte, a tres kilómetros —coronado por la estatua de un Cristo que ha sido motivo de debate; basta con subir a verlo para entenderlo—, lo que baja es un ciclista eufórico, cantando a voz en grito, sembrando la sonrisa entre los visitantes que recorren los doscientos metros que separan Santa María de San Miguel de Lillo (también conocida como Liño), más interesados en Ramiro y en el origen del Reino de Asturias que en los mineros que se batieron por la República frente al general rebelde.

El paseíto entre Santa María y San Miguel merece la pena, aunque el «hermoso paisaje boscoso con castaños españoles, turba, helechos y moras», que describe la norteamericana, o la leve niebla «que se balancea sobre la llanura» pierden la atención del visitante,

enganchada la mirada en el lomo blanco y rayado del palacio de Congresos de la capital, obra de Santiago Calatrava, uno de esos arquitectos e ingenieros experto en litigios judiciales por sus acabados, y cuya obra estará siempre vinculada a los megaproyectos que reventaron con la crisis económica, con problemas de materiales y mantenimiento. El coste de este palacio de Congresos, presupuestado en 76 millones de euros, a finales de 2011 ascendía a 360 millones. Los ovetenses lo llaman *el centollu,* y es una escandalosa muestra de la etapa de la adoración al becerro de oro preludio de la Gran Crisis de 2008.

Quizá la mirada de muchos turistas aún no está preparada para ver esta iglesia del Naranco, colmo de la elegancia, al mismo tiempo que el *centollu* de Calatrava al fondo. A Wharton le horrorizaban las zonas industriales de las afueras de las ciudades y los edificios modernos, y no sabemos qué diría de las naves industriales convertidas en *lofts* para artistas. Puede que incluso se hiciera con una propia. Es el sentido de la belleza de cada época, aunque nadie discute a Fidias, a Leonardo o a Velázquez. Claro que lo del palacio de Calatrava no es una cuestión de gustos —sus puentes y algunos de sus edificios han sido reconocidos internacionalmente—, sino un problema de dinero, de burbuja, ya que representa una etapa en la que este país no gestionó la riqueza lo bien que debiera.

Uno de los rincones donde Cees Nooteboom meditó sobre los reyes astures. © José

Dándole vueltas a la conversación sobre el *centollu,* que nos mira al fondo del valle, subimos hacia San Miguel de Lillo, con la explanada a la izquierda y Santa María a la espalda. A la derecha, en la carretera, varios caminantes suben al Naranco a pecho descubierto y pasan a los turistas que lucen sus lorzas con aspecto de estar bien cuidadas a base de platos de *fabes*. Y así llegamos a San Miguel: en la fachada, el encaje de las celosías de piedra —una de ellas está protegida por un cristal— confirman que el maestro de Santa María y de San Miguel fue un gran artista.

Ramón, un guía con voz de ventrílocuo, comienza la explicación al pie de la iglesia: «Se conserva una tercera parte de lo que fue la planta original. No se permiten fotos. La bóveda central de once metros…», dice, destacando las pinturas ahora en restauración: «Aquí está la primera imagen humana representada en la monarquía asturiana». Se suceden los datos. La iglesia fue inaugurada el domingo 23 de junio del año 848 por el rey Ramiro I, los cuatro arcos tienen motivos orientales de rosetas, las celosías están talladas en un bloque de piedra, la influencia es romana… Al final, se detiene en las dos jambas que llamaron la atención de Wharton por «el número circense» que se representa en una de ellas. «Ambas jambas son dos bloques de piedra, copia de dos dípticos bizantinos», prosigue el guía, que no tiene inconveniente en mostrar sus tensiones con los restauradores de las pinturas, mientras los turistas pelean por ver el circo labrado en la piedra.

Aunque las bobas tensiones de hoy entre restauradores y guías con malas pulgas incomodan un poco a los visitantes, quizá no espanten a las piedras talladas, que seguro que presenciaron broncas entre los artistas de este par de joyas y el propio Ramiro I, aunque de esta relación tampoco se sabe gran cosa. Los estudiosos siguen buscando al genial arquitecto que en ocho años —período en que reinó Ramiro— trajo o encontró un equipo capaz de planificar y ejecutar Santa María del Naranco, San Miguel de Lillo y Santa Cristina de Lena (de la misma etapa, a treinta y siete kilómetros). Las influencias romanas, bizantinas e incluso vikingas —en los medallones — siguen suponiendo un reto para los expertos.

De vuelta a Santa María para recuperar el coche que nos devuelve a Oviedo, los caminantes sin camiseta siguen subiendo y bajando con tal de pillar el moreno del día soleado. Oviedo no tiene playa, eso que le echa en cara Gijón.

* * *

Está mediada la mañana cuando entramos en Oviedo, esta vez con los dos protestantes anunciados antes, Townsend y Borrow. El reverendo Joseph Townsend recorrió España a finales del siglo XVIII, entre 1786 y 1787, invitado por diversas familias de la nobleza y alguna autoridad de la Iglesia católica. Llegó a Asturias el 3 de agosto de 1786 y entró por el puerto de Somiedo. Como buen clérigo protestante que era, le irritaban las ornamentaciones barrocas y las imágenes y los lujos del catolicismo, pero escribe con cuidado y flema disimulada en el asombro sus correrías por la Península, en las antípodas de como lo hace su compatriota faltón George Borrow.

San Miguel de Lillo, otro lujo del prerrománico. © José García Pérez.

Medio siglo separa las andanzas de ambos predicadores, aunque Borrow no era clérigo y su cultura popular —siempre que podía, presumía de lo mucho que conocía a los gitanos y de que incluso hablaba su lengua— procedía en gran parte de su esfuerzo autodidacta y de su facilidad para los idiomas. «Don Jorgito el Inglés», como le llamaban, era un políglota contratado por la Sociedad Bíblica Británica. Llegó a España dispuesto a vender Biblias como fuera para hacer feligreses entre los espantosos católicos. Townsend fue mucho más cortés; no vino a redimirnos colocándonos tomos del libro sagrado ni a utilizar nuestro atraso y genio —de genialidad— para su negocio. Como buen geólogo y naturalista, amaba la observación.

Townsend nos visitó antes de la invasión de las tropas napoleónicas; Borrow después, durante las guerras entre isabelinos y carlistas. *La Biblia en España*, traducida por Manuel Azaña en los años veinte del siglo pasado, es uno de los textos responsables de la imagen sesgada de España entre los viajeros británicos. Y es que el vendedor Borrow quería quedar bien con sus empleadores y escribir un libro de éxito lleno de bandoleros y aventuras, como el de su amigo Richard Ford. Para no decepcionar, no tuvo problema en exagerar e inventarse una parte de sus aventuras al otro lado de los Pirineos. Eso sí, las que vivió lo hizo a lomos de mulas o de caballos, ya que era un excelente jinete.

Como decimos, Townsend fue mucho más comedido, discreto y fiable, y, de hecho, mantuvo amistad con la máxima autoridad eclesiástica de la capital asturiana. Fueron las reliquias de la catedral de Oviedo y la personalidad del padre Feijoo las que motivaron su parada en la capital del Reino de Asturias. Así explica el clérigo el supuesto origen de aquellas: «Según tradición, de cuya veracidad yo no respondo, cuando Cosroes, rey de Persia, entregó al saqueo la ciudad de Jerusalén, Dios, con su omnipotencia, transportó a través de África un arca de madera incorruptible, hecha por los inmediatos descendientes de los apóstoles, desde Jerusalén hasta Cartagena, Sevilla y Toledo, y desde allí el infante don Pelayo las trajo a las "sagradas montañas", próximas a Oviedo, desde donde pasaron a la iglesia catedral de San Salvador». No está mal: el texto evoca a persas, caballeros templarios, correrías por continentes con un arca… Estas líneas podrían ser el inicio de un libro sobre las andanzas mágicas de los reyes astures, pero es la explicación que Townsend ofrece para justificar por qué hay tantas reliquias en la catedral de Oviedo. El británico llegó a Asturias por Somiedo y salió dos meses después por Pajares, según los apuntes de Fermín Canella, en edición retocada por J. Tolivar Faes para el Real Instituto de Estudios Asturianos.

Si el anuncio del arca es prometedor en estos tiempos de series televisivas con ecos sobrenaturales, el enunciado de lo que el rey Alfonso VI se encontró al abrirla, el 5 de marzo de 1075, delante del mismísimo Cid Campeador, aún da para más: «Habiendo sido abierta esta arca por orden de Alfonso *El Magno* ante una asamblea de prelados, hallaron porciones de todos estos objetos: de la vara de Moisés; del maná que cayó del cielo; del manto de Elías; de huesos de los Santos Inocentes; de la rama de olivo que Cristo llevaba en su mano cuando entró en Jerusalén; un trozo grande de su Cruz; ocho espinas de la corona; el Santísimo Sudario o lienzo manchado con su sangre; un trozo de la caña que le dieron a modo de cetro; parte de su

vestido y de su sepulcro; algunas gotas de leche de la Bienaventurada Virgen; la casulla que ella donó a san Ildefonso; uno de los tres crucifijos esculpidos por Nicodemo y una cruz de oro purísima por los ángeles en la catedral». Con semejante enumeración, ¿quién se resistía a contrastar la minuciosidad del viajero británico de hace cerca de dos siglos y medio? La flema con que construye el relato, vestida de aparente asombro para no herir a su anfitrión, el arzobispo de Oviedo, tiene su aquel. Aun a sabiendas de que sería difícil superar el efecto de Santa María del Naranco y de San Miguel de Lillo, las reliquias se lo merecían. En los tiempos de Townsend, además, quien visitara las reliquias tenía «indulgencias de mil cuatro años y seis cuarentenas». Mejor pasar por el lugar, por si acaso, aunque a Edith Wharton, los claustros de la catedral le resultan «decepcionantes tras la perfección de León».

* * *

La plaza de la catedral de San Salvador regresa al viajero a la realidad del tiempo en que vive. Los peregrinos con gorras de béisbol o sombreros a lo Indiana Jones y sandalias de inspiración franciscana recuerdan que la ciudad es una parada clave del Camino de Santiago, bajo la atenta mirada de la estatua de La Regenta. De hecho, aquí arranca el Camino Primitivo, el que llevó al rey Alfonso, en el siglo IX, a ver los restos que para los católicos terminaron siendo los del apóstol Santiago.

Es primera hora de la tarde y Carmen, la vendedora de las entradas que a veces hace de guía, encerrada tras una mampara de cristal dentro de la catedral, corrige el dato de Edith Wharton de hace noventa y tres años, cuando las reliquias solo podían verse a las cuatro de la tarde. «Se muestran a todas las horas, están ahí, a la derecha, en la Cámara Santa. No, no tenemos guía, pero les entregamos una audioguía». Y efectivamente, a la derecha, en la «capilla palatina dedicada a san Miguel, levantada por Alfonso II para albergar las reliquias traídas de Toledo y Persia», según rezan las guías oficiales, se encuentra el arca protegida por un cristal. Recubierta de plata en siglos posteriores, se enseña rodeada de otras obras, como la Cruz de los dos Ángeles —símbolo de Asturias—, el trocito de la cruz engarzado en otra cruz, y el Santo Sudario de la catedral, datado en los siglos VII-VIII y preservado de la atmósfera bajo otro cristal.

Estas cruces sí que llaman la atención de Cees Nooteboom: «En la catedral, las cruces de los reyes anteriores, La Cruz de los Ángeles, La Cruz de la Victoria, objetos atávicos y sacros del tiempo de Alfonso II y Alfonso III, reyes asturianos de los tempranos siglos VIII y IX. La

primera cruz se ha convertido en su propia contradicción, extremadamente simple, de forma griega, los extremos de los brazos ensanchados, madera de cedro aunque cubierta de oro y filigrana, engastada con cabujones y camafeos; la segunda hace pensar en las decoraciones carolingias de la cámara del tesoro del Rin, oro, piedras preciosas por encima como gotas de melaza solidificada, representaciones extremadamente pequeñas y exóticas de plantas y animales de pirograbado». Ahí están, detrás de una verja y de un cristal, todas estas cruces y alhajas que describe el holandés. Es una mera cuestión de «fe», como lo del Santo Sudario. Y es que quizá sea eso la fe, un tipo de energía pública que empuja a los milagros dentro y fuera de cada persona.

Escribe el respetable Joseph Townsend que «unos días después de haber visto yo las reliquias, el Santísimo Sudario o sagrado lienzo sobre el cual imprimió su imagen el Redentor durante la pasión fue expuesto en la catedral ante ocho o diez mil aldeanos llegados de las cercanías, la mayor parte de los cuales llevaban cestos, llenos de pasteles y de panes, que levantaron sobre sí, cuanto les fue posible, en el momento que quedó descorrida la cortina que tapaba la reliquia, con la firme convicción de que los pasteles así expuestos adquirían la virtud de curar o aliviar todas las enfermedades. Algunos levantaron también sus rosarios y cada cual tenía una cosa u otra preparada a recibir la bendición divina que suponen emana sin cesar de la sagrada imagen de Nuestro Señor. Al cabo de algunos minutos uno de los canónigos bajó la cortina, y la multitud se retiró». La descripción del reverendo británico es perfecta para evocar la ignorancia aldeana. Esta delicadeza, incluso cuando desprecia, siempre le falta a Borrow.

Quizá lo más impactante, por no esperado, son los personajes de la nave con bóveda de cañón que «reemplazó a la prerrománica de madera» y que acoge a tantas reliquias, como cuenta el aparato pegado a la oreja. Se trata del Apostolado, los seis grupos de esculturas que trasladan el recuerdo enseguida hasta el Maestro Mateo del Pórtico de la Gloria de la catedral de Santiago de Compostela, impresión rectificada después por los estudiosos. Al parecer, fue uno de sus discípulos quien creó a estos hombres que charlan entre sí, como si la rigidez del románico estuviera a punto de romperse, como luego sucedió con la llegada del gótico. Es importante no perderse el parloteo entre el santo Tomás, de ojos azul zafiro, con el san Bartolomé, que le escucha con atención. Están escondidos detrás de la puerta.

En la suave y oscura primera hora de la tarde, en el interior de la catedral no hay más que otros dos turistas que, mochila a la espalda,

echan un vistazo aquí y allá. Un cura mayor con alzacuellos y traje negro trastea entre los confesionarios, y afuera, en la plaza, un grupo de peregrinos que se dirige a Santiago en bicicleta observa la fachada. Luego se inclinan, buscando la concha del peregrino que marca en el suelo el Camino, el primitivo, el iniciático para tantos.

Se agradece la claridad de la plaza, y se tiene la sensación de que reyes de Oriente, reyes asturianos, apóstoles como Santiago —en una batalla con el rey asturiano contra los árabes gritó eso de «Santiago y cierra, España», y nació lo de «Matamoros»—, reliquias de Jerusalén y otros misterios del Calvario imponen despejar la cabeza en la era de Facebook y Twitter dando una vuelta por la espalda de la catedral. Solo que esta vez de la mano de un protestante acérrimo, George Borrow, que se alojó, según cuenta en su libro, en el palacio de los Condes de Santa Cruz —le pareció poca cosa—, más conocido en la actualidad como el palacio de la Rúa, justo enfrente de la catedral, hoy con La Regenta de Clarín en la puerta.

«Jorgito el Inglés» no tiene desperdicio. Estando en Oviedo le sucede uno de los supuestos más extraños que cuenta en el libro, esos que hacen advertir a su traductor, don Manuel Azaña, sobre la licencia para algunas fantasías. De hecho, al leerlo ahora, antes de viajar a la parte de atrás de la catedral en pos de la estatua del admirado padre Feijoo, el suceso provoca una enorme sonrisa. Dice así: «Sucedió, pues, que una noche me encontraba yo en la antigua ciudad de Oviedo, en un apartado aposento, grande y mal amueblado, de una antigua posada, que fue en otros tiempos palacio de los condes de Santa Cruz. Eran más de las diez y llovía a mares. De pronto, conforme estaba yo escribiendo, me detuve al oír el ruido de numerosas pisadas en la crujiente escalera que conducía a mi cuarto. La puerta se abrió de súbito y entraron nueve hombres de elevada estatura, al mando de un personaje pequeñuelo y chepudo. Todos iban embozados en amplias capas españolas, pero al instante conocí en su porte que eran caballeros». No hay que alarmarse, estas gentes misteriosas y caballerosas de la noche de Oviedo, de notable aspecto los nueve, eran compradores de las Biblias que Borrow había dejado en casa del librero Longoria, e iban a visitarle para «darle las gracias por el tesoro que nos ha traído». Como hace Townsend con las reliquias, que cada cual juzgue sobre los detalles y la veracidad del relato.

La Regenta vigila quién entra y quién sale de la catedral… y de las terrazas. © José García Pérez.

En *La Biblia en España,* Borrow sitúa el momento que vive el país, en plena guerra entre carlistas e isabelinos. A los carlistas «se esperaba verlos marchar contra Oviedo de un día para otro; pero no hubieran dejado de encontrar resistencia, porque contaba la ciudad con una guarnición considerable que había erigido algunos reductos y fortificado varios conventos, en especial el de Santa Clara de la Vega. Todos los ánimos se hallaban en un estado de ansiedad febril, muy especialmente por no recibirse noticias de Madrid, que, según los

últimos informes, estaba en poder de las partidas de Cabrera y de Palillos». Las partidas de Palillos —la de la guerrilla de los Rugero— y la de Ramón Cabrera —ambos defensores carlistas contra Isabel— fueron muy populares en las dos primeras guerras carlistas. La de Palillos llegó a tener hasta quinientos hombres —lo afirma un personaje de Pío Baroja años después—; de la de Cabrera —apodado *El Tigre del Maestrazgo*— no se sabe tanto, pero sí que terminó en el exilio británico, mucho más moderado que cuando luchaba contra Isabel II.

Pese a las críticas a la situación creada por las tropas del pretendiente don Carlos al trono, frente a su sobrina Isabel II, que salpican una parte del libro, y a la pésima opinión sobre la monarquía y la aristocracia españolas, además de sobre la Iglesia católica, Borrow muestra a ratos algún respeto intelectual hacia algunos —muy pocos— personajes, como el padre Feijoo, el filósofo benedictino al que también cita Joseph Townsend y cuyo convento y plaza (con su estatua) están detrás de la catedral.

Un comerciante al que «don Jorgito» había sido recomendado le invitó a ver un retrato del «famoso filósofo benedictino, cuyos escritos han contribuido mucho a disipar las supersticiones y los errores populares, tanto tiempo acreditados en España; está enterrado en uno de los conventos de Oviedo, donde pasó gran parte de su vida. Venga usted conmigo y le enseñaré su retrato. Nuestro gran rey Carlos III envió desde Madrid a su pintor para que lo hiciera. Ahora pertenece a mi amigo el abogado don Ramón Valdés», escribió el protestante a finales de la década de 1830. Y a casa de don Ramón fue para ver el retrato de Feijoo, del que da cuenta en detalle. Es de suponer que ese retrato del ilustrado precursor de Jovellanos, entre otros, es el que le hizo Mariano Salvador Maella, el pintor de Carlos III y Carlos IV que luego fue apartado de la Corte por colaborar con José I Bonaparte. El retrato, junto con el de Jovellanos de Goya, está en el Museo de Bellas Artes de Asturias.

Joseph Townsend profundiza un poco más en el interesante benedictino, porque, aunque «los conventos de Oviedo no son muy interesantes», los de la Orden de San Benito le llamaron la atención especialmente: «El primero, el de los benedictinos, lo visité por relacionarlo con el padre Feijoo, cuya fama ha llegado hasta las naciones más lejanas. Entré en su celda y conversé con los que le habían conocido y respetado durante su vida. Contemplé su busto, mas, como este había sido hecho después de muerto, cuando su rostro ya estaba inanimado, solo gracias a sus obras pude formar idea de su genio. Cuantos las hayan leído estarán de acuerdo conmigo en que,

dentro de la literatura en general, él fue el primer escritor de la nación española». ¡Madre mía! Es más que dudoso que alguien hoy comparta tal juicio, salvo que sea un gran desconocedor de la literatura española, aunque ya era una opinión controvertida cuando Townsend la lanzó (1786). Pero clérigos tienen sendas Iglesias, la católica y la anglicana… Allá cada cual con sus gustos y su formación.

La estatua del padre Feijoo, que está en la plaza que lleva su nombre, se levanta frente al convento en el que el benedictino vivió más de treinta años y que hoy es el Museo Arqueológico. Al otro lado se encuentra la Facultad de Psicología. Parecería que la estatua del sabio lanzase un mudo mensaje de sosiego ante las enfermedades estresantes de estos tiempos. Quien pueda debería disfrutar de un atardecer lluvioso a la luz de las farolas que rodean la plaza. El lugar desprende sosiego y misterio.

Townsend hace otra reflexión ilustrativa sobre el convento de las benedictinas, situado un poco más allá de la plaza de Feijoo: «Lo visité principalmente en razón de su gran riqueza. Solo son cincuenta y su renta anual se cifra en veinte mil ducados, o 2.197 libras esterlinas, cinco chelines y tres dineros con siete cuartos. Nos invitaron a tomar el té. Con el canónigo y mi joven amigo entramos en su locutorio, y ellas se presentaron reunidas con la abadesa detrás de la reja. Su conversación fue animada y su actitud completamente natural. Tuve el atrevimiento de rogar a una de ellas que cantase: era una joven bella, agradable, delicada e interesante; pero tan pronto empezó a cantar un fragmento de las letanías me hizo estremecer… su voz se hacía aguda y hería los oídos». Hoy, el monasterio de las benedictinas, más conocido como el Monasterio de las Pelayas, es un lugar casi de ritual al que acudir a por dulces o a por su famosa empanada de manzana. Aunque solo sea por el aroma a repostería y el hambre que despierta, merece la pena pararse.

Para rematar la jornada, un paseo por la calle Gascona, diseñada para turistas a base de sidra y frases de dudoso ingenio —«la sidra es la alegría ebria de las palabras», «la sidra es la sangre que bombea vidas»—, y llena de pancartas en los balcones en las que los vecinos protestan por el ruido, permite observar la fauna tan dispar que el Camino de Santiago pone en marcha. Entretenida e incluso divertida, la calle ayuda a encuadrar la jornada. Para llevar a abuelas, madres y suegras, se puede elegir entre las socorridas pastas «Princesita de Asturias» o «Letizias», siempre presentes en las pastelerías, panaderías y tiendas de alimentación de los chinos. También están los escanciadores de sidra —los vasos clásicos para disfrutar de esa bebida —, los *quesucos* de la zona o las albarcas. Pero lo mejor, lo que

recomienda Nooteboom, es darle juego a la fabada, rica en cualquier lugar del reino de Ramiro I.

4

Tras los pasos del capitán Nemo y Julio Verne por la bahía de Vigo

«Alrededor del Nautilus, en un radio de acción de por lo menos media milla, las aguas aparecían impregnadas de una claridad eléctrica […]. Varios tripulantes, envueltos en escafandras, se ocupaban en vaciar toneles medio podridos y cajas desvencijadas entre un montón de despojos ennegrecidos. De aquellas cajas y de aquellos barriles salían lingotes de oro y de plata, verdaderas cascadas de monedas y de joyas, esparciéndose sobre la arena. Algún tiempo después, cargados con el precioso botín, los marineros comenzaron a regresar al Nautilus, depositando en él sus fardos y reanudando a continuación aquella inagotable y original pesca de plata y oro». Pierre Aronnax, el científico prisionero del capitán Nemo en su submarino, observa la escena, el ir y venir de los hombres de negro —ya existían hace ciento cincuenta años, al menos en la imaginación de Julio Verne— detrás de los enormes ventanales del Nautilus. En una estupenda clase de historia sobre España, el capitán acaba de revelarle en qué parte del fondo del océano Atlántico se encuentran, de dónde provienen todos esos tesoros que los hombres de Nemo transportan al vientre de la admirable máquina marina en la que viven. «—¡Pero si es muy sencillo! —me interrumpió el capitán—. En estos momentos, estamos justamente en la misma bahía de Vigo, y tan solo de usted depende el que pueda conocer los misterios que en ella se encierran».

Otro misterio de los muchos que fascinan al biólogo sobre Nemo queda así desvelado. La explicación de la fortuna de la que hace gala el extraño personaje que le tiene prisionero junto a su criado Consejo, y Ned Land, el arponero canadiense, son los galeones de la Corona española. Aronnax, profesor del Museo de París, que acabó prisionero en el Nautilus por haber ido a la busca del nerval, el monstruo que asustaba y hundía barcos, no sale de su asombro. Quién iba a pensar que el dichoso nerval que mencionaba la prensa por aquellos tiempos de 1866 era una máquina capaz de navegar por los fondos marinos y creada por el misterioso Nemo.

«La rada de Vigo» se titula el capítulo VIII del libro en el que Julio Verne —para muchos, padre de la ciencia ficción junto con H. G.

Wells o Isaac Asimov— da vida al Nautilus, el submarino que recorre los océanos del mundo dirigido por uno de los personajes de ficción más misteriosos de la literatura del siglo XIX, alucinante, precuela de tantos héroes de cómic y aventuras, el genial capitán Nemo («Ninguno» en latín), tan vivo entre nosotros que a menudo olvidamos que tuvo un creador.

Esta mañana de noviembre, Francisco, el marinero de setenta y seis años que faena en su barca, solo mira con cierta curiosidad a las dos personas que sujetan el libro de Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, y que miran a su alrededor. Son las siete de la mañana y apenas amanece en estos días de noviembre. No parece el momento ideal para ponerse a leer, aunque sea observando de vez en cuando la estatua del célebre francés, que vigila las mareas, las entradas y salidas de los barcos al fondo de la bahía, entre esta playa de Cesantes (Vigo) y el lazareto, que también fue cárcel, en la isla de San Simón.

Pero hace tiempo que Paco se ha acostumbrado a las visitas de los turistas, incluso fuera de temporada, y a la historia del escritor francés, que puso la bahía de Rande y a Vigo en el mapa de la literatura universal. En las páginas de la Historia ya estaba desde el megalítico y de los castros romanos, pero la batalla de Rande, esa que tanto ocupó a Aronnax y a Nemo, fue la que los llevó al final de la Edad Moderna. El pescador ha sonreído más de una vez pensando en el submarino que recorre los mundos oceánicos y que quizá ha pasado por debajo de su barca, o en los tesoros no encontrados que se supone están bajo sus pies. Pero esta mañana lo primero es preparar los arreos para salir a pescar choco y esperar a ver por dónde salen los turistas madrugadores.

El viejo mueve la cabeza de un lado a otro con cierta ironía cuando le preguntan por otros submarinos, sin tripulación, más modernos. Hace unos días que la noticia ha saltado a los telediarios y a los periódicos. Un «narcosubmarino» repleto de coca ha sido capturado por la Guardia Civil, que ya sospechaba la existencia de estos artefactos a disposición de los capos de la droga gallegos. Como en Colombia. Los piratas modernos han cambiado los tesoros de oro y joyas por mercancías mucho más peligrosas, menos románticas y mucho más rentables.

Paco asiente con un «lo que hay que ver y lo que nos queda», mientras termina con sus preparativos e invita a los charlatanes que preguntan, con cámaras de fotos y cuadernos en las manos, a subir a su barca. Aparca por un rato su quehacer con el choco, tira de la cuerda que arranca el motor y enfila despacio hacia la estatua de Verne y sus buzos. Quizá sean el mismo Nemo y el biólogo Aronnax,

comentan los recién llegados, mientras la barca rompe la superficie gris y azul y, lentamente, los buzos son engullidos por la marea. Puede que ahí abajo aún esperen más monedas de oro…

Es fácil sentir el pálpito del lugar y aguantar la respiración envueltos en la luz plata de la bahía. Aquí mismo Nemo cuenta a Aronnax cómo España tuvo que enfrentarse a «Holanda, Austria e Inglaterra, que habían concertado un acuerdo de alianza en La Haya, con objeto de arrancar la corona de España a Felipe V [Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, *El Rey Sol,* quien le sentó en el trono], y ceñirla sobre las sienes de un archiduque, al que anticipadamente le confirieron el nombre de Carlos III». Para enfrentarse a la coalición, España necesitaba el dinero que llegaba de América en los galeones. «A fines de 1702, precisamente, era esperado uno de aquellos riquísimos convoyes, que Francia debía escoltar por una flota de veintitrés navíos». Los enemigos intentaban que los barcos no llegaran a la costa española. Españoles y franceses terminaron refugiándose en esta rada de Vigo que hoy, más de doscientos años después, vio entrar a los barcos ingleses. Cuando los acorralados comprendieron que «las riquezas del convoy iban a caer en manos de los enemigos [británicos], incendiaron y barrenaron los galeones, que se hundieron con sus inmensos tesoros en el fondo del mar». Es la historia de la batalla de Rande.

Es imposible deslizarse sobre esta agua, espejo de nubes que amenazan tapar misterios, sin recordar «La rada de Vigo», ese capítulo de historia y leyenda. © Alfredo Cáliz.

Por Osiris, Zeus, Dios y Odín que es emocionante estar sobre estas aguas, cuyos juegos entre las mareas, las nubes y sus fondos parecen dejar rastros de aquellos barcos hundidos. Paco sonríe entre el entusiasmo de sus invitados en la barquita, pero la brisa aprieta demasiado como para seguir dando vueltas alrededor del monumento. Estos de Madrid siempre vienen mal equipados al norte… El pescador se niega en redondo a aceptar el más mínimo pago por la improvisada excursión. Entre tímidos balbuceos, habla de hospitalidad. Faltaría más.

Paco saluda con un apretón de manos a los visitantes y se dirige a un amigo que ha llegado a la playa mientras él daba vueltas alrededor del conjunto escultórico de Verne, creado por Moncho Lastre y Sergio Portela. Ahora regresará allí, tras intercambiar con su colega opiniones sobre la marea y el día. A estos hombres les interesan otros tesoros: almejas, berberechos o *longueirón* —navajas para muchos—, el *carallote* para los de aquí. Tesoros que dan euros, no doblones de fantasía.

La isla de San Simón está cerrada al público —solo abre en temporada alta—, pero su silencio, roto solo por las gaviotas y las olas, acompaña al incansable Julio Verne, que vigila con su catalejo el Puente de Rande, allá al fondo. El regocijo interior se acrecienta al pensar que el escritor en persona estuvo por aquí un 2 de octubre de 1878, casi diez años después de que publicara *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Es decir, Verne escribió sobre Rande y Vigo antes de conocerlos.

Eduardo Rolland, periodista vigués estudioso de Verne, ha contado en más de una ocasión que el francés situó esta bahía como el lugar donde se enterraba la enorme fortuna de Nemo, porque en aquellos momentos, entre 1866 y 1870, la ría de Vigo estaba en los periódicos por una gran bronca internacional sobre los derechos del rescate de los galeones. La Corona española había dado la licencia a un inglés, David Langland, que preparó una estafa con el cebo de las acciones sobre el tesoro que se sacaría del fondo del mar. Lo que Verne no imaginaba al situar esta tierra era que, años después, tendría que atracar en ella dos veces.

Nemo enseña estos fondos marinos con los tesoros de los galeones españoles a Aronnax el mismo día que este, su criado Consejo y el canadiense Ned, el hombre más hábil que haya existido jamás con el arpón, planean fugarse del submarino. El lujo y el asombro que ofrece el Nautilus son incapaces de aplacar las ansias de libertad del arponero, que solo sueña con cómo fugarse. Estar cerca de Francia e Inglaterra es un acicate, y la costa española es Europa.

El libro tiene más menciones a lugares de España y su historia: Canarias, Tenerife, Gibraltar… Las aguas del Atlántico. Toda la costa de la Península está presente en el viaje, pero es en Rande y en Cesantes donde los protagonistas recuerdan las glorias pasadas del Imperio español y sus inicios de decadencia, que desencadenaron la triste historia de enfrentamientos civiles de las guerras carlistas.

Tras dejar a Paco en la orilla, ya dispuesto a entrar a faenar, la presencia del escritor en la playa de Cesantes se hace palpable de otras formas. Más vale tarde que nunca. Una placa de cobre, con un submarino dibujado y dedicado al capitán Nemo, en gallego, recuerda que uno de los escritores más leídos de todos los tiempos incluyó este lugar en uno de sus libros más universales y que a mitad del siglo XIX llegaron a esta ensenada de Vigo barcos en busca de los galeones hundidos en la famosa batalla. Aún hoy la leyenda sigue y cada verano aparece en la prensa una presunta empresa cazatesoros que intenta tramitar permisos para rescatar los tesoros llegados de América.

Un poco más allá, detrás de la playa, un muro que un día fue blanco está cubierto por un enorme dibujo, tipo cómic, donde aparecen los buzos navegando hacia el gigante Kraken. Detrás, un lugar de copas o un restaurante —o ambas cosas—, ahora cerrado, con ese extraño latir en soledad que encierran los lugares de playa despoblados en invierno. A la isla de San Simón, confirma Paco, se puede ir en verano. Pero con visitas guiadas. «Sí, así es. Pero no explican nada de lo que fue ese lazareto. Hablan de los leprosos hace siglos, pero ni mención de lo terrible que fue el lugar como prisión durante la Guerra Civil. Luego fue una cárcel brutal, durísima, en la posguerra. Hay testimonios, como el de Manuel Barros, un gallego decente que estuvo allí encerrado, que dan escalofríos», explica Santos, un vecino de Redondela que tiene el detalle de acercar a los turistas hasta Vigo a la vista de lo que tarda el autobús.

Atrás quedan Cesantes y Redondela, y el Puente de Rande. La entrada en la ciudad para seguir los pasos del autor francés debe comenzar por el puerto de Vigo. Allí, sobre el calamar gigante del escultor José Morales —pagado por una asociación empresarial de mujeres de Vigo—, cuyas patas sirven ahora para entretener a los niños, comienza el homenaje al escritor, recuperado para la ciudad desde 2005. Sea o no el calamar uno de los que aparecen en el libro —quizá es descendiente del monstruoso cefalópodo que «la tripulación del navío Alecton» descubrió al nordeste de Tenerife, como cuenta Verne-Nemo en el libro—, a los chicos no les espanta tanto como el que se toparon los del Nautilus.

Tan solo a principios del siglo XXI se recuperó el Nautilus por estas tierras. © Alfredo Cáliz.

Seguramente, a Verne le agradaría esta estatua del pulpo, porque, ya antes de que estos animales se popularizaran gracias a las series de televisión coreanas que los llevan en el título, o al pulpo Paul que tanto sabe de fútbol, el escritor galo era consciente de la inteligencia de los cefalópodos. Pese a su aspecto poco atractivo para los cánones de belleza comunes, pulpos, calamares y sepias son los invertebrados más inteligentes: llevan millones de años adaptados al mar y los científicos siguen investigando sobre su inteligencia. Que Verne sabía de esta especie más que la media es una prueba el mismo nombre del submarino de Nemo, Nautilus, que significa «marinero» en griego, pero también es un molusco cefalópodo.

«Ante mis ojos se agitaba un horrible monstruo, digno de figurar en las leyendas teratológicas. Se trataba de un calamar de colosales dimensiones que debía medir por lo menos ocho metros de longitud. Marchaba hacia atrás y a una gran velocidad, en dirección al Nautilus, a la vez que clavaba en él sus ojazos de tintas verdosas. Sus ocho brazos o, mejor dicho, sus ocho pies, implantados en la cabeza, que han valido a tales animales el calificativo de cefalópodos, tenían un desarrollo del doble por lo menos con relación a su cuerpo, y se retorcían como la misma cabellera de las furias». La verdad, sentados en el puerto al lado de Verne sobre una de las patas enormes —«doscientas cincuenta ventosas», detalla el escritor— y rodeados de niños, imaginar que una de esas ventosas te puede atrapar no es nada fácil en el siglo XXI.

La lluvia y el frío mantienen vacíos los soportales de las plazas de la ciudad, lo que ayuda a sentir los pasos del francés aquel día que tomó aquí el café, tal y como contó en una carta a su amigo Raoul. Primero llegó en 1878 por una avería de su barco a vapor (Saint-Michel III) y luego, en 1884, por culpa de la caldera de la misma embarcación. Paseó por esta ciudad, de la que «no podéis imaginar nada más prodigioso que esta bahía, lago inmenso rodeado de montañas», escribió el escritor.

Si en 1878 lo hizo en junio, en 1884 fue en mayo, porque Verne cuenta que el 19 de ese mes entró en la ría y vio las islas Cíes, donde fue recibido por el vicecónsul francés *monsieur* Tapias —Francisco Tapias Pascual— y el general Llorente, y degustó el café de la plaza de la Constitución. Al día siguiente visitó la fortaleza O Castro, lo que le permitió una «vista admirable» de la bahía y los valles. Durante cuatro días, mientras le arreglaban el Saint-Michel, paseó por la ciudad y fue debidamente agasajado, hasta que, poco después, partió a Lisboa.

Eduardo Rolland y el club «verniano» —hay fans repartidos por todo el mundo— han logrado recuperar al autor de obras como *La vuelta al mundo en 80 días, Viaje al centro de la Tierra*, *Los hijos del capitán Grant*, *Miguel Strogoff* o *La isla misteriosa*. Son tantos los momentos mágicos para el lector adolescente —y adulto— que pasear por Vigo a la sombra de aquellas aventuras y recuerdos convierte al modesto explorador en «verniano» por unas cuantas horas e incluso días. En todos los rincones, incluida la subida a la fortaleza y la vista sobre la bahía, los fogonazos de las escenas del libro pueblan la visita.

Desde que aparecieron sus diarios en este siglo XXI, las vistas de la fortaleza que Verne describió, el taller del Arenal, donde repararon al Saint-Michel, y de todo lo demás de lo que no hay rastro ya se ocupa la realidad actual. Han tardado, pero la huella es fácil de encontrar; por ejemplo, en la biblioteca Juan Compañel, ante una exposición de tiras de cómic, donde se puede rematar una jornada que ha estado envuelta por la compañía de los personajes de Julio Verne.

Julio Verne sobre el calamar gigante en el Puerto de Vigo. © Alfredo Cáliz.

La aleación entre el espíritu de la Navidad cristiano y el de *Frozen II* —o el de la factoría Disney— produce la detonación de las emociones de miles de personas, solo comparable al recuerdo del primer beso o del primer amor. La mayoría de ellas —venidas de todos los pueblos y aldeas de la provincia— no tienen ni idea de que, antes de la princesa de la factoría Disney, por aquí pasó el capitán Nemo, uno de los personajes más míticos de la literatura, que ha dado pie a tantos héroes, empezando por el cómic. ¿Quién no ha leído a Tintín?

Pero ¿qué importan estos recuerdos de padres y abuelos? Los ojos infantiles quedan extasiados ante el juego de luces del árbol de treinta y dos metros de altura de la calle Príncipe; aprietan las manos arrugadas de los abuelos, que dirigen la cara de sus nietos hacia la bola gigante de la calle Urzaiz, mientras los padres aclaran a sus hijos que no llueve, «son copos de nieve», y siguen las huellas de la reina Frozen, esa que no necesita ni rey ni príncipe, en la calle del Progreso.

Los turistas que vinieron a la búsqueda de Julio Verne y de Nemo se van con la seguridad de que Elsa, la princesa de hielo, ocupará más lugar en los corazones de los pequeños que el submarino más famoso de la Historia, obra de un genio de la ciencia ficción y, para muchos, un gran divulgador científico. Quizá algunos sepan, o alguien les

cuente, que la factoría Disney compró Pixar, una empresa de animación que se forró con la historia de un pez perdido, enano y dicharachero que respondía al nombre de Nemo.

5

Segovia, el clíper que navega por el paisaje. Jan Morris, Wilhelm von Humboldt y George Ticknor descubren la ciudad del acueducto

«Segovia es solo fruto: da la sensación de ser la ciudad más completa y mejor trabada de todas las ciudades castellanas. Como si la totalidad de sus órganos estuvieran bien nutridos y nada en ella se hallara atrofiado», escribe la británica Jan Morris en *Presencia de España,* una obra deliciosa ante la que es imposible permanecer indiferente.

Con el libro en la mano y bien subrayadas las hojas que la británica dedica a Segovia, la llegada a la ciudad una tarde de domingo multiplica el gozo del que va a contracorriente del resto de los visitantes. De frente avanzan largas caravanas de coches que les devolverán a sus hogares, tan cabreados que a veces se olvidan de las bellezas que han visto. Lástima que unos segundos después las alarmas de los móviles turben el regocijo y ensombrezcan la armonía buscada cuando iniciamos la escapada. Vamos aprendiendo que esta máquina infernal, sin la que hoy nos sentimos desnudos, debe ser silenciada lo más posible para que el viaje funcione. Una notificación de noticia, un *whatsapp*, un vídeo, puede hacernos perder una puesta de sol de segundos, un castillo con una luz especial o una cascada que se nos escapa por mirar al trasto, que estará ahí, con todo su contenido completo, dentro de dos horas, en cuanto hagamos la primera parada. Como a los adolescentes, también a los adultos hay que reeducarnos.

Hace fresco en Segovia y ha llovido durante días, pero, al atardecer, la catedral, la Plaza Mayor y el acueducto lucen tan limpios y dorados que invitan al primer paseo, aunque solo sea de reconocimiento. A la puerta del Torreón de Lozoya, frente a la iglesia de San Martín, un cartel anuncia la exposición de Eduardo Arroyo y se encoge el corazón de las visitantes recién bajadas del coche. Es una de esas felices y melancólicas coincidencias que ya justifican el viaje, y la fotógrafa Sofía Moro, objetivo en mano, se pierde entre las obras del genio.

Llovizna y ha anochecido a la salida de la exposición en el Torreón, donde había familias enteras y jóvenes en busca de los últimos pasos de Arroyo a través de su obra. El agua contra las farolas,

el empedrado húmedo y el peso de una tarde de domingo, en el que solo permanecen abiertos algunos restaurantes, convierten el momento en el más apropiado para perseguir las sombras de Jan Morris. Han pasado cincuenta años desde que otras sombras le engancharon en su primer recorrido por la ciudad: «Era una noche húmeda, la luz de los faroles brillaba en las calles mojadas, topé con una plazuela al pie de la elevación donde se halla la catedral, llamada Plaza de las Sirenas […]. Está construida al final de un tramo de escalones, algo así como L´Scala de Espagne en Roma… A la izquierda está el encantador atrio románico de San Martín». Morris avanza solo entre la lluvia, hasta que, en un rincón, «cerca de la pared, advertí apenas dos bultos chatos y gordezuelos de piedra, agazapados en las tinieblas. Cuando me acerqué advertí que se trataba de un par de extraños animales primitivos, con morro, cola y vientres sólidos. ¿Cerdos?, ¿Leones? ¿Dioses?, ¿O demonios?… Por si acaso, me alejé de ellos con premura».

Wilhelm von Humboldt le roba la magia al momento e identifica a los dos bichos que asustaron a Morris, pero sin ninguna literatura: «Hay dos verracos en la Calle Real. No encontré el toro. Los españoles dicen que uno es masculino y el otro femenino. Son de granito, muy largos, bajos, con patas horriblemente pequeñas y con hocicos en punta. Uno mejor conservado que el otro y con orejas aún marcadas, el otro no tanto». El menos afamado de los dos hermanos Humboldt —pero estadista, político e intelectual que viajó por España entre 1799-1800 y escribió un *Diario de viaje a España. 1799-1800*— va a lo concreto ciento cincuenta años antes que la británica.

La Plaza de las Sirenas, con la estatua de Juan Bravo, esconde sombras misteriosas. © Sofía Moro.

El hermano de Alexander von Humboldt, el gran naturalista, tenía una formación tan sólida como la de este. De hecho, Wilhelm, además de estadista, fue el creador de la universidad alemana actual. Sabía algo de los verracos, unas piezas celtíberas que los vetones, unos tipos de la segunda Edad del Hierro que pelearon contra cartagineses y romanos, dejaron para la posteridad. Tanto vetones como verracos darían para una historia épica contra los invasores mucho antes de que el caudillo don Pelayo, que luchó contra los moros, se convirtiera en otro aventurero desaprovechado para libros y series de televisión. ¿Por qué aprendemos tan poco de los celtíberos en los colegios?

Bajo la lluvia, en la plaza de San Martín y tras buscar a los verracos (están en el Museo Provincial de Segovia para evitar que pierdan más orejas), vuelve Jan Morris a las manos. Víctima o no de la premura, los dos hermosos párrafos de esa noche solo tienen dos fallos: uno del autor y otro de la realidad actual. El del autor, que la catedral no está en lo alto de esas escaleras, detrás de San Martín; el de la realidad, que los bultos que uno se encuentra ahora por las noches en los rincones de la plaza de San Martín, por detrás de su atrio o frente a la estatua de Juan Bravo, suelen ser jóvenes liándose un cigarro o pobres comiendo lo que han encontrado en la calle tras unos días de opulentos visitantes durante un puente.

Un apuesto caballero preside esta bella plaza de San Martín, y no

se arredra ni ante la lluvia, ni ante el frío, ni ante las nuevas invasiones de unos ejércitos contra los que uno no sabe cómo defenderse: se llaman turistas y el arma que traen en las manos son los móviles. La ventaja de que haga frío y caigan unas gotas es que esas máquinas infernales acaban en los bolsillos de los impermeables, quizá para asombro de Juan Bravo, el líder de los comuneros, a quienes abandonó una reina de historia revisada, Juana la Loca. Aunque quizá no lo estaba tanto… El neerlandés Cees Nooteboom lo relata así: «Hace casi quinientos años tuvo lugar en Segovia el levantamiento de los comuneros, capitaneados por Juan Bravo. Pero ya que la Historia siempre tiene que referirse a sí misma, tenemos que volver mucho más atrás en el tiempo para comprender este alzamiento, hasta la profunda Edad Media. Hasta entonces el pueblo no tenía prácticamente derechos, pero como consecuencia de la Reconquista hubo grandes territorios ganados a los moros, a los que se debían llevar hombres para que se establecieran en los territorios "nuevos"; estos hombres obtenían *fueros* que hasta entonces estaban reservados a la nobleza y al clero. Así surgieron en los distintos reinos de España las Cortes, que no pueden compararse con los Parlamentos actuales, pero sí que eran una manifestación de una conciencia democrática muy temprana en el pueblo español. Realmente mucho antes que en cualquier lugar de Europa».

¡La rebelión de los comuneros de Castilla! Ecos de heroicidades. ¡Por fin un párrafo que reconoce que hasta los primitivos españoles amaban la democracia! Después de haber viajado con los libros de los románticos, con los numerosos juicios que vierten sobre este pueblo de gentes que aman la mano dura, que en 1983 el neerlandés y agradable Cees Nooteboom recuerde los fueros y las Cortes que se dieron León, Aragón, Cataluña, Castilla es un gustazo. Ya hemos dicho que con Nooteboom y *El desvío a Santiago* vamos a caminar por muchos lugares. El libro es un chupito de autoestima.

Esta Plaza de las Sirenas en el lenguaje popular —debe su nombre a dos esfinges que, con sus garras, parecen defender al comunero Juan Bravo— es de las más bellas de España. No solo le recuerda a Jan Morris a la Plaza de España de Roma, sino que otros muchos escritores amantes de Segovia, como Dionisio Ridruejo, la defendían como de hermosura comparable a las italianas. Lo merece. Desde el atrio de San Martín —para muchos, la mejor de las maravillosas iglesias que tiene la ciudad— hasta el Torreón de Lozoya o las casas de nobles al final de las escalinatas, el lugar merece una parada con sentada.

Los pocos turistas que quedan miran sin prisas bares y escaparates, pero cenan a las seis, a las siete o, como muy tarde, a las

ocho de la tarde, evitando que las calles se recojan con la puesta del sol y el frío. Visto el patio, lo mejor es brindar por el capitán Juan Bravo y sus comuneros sublevados. Recuerda Nooteboom que luchaban contra las cargas de impuestos, contra un Carlos V de Alemania y I de España que era extranjero. Las Cortes, «habiendo sido entidades que se reunían exclusivamente cuando el monarca volvía a necesitar dinero, se convirtieron en instituciones mayores de edad y molestas, y cuando el Habsburgo Carlos V —quien ya era despreciado por los españoles porque ni siquiera hablaba español, sino flamenco, y asignaba los altos cargos públicos de España a extranjeros— fue cargando cada vez con más impuestos al pueblo para sufragar su política internacional, estalló el levantamiento».

También exigían nuevas leyes. Y sí, Padilla, Bravo y Maldonado fueron ajusticiados. Y es más: el escritor neerlandés añade que, tras la derrota en la batalla de Villalar, «el obispo de Zamora es muerto a garrote, Juan Bravo, con otros setenta y tres comuneros, decapitado en Segovia, las Cortes pierden todo el poder». Hoy, Padilla, Bravo y Maldonado son tres calles que a los madrileños les suenan a barrio de Salamanca y a casas de clases adineradas. ¡Qué destino el de los comuneros!

Pero estamos en Segovia, y esta calle de Juan Bravo que baja desde la Plaza Mayor hasta el ensueño que es el acueducto, repleta de luces que anuncian la Navidad —cada año empieza antes— y de turistas ya cenados fascinados con los escaparates repletos de figuras de cochinillos en cazuela de barro, ristras de ajos colgando a los lados y fondo de manteles rojos, aleja cualquier fantasma decapitado. Y eso que Segovia tiene muchos fantasmas, incluidos los judíos errantes descendientes del dueño de la Casa del Judío, más conocida como la Casa de los Picos, o el de la joven que vendió su alma al diablo para no poner la última piedra del acueducto… Son esas historias las que embrujan a los guiris que han tomado la ruta de las cuatro capitales castellanas —Salamanca, Segovia, Ávila y Toledo— y que no tienen preocupación por el día de la semana en que viven, pendientes en el restaurante del crujir de la piel del cochinillo partido por el plato. Se les ve a través de las cristaleras en cualquiera de los tres o cuatro lugares tradicionales que marcan las guías turísticas. Los de siempre.

Esos grupos —la mayoría de ojos rasgados— tienen tres objetivos primordiales, los mismos que recetan algunas de las desganadas jóvenes de la Oficina de Turismo de la Plaza Mayor: la catedral, el acueducto y el Alcázar. «Y punto pelota», le falta añadir a la dama, que mira el reloj para pirárselas rápido a casa. Definitivamente, mucho mejor perderse con Jan Morris y Cees Nooteboom a la mañana

siguiente que esperar los consejos que da de mala gana una funcionara mal encarada.

Los cochinillos siguen bailando en la cama con el libro del escritor holandés, porque «la ciudad de Segovia es como un puño. Una vez que has entrado por una de las muchas puertas del acueducto parece como si las estrechas calles se cerraran tras de ti. Subes por callejuelas, a lo largo de restaurantes donde descansan sobre sus patitas delanteras las caras desvergonzadas de cochinillos desnudos, a lo largo de mercerías pasadas de moda y tiendas de ultramarinos». Tiene razón: los cochinillos en las fotos aparecen como unos desvergonzados en uno de los escaparates más conocidos de la calle: panza arriba, con las pezuñas en alto y una sonrisa burlona. Solo el pobre cordero, de cara triste, parece tener conciencia de adónde fue el original que sirvió para este modelo algo patético. De las tiendas de ultramarinos y las mercerías, ni rastro. Pero llega el sueño mientras el viento sopla a través de la ventana al pie del río Eresma y el holandés sigue escribiendo sobre un castillo que podría haber sido diseñado por Anton Pieck —«pintor y artista gráfico, holandés», que dibujaba obras de «carácter nostálgico o de cuentos de hadas»— si no supiéramos que «es real y antiguo». El ladrido de dos perros y las voces de sus dueños alejan el sonido del Eresma. Quizá el rumor del agua sea el mismo que escucharon celtas, romanos, moriscos, Catalina de Lancaster, Juan II, los Reyes Católicos, Felipe II…

* * *

El reloj del móvil suena a las ocho de la mañana, cuando las primeras luces asoman por detrás de la mole que es el Alcázar. Por la mañana, con el tráfico atravesando el puente y la carretera, lo que sube procedente del Eresma es un canto débil que nada hace pensar que sea un río, sino más bien un arroyo «pequeño y ralo», como recuerda la británica Morris. Comienza el día.

La primera recomendación de la escritora galesa no se le olvidará nunca al visitante de Segovia, aunque no está incluida en las guías más famosas: «Segovia es la mejor organizada de las ciudades. Es el sueño de un urbanista […] y para empezar a formarte una idea precisa, lo primero que has de hacer es subir al pequeño Calvario que se encuentra, solitario y sugestivo, sobre un altozano contiguo a la carretera de Ávila […]. La mejor hora es por la mañana temprano, pues entonces, cuando se eleva el sol sobre el horizonte iluminando con tonos rojizos toda la ciudad, esta pierde dos de sus tres dimensiones y semeja una maravillosa silueta recortada sobre el valle».

Poco más tarde de las nueve de una mañana, el sol logra colar entre las nubes sus primeros golpes de gloria y el «efecto Morris» tiene lugar desde la calle Calvario cincuenta y cuatro años después de que la británica lo disfrutara. El Alcázar y sus torres, la catedral, «último de los templos góticos españoles», se iluminan y «en el extremo opuesto de esta fantasía, avanza sobre el declive el gran acueducto romano». Sí, es uno de esos momentos mágicos, que conmueven el alma y producen la subida de adrenalina propia de los descubrimientos, de los viajes, ya sea a veinte o a dos mil kilómetros. Los ojos de una británica nos han descubierto otro halo.

Desde la calle Calvario, pasando por el cementerio judío que Jan Morris no vio —aún no estaba excavado— y bajando por la Cuesta de los Hoyos, el Alcázar adquiere esa vista de palacio a las orillas del Loira que al personal le hace olvidar que apenas ha pasado poco más de un siglo desde su última reconstrucción, tras un terrible incendio en 1862. Cuenta la escritora que los responsables fueron los cadetes de su Escuela de Artillería porque «querían que se trasladara a Madrid». Da igual que la realidad intente arruinar el momento, porque la princesa con sombrero en forma de cucurucho y velo de cuento de hadas que el personal se imagina asomando por la ventana sirve no solo para alimentar la fantasía de los niños, sino también la de los adultos. Siempre necesitados de cuentos.

El Calvario que deslumbró a Morris, con la ciudad detrás. © Sofía Moro.

Pero, sobre todo, desde esta pequeña meseta de cruces, «lo que recuerda es el flanco de un gran buque. Y, desde luego, Segovia parece navegar sobre el paisaje, como un magnífico clíper bajo el sol mañanero, con todo el aparejo, a todo trapo, en perfectas condiciones y al estilo de Bristol», sigue la escritora. Es fácil dejar tras de sí el recorrido del viacrucis recordando a mujeres con velo negro y pies descalzos, castigo o promesa ofrecida en pos de anhelos de todo tipo. A la izquierda, cruzando una moderna residencia de ancianos y una escuela técnica, se llega al pinar donde los madrugadores pasean a sus perros con los primeros rocíos. Abajo, la carretera y el río, siempre sin perder de vista la proa del Alcázar sobre los valles del Eresma y del Clamores.

Cruzando el Eresma y los huertos que hasta hace poco había al pie del río se puede entrar por la puerta de la muralla para acabar frente a la gran construcción, elevada sobre un precipicio por el que se despeñaron niñeras, se lanzaron infieles o enemigos, y ahora amenazan con caerse entre el foso del castillo y el barranco un par de adolescentes guapísimas que, melena al viento y palos para *selfie* en mano, hacen todas las cucamonas y poses que recomiendan los tutoriales de Youtube para subir fotos a Instagram.

A Morris, ya en el Alcázar, le impacta que aquí fue donde Isabel de Castilla, recién proclamada reina, «se vio asediada por una turba enfurecida, pero se adentró a caballo entre ella, con bravura tal —sola sobre su corcel— que la multitud se apartó acallada con su sola presencia». Es otra forma de verlo, y al visitante nacional a lo primero que le recuerda es a las imágenes de una exitosa serie televisiva bastante reciente en la que una Isabel mucho más bella que la de hace siete siglos termina de afianzar su mito en nuestra historia.

«Y fue también en el Alcázar donde Alfonso, *El Sabio*, se atrevió a dudar, meditando entre sus libros, que el Sol girara en torno a la Tierra: fue tal el efecto de semejante reflexión que al instante brilló un relámpago y el rey, desechando la idea con premura, llevó desde entonces el cordón de san Francisco en la cintura, penitencia perpetua por un osado pensamiento», escribe Morris, a quien le falta añadir que el Rey Sabio debió de dar gracias por que la Santa Inquisición aún no estuviera vigente.

Aquí fueron proclamados reyes Isabel y Fernando; aquí se casó Felipe II con su cuarta mujer, Ana de Austria, de la que se dice que estuvo realmente enamorado; aquí, hace dos mil años, hubo un castro romano y, antes, un asentamiento celta, quizá vetón, de esa Vetona de la que hablan griegos y romanos. Aquí hubo presos notables de los Habsburgo y de los Borbones, como el barón de Montigny, al que se

supone cabecilla de la conspiración organizada por el príncipe Carlos contra su padre, Felipe II, suceso del que escritores como Davillier, Ford, Gautier o Borrow se hacen eco. «¡Es la estúpida leyenda negra!», exclaman los historiadores españoles.

A la puerta del castillo de hadas, esperando a que un grupo de coreanos y otro de pensionistas comiencen la visita —un par de horas, si se hace con mimo—, lo mejor es pasear buscando esa forma de barco que rompe las olas en medio de Castilla, desde aquí menos árida porque se perciben los picos de la Sierra de Guadarrama. Otro conjunto escultórico recuerda a otros héroes, Daoíz y Velarde, estos reivindicados por todos.

Por aquí, por esta roca altanera, pasaron otros muchos extranjeros durante el siglo XIX. Algunos tan ilustres como los citados, otros más aún, aunque menos conocidos. El norteamericano George Ticknor, autor de una *Historia de la literatura española* y precursor de los estudios hispanísticos —en septiembre de 1818 llegó a Segovia desde La Granja, donde estaba invitado por el conde Guaiaqui (genial nombre, ¿no?)—, retrata el Alcázar como «un edificio notable, cuya fachada indica una gran antigüedad, y cuyos adornos y estilo son de la más rica y espléndida arquitectura mudéjar». Lo más importante para Ticknor es la escuela militar que Carlos III «estableció aquí, donde ciento treinta y dos jóvenes de noble cuna reciben formación para pertenecer al Ejército. Tiene ocho profesores (todos oficiales): de Matemáticas, Dibujo, Fortificaciones, Química, Esgrima, etcétera, etcétera, además de maestros de Danza, Equitación, Francés, Música, etcétera. Por todo esto, cada uno paga ciento cincuenta dólares al año, siendo bien alimentado, pulcramente vestido y atentamente instruido. Aun así, como todos los sirvientes son soldados y todos los instructores son oficiales, realmente le cuesta al Gobierno poco más que esta insignificante suma». Lo último que hace Ticknor es subir a las celdas «de los prisioneros de Estado», donde el neoyorquino evoca a Gil Blas de Santillana en el Alcázar. No hay romántico que venga a España que no haya leído las aventuras del pícaro; en cuanto a lo de los soldados y oficiales sirviendo a los vástagos nobles, lo de siempre. Nada nuevo bajo el sol.

El palacio se autocalifica como austero, como eran los reyes de Castilla. Tiene muestras de todos los estilos, cuentan los guías: románico, gótico, mudéjar, renacentista; la subida a la Torre de Juan II, con sus ciento cincuenta y dos escalones, es solo recomendable para quien ha desayunado a lo extranjero —café, huevos con bacón y bollos o tortitas— para calmar la conciencia y el colesterol; no hay tiempo para el Museo de Artillería, pero sí para bordear la descomunal

Torre del Homenaje, esa que le lleva a pensar a Morris en un clíper.

De vuelta a las calles, lo de pasear se ha convertido en un placer en Segovia. La Plaza Mayor, con la catedral en la esquina, es una invitación a tapear, a pensar en una joven Isabel que llegó aquí desde el Alcázar para ser proclamada reina; en el ábside de la catedral, a la que pocos extranjeros dan mucha importancia. De hecho, Humboldt es quien más cariño le muestra: «Es un bellísimo y notable edificio, el primero que he visto en España en el gran gusto gótico del de Münster y de la catedral de Colonia. Los amplios y bellos arcos en el interior producen una impresión grandiosa y sublime». Como no conozco las catedrales que cita, no tengo criterio para afirmar si Humboldt tiene razón… Lo cierto es que, comparada con las grandes españolas —Sevilla, León, Burgos, Oviedo—, es honrosa y se agradece incluso la austeridad del interior.

Lo que ni el escritor prusiano, ni el holandés Nooteboom, ni la británica Morris vieron fue la recuperación de la cultura judía en la ciudad. Hasta finales del siglo pasado, era la famosa Casa de los Picos lo más significativo de la presencia judía en Segovia. Su nombre original es la Casa del Judío, y Morris se refiere a ella con estas palabras: «Se dice que el palacio denominado Casa de los Picos, que es todo él tachonado de piedras talladas en forma de diamante, fue así recubierto, tras la expulsión, para borrar la memoria de su antiguo propietario judío». La historia oficial relata que el palacio actual fue construido a finales del siglo xv —en 1492 se expulsó a los judíos— por la familia López de Ayala. Para hacer olvidar el nombre de su anterior propietario, un judío, verdugo oficial de la ciudad, la tachonaron de picos. Otra versión mantiene que, al estar en esquina con la desaparecida Puerta de San Martín, servía como defensa contra carros o viandantes.

Los turistas extranjeros que hoy se hacen la foto a las puertas del palacio optan por la versión del judío. Y a los estudiantes que se sientan en sus bordillos —hoy es una Escuela de Diseño y Arte— les parece hermosa; de cuatro, solo uno no sabe que también se llama Casa del Judío. Produce un brote de calorcito en el estómago observar a los aspirantes a artistas tatuados, pendientes en oreja, pantalones *cagaos* y rastas, acabando un canuto mientras charlan en inglés con una pareja de japoneses. Son las cosas de la globalización, esa que tiene tantas caras.

La Casa de los Picos, como representación de la cultura hebrea en Segovia, queda completada en la actualidad por el barrio que se abre a la espalda de la catedral: la Judería, recuperada entre finales de los años noventa e inicios de este siglo, es interesantísima —quizá no

tanto como la de Toledo— y merece la pena perderse por sus estrechas calles, entre la catedral y la muralla. Hoy es una zona cuidada, bien restaurada y uno de los lugares de atracción turística.

Fue Catalina de Lancaster, esposa de Enrique III de Castilla y madre de Juan II, quien ordenó a los judíos de Segovia que se instalaran en las manzanas que hay detrás de la catedral. La Casa de Trastámara no fue tan dura como lo fueron los Reyes Católicos, que, unos años después, antes de la expulsión definitiva, les obligaron a encerrarse detrás de siete puertas con arcos de ladrillos. La parada que más vale la pena para quienes tienen tiempo es la de la sinagoga Mayor, la actual iglesia del Corpus Christi y Centro Didáctico de la Judería.

El Alcázar, donde Isabel «se vio asediada por una turba enfurecida». © Sofía Moro.

La figura de Abraham Senior se agranda entre esos muros y salas, de tal manera que el banquero y consejero de los Reyes Católicos —les financió en la lucha contra los moros en Granada y, según algunos historiadores, tuvo algo que ver con el apoyo económico al viaje de Colón en busca de otra ruta para las Indias— adquiere aquí toda su dimensión. Este ilustre judío intentó retrasar la expulsión de su pueblo todo lo que pudo ofreciendo a la Corona enormes sumas de dinero. Pero, para su sorpresa, ni siquiera él mismo se libró de su expulsión. De una forma bastante dudosa en cuanto a su fe, pocos meses antes de su muerte el influyente Abraham Senior se convirtió al catolicismo en un acto presidido por los mismísimos Reyes Católicos. Así es la

historia, y para quien tenga tiempo, en las afueras de la ciudad está el Monasterio de El Parral. En una de sus capillas reposan los restos de este notable personaje y de algunos de sus descendientes.

Bajando por las calles recuperadas del barrio judío y subiendo cuestas hasta la Puerta de San Andrés —un paseo interesante—, es fácil descubrir la arquitectura de los tejados de la ciudad, con las tejas árabes colocadas al revés (bocarriba) para que el agua y la nieve del invierno corriera más de prisa y no se congelara, rompiendo las juntas de madera y barro.

Muchos siglos después, a los presos del franquismo que recuerdan las temperaturas de esta ciudad se les congelan las venas. Aquí se inauguró «el primer memorial democrático» de una cárcel franquista, en el edificio que fue reformatorio y cárcel de mujeres, la más grande de España durante la dictadura, en la hoy avenida de Juan Carlos I. Segovia capital dudó poco ante el levantamiento de los sublevados el 18 de julio. El 19 por la mañana, al pie del acueducto, con la Plaza del Azoguejo llena de los puestos —los domingos eran día de mercado—, los sublevados proclamaron que la ciudad estaba con los militares. Otra cosa bien diferente fue su provincia; el frente del Guadarrama derramó sangre y tinta por su resistencia contra los fascistas.

Además de recuperar la Judería, en Segovia ha renacido también en los últimos años un ritmo de vida diferente, aunque su población no termina de despegar. La llegada del AVE a la ciudad en los tiempos de Internet ha posibilitado a grupos minoritarios de profesionales —los que pueden trabajar en casa o su trabajo no exige una presencia física en la oficina todos los días de la semana— establecerse en la ciudad y sus alrededores. Y eso se nota en las calles, en el comercio y en los restaurantes, que han tomado un tinte algo más moderno, aunque mezclado con la tradición clásica que tanto epata a los viajeros.

* * *

No hay humano al que no se le caigan los palos del sombrajo la primera vez que se ve ante el acueducto de Segovia. A no ser que sea bobo, que los hay. Uno se encoge al pie de la piedra cuadrada, enorme, que tiene al lado, cuando le cuentan que no fue el diablo, como dicen las leyendas, sino los esclavos del emperador Trajano quienes construyeron esta maravilla hace dos mil años.

«Avanza sobre el declive el gran acueducto romano de Segovia, tan fuerte y tan eterno desde la lejanía que pudiera tratarse de un puntal que sostuviera todo el monte», escribe Jan Morris al divisar estos bloques de piedra que han aguantado las embestidas de moros y

cristianos, de reyes peleados por un trono y de miles de rebaños de ovejas que recorrían la meseta en los tiempos de oro de la lana, la edad dorada de Segovia.

Bajo los arcos centrales de la Plaza del Azoguejo, acosada por los extranjeros que matan por su foto ante el monumento, lo más fácil es escapar para buscar respuesta a una pregunta: ¿dónde empiezan los primeros de estos ciento sesenta y siete arcos? La subida hacia el Postigo del Consuelo, frente al barrio del Azoguejo (el de las escaleras y la muralla), devuelve la sensación de estar paseando por las calles de una ciudad «normal» escondida tras esos ciento veinte pilares. Arriba, donde empiezan los arcos y acaba el soterramiento del agua que viene del arroyo de la Acebeda (Sierra de Guadarrama), los estudiantes gritan en los patios de sus colegios, y en sus casas, con persianas verdes y azules, los habitantes siguen con su vida cotidiana, lo mismo que Teresa Jiménez, la gitana madre de nueve hijos, que es de Salamanca, «pero mis niños son todos de aquí. Ya me faltan dos, y sí, llevo toda la vida aquí. ¿Con qué me lavo esta buena piel? Con agua y jabón, *ná* más». Está esperando a una de sus chicas, a las puertas del Convento de las Carmelitas. Unos pasos atrás, agachando el espinazo por los arcos más bajos del inicio, su hija —clavadita a la madre, pero con sesenta años menos— pregunta por la anciana.

Pero es Fernando Martorell Oliver, un mallorquín que tuvo el acierto de casarse con una segoviana, quien describe la belleza y los usos domésticos del acueducto de los tiempos de Trajano o Adriano, aunque los últimos descubrimientos dicen que podría ser más reciente. «Estoy esperando a mi mujer, que está en clase. Me encanta esta ciudad. El acueducto, creo recordar, tiene entre veinte mil y veintitrés mil piedras [20.700, dicen los datos oficiales], y esta parte, la de los arcos bajos, nos mantiene en forma la espalda. Nos obliga a doblarnos cada día para cruzar», relata el improvisado guía, que durante unos cuantos años dio clases de inglés a Cándido, el mesonero mayor de Segovia, y no puede evitar presumir de ello.

Las leyendas sobre el acueducto las conocen muchos de sus habitantes, orgullosos de este monstruo de solidez que en 1985 fue declarado Patrimonio de la Humanidad, llevando a Segovia a ser la primera ciudad española en disfrutar de tal título.

El bostoniano Ticknor, aquel día que se acercó a Segovia desde La Granja, se enteró de que la gente llamaba al acueducto Puente del Diablo, pues no se tiene idea de cómo una construcción tan estupenda podría ser obra de personaje con menos autoridad y poder que el diablo o un santo. Y como data de pagana antigüedad, se da por supuesto que es cosa del primero». En tiempos de Ticknor, se creía que

el acueducto tenía ciento cincuenta y nueve arcos: «Está construido de piedras cuadradas, unidas sin cemento ni abrazaderas, y está aun así tan perfectamente conservado que todavía sirve para el propósito para el que fue construido tan bien como cuando era nuevo». Es cierto que el acueducto transportó agua hasta 1974.

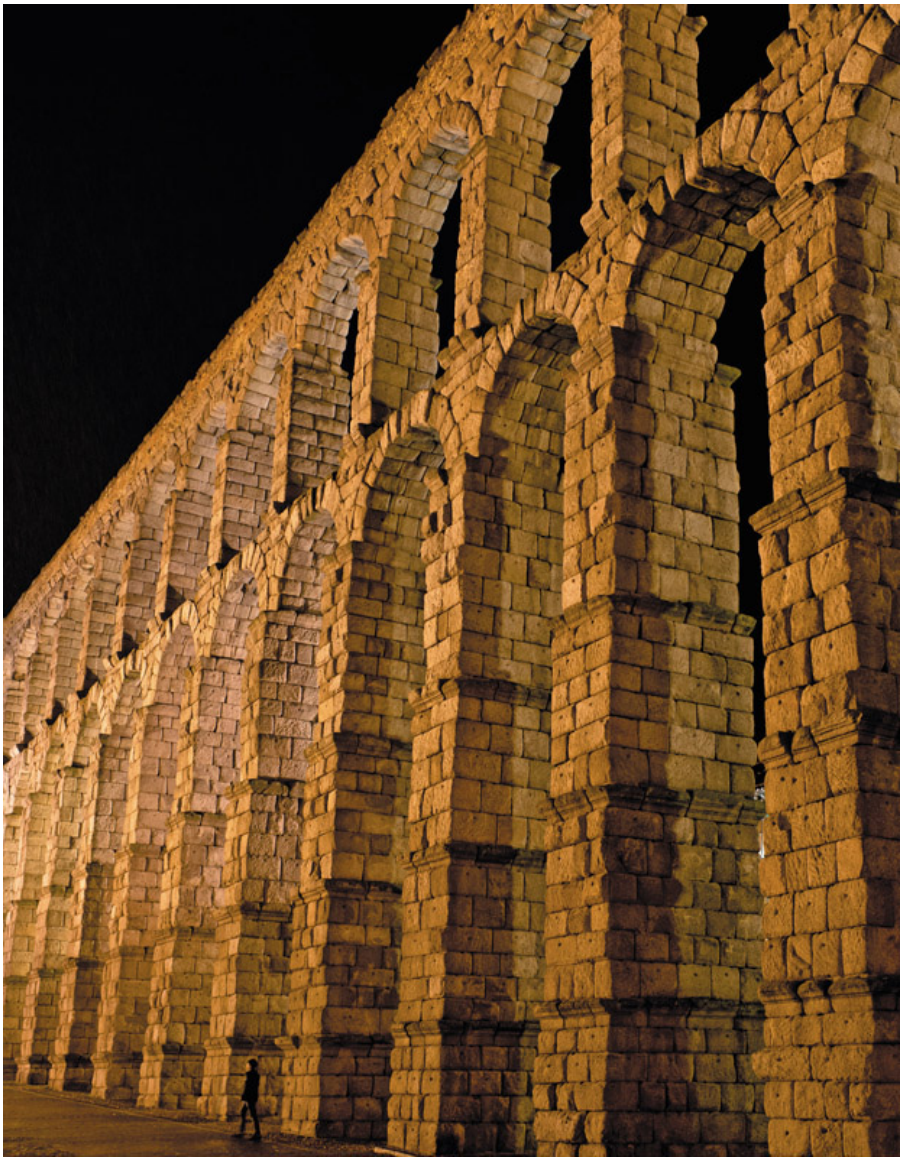
La influencia y las leyendas de esta ingeniería se extienden por los alrededores, más allá de los valles del Eresma y del Clamores. En la Sierra de Guadarrama, por debajo de Peñalara, hacia el valle de El Paular, hay un conjunto de piedras superpuestas de forma llamativa. De una de ellas, cuadrada, se cuenta que fue el diablo quien la trasladó hasta allí. Es la última que dejó inacabado el arquitecto del lugar —por supuesto, no hay datos históricos sobre quiénes fueron los arquitectos—, que había prometido entregar su alma a Lucifer si le dejaba terminar el acueducto. Llegada la hora de la verdad, el ángel malvado reclamó su prenda, el alma, pero el arquitecto debió de pensar que la cosa no era para tanto y se negó. La venganza del diablo fue robar la última piedra, de forma que quedara siempre inacabado.

El hueco de esa piedra lo ocupa la Virgen del acueducto —se duda si es la de la Paz o la Fuencisla—, que hace quinientos años (el 21 de marzo de 1499) fue colocada allí por orden de Enrique IV de Castilla. Se trata de una hornacina trabajada para amparar a una Virgen en un monumento de dioses paganos. La imagen original, que pesa más de ochocientos kilos, según se comprobó cuando la bajaron para restaurarla, estaba muy deteriorada. La piedra caliza no es lo ideal para aguantar a esa altura un clima como el segoviano, así que su lugar lo ocupa una réplica.

La del arquitecto del acueducto es una de las muchas versiones de las leyendas que corren por la Sierra de Guadarrama y sus estribaciones. Las hay que hablan de damas enamoradas y de un constructor caído en desgracia, pero siempre con el diablo y el alma de por medio. Una de esas versiones tiene nombre y apellido, Juan Guas, arquitecto de la catedral de Segovia, quien, viendo que no la terminaba, ofreció su alma al demonio si el último carro de piedras le llegaba a tiempo a través del puerto del Reventón. Lo mejor de las leyendas y sus muchas caras es que se puede escoger la que más nos guste.

La envergadura de la obra romana resultaba más comprensible gracias a los cuentos que relataban las gentes de la Edad Media, asustadas ante el poder de los dioses paganos de un emperador romano. Daba igual que Trajano fuera andaluz —entonces la Bética romana— y uno de los mejores emperadores de Roma, constructor de grandes obras civiles en la capital del imperio. El arqueólogo e

historiador Santiago Martínez Caballero explica que la construcción se debe a una cuestión de reputación. El propósito era «prestigiar una ciudad que, por entonces, apenas superaba los cinco mil habitantes, aunque tenía recursos y un cierto desarrollo; un poder económico, tras doscientos años de "romanización", que permitió al pequeño municipio segoviano, previsiblemente con ayuda del imperio, sufragar una obra de envergadura, contratada tras un proceso de licitación pública, diseñada por arquitectos e ingenieros de primer nivel, y que llegó a costar entre dos y diez millones de sestercios». Al parecer, la cantidad era notable, aunque se utilizara mano de obra esclava. Aunque de los esclavos nada especial se ha escrito, a fe de las turistas sentadas en la Plaza del Azoguejo imaginarlos trabajando con estas moles produce más que escalofríos, por más que emplearan ruedas para elevar las piedras.



Hay media docena de leyendas sobre el diablo y la última piedra del acueducto que fascinan a los viajeros. © Sofía Moro.

Al pie del bello monstruo con patas y columna vertebral, que ya no lleva agua, donde los arcos se pierden en las casas, llega el instante de conceder al día su momento de trascendencia con la parrafada en la que Nooteboom describe la emoción que le produce la visión del lugar: «La Historia, eso que ha sucedido. La suma de pequeñas partes tan minúsculas que no podrían ser medidas nunca. Solo los hechos grandes y burdos permanecen enganchados a las fechas que un estudiante puede aprenderse de memoria. O a edificios, a

monumentos. Quizá por esto nos acerquemos a ellos tan cautelosamente, con las guías de viaje en la mano, porque ellos, de una u otra manera, nos presentan la prueba de que ha habido un antes enumerado. Pero ¿cómo debe enumerarse esto? El esclavo que construye el acueducto, el centurión que tiene nostalgia de Roma, la caída del Imperio romano y las consecuencias que tuvo esta para los anónimos desaparecidos que vivieron aquí. Todos estos destinos individuales reducidos a una línea en el libro de los acontecimientos». Detrás, tras escuchar el párrafo de Nooteboom, dos parejas jóvenes preguntan de quién es el libro. No se puede pedir más: les interesa el texto del holandés y también el acueducto. En los tiempos de las redes, todo un éxito.

* * *

Jan Morris y su familia, que llegaron a Segovia en una típica furgoneta *hippy* en el verano de 1963, aporta un dato que resulta fascinante: Hitler y Franco, enfadados por un bastón para una Virgen. Así que hay que visitar el lugar, la iglesia de la Virgen de la Fuencisla, patrona de la ciudad y con militancia política a sus espaldas, según la escritora británica.

El santuario de la Virgen de la Fuencisla se encuentra al otro lado del río Eresma, rodeado de una cuidada pradera dispuesta para las romerías. Se aparca bien y hay padres jugando con sus niños mientras les dan de merendar. Dentro de la iglesia, una señora desgrana el rosario para otra pareja mayor, que responde con la monotonía de las letanías: «Reina del santísimo rosario, reina de la paz, ruega por nosotros, señor, ten piedad…». El párroco, que pasa de los setenta, señala con orgullo la imagen de la Virgen mientras se prepara para la misa de siete: «Es la patrona de nuestra ciudad», dice.

Y, en efecto, allí está, como cuenta Morris, «la que fue oficialmente nombrada mariscala de campo de las fuerzas nacionales en la Guerra Civil: aún hoy lleva el bastón de mariscal, y se dice que, cuando Hitler se enteró de esto, juró que nada en el mundo le induciría a visitar España». Hoy sabemos por Hugh Thomas que, efectivamente, Hitler tuvo esa reacción. La Virgen fue formalmente titulada «mariscala» el 1 de junio de 1942 por el general Franco para darle las gracias por ayudarles en la defensa de Segovia contra los republicanos. Un milagro de la Fuencisla y del exceso de testosterona del que tenían que alardear ambos dictadores. Medio siglo después, la Virgen sigue cargando con el bastón de mariscal y solo una placa que recuerda la visita de Juan Pablo II parece haber incluido algo nuevo en la iglesia desde aquel lejano día de 1942.

Muy cerca del santuario, camino de Zamarramala —pueblo donde gobernaban las mujeres—, está la iglesia de la Vera Cruz. La escondida del sol es buen momento para acercarse al lugar. Mientras se alargan las sombras, esta «singular iglesia era donde los caballeros templarios realizaban sus secretos rituales de caballería, velando las armas toda la noche, y con todo el misterioso esplendor del senescal, el gonfalón y la acolada», escribe Morris. La sugestión es tal que en cualquier momento podría surgir de entre las sombras el mismísimo prior de la perseguida orden, con su hábito y la cruz roja, grande, sobre el pecho.

A saber: el senescal es el mayordomo mayor de una casa real o el jefe o cabeza principal de la nobleza de algunos países europeos. Los senescales regentes de Gondor, *El señor de los anillos* y Tolkien… Pero ¿y el gonfalón, o confalón? Es una bandera o estandarte largo, a veces terminado en una o dos puntas. ¿Y la acolada? «Abrazo que, acompañado de un espaldarazo, se daba al neófito después de ser armado caballero», dice la Real Academia. Con esos tres términos, los gonfalones que lucen dentro de la iglesia, el silencio del lugar, los abrazos a los caballeros templarios y el recuerdo de las gestas y leyendas que se les atribuyen, el momento brujo está servido.

Sobre la puerta está la Cruz de Caravaca, y a los lados, la cruz de Malta, la de los templarios. Dicen que la Vera Cruz —llamada también del Santo Sepulcro— está inspirada en la de Jerusalén, pero dicen y dicen… Tiene tres ábsides originales y otro que fue añadido más tarde. Es fácil imaginar a los caballeros subir solemnemente por la doble escalera hasta la parte superior. En la pared, el origen de la iglesia, que data de 1208. La Virgen de la Paz, una imagen románica, es el contrapunto. Uno imagina la cabeza de un turco o un moro insertada en una espada de templario ofrendándosela.

Las cruzadas y los caballeros templarios dispuestos a proteger a los peregrinos que van a Jerusalén; el primer gran maestre y los nueve caballeros; Hugo de Payns y Jacques de Molay, que murió quemado en la hoguera delante de la catedral de Notre Dame tras retractarse de los pecados confesados bajo tortura, mientras el tesoro templario salía en carretillas del castillo donde estuvo preso; los celos de los papas y los reyes (eran buenos banqueros y comerciantes); la sabiduría verdadera y la esotérica, y los secretos de iniciación de los caballeros dan para mucho y han llegado a nuestros días. Literatura buena y mala, sagas, misterios, cine de Ridley Scott y su *Cruzada;* Umberto Eco y *El péndulo de Foucault;* Sean Connery y el caballero del Santo Sepulcro, que guardaba el cáliz con la sangre de Cristo hasta que Indiana Jones lo encontró… Con este barullo en la cabeza es fácil

imaginar a Jacques de Molay maldiciendo contra el papa y el rey mientras se abrasaba y a los caballeros con las cruces de Caravaca y de Malta luchando contra los moros. De hecho, esta iglesia tiene planta de doce lados con un anillo circular en el interior, algo que caracteriza a la orden, ya que se pretende reproducir la basílica del Santo Sepulcro y la Cúpula de la Roca. Imposible saber quién fue el último templario que pisó estas piedras, que creyó en su misión y que maldijo la avaricia de reyes y papas. Sea quien fuere, sus dedos pasaron por estas paredes y sus rodillas se inclinaron sobre estos suelos.

La iglesia de la Vera Cruz de los templarios con Zamarramala al fondo. © Sofía Moro.

Las últimas investigaciones apuntan a que la iglesia fue fundada por la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén, pero mejor apostar por los templarios, mucho más épicos. Habrá que venir un Viernes Santo para ver desfilar a los caballeros de la Orden de Malta, vestidos de negro, con este Cristo yacente y el *lignum crucis* que ahora está en la iglesia de Zamarramala.

* * *

Tanta fantasía y tanta historia merecen un homenaje mucho más vulgar, pero rico, apropiado para los tiempos que corren. ¿Podían comer cochinillo los templarios o era pecado? ¿O quizá solo les estaba

prohibido los viernes de vigilia? Para espantar los misterios tradicionales, nada mejor que recurrir a la tradición de la gula. Un cochinillo asado a la segoviana es de obligado cumplimiento, pero ¿dónde ir que no sean los conocidos y afamados lugares tradicionales? Varias almas caritativas de la ciudad, empezando por un guardia municipal que ruega que se evite la publicidad en demasía, porque el turismo lo encarece todo, recomiendan el bar-restaurante California, ante el inevitable arqueo de cejas escéptico —¿en un sitio que se llama California dan buen asado y menú del día?—. Emiliano, el cocinero, no tiene prisa por ampliar. Así le va bien. «La dueña es mi madre y llevamos veintisiete años aquí, pero en el bar de enfrente estamos desde 1975. Mi padre trabajó durante diez años en el asador de Cándido y decidió establecerse por su cuenta. El nombre se debe a una cafetería que había en Madrid. En aquellos tiempos, aquí también se llevaba lo de fuera. Había otros nombres, el Dakota, Brasil, Maracaibo, Atenas…». Es un viaje a otros tiempos, la infancia de generaciones de españolitos que regresaban en los barcos con aquellos nombres tan hermosos que sonaban a extranjero, a las Américas, a libertad más allá de los Pirineos y del Atlántico.

Cae la tarde sobre Segovia y la subida hacia la plaza de Juan Bravo y el acueducto resucita otra vez la magnificencia de la ciudad, barrida ya por los vientos de la Sierra de Guadarrama. Sigue siendo un misterio por qué Felipe II, teniendo Toledo, Segovia o Salamanca en el centro de la Península —más o menos—, apostó por Madrid, entonces un villorrio sin gran río, sin acueducto y sin siquiera un alcázar notable.

6

Sevilla: «Aquí se puede ser feliz». Zweig, Gautier, Ford y Borges nos guían por la ciudad

«Hay ciudades en las que nunca se está por primera vez. Deambulas por sus calles desconocidas y sientes como si de todos los rincones te acudieran los recuerdos, te llamaran voces amigas. Su rostro —porque las ciudades pueden ser como las personas: tristes y viejas, risueñas y jóvenes, amenazadoras y gráciles, dulces y afligidas— te suena de una ciudad hermana, o de una imagen, de un libro, una canción, un sueño. Y Sevilla es así. En cierta forma es cariñosa y resulta familiar; y, como caído del cielo, te viene a la cabeza el nombre de Salzburgo […]. Salzburgo y Sevilla son ciudades gemelas. Hay en ambas una energía poética tal que lo provinciano adquiere un carácter plácido y seductor». Es al escritor vienés Stefan Zweig a quien se le ocurre hermanar a Sevilla con Salzburgo tras una visita a la ciudad andaluza en 1907, según describe en *De viaje. Francia, España, Argelia e Italia.* Zweig, el hombre de *El mundo de ayer. Memoria de un europeo,* esa obra que en los últimos lustros se ha recuperado como lectura sin edades en este país a medida que Europa se nos escurre entre los dedos. Zweig, el escritor judío de familia acomodada que disfrutó del éxito de sus libros en vida; el amigo de Freud, de Thomas Mann y de Romain Rolland; el tipo que se trató con gentes como Rilke, Rodin, Pirandello, Yeats, y que, cuando los nazis llegaron al poder, marchó al exilio, aunque siguió publicando en Alemania hasta 1936, como le reprochó su amigo Joseph Roth. Hannah Arendt también le echó en cara que no censurara abiertamente el nazismo, que de todas formas terminó por prohibir sus libros.

Zweig, el autor de *Novela del ajedrez*, de *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, de *Angustia*, o de las biografías de Magallanes, Fouché o María Antonieta, vivió en Londres, se instaló en Nueva York tras la llegada de los nazis y, ya divorciado —la película *Adiós a Europa* retrata sus últimos años—, decidió instalarse en Brasil, donde, en 1942, terminó suicidándose junto con Lotte —su secretaria y segunda esposa—, convencido de que los nazis ganarían la guerra. Corría 1942. Un año antes había acabado *El mundo de ayer*. Este señor atildado, representante de la alta burguesía nostálgica del Imperio

austrohúngaro y autor prolífico, redactó unas pocas páginas inolvidables sobre Sevilla, amables, sorprendentes en muchos aspectos y románticas. Una cursilería para unos, una delicia entrañable por su toque entre rosado y dorado para otros. Suficiente para coger el AVE y plantarse en Sevilla persiguiendo las impresiones de ese caballero austríaco que retrató el fin de un mundo.

Los paisajes verdes se deslizan a trescientos kilómetros por hora a través de las ventanillas del tren de alta velocidad. Los autores de los libros que viajan en la mochila junto al de Zweig alucinarían con esta máquina que avanza por Castilla y Andalucía como una elegante serpiente. No tanto por el progreso de un siglo y medio como por el hecho de que los modernos vagones estén atravesando lo que fue uno de los países más atrasados de Europa: la exótica, africana y desdichada España.

Además del librito del escritor austríaco, los otros dos clásicos elegidos son el tomo correspondiente al viaje a Andalucía del «impertinente» inglés Richard Ford, que hizo de su *Manual para viajeros por España y lectores en casa* un negocio merecido. Su enorme trabajo ha marcado la imagen del país entre británicos y no británicos desde hace casi dos siglos. El otro libro es el exitoso, divertido, ameno y a veces despectivo *Viaje por España*, de Théophile Gautier, que utilizamos a menudo.

Ni al elegante Stefan Zweig, ni al aristócrata segundón Ford, ni al agudo Gautier les asombraría tanto la máquina que vuela a ras de tierra como esta España que atravesamos, que fue la de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II; la de la Inquisición y la Iglesia católica; la del imperio, y luego la decadente y desastrosa de Fernando VII; la de los carlistas y sus guerras con Isabel II o la del turnismo entre liberales y conservadores; la de los espadones de la reina y la de Alfonso XII y Alfonso XIII. Esa fue la España que vieron: un país decadente, pobre, sin imperio, sucio y oriental, pero atractivo para correr aventuras… Sin embargo, España se vende hoy como uno de los tres países con la mejor alta velocidad del mundo y como una potencia en cuanto a baremos de calidad de vida.

Lo de la rentabilidad de esa alta velocidad queda para las páginas económicas, pero las quejas sobre los malos caminos de España y sus penosas diligencias fueron una constante durante el siglo XIX y la primera parte del XX. No había visitante extranjero que no se marcara una parrafada sobre el dolor de huesos como consecuencia de los asientos de las diligencias por las rutas intransitables de la Península. Con razón. Si, además, no tenían la suerte de que les atracaran los bandidos de las serranías, el viaje resultaba un fracaso. Sin tema para

relatar en los salones de París o de Londres, incluso en los de Viena o Nueva York, uno podía pasar por un falsario. Regresar sin cuentos para publicar era un desastre mayúsculo.

Los hubo hábiles que alquilaron o compraron caballos para recorrer los caminos, como el citado Ford y su amigo, el vendedor de Biblias George Borrow. A menudo viajaban en compañía de un criado o se acoplaban a los arrieros, intentando evitar los asaltos de los bandidos…, aunque nunca les pasó nada. Sin embargo, en sus textos, la amenaza y los peligros de las rutas son una constante. Quizá un ardid para mantener la tensión.

Hay tramos en los que la velocidad del tren distorsiona en ráfagas los campos de olivos, las cunetas repletas de amapolas, los fondos azulados o grisáceos en que se convierten las montañas y las lomas bajas. Esa geografía les permitiría reconocer los caminos que recorrieron, pero al entrar en la estación de Ciudad Real o de Córdoba, ni las casas, ni los talleres industriales, ni las vestimentas de las gentes les darían pistas de en qué país se encuentran, aunque los tres fueran contemporáneos de la primera globalización.

Ellos eran viajeros, no turistas, y el tiempo es un concepto totalmente diferente en ambas categorías. Aquellos planeaban sus rutas con el mimo de quienes van a emplear meses —incluso años— en su viaje. Difícilmente comprenderían que el personal se pierda «el ambiente» del vagón del tren y el paisaje exterior mirando una película, con cascos en las orejas y, a menudo, escuchando mal o con la pantalla llena de reflejos. O quizá les encantaría. Ni Ford, que murió en 1858, ni Gautier, que lo hizo en 1872, conocieron el cine. Sí Zweig, que, como hemos dicho, se suicidó en febrero de 1942.

En la estación de Santa Justa la gente desciende acelerada. Quizá poner las pilas a los viajeros es un efecto añadido de los trenes de alta velocidad. O puede que, en estos tiempos, demostrar que se tiene prisa es darse importancia, y correr hacia un taxi o un vehículo VTC da imagen de gente ocupada en una autonomía donde el paro extiende su sombra en cuanto puede. Entre tanto atropello, es un lujo permitirse parar un momento para averiguar cuál es el mérito de esta santa Justa para haber dado nombre a la primera estación de AVE como destino desde Madrid.

Cuenta Richard Ford que Justa —la llama Justina— era hermana de Rufina, y ambas fueron mártires cristianas en tiempos de los romanos. «Son muy veneradas y muy pintadas en Sevilla, y en ningún otro sitio. En una tormenta, en 1504, asustaron al diablo, que había soltado los vientos para luchar contra esta iglesia; este, que ha sido su milagro de siempre, es también al que con tanta frecuencia

esculpieron y fue pintado por Murillo y por otros: y teniendo en cuenta las proporciones, estas dos damas tienen que haber tenido por lo menos quinientos pies de altura y haber sido tolerables campeonas para poder enfrentarse con el padre de todas las mentiras», ironiza el hispanista británico. A ver si lo pilla el viajero; si Justa —que murió en el martirio antes que su hermana— y Rufina fueron capaces de frenar los vientos del mismísimo demonio, quizá sean capaces de frenar cualquier desdicha producida por la velocidad en una estación como esta.

Las dos mártires amaban tanto Sevilla que, en 1843, con Espartero a las puertas de la ciudad, el pueblo estaba convencido de que santa Justa y santa Rufina rodeaban con ángeles la Giralda y devolvían las bombas que el general lanzaba. Las hermanas, además, son sevillanas de raigambre, porque cuenta la historia de la religión que eran hijas de un alfarero del barrio de Triana.

Dejando la estación, es fácil concluir que Zweig estuvo aquí en primavera, porque, si no, es imposible que hablara de Sevilla y de Salzburgo como «ciudades que exhiben una sonrisa en medio del verdor. Solo que el sur ofrece una imagen más suave, más exuberante también; verdes palmeras abanican las calles durante todo el año, y una flora maravillosa y multicolor, esparcida por jardines y avenidas, invade toda la ciudad». Tenía veintiséis años, ya vendía libros y era un autor en despegue, lleno de optimismo. A muy poca gente se le habría ocurrido decir que Sevilla y Salzburgo son gemelas, aunque sea un escritor guiri famoso en vida y aún hoy. La capital andaluza debió de impactar mucho al austriaco, porque Salzburgo fue una ciudad clave en su vida. Allí se casó, unos años más tarde, con la notable Friderike Maria Burger y allí vivieron quince años en una hermosa casa, en la colina de Kapuzinerberg.

«En Sevilla, el sentido musical no se materializa en una forma concreta y perdurable, pero en todas sus calles suena la música, buena y mala, siempre hay alguien que tararea una melodía al aire, o que rasga una guitarra. La vida parece tener aquí un ritmo más veloz y las personas, la sangre más viva; en ningún lugar hay más estómagos hambrientos que en Andalucía y, aun así, Sevilla brilla con su portentoso colorido, resplandece de alegría y nos saluda con miles de banderas. Aquí se puede ser feliz», sentencia el austriaco.

En la plaza de la Puerta de Jerez ya no queda nada construido de la muralla romana que vio Zweig —la última puerta, que no era original, fue derribada en 1928 por las obras para la Exposición Universal de 1929—, pero un grupo de flamenco con guitarra, cajón y *cantaor* bate palmas para que dos muchachas, por turnos, taconeen

sobre el cajón que hace de *tablao*. A juzgar por los rostros felices de los muchos turistas que, sentados y de pie, rodean a los flamencos, se diría que los sentimientos no han cambiado tanto. Parecen satisfechos, divertidos y dejan sus abanicos en el regazo o el helado a un lado para aplaudir a las *bailaoras*, una de las cuales cumple con el prototipo exigido por los románticos: morena, de pelo largo, ojos negros rasgados, clavel rojo en el pelo, flaca… Pero —¡sorpresa!— es alta para los cánones con que describen los románticos a las mujeres gitanas, que en su niñez e inicio de adolescencia son retratadas como juncos flexibles y menudos para perder la figura tras el primer hijo.

«Incluso en el cabello de las muchachas arden las flores —como la brasa en un oscuro horno de leña—, claveles y rosas rojas, llevados con orgullo, cuidados con esmero […] y uno piensa en el temblor de los tallos, en la suave oscilación de las cañas mecidas por la brisa». Al final, Zweig cita a Gautier, que fue uno de los que extendió la imagen de la mujer andaluza, marcada desde luego por *Carmen*, de Prosper Mérimée, publicado en 1845. Gautier viajó por España en 1840, pero para entonces hacía diez años que Mérimée y Manuela Kirkpatrick —la grande, inteligente y ambiciosa condesa de Montijo, madre de la emperatriz Eugenia y de

Los sevillanos aún echan de menos la antigua Puerta de Jerez, lugar de flamencos y gitanos. Eraza Collection/Alamy Stock Photo.

Paca de Alba— habían iniciado su amistad. Fue doña Manuela quien contó al escritor, político y diplomático francés la historia de Carmen, la cigarrera. Mérimée fue amigo de la señora Kirkpatrick y de la emperatriz hasta su muerte.

De todas formas, no hacía falta ser un candidato a las ilustres academias de las letras para retratar a la mujer andaluza, imagen exportada en el siglo XIX y mantenida hasta bien entrado el XX como prototipo de la mujer española. Entre estos viajeros es una constante generalizar Andalucía para toda España. La mítica y exótica Al-Ándalus lo tenía todo: mora, más africana que europea, tierra de aventuras, campo del romanticismo —para unos pocos, incluso al

mismo nivel de las clásicas Italia o Grecia—, misteriosa y negra y, sobre todo, más barata.

En ese cuadro tan extendido, en 1907 Stefan Zweig trazó en una esquina otro paisaje al hablar de la diversidad española, cuando asume que Sevilla no es del todo el carácter español. «Sí y no: porque España constituye una unidad solo en el mapa, pero en la realidad está dividida en dos partes que se oponen de forma casi esquemática y que, a su vez, se descomponen en miles de contrastes particulares. La España de Pizarro y Torquemada sigue también viva, el espíritu sombrío y fanático de Castilla ha encontrado nuevas formas en las que perpetuar su orgullo y crueldad. Las ciudades lóbregas y decrépitas del norte no están pobladas por alegres guitarristas; en el plomizo Toledo, que está rodeado de murallas y pende amenazador de la roca que quiebra con furia el cauce del Tajo, aún viven los monjes de otrora y los severos grandes de España […] estas ciudades viejas tienen algo de sepulcral, y sus habitantes, algo de frailuno», escribe. Y un poco más abajo, otra apreciación ya conocida por lo extendida en los criterios de los viajeros. «La pesada sombra de El Escorial se extiende por el campo castellano y, cuando se llega a Andalucía, es como si se emergiera a la luz del sol».

Las palabras de Zweig siguen dando pistas de por qué estos viajeros cruzaban los Pirineos, mientras las dos *bailaoras* —vestida de negro una, de negro y falda gris la otra— sacan al pequeño *tablao* todo tipo de repiqueteos que dejan encantada a la improvisada audiencia. Incluidos los jóvenes Erasmus que abundan en Sevilla y no se cansan de recorrer el jolgorio de sus calles durante el curso, como reconoce la francesita morena y de ojos azules que se sienta con otra amiga belga para admirar a las flamencas. «Basta con ver bailar flamenco en el más pobre de los tugurios para darse cuenta de lo feo, simplón y acartonado que resulta el ballet de nuestros teatros, basado en una serie de grotescas acrobacias aprendidas de memoria y que apenas podrá enriquecerse con un par de florituras añadidas. […] Salen aquí a relucir los pequeños símbolos de lo femenino: el abanico, la mantilla, el velo y, sobre todo, el vestido, que reproduce y calca los movimientos, los amortigua, los redondea», dice Zweig. Mejor cerrar las páginas del libro y dejar a los turistas que rodean la Puerta de Jerez —repleta de japoneses recién llegados, educados, divertidos, estupendas ellas en sus atuendos— camino de la fábrica de la Tabacalera. Es 30 de mayo, día de San Fernando —por el rey Fernando III, *El Santo*—, y las cofradías desfilan y ensayan por la ciudad con tambores y trompetas. Para colmo, el desfile de las Fuerzas Armadas será al día siguiente, así que los visitantes están contentos.

Mucho más los que son extranjeros, que, al observar tanto uniforme y tambor, piensan que algo similar debe de ser la Semana Santa.

La Real Fábrica de Tabacos de Sevilla fue uno de los últimos símbolos del poder llegado del imperio y sus colonias. Descubierto el negocio del tabaco con la planta que vino de las Américas, a finales del siglo XVII el Estado decidió quedarse con las fábricas de tabaco, y esta Real de Sevilla fue el símbolo de la grandeza, el «edificio industrial más importante de Europa en el siglo XVIII», cuenta su historia oficial. Levantado sobre un antiguo cementerio romano que daba el nombre al sitio, Las Calaveras, estaba fuera de las murallas, junto a la Puerta de Jerez.

La actual sede del rectorado de la universidad ha dejado rastro en todos los escritores e ilustrados románticos que pasaron por la ciudad, nacionales y extranjeros, pero no por su virtuosismo arquitectónico, sino por las cigarreras y el Ángel de la Fama que preside la puerta principal, quien compite en popularidad con don Juan, como deja claro el respetable caballero Zweig cuando escribe: «Porque Sevilla sigue siendo un poco la ciudad laxa de don Juan: fanática en su piedad, pero alegre y sencilla, de costumbres relajadas. Hay una bonita leyenda que es absolutamente reveladora en este sentido: encima de la puerta de la Real Fábrica de Tabacos —por la que entran y salen cada día cuatro mil cigarreras, viejas y jóvenes, guapas y feas — se eleva un ángel de piedra, la Fama, que lleva una trompeta en la mano. Y dice la voz popular que la trompeta suena cuando pasa por debajo una muchacha de virtud irreprochable. Hasta ahora no ha sonado, y eso que el paciente ángel sostiene la trompeta desde hace ciento cincuenta años».

Con similar tono relata la anécdota del Ángel de la Fama el barón Charles Davillier, si bien en este caso se le olvida a Gautier, tan aficionado a este tipo de cuentos. Pero es que el poeta francés quedó epatado por las cigarreras porque «algunas sujetaban con toda decisión en el ángulo de la boca un cabo de cigarro puro con el mismo aplomo que lo podría tener un oficial de húsares; otras, ¡oh, musa, ven a ayudarme!, otras mascaban el tabaco lo mismo que los viejos lobos de mar. […] La cigarrera de Sevilla es un tipo, como lo es la manola de Madrid. Hay que verla, el domingo o los días de corridas de toros, con su basquiña con unos inmensos volantes como flecos, sus mangas como botones de azabache, y el puro cuyo humo aspira, y que pasa de vez en cuando a su galán». Pocos de ellos hablan de la Carmen de Mérimée y de la ópera de Bizet, que fue una cigarrera de esta fábrica.

Durante el viaje que Davillier y Doré hacen en 1862, el barón francés cuenta que en la fábrica había cuatro mil quinientas personas

trabajando, de las cuales cuatro mil eran mujeres. Las buenas cigarreras fabricaban los puros, los cigarrillos con papel y se los dejaban a las gitanas; pero también entra en su vida privada: «Se habla de ellas muy a menudo en los romances populares, en donde la mayoría de las veces no se las presenta como modelos de virtud, aunque haya en realidad honrosas excepciones». El francés al menos cuenta cómo las risas se apagaban en cuanto llegaba la hora del registro, «en la portería, donde las cigarreras eran registradas por las maestras» para ver si se llevaban tabaco de contrabando.

Las jóvenes que salen ahora de la Real Fábrica de Tabacos conocen la leyenda del Ángel de la Fama que preside esta entrada principal al rectorado de la universidad, y no se preocupan mucho por ella. Porque es «propia de un tiempo donde reinaba el machismo a lo bestia, como sucede aún en muchos sitios», reconoce Marta, una estudiante que viene de solicitar un certificado. A su lado, la amiga apunta que la Fama es una mujer con alas y dos trompetas, que en la mitología griega y romana utilizaba una para pregonar lo bueno y la otra, las cosas malas. Lo sabe porque se lo ha escuchado a los guías que hacen la visita al edificio.

Las cigarreras de Sevilla, «víctimas» de las bromas de los escritores extranjeros sobre su virtud. © Iosneisy Portelles Pérez/Ecured.

* * *

Desde la terraza del antiguo café de Las Escobas, en tiempos el más antiguo de la ciudad, reza la publicidad —presume de estar en pie

en la capital andaluza desde el siglo XIV—, es curioso observar la mezcla de las músicas de los cofrades con los extranjeros. Muchos de ellos practican el feísmo, con barrigas sudorosas, camisetas ceñidas y rojo cangrejo en la piel —da un cierto placer malicioso comprobar que entre los ricos del norte los hay gordos y feos, después de lo que llevamos leído—, por muy altos que sean. En la actualidad, japoneses y coreanos son quienes más discreción lucen, incluso debajo de esas gorras que les achican aún más. Ellas, las mujeres asiáticas, resultan estupendas con sus graciosos sombreros, incluso elegantes en bastantes casos. Y no son ruidosos.

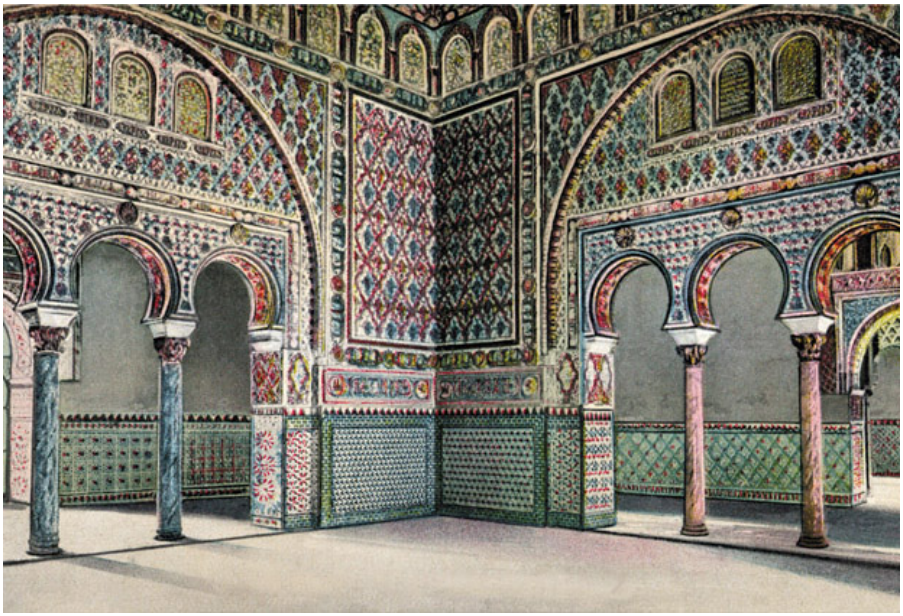
El libro de Zweig regresa a la bolsa y recuperamos a Théophile Gautier, ufano y agudo francés que tenía tres años más que el vienés —veintinueve— cuando emprendió el viaje de seis meses por la Península. España seguía siendo exótica, medio árabe, fácil y barata, terreno abonado para luego escribir obras universales, como hicieron ambos.

Hace muchísimo calor —pasan de los treinta y siete grados, y solo es el penúltimo día de mayo— y es momento de esconderse en un lugar que proteja si uno no tiene una agradable «casa de pupilos», que decían los románticos, o un hotel, pensión, hospedería o *airbnb* donde echar la siesta, concepto que los del norte entienden cuando bajan al sur. Solo que, en la actualidad, los turoperadores que mueven a estas masas de sufridos visitantes no les permiten esos lujos, así que, pese al sol sevillano, las colas en las puertas del Real Alcázar de Sevilla siguen siendo enormes.

Este palacio mudéjar y gótico, con mil años de historia y en el que se encontraron restos de ocho siglos antes de Cristo, aprovechó todo lo que quedaba utilizable a su alrededor para edificar sus muros. Tiró no solo de las ruinas de la vecina Itálica, empleadas como cantera por árabes y cristianos desde hace siglos. Que Sevilla fue edificada por Hércules, como reza el poema de la Puerta de Jerez, es una leyenda tan bella que debería ser verdadera.

Pero las historias viejas —si el rey de la entonces taifa de Sevilla, el culto Al-Mutamid, amplió y mejoró el Alcázar o si Pedro I (artífice del palacio mudéjar) fue cruel o justiciero— interesan solo a una minoría de turistas. Lo que cuenta, lo que ha reventado las expectativas del lugar, ya muy altas, es que aquí se han rodado capítulos de *Juego de tronos,* en los Jardines del Agua de la Casa Martell, y su capital, Lanza del Sol, dominio de los gobernantes del Dorne —como todo seguidor de *Juego* recuerda— en la famosísima serie que terminó diez años después de comenzar su rodaje. Cuentan por aquí que desde que el Alcázar salió en las teles del mundo ha

aumentado el número de norteamericanos que visitan la ciudad.



Hay estancias del Alcázar de Sevilla que no tienen nada que envidiar a la Alhambra. Rue des Archives/Bridgeman Images/CCI/Album.

Otra forma de verlo, para mitómanos más maduritos y menos amantes de la violencia, el sexo y la ambición de la saga de George R. R. Martin, es que por estas siete hectáreas de palmeras, naranjos, estanques y fuentes paseó Peter O'Toole cuando rodó *Lawrence de Arabia*, o Agustín Díaz Yanes y Viggo Mortensen, el director y el actor del *Capitán Alatriste,* respectivamente, que también utilizaron el lugar para la película. Aquí parió Isabel la Católica a su hijo Juan —se muestra la sala enorme y cuentan el número de caballeros que asistieron al parto—, y se casaron Carlos V e Isabel de Portugal. Indalecio Prieto, durante la Segunda República, devolvió el Alcázar al municipio, y en él se dio un banquete con motivo de la boda de la infanta Elena de Borbón y Jaime de Marichalar en los años noventa del pasado siglo.

Todo se comprende cuando pasas por el Salón de los Embajadores. Es uno de esos escenarios míticos, ideal no solo para esconderse del calor, sino para tocar el cielo, como intentaron los últimos sultanes de la Alhambra. Pero esta sala «es quizá más bella y más rica que la de Granada», defiende Gautier, aunque, acto seguido y, como siempre, sin morderse la pluma dispara hacia la serie de retratos de los reyes de España que están colocados como friso alto, en línea con los balcones: «No hay en el mundo nada más ridículo. Los

reyes antiguos, con sus corazas y sus coronas de oro, aún hacen un papel regular; pero los últimos, empolvados, de uniforme moderno, producen un efecto de lo más grotesco; no olvidaré nunca cierta reina con unos lentes sobre la nariz y un perrito en las rodillas, que debe de encontrarse allí fuera de su ambiente».

La reina con gafas del Real Alcázar que tanto fascinó a Théophile Gautier. © Sofía Moro.

Buscar y encontrar a la reina con anteojos que levanta una gota de simpatía en el francés —y cuyo nombre no sabemos ni conocen los guías consultados— ha necesitado de un objetivo más que potente y del empeño en encontrarla en ese salón que nada tiene que envidiar al de la Alhambra, en eso tiene razón Gautier, pese a que, en su opinión, Carlos V y Felipe II metieron baza excesiva. Las obsesiones son las obsesiones, aunque uno tenga veintinueve años y ya no soporte a Felipe II.

En efecto, allá está la reina con gafas. El hallazgo produce una sonrisa, incluso una carcajada, porque la dama lo merece. Se equivoca Gautier en una cosa, como revela la cámara de Sofía Moro, y es que el perrito no está entre las rodillas de la reina, sino algo más arriba. No es extraño que una dama use anteojos o quevedos —las tablas están pintadas entre 1599 y 1600—, porque hacía tiempo que existían. Lo curioso es que Diego de Esquivel, el pintor del rey, se los dejara puestos para la posteridad a una mujer. O quizá es que, sencillamente,

el concepto de posteridad y modernidad era diferente ya entonces.

Nada más vanguardista y *friki* que el curioso retrato, porque ¿quién sería esa mujer que quizá llevaba anteojos para leer y no solo para bordar? Y a sus descendientes no les molestó que quedara en el retrato con los quevedos… Mujeres con gafas en cuadros hay unas cuantas. El mismo Murillo, sevillano amado por Ford, Gautier y Davillier, tiene uno, *Cuatro mujeres en un escalón*, que representa a una vieja con quevedos mientras quita piojos a un niño. Muchos interpretan que es una alcahueta, una celestina. Pero de poco sirve especular sobre quién es la dama de esta sala.

Y, sin embargo, esa estampa de tebeo pasa desapercibida a varios guías y, por supuesto, a los turistas, por más simpática que resulte. Si no fuera porque es un francés quien escribe del hecho hace casi dos siglos, el asunto daría para la chirigota, seguros de que un grafitero se la ha jugado a Patrimonio del Estado. Se sabe quiénes son todos los monarcas, desde Chindasvinto a Felipe III, pero los guías no citan a las reinas. Bastante hay para relatar en tan majestuoso lugar como para pararse en una anécdota.

Además, hay que pasear por los jardines, donde a última hora de la tarde los gorriones y los vencejos tienen montado un lío importante con sus cantos y los de las cotorras, las palmeras, jacarandas en flor de un tono lila o malva que cambia al sol, donde los bancos están situados en los lugares que deben —como todo en los jardines árabes —, porque este Pedro I que fue el artífice de los jardines tenía enorme aprecio por los artesanos y artistas árabes y se los trajo. El monarca castellano era muy amigo de Mohamed V, el gran sultán de la Alhambra, y ni uno ni otro tenían inconveniente en intercambiar artistas ni consejeros.

Este Pedro, que fue muerto por su hermano Enrique de Trastámara con la ayuda de un francés —«ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor», aprendimos en el colegio—, tenía sus debilidades, por más cruel o justo que dijeran que era. La más importante fue su amante, la noble María de Padilla, cuyos baños merecerían por sí solos una visita al antiguo palacio árabe, que empezaron los Omeyas y que fue engrandecido luego por el rey Al-Mutamid. Casi todo se lo llevó por delante un terremoto en 1356 y Pedro I decidió recuperarlo.

* * *

Pasear por el parque de María Luisa y las orillas del Guadalquivir para hacerse la foto o el *selfi* ante la Torre del Oro es un comienzo del día interesante, sobre todo si es a primera hora, aún hace fresco y se ha dormido en un hotel o en un apartamento decente de la vieja

Hispalis. Es obvio que las «casas de pupilos», donde Richard Ford recomendaba a sus compatriotas que se alojaran, son difíciles de encontrar y las habitaciones de alquiler que hay las ocupan los estudiantes. Normalmente eran casas de viudas que atendían huéspedes y el sistema era apreciado por los viajeros extranjeros un poco inquietos, que encontraban en estas viudas y sus hijas una fórmula para husmear y un poco de chismorreo y pintoresquismo local. El resto de sus contactos se limitaban a los conductores de diligencias, arrieros o posaderos, junto a alguna amistad esporádica y breve en las casas de comidas con otros viajeros. Algunos, además de escritores, eran diplomáticos o tenían relación con la política y traían cartas de representación para embajadores y cónsules.

Fue el caso de Washington Irving, Alejandro Dumas padre, Hans Christian Andersen o el propio Richard Ford, que llegó a Sevilla con su mujer enferma y su familia, y aquí las dejó instaladas. Mientras tanto, él aprovechó para recorrer el país, pero el espacio que dedica a la ciudad es muy extenso —en el tomo dedicado a Andalucía— y es una delicia para aquel que vaya a quedarse más de un fin de semana en ella. Comienza por recordar que «quien no ha visto Sevilla no ha visto una maravilla», y añade que puede verse en una semana o en unos meses… O en años, como hizo él. Para los aficionados a los asuntos de intendencia doméstica, sus recomendaciones sobre las citadas fondas y viviendas son ilustrativas, porque «las casas españolas están poco amuebladas […], las alfombras son una lata, y casi tan desconocidas como los sofás; las costumbres comodonas y otomanas de los moros nunca fueron adoptadas por los incómodos españoles, cuyos inquisidores no recurrían nunca al tormento de una silla cómoda», escribe. Y, acto seguido, se lanza a los consejos para alquilar un apartamento o una casa en Sevilla, y recomienda que sea el mismo visitante quien la amueble. Actualmente, consejos como los de Ford han sido sustituidos por los de los falsos intercambios internacionales de hogares para vacaciones, de los que Sevilla está llena. Los hoteles del centro y las pensiones o fondas «con encanto» son caros, y a veces resulta más interesante desplazarse a barrios tan sevillanos como el propio centro, ya sea Triana, La Macarena o Santa Cruz, que tampoco son baratos.

Cruzar el Guadalquivir por el Puente de Triana para empezar el día, viendo cómo se baten el cobre las piraguas contra la corriente del río y con alguno de los párrafos de Ford aún en la memoria, es un inmenso placer: «La Sevilla moderna es una ciudad puramente mora. Los musulmanes, durante su dominio en ella de cinco siglos, la reconstruyeron enteramente, utilizando edificios romanos como

material de construcción. El clima es tan seco y tan adecuado para la conservación que las mejores casas siguen siendo las edificadas por los moros, o bien las que han sido hechas según su modelo […]. Los sevillanos aseguran que las murallas y la Torre del Oro fueron construidas por Julio César, lo que es una solemnísima tontería, porque son indudablemente moras, tanto por la forma como por la construcción». Que la Torre del Oro es mora lo explica el guía que se dirige al grupo de turistas de varias nacionalidades que están a sus pies, a la sombra. Una vez más, prima antes la pose ante el monumento que el contenido de la explicación, entre otras cosas porque «papá, todo lo que está contando lo busco luego en Internet, mientras que la foto solo me la voy a poder hacer ahora», le espeta un chaval a su padre, que le ha llamado la atención para que dejara de buscar el mejor ángulo de su móvil y atendiera al guía.

Escribe Ford con su demostrado conocimiento, después de mencionar las casas notables de estilo andaluz, con sus patios árabes dentro —Casa Pilatos, Casa Montijo, Casa Prieto, aunque no menciona el palacio de las Dueñas de los Alba—, que más de la mitad de Sevilla «es mora» y sus casas y patios, grandes y medianos, así lo demuestran. Como el *copy-paste* no es un invento de los tiempos de las redes y de Internet, Richard Ford —o «Ricardo» Ford, como escribe su traductor, el escritor Enrique de Mesa— cuenta que los datos que recoge de la Sevilla mora proceden del erudito y bibliógrafo José Gayangos Nebot, un liberal español con familia materna francesa y casado con una inglesa. Vamos, también era un chollo ser trilingüe en aquellos tiempos. De hecho, a Gayangos lo utilizan varios de los extranjeros que han leído antes de viajar por España.

El Guadalquivir, las piraguas y Triana. ¿Quién da más? © Sofía Moro.

* * *

El primer edificio de esa Sevilla árabe que selecciona el aristócrata británico, practicante de la displicencia para con los españoles ante sus muchos defectos y atrasos, es la «torre de la catedral, la Giralda, llamada así a causa de la veleta, que gira. Sobre este campanario, único en Europa, se han diseminado muchos errores. Fue construido en 1196 por Abu Yusuf Yakub, que lo añadió a la mezquita que había sido erigida por su ilustre padre, del mismo nombre». Más adelante recuerda que la construcción de las torres en aquella época era una moda, y por eso ahí están la Torre Asinelli, en Bolonia, o la de San Marcos, en Venecia.

Para entonces, el turista ya se ha topado con sorpresas notables: es el caso de la grandeza de la catedral, la sensación de inmensidad que transmite, el logro del cabildo, que decidió construirla resumiendo la idea en una frase que recogen Ford, Gautier y Davillier: «Levantemos un monumento que haga creer a la posteridad que estamos locos». Y a fe de las gentes normales que esa sensación transmite. Aquellos tipos estaban locos de poder y deseosos de gloria, tal y como revela «la catedral gótica más grande del mundo», que es lo que dice la publicidad repartida en su interior.

Es mucho más gráfico y humano para los tiempos de las prisas el

francés Gautier: «Las pagodas hindúes más desenfrenadas y más monstruosamente prodigiosas no le llegan a la magnificencia de la Catedral de Sevilla. Es una montaña hueca, un valle invertido. Notre Dame de París podría pasearse con la cabeza alta por la nave central, que es de una elevación aterradora […]. Las cuatro naves laterales, aunque menos altas, podrían abrigar iglesias con campanario y todo […]. El candelabro de bronce que lo sostiene es una especie de columna de la Plaza Vendôme de París». No es cosa de ponerse a especular con Gautier si la actual Notre Dame, medio arrasada por el fuego en un dolor que unió a toda Europa, cabe aquí dentro, pero lo que sí que consigue el lugar edificado por los locos es abrumar a la mayoría de los visitantes, que a menudo deciden que aquello es demasiado. Salvo que uno sea un estudioso, el turismo de hoy no tiene tiempo para tratar de ver todo lo aquí acumulado y el guía coincide en que no hay horas «para describir una por una todas las riquezas de la catedral; se necesitaría un año entero para visitarla a fondo», cuenta Gautier. Por ello, Ford, que vivía en la ciudad, le dedicó tiempo y muchas páginas.

Cumpliendo el ritual, lo primero, pues, es subir a la Giralda, dice el británico. Ford ya ha lanzado el cebo cuando habla de esta torre del muecín, que cuando era árabe, en el «original, tenía solo doscientos cincuenta pies de altura, y los otros cien, que constituyen el campanario, de rica filigrana, fueron añadidos por Fernando Ruiz en 1568 y son más elegantes de lo que la pluma puede describir». Para contemplar esa elegancia es un buen complemento el anochecer, desde los tejados que la rodean transformados en atractivas terrazas. Iluminada, la Giralda es un pinchazo de embrujo. Se sube «ascendiendo por suaves rampas, desde donde el panorama es soberbio».

Pero eso era hace siglo y medio. En la actualidad, la subida a la Giralda en temporada media y alta de turismo —y Sevilla vive casi siempre en esas temporadas, salvo breves fines de semana de invierno — supone esperar una enorme cola, salvo que el visitante madrugue; si lo hace, ascenderá por las treinta y cuatro rampas trazadas primero para los sultanes árabes y luego para los reyes cristianos y sus monturas. El turista sube entretenido, ya sea jugueteando con el móvil o admirando por las ventanas los arcos y contrafuertes de la catedral. También puede enrollarse con los jóvenes asiáticos que llevan un ventilador de mano para combatir el calor.

Un clásico, coches de caballos pero con «dodotis» para no manchar las calles (un recogedor de plástico bajo las riendas, entre el conductor y el tiro, que fascina a los niños). © Sofía Moro.

En cuanto el visitante esté arriba, entre las campanas —que Richard Ford califica como «muy desagradables por sus sonidos», aunque al barón Davillier le encantan—, deberá ser hábil para trepar a un saliente e intentar hacer fotos de los renombrados paisajes, porque otra turba igual de curiosa le va a aprisionar contra las campanas y las ventanas, y le empujará en férrea lucha por la posesión de un hueco para hacerse la foto. Cuando se rinda e intente salir, el lugar es tan angosto que tendrá que volver a forcejear para abrirse paso, o esperar y dejarse arrastrar rogando por no tener un ataque de claustrofobia.

Quien quiera arriesgar es libre de hacerlo, pero si ante sí tiene una larga fila esperando, mejor preguntar a los que bajan de la torre si merece la pena la ascensión, cuánta gente hay arriba y si uno puede asomarse a las almenas. Si el número de los que advierten de que no merece la pena supera a los que sí invitan a la subida con sonrisa sospechosa, mejor dedicar un poco más de tiempo al enorme catafalco que supuestamente contiene los restos de Cristóbal Colón, o a los cuadros de Murillo —pintor que hace estragos entre todos los viajeros internacionales del siglo XIX y hasta bien entrado el XX, que lo consideran de una calidad muy similar a la del mismo Velázquez—, con especial atención al *«San Antonio de Padua* que adorna la capilla del baptisterio», como recomiendan Gautier y los guías actuales, que relatan la historia de este cuadro. San Antonio fue cortado de la tela y robado, para asombro y disgusto de los sevillanos. Recuperado años

después en Nueva York, regresó a la catedral y no hay guía que no muestre la marca que tuvieron que dejar los restauradores para colocar al santo en su mismo sitio en el cuadro.

Hay cientos de lugares donde detenerse en esta catedral, que semeja un parque temático, mientras esperamos abajo a los que insisten en subir a la Giralda. Los mismos textos turísticos que allí se reparten —en trípticos o postales— dan una lista para hacer el lugar manejable: los órganos, el rosetón de Vicente Menardo, del siglo XVI; más obras de Murillo, como *San Fernando* o la *Inmaculada Concepción*; el Goya de *Santa Justa y Santa Rufina*, varias de Montañés, el coro, el trascoro, la Sala Capitular, la sacristía de los Cálices y la de los Católicos, el Altar Mayor… Como sucede en estos monumentos, cuya principal característica es «la grandiosidad y la solemnidad», a veces los trastos más absurdos son los más exitosos. Ni el gran coro, ni los retablos, ni los cuadros de Murillo, ni los órganos, ni la biblioteca Columbina —según Ford, así llamada por haber sido dejada a los canónigos y a los ratones de biblioteca por Fernando, el hijo de Colón»—. Aquí, quien triunfa es un cocodrilo disecado. De verdad. Y es hasta comprensible, porque la Historia entretiene y fascina a los niños. Y a los adultos, aunque lo disimulen: «Una puerta penumbrosa, donde aún queda un arco en herradura de la antigua mezquita, conduce al interior, donde cuelga lo que en otros tiempos fue un cocodrilo o *lagarto*, enviado a Alfonso, *El Sabio*, en 1260 por el sultán de Egipto, que había pedido la mano de su hija; la infanta rehusó un pretendiente cuyo primer regalo a duras penas indicaba un tierno afecto», escribe Ford.

La otra curiosidad que compite con el cocodrilo del egipcio rechazado es una Virgen barbuda y crucificada, santa Librada. Su presencia no se recoge en los trípticos de la catedral y hay que pedirle al guía que la muestre y relate su historia. Librada era «nonelliza», esto es, nació en un parto con otros ocho hermanos del vientre de una mujer romana que los rechazó y entregó a una esclava cristiana. Resultó que su padre era rey de Portugal y quería casarla con el rey moro de Sicilia, pero la doncella rogó a Dios que la hiciera fea para ser rechazada. «Las uñas se le rompieron, le creció barba por todo el cuerpo y su padre la mandó crucificar», reza la historia católica. Otras versiones dicen que era gallega. En Bayona hay una capilla dedicada a santa Liberata (o santa Librada o santa Wilgefortis). Su culto empezó en el siglo XV y tiene miles de seguidores por su magnífica historia. Se la considera también uno de los primeros casos de anorexia datados. El hecho es que, entrando a la derecha, en la catedral, hay una capilla dedicada a esta santa, patrona de las malcasadas y querida por el

colectivo LGTBI. Hay otra Librada en la iglesia del Salvador, pero no tiene barba. No hay comparación.

Mientras japoneses, nórdicos y musulmanes recorren las naves catedralicias con los guías, los bancos son una tentación para descansar, y a eso se dedica una buena parte de quienes huyen del fuego en la calle, porque el calor a partir del mediodía es para las gentes del sur. Es buen momento para, entre tanta magnificencia, poderío y miedo, sentarse al fresco y leer algunos párrafos de Ford. El británico asegura que «hubo método en la locura» que atacó a los impulsores de tal construcción. «Los gigantescos gastos de estas colosales catedrales, edificadas en días de pobreza, contrastan con las miserables chozas de reclinatorios que se han levantado en esta edad del capital, ¡y qué diferentes son también los donativos! Ahora, cuando el regalo de medio acre de tierra por alguien que es dueño de media provincia es anunciado como gran munificencia, y veinte libras esterlinas son el donativo de un soberano. Los antiguos españoles fueron por el camino de los primeros romanos que reservaban sus esplendores para la casa de Dios», escribe Ford muy al inicio de la década de 1830. Debajo de semejante cúpula, y rodeados de tanto gótico y barroco, de mantos ricamente bordados, cálices y custodias enormes, es difícil rebatir al británico.

Un poco más adelante, cuando viene de enumerar algunos problemillas, Ford se para en una «inconveniencia, común a esta y a la mayor parte de las demás iglesias españolas, que es la tribu de mendigos, que frecuentan en particular los altares de la Virgen, como sus hermanos paganos frecuentaban los de Palas (Marcial, IV, 53). Esta peste, como los mosquitos, husmea el olor de los ingleses […]. Cuando se vea el viajero incordiado por los impostores y los objetos indignos recúrrase a la frase específica: "¡Perdone vuesamerced, por Dios, hermano!". El mendigo entonces se inclina porque sabe que toda renovada insistencia sería inútil». Queda claro que «don Ricardo» pertenecía a esa clase de cuello estirado y nariz arrugada, inevitable reflejo de los *caramalhuele*.

Sí, los tiempos han cambiado y mejor cambiar de aires, aunque afuera espere el sol de Sevilla. Es el momento de atravesar la puerta que lleva al Patio de los Naranjos y pasar por debajo del desdichado cocodrilo disecado, al que se le han caído unas cuantas escamas. «No es el verdadero, este es una copia», explican Dani y María Ángeles, ambos guías de una compañía importante, que esperan a sus compañeros. Siguen dentro con un grupo de escandinavos. «No sabemos qué pinta ahí el marfil de un elefante [cuelga al lado del cocodrilo], suponemos que fue otro regalo a algún rey». Al parecer,

llegó en el mismo lote que el del cocodrilo para la princesa Berenguela.

En el Patio de los Naranjos no queda nada del olor del azahar que florece a finales de marzo y llena el mes de abril, pero están sus naranjas. Y la fuente, con su curiosa distribución. Es la herencia de la mezquita y la sabiduría árabe en los jardines lo que se percibe, junto al golpe de luz que envuelve el ánimo tras el paseo por la catedral. No queda más que admirar la delicadeza de los chinos, que cultivaban —y cultivan— el naranjo con primor, y de los árabes, que los trajeron a la Península y extendieron por sus posesiones. Luego llegaron personajes como el arquitecto Aníbal González, el director de las obras de la Exposición Iberoamericana de 1929, que decidió sembrar la ciudad de naranjos desde 1910, sacando de las casas poderosas a las calles una parte de la belleza de los jardines. Dicen que Sevilla es la ciudad con más naranjos del mundo, y bajo su modesta sombra merece la pena marchar a la búsqueda de don Juan…

* * *

De la mano de Gautier, mucho más frívolo y ameno que Ford, conviene enfilar hacia el Hospicio de la Caridad, «fundado por el famoso don Juan de Mairena, que no es en modo alguno un ser fabuloso, como se podría creer. ¡Un hospicio fundado por don Juan! ¡Dios mío! ¡Pues sí! He aquí cómo ocurrió la cosa. Una noche, don Juan, al salir de una orgía, se encontró con un convoy que se encaminaba a la iglesia de San Isidoro: penitentes negros con máscaras, cirios de cera amarilla, algo más lúgubre y siniestro que un entierro ordinario. "¿Quién es ese muerto? ¿Tal vez es un marido muerto en un duelo por el amante de su mujer?, ¿o un honrado padre que tardaba demasiado en soltar su herencia?", preguntó don Juan, calentado por el vino. "Este muerto no es otro que el señor don Juan de Mairena […]. Se acercó don Juan, y al resplandor de las antorchas reconoció que el cadáver se le parecía…». Gautier, además, advierte de que la Caridad encierra más cuadros de Murillo —el *Moisés golpeando la roca*, *La multiplicación de los panes*—, aunque se muestra cansado de que en la calle ofrezcan falsificaciones de todas las obras del artista sevillano: «La peste de Sevilla son los Murillo» que le ofrecen a cada esquina.

Lo cierto es que el Hospital de la Caridad fue creado por Miguel de Mañara, un personaje real que algunos citan como el inspirador del *Don Juan* de Tirso de Molina y de José Zorrilla, aunque no hay pruebas definitivas. Mañara también fue utilizado por Prosper Mérimée —sí, el de *Carmen*—, pero hoy lo importante es el lugar,

menos visitado que otros muchos edificios de la ciudad, pese a su significado y arquitectura. Sigue funcionando como asilo para pobres y hace tiempo que a su fundador, el caballero casquivano, le han presentado como candidato a la canonización del Vaticano. Al parecer, a la muerte de su esposa se arrepintió debidamente, dejando la herencia a este hospicio por los disgustos y la mala vida que le había dado.

Se esconde la tarde y con ella el calor, y los grandes grupos de turistas, que cenan en horario europeo, se han retirado. Es el momento de volver a la plaza de la catedral y del Real Alcázar, núcleo de la vida turística de la capital andaluza. Allí están los coches de caballos enjaezados, retrato de tanta postal y *selfies* de estos tiempos. Los animales están limpios, llevan «pañales» para no manchar las calles —un recogedor de plástico bajo las riendas, entre el conductor y el tiro, que fascina a los niños— y nunca tienen un solo dueño. «Yo no les pongo nombre para no encariñarme con ellos», explica José, uno de los conductores más jóvenes, mientras moja el lomo del zaíno que le ha tocado hoy. «Ya veis, la mujer, todos los días la misma; los caballos, cada día uno», remata el compañero al tiempo que se vuelve para atender a una pareja muy rubia. Son cuarenta y cinco euros el paseo —no llega a una hora— y merece la pena salir de ese núcleo que forman la catedral, el Alcázar y el Archivo de Indias, donde se apelotona el personal. Coches para ir hasta el Guadalquivir y la Torre del Oro no faltan. Hay un centenar puestos por el ayuntamiento.

En la calle de San Blas, en el barrio de la Macarena, vivió Jorge Luis Borges. © Sofía Moro.

* * *

Al lado de la Fábrica de Tabacos, Carmen y Carolina, encargadas de la Oficina de Turismo, amables hasta decir basta, se empeñan en encontrar el lugar donde estuvo viviendo la familia Borges desde la primavera de 1918. Es una tarea con escaso éxito. Aunque Sevilla sí que se ha ocupado de la estancia del escritor argentino en su juventud, la huella física no se ha marcado.

Borges volvió a la ciudad en 1984 —en un acto organizado por la Universidad Menéndez Pelayo, donde coincidió con Torrente Ballester — y ya entonces recordó aquellos años que vivió intensamente con sus padres y su hermana Norah, casada con el escritor español Guillermo de Torre, pero poco más. También la visitó María Kodama, su viuda, para asistir a una exposición que recordaba a *El infinito Borges*, pero no ha bastado para señalar el paso del escritor de *El Aleph* por la ciudad.

Para los mitómanos que no se rinden en la búsqueda de sus ídolos —el escritor lo es para mucha gente—, el argentino vivió en la calle de San Blas, en el barrio de la Macarena, y paseó por delante del Lasalle y de la iglesia de San Luis de los Franceses. Su familia seguro que compró en el maravilloso Mercado de Abastos de la Feria, al pie de la iglesia del Omnium Sanctorum, un lugar que no hay que perderse.

Del café El Colonial, donde se reunía con los ultraístas —Rafael Cansinos Assens o Pedro Garfias, que fueron sus amigos—, tampoco hay huella notable en las calles sevillanas, pero basta con leer el «Himno al mar», su primer poema publicado aquí y del que no se sentía nada orgulloso, para vislumbrar al joven argentino, ya aquejado de problemas de vista, andando por un barrio sin turistas a última hora de la tarde.

7

Por el país de la Maragatería con dos «impertinentes» británicos: Richard Ford y George Borrow

Cuenta el poeta y escritor Enrique de Mesa, en el prólogo que hizo a la traducción de la obra de Ford *Cosas de España (el país de lo imprevisto)*, que este «inglés distinguido», casado con una hija del conde de Essex, Harriett, que instaló a su familia en Sevilla desde el otoño de 1830 hasta el de 1833 —su esposa estaba enferma y necesitaba el clima del sur—, «si bien es cierto que tenía todos los prejuicios religiosos y sociales de un inglés de buena familia, nunca los dejó traslucir en sus relaciones con los españoles, que, siendo especialmente sensibles al orgullo de raza, quedaban encantados con sus amables y elegantes modales y su constante cortesía». Quedarían encantados los españoles a los que trataba, pero el enorme *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, que terminaría convirtiéndose en la obra que le ha hecho pasar a la posteridad como escritor —Ford también era un buen dibujante y un estupendo jardinero, además de licenciado en leyes— y marcando la visión de los británicos sobre España, obliga aún hoy a tirar de templanza para no sentirse agraviado. Incluso retrocediendo al contexto de aquellos tiempos, a sabiendas de lo atrasado que estaba el país tras tanta guerra propiciada por monarcas ineptos, aliados con una Iglesia encantada de mantener la ignorancia, Ford, como su amigo Borrow, destila la «impertinencia» —él mismo se define con ese adjetivo— de quien se siente habitante de un país muy superior. De hecho, los mismos ingleses se sienten encantados de ser conocidos como los «curiosos impertinentes», e incluso Ian Robertson titula así un precioso libro sobre sus compatriotas románticos en sus viajes por España en la segunda mitad del siglo XIX.

Pero si se evita caer en la «patriotería empercalinada y de bullanga» de la que habla Mesa y se huye del «cegador señuelo del patriotismo, la turba parasitaria y cínica, que realiza sus logros a favor del desbarajuste político y del caos administrativo, [que] deslumbra a la muchedumbre de papanatas, esclavos de su propia ignorancia», la obra es amena y curiosa. Para las dermis más sensibles de este siglo XXI sirva como consuelo el contraste brutal entre lo que vieron los ojos de Ford —un señor del Trinity College de Oxford— y de su amigo, el

mucho más vulgar y pícaro George Borrow, al recorrer la Península en los años treinta del siglo XIX, y lo que hemos andado, pese al «¡triste sino de España, esclava acariciadora de su propia lacería por miedo al lancetazo», que cita Mesa.

Con sus libros de viajes sobre España, Richard Ford y George Borrow son los dos escritores que con más éxito pusieron en el mapa un oficio que hoy ya no existe: el de arriero. Para situar su importancia hay que recordar lo que significaba para el viajero anterior al avance del ferrocarril y del coche. Para «los muleros que en este país gozan de justo renombre, el termino genérico es arriero, de ¡arre, arre! Completamente árabe», escribe Ford. Sus animales, ya sean mulas o burros, eran su gran amor. «Viajar con un arriero, cuando el viaje es corto o va una persona sola, es seguro y barato; además, muchos de los rincones más pintorescos del país, Ronda y Granada, por ejemplo, difícilmente pueden visitarse si no a pie o a caballo. Estos hombres; que están siempre por las carreteras, arriba y abajo, son las personas que pueden proporcionar más lujo de detalles; sus animales pueden alquilarse todos, pero una reata entera no es cosa cómoda para viajar, pues siempre van uno detrás de otro […]. El arriero español es un hombre agradable, inteligente, activo y sufrido; resiste hambre y sed, calor y frío, humedad y polvo; trabaja tanto como su ganado y nunca roba ni le roban. Mientras los que se tienen por mejores en este país dejan todo para mañana, excepto la quiebra, él es puntual y honrado».

Y dentro de ese oficio de personas honradas que recorren la Península con sus reatas de mulas, sin temer a los bandidos ni a los contrabandistas, tampoco a los carlistas o a los isabelinos, o a desertores de ambos, se encuentran unas gentes únicas. «Hay una clase de arrieros muy poco conocida de los viajeros europeos: los maragatos, cuyo centro está situado en San Román, cerca de Astorga; ellos, al igual que los judíos y los gitanos, viven exclusivamente entre los suyos, conservan sus trajes primitivos y nunca se casan fuera de su región. Son tan nómadas y errantes como los beduinos, sin más diferencia que llevan mulas en vez de camellos; su honradez y su laboriosidad son proverbiales. Son gente formal, seria, poco expresiva, positivista y muy comerciante. Cobran caro, pero su honradez compensa este defecto, pues puede confiárseles oro molido. Son los que hacen todo el tráfico entre Galicia y las dos Castillas, y por rara excepción llegan a las provincias del Mediodía o Levante», cita Richard Ford en traducción de Enrique de Mesa.

«Los maragatos son quizá la casta más singular de cuantas pueden encontrarse en la mezclada población de España. Tienen costumbres y

vestidos peculiares, y nunca se casan con españoles. Su nombre indica su origen, pues significa "moros godos"; y hoy en día su pergenio, consistente en un chaquetón muy ajustado, ceñido al talle por una faja ancha, calzones anchos hasta la rodilla, botas y polainas, difiere muy poco del de los moros de Berbería. Llevan afeitado el cráneo y solo se dejan un ligero cerquillo de pelo en la parte inferior. […] Casi todo el comercio de una mitad de España está en manos de los maragatos, cuya fidelidad es tal, que cuantos han utilizado sus servicios no vacilarían en confiarles el transporte de un tesoro desde el Cantábrico a Madrid…», señala George Borrow en la mencionada *La Biblia en España*.

* * *

Los párrafos lanzados por los británicos —utilizados después por otros escritores conocidos, como el barón Davillier— son un ardid más que estimulante para seguir sus pasos. Es noviembre, el otoño está avanzado y han caído las primeras nieves, pocas, y no caerán más, o muy leves, hasta febrero. Para llegar a las tierras áridas y limpias del suroeste hay autopistas a León y Astorga, se suba desde el sur o se baje desde el norte. Las carreteras interiores entre los pueblos maragatos son decentes y solitarias de coches, y cada día avanzan por las rutas los peregrinos a Santiago de todos los continentes y edades. Paisajes de montañas mágicas como el Teleno, bosques de colores teja, rojo y verde en cuyos árboles se enganchan las nieblas; posadas confortables, con sábanas blancas y luces que permiten leer en la cama, y chimeneas encendidas, junto a restaurantes donde hay algo más que la olla, «sinónimo de cocina en España», que decía Ford, convierten la experiencia en memorable.

La calefacción del coche no tiene el encanto de las mantas de lana con que Ford y Borrow se envolvían sobre sus caballerías, pero es que ellos difícilmente se habrían atrevido a viajar a estas tierras en invierno. De hecho, el aristócrata detalla y aconseja en su obra los meses idóneos para visitar cada región: al norte no conviene ir desde noviembre hasta marzo o abril. Georges Borrow era más atrevido, pero también mucho más cuentista. Este tipo, de corte curil, que sacó «las pesetas» a la Sociedad Bíblica Británica, es un verdadero pícaro, como reconocen quienes lo conocieron y luego le leyeron. Sus informes para la citada Sociedad Bíblica —que le pagó diferentes viajes por España a lo largo de cinco años— se transformaron en un libro que, publicado en 1842, tuvo enorme éxito. Influyó tanto o más que la enorme guía de Ford y ambos trabajaron con el mismo editor, parece ser que por recomendación del aristócrata.

El traje de los maragatos y su estirpe, asombro de Ford y Borrow. Quintlox/Album.

Hay que «estar prevenidos para no incurrir en las descarriadas apreciaciones que acerca de este libro se han proferido en España», escribe Manuel Azaña en el prólogo al libro de Borrow. «No es un informe a la Sociedad Bíblica respecto de los progresos del Evangelio en España, ni un "cuadro del estado político, social, etcétera", de la nación, ni un itinerario para recién casados, ni una reseña de las catedrales y otros monumentos pergeñada para uso de los esnobs de ambos mundos; *La Biblia en España* es una obra de arte, una creación,

y con arreglo a eso hay que juzgar su exactitud, del *parecido* del retrato y de las "invenciones" del autor [...] personajes inventados aglutinando rasgos dispersos, sin duda los ha de haber; pero eso ¿es ilícito?», se pregunta el gran intelectual y escritor, autor de *La velada en Benicarló* y presidente de la Segunda República. Azaña acaba el prólogo con una palabra vigente entonces y ahora: «El libro no es solo verdadero; es, en ciertos puntos, revelador». Y eso mismo sigue siendo en el siglo XXI, casi doscientos años después de que Borrow viajara por España.

De la mezcla de la tierra de los maragatos y de la mirada extranjera resulta una aventura cuya protagonista principal es la belleza. La comarca de la Maragatería se extiende al suroeste de León (medio centenar de pueblos) y se hizo famosa por la destreza de sus arrieros maragatos, de misterioso origen. Con largas reatas de «machos» —grandes mulas— transportaban de Galicia a Madrid —incluso a Andalucía— desde el tesoro de las Américas, llegado a los puertos en grandes galeones, hasta el cacao, las telas, los salazones de pescado de Escocia o los doblones de oro de la Corona, a la que sirvieron con fidelidad a cambio de grandes réditos económicos.

Jinetes sobre sus caballerías ya solo son un recuerdo en las mentes de los abuelos o de los hijos mayores, pero aquí están sus descendientes maragatos. Fueron y son peculiares. Epataron también por otras curiosidades como su endogamia; hasta entrado el siglo XX siguieron casándose entre ellos. Sus costumbres y su ingenio para el transporte y el comercio en una tierra desagradecida deslumbraron no solo a los dos británicos mencionados y a otros escritores de relumbrón, sino a todo guiri que pasó por Astorga y vio a Pedro Mato. Sus nietos, bisnietos y tataranietos hoy luchan por sobrevivir y mantener sus quinientos años de historia, aunque la pelea es hoy contra otra invasión, la de la despoblación.

* * *

La primera parada obligada es Castrillo de los Polvazares, imagen de la Maragatería, donde abundan las casas rurales «con encanto» que, a base de competir unas con otras, algunas han llegado a convertirse en posadas al borde de la cursilería, pero agradables por eso de que lo cursi en casa propia no gusta, pero en ajena y para unos días puede resultar tan romántico como habrían exigido los viajeros del siglo XIX.

Aunque la capital económica de la zona es Astorga, villa en la que residen tres maragatos clave, Pedro Mato y los dos del reloj, allí nunca hubo arrieros, oficio que trajo miles de doblones de oro a la comarca. Castrillo es el pueblo modelo de la cultura maragata, tan mimado que

parece de cuento y del que se pueden escribir todos los tópicos sin temor a equivocarse. A saber: en sus calles se ha parado el tiempo; en sus casas, bien cuidadas, queda claro que hubo maragatos ricos, influyentes y cultos. Y no solo el famoso diputado Santiago Alonso Cordero (era de Santiago Millas, otra cuna de arrieros de postín), que, según Richard Ford, «se presentó en las Cortes con su traje regional».

Castrillo es lo que Santillana del Mar a Cantabria, o Pedraza a Segovia, un pueblo para mirar y disfrutar de sus calles y casas teñidas con la tierra ocre y naranja, ese color que da el óxido de hierro y que cambia según la estación de año y el grado de humedad. Con los colores tostados de los suelos destacando contra el verde y el azul de las puertas, todo subido de gracia y color en la retina, se dobla la esquina de la plaza, donde una capillita atestigua la fe del pueblo, hasta llegar a una de las casonas de alojamientos.

A Castrillo le vino muy bien que el desarrollo tardara. «Pudimos mantener las calles empedradas, las casas históricas cuidadas. Cuando en 1980 fue declarado conjunto histórico, llegó el aldabonazo definitivo», explica Miguel Centeno Ares, un maragato «si por maragato se entiende el que ha nacido en la Maragatería, no el hijo de arrieros. Aquí también hubo ganadería, labradores y miseria, porque es una tierra muy dura». Centeno deja así claro que en todos los sitios cuecen habas y que hay maragatos de primera y de segunda. Habla con el libro de registro de las habitaciones entre las manos, porque regenta Cuca La Vaina, uno de los lugares del pueblo donde, además de dormir, también se come bien.

Para pasear por Castrillo conviene llevar calzado cómodo. Las calles empedradas, húmedas en invierno, cobran su cuota de esfuerzo al turista y no están hechas para tacones. Una de las imágenes más cómicas y conocidas que se alarga del siglo pasado a este es la de las indefensas mujeres que llegan con tacones de aguja, dispuestas a asistir a un banquete (una boda o un bautizo) sobre los suelos rurales, ya sean de barro, donde el tacón disfruta hundiéndose, ya sean de cantos rodados, donde la aguja se escurre. Las calles de Castrillo de los Polvazares y de otros pueblos de las montañas y las estepas nacionales aún no tienen presupuesto para los *mochufas* vestidos de *Sálvame Deluxe*.

En la plaza, los poyetes enmarcan el lugar donde se celebran las famosas bodas maragatas, que Richard Ford describe con mimo: «Las bodas son sus fiestas mayores: en ellas se reúne mucha gente y se elige un presidente, el cual pone en una bandeja la cantidad de dinero que le parece, y todos los invitados tienen que dejar otro tanto. La novia se envuelve en un manto, que no se quita en todo el día, y no se vuelve a

poner hasta el día en que muere su marido. Ella no baila en el baile de bodas. A la mañana siguiente, tempranito, se llevan a la alcoba de los novios dos pollos asados». No se ha podido confirmar entre los descendientes maragatos que lo de los dos pollos asados para desayunar sea tan ritual como insinúa el inglés.

Una casa muda del camino. © Alfredo Cáliz.

Lo que sí se mantiene en esta plaza es el baile con el folclore tradicional, las fiestas y las procesiones. A veces las celebraciones son reales: otras, representadas para grabaciones, como el estupendo documental sobre la Maragatería titulado *La memoria de las piedras*, que emitió la segunda cadena de Televisión Española.

Esta mañana es un día de diario, así que los turistas —una pareja madura y varios peregrinos que se han desviado del cercano Camino de Santiago— campan a sus anchas, como alguno de los coches de los vecinos, aparcados en mitad del pueblo, «sin pensar en que joroban la foto», comenta Miguel Centeno. Quizá es una estrategia consciente dirigida a los de Instagram, porque aquí también vive gente, no es solo para turistas. La zona sigue padeciendo la despoblación, pero Castrillo aguanta por el turismo.

Observando las viviendas de la Calle Real, los portones por donde pasaban en otro tiempo las mulas y las casas con pocas ventanas a la calle, aunque abiertas a los patios, cobran sentido las palabras de

Laureano Rubio, catedrático de la Universidad de León. Sus estudios dedicados a la Maragatería son clave para entender esta cultura: «Los apellidos maragatos están en Castrillo de los Polvazares, como los Botas, los Salvadores; los Crespo, en Santa Colomba; los Calvo (los del Atún Calvo), en Santa Marina. Hay otros pueblos de la comarca, como Turienzo de los Caballeros, donde, más que arrieros, había gentes que trabajaban para ellos. Lo mismo sucedía en La Cepeda».

El profesor Rubio dedicó diez años a su tesis doctoral documentando e investigando la tradición escrita y oral de esas tierras. «Los arrieros maragatos fueron una realidad que controlaba el comercio. Ellos dan el nombre a la tierra que habitan —el territorio de La Somoza—, un caso seguramente único en la Historia, en vez de que la tierra les dé nombre a ellos». El historiador sonríe cuando se le pregunta por la extensión de la Maragatería, esa que Richard Ford asegura que tiene su centro más importante en San Román: «San Román nunca formó parte del país de la Maragatería y hay otros pueblos, como Val de San Lorenzo, que progresaron con otro comercio, como las telas. También fueron muy importantes entre los maragatos, que llegaron a fabricar velas para los barcos. Muchas». En fin, estos británicos, tan dados a la impertinencia y a la flema con tierras que no son suyas, no siempre contrastaban todo lo que escribían.

En una de esas viviendas de la Calle Real reside Esteban Salvadores, el alcalde de la pedanía de Castrillo, propietario de la fábrica de legumbres El Maragato, y muy de la tierra. «Mi padre, Esteban Salvadores Crespo, es cien por cien maragato. No había ningún cruce con ninguna otra familia. Esteban Salvadores Crespo de la Puente Botas. Los Salvadores somos de Castrillo de los Polvazares, y de ningún otro sitio, residentes en Castrillo de siempre». Este Esteban de hoy sí que rompió la tradición. Se enamoró en Galicia de una mujer guapa que le observa con cierto humor, mientras él desgrana la historia. La estatura y los ojos claros del propietario de la casona de los De la Puente tienden a corroborar una de las afirmaciones de George Borrow sobre sus antepasados: «Es también evidente que su sangre no se ha mezclado con la de los salvajes hijos del desierto, porque con dificultad se encontrarían en las montañas de Noruega tipos y rostros más esencialmente godos que los maragatos».

Lo de godos es otra leyenda muy debatida. Nadie se atreve a decir con exactitud cuál es el origen de los maragatos. Unos, como Borrow y Ford, se apuntan a godos y visigodos; otros, a un grupo de árabes que se quedó aislado durante la Reconquista, una teoría muy rechazada entre los propios maragatos. Hay expertos, como Laureano Rubio, que

defienden que el nombre proviene de su trabajo, «iban al mar, a los puertos, y llevaban las mercancías a los habitantes de Madrid (llamados gatos). Del Mar a los Gatos, maragatos. Sus orígenes, como todos en esos territorios, son las repoblaciones del siglo IX y están documentados. En cuanto al nombre, aparece por primera vez en un documento del siglo XVII», remata el historiador.

Para Rubén Domínguez, licenciado en Geografía e Historia y chef de La Lechería, en Val de San Lorenzo, son norteafricanos, «les guste o no. Los maragatos básicamente eran buenos comerciantes, por encima de los convencionalismos. Muchos de ellos quedaron excomulgados por comprar tierras de la Iglesia en las desamortizaciones», explica. Además de buen cocinero, Rubén es un amante de las costumbres y de la historia de la comarca. Reconoce que entre los maragatos también había clases sociales, unos de apellido renombrado: otros, los que no salían a los caminos y cuidaban los campos de los grandes, tratados como de segunda: «Es evidente que hay diferencias entre los grandes apellidos del negocio arriero y quienes trabajaban para ellos en otros pueblos, labrando sus tierras o cuidando los machos».

El debate sobre los orígenes de los arrieros también divierte en parte a sus descendientes, que, según las sospechas del alcalde, quizá estén relacionados de alguna manera con el pueblo hebreo. Cae la tarde de noviembre y en la casa familiar de los Salvadores —moderna, acristalada, luminosa, restaurada por un buen estudio de diseño y arquitectura— no faltan sobre la mesa ni el vino del Bierzo, ni el chorizo, ni el salchichón o el queso. El fuego crepita detrás del cristal de la chimenea, que lanza un soplido sordo hasta que el calor se extiende por la planta baja. «No sé si éramos una etnia pura, pero seguro que tenemos algo de judíos. He convivido con ellos y son lo más parecido a nosotros», cuenta Salvadores, haciendo referencia a lo «retorcidos que somos para mercadear a la hora de conseguir un negocio», como rasgo en común entre las dos culturas. «También en la seriedad de la palabra y el acuerdo. Nuestros antepasados transportaban oro y dinero de la Corona, y si lo perdían, lo avalaban con todos sus bienes», señala Esteban, mientras se levanta para volver a cargar la chimenea. Las noches son frías, leonesas, en Castrillo.

Quizá esa descendencia judía, más lo arraigado en las costumbres maragatas, como las bodas y la religión, llevó al fracaso de todas las gestiones y acuerdos que Borrow intentó hacer con los maragatos para que le compraran y luego vendieran sus Biblias mientras recorrían los caminos. «Hablé de religión con varios maragatos, que es asunto primordial; pero su corazón estaba endurecido; sus oídos, sordos, y sus ojos, cerrados. […] Con uno, sobre todo —sigue Borrow—, hablé

mucho rato después de mostrarle el Nuevo Testamento. Me escuchó o pareció escucharme, con paciencia, bebiendo de vez en cuando copiosos tragos de un inmenso jarro de vino blanco que sostenía entre las rodillas. Cuando acabé de hablar me dijo: “Mañana me voy a Lugo, para donde va usted también, según tengo entendido. Si quiere usted enviar allá sus baúles, no tengo inconveniente en encargarme de ello a tanto (y me dio un precio exorbitante). De todo lo demás que me ha dicho usted, entiendo muy poco y no creo ni una palabra; respecto a los libros que me ha enseñado usted, compraré tres o cuatro. No pienso leerlos, la verdad; pero, sin duda, los venderé a precio más alto que usted pide por ellos». Aunque Borrow quizá exagere, en Castrillo defienden que ese párrafo contiene las esencias del negocio y el carácter de sus antepasados. Avanza la velada, mientras afuera llueve. No cae todo lo que esta tierra siempre necesita, sopla el viento y el calor se ha extendido por toda la casa, así que poco puede hacer el frío contra la leña y el Mencía berciano que aparece sobre la mesa.

Concha Espina vivió tiempo en la Maragatería y el resultado fue *La esfinge maragata*. La actriz Julia Caba Alba fue la mejor. © Antonio de Obregón/Album.

Hay coincidencia alrededor de la merluza con langostinos que ha preparado Rubén Martínez: la sombra de los dos británicos que descubrieron al mundo las andanzas maragatas no debería llevar a segundo lugar el dato literario más importante de Castrillo, *La esfinge maragata,* la novela de Concha Espina que fue todo un *best seller* en su

época (1914). El libro está situado en este pueblo, donde la escritora cántabra residió un tiempo con unos amigos. Ahora cuenta con su correspondiente calle y un busto en la plaza.

Valdecruces, el nombre del pueblo que Espina da a Castrillo en la obra, es reconocible aún hoy en las calles. La película sobre la novela se rodó aquí en 1969 y también se puede identificar en sus planos: Mariflor Salvadores —la protagonista—también andaría este pueblo sin perderse. Lo que queda muy lejos es la pobreza que retrató la escritora, aunque nunca se sabe qué se esconde detrás de cada puerta. En la plaza, de camino a la casa de Esteban Salvadores, una dama bajada de un buen coche, con un porte que parece del paseo de Pereda de Santander, charla con un viejito distinguido, seguido de su perrito blanco. Ambos se lamentan de lo carísimo que es mantener las casas al día —«casoplones», dirían los *millennials* de hoy— sin goteras ni grietas. Pero está claro que es la excepción, porque la comarca, como cuenta Rubén, cada día está más abandonada de la mano de los políticos, carentes de iniciativas para mantener a los jóvenes.

* * *

La ruta de la Maragatería coincide con la ruta francesa del Camino de Santiago. Ni en noviembre descansan los peregrinos, aunque el frío aprieta. Hace quinientos años se cruzaban con los maragatos y sus reatas, que marchaban a toda prisa, sin siquiera «ceder el camino. Sus caballerías no se mueven de su sitio, y como la carga sobresale a uno y otro lado, igual que los remos de un barco, ocupan toda la vereda», escribía Richard Ford. Por esos caminos que llevan a A Coruña o a la ría de Arousa, los que hoy se cruzan son los todoterrenos y furgonetas de familias maragatas, que han cambiado los «machos» por las pescaderías y las carnicerías, las fábricas de legumbres, las hilanderías, y pelean por conservar sus casas en los lugares que los vieron nacer.

Una parte del camino de los arrieros serios, cumplidores de su palabra, lo andan hoy parejas de italianos, rubias alemanas o suecas que aparentan estar en su año sabático, antes de la universidad, o algún hombre disfrazado de peregrino, llevando su alma de ejecutivo escapado del mundanal ruido en la *city* londinense o de Ámsterdam. También los hay solitarios, recién estrenada la jubilación, dispuestos a entrar en la «fase zen» de ese pacto triunfante al que parecen haber llegado el apóstol Santiago y los monjes del Tíbet. A ratos la ventisca sacude sus impermeables de plástico verde con tanta fuerza como las ramas de robles y fresnos que se extienden por las faldas del Teleno, la montaña mágica de la Maragatería, que juega al escondite con las

nubes.

«El Teleno es nuestro referente, está ahí. Para los arrieros maragatos, su guía. Mi padre, mis abuelos, salían a comprar o vender —mi padre, jamones— y no se sabía cuándo volvían. A veces viajaban dormidos sobre los machos, porque iban a las ferias, compraban animales y luego, en estas fechas, se preparaba la matanza», cuenta Carmen Martínez, la hija del último maragato, Antonio, *El Jamonero*, una leyenda en Astorga y de toda la comarca de la Maragatería, quien, según su hija, creó la cecina. Era un tipo muy especial, repleto de flema y amante del folclore, alma del grupo de danza Maragatería, que ha viajado por medio mundo. Carmen, que sigue en el grupo, al igual que su hijo, se ha vestido con las mejores galas tradicionales de las mujeres maragatas para las bodas, las fiestas y las procesiones. Por su cara se cruza un rasgo de dolor cuando engancha el mandil bordado de su bisabuela, una pieza única, maravillosa, al ir a cortar jamón para una clienta, a quien le parece de lo más normal que la hija de Antonio esté vestida de esa guisa: «Hoy actuáis».

Pero no, hoy toca hablar de su padre, de su tierra, de sus mujeres, una vida tan dura como la que describe Ford. «Las mujeres no salen casi nunca de sus casas y, en cambio, los hombres están poquísimo en ellas», escribe el británico, aunque esta vez es un francés, el barón Davillier, quien se tomó más molestias a la hora de describir a las mujeres maragatas y sus ropas. «La Maragatería ocupa un terreno accidentado y poco fértil, del que las maragatas sacan el máximo provecho, mientras que sus maridos se ganan la vida por los caminos. Son tan robustas como ellos; y ellas son las que labran los campos, los siembran y hacen la cosecha. Ocurre lo mismo en las demás partes del Reino de León, y esto ha dado origen al refrán: “Hace la mujer en León del hombre la obligación”».

Davillier, como Ford y Borrow, no se resiste a entrar en la descripción del traje de los maragatos, conocidos y dibujados tantas veces por los numerosos amantes de lo pintoresco que recorrían la Península. El pintor Gustave Doré, amigo y compañero del barón, realizó algunos dibujos sobre los maragatos que llevan ilustrando artículos desde que publicaron su *Viaje por España*. «Su paño está hecho de paño grosero, de paño pardo. Recogen sus cabellos en dos trenzas que cuelgan sobre la espalda, como las de las mujeres del País Vasco —continúa escribiendo el barón sobre las mujeres—. En cuanto al traje de los maragatos, todos aquellos que han recorrido España han tenido ocasión de verlo: sayo sujeto con cordones de seda terminados en herretes; ancho cinturón de cuero, medias de color, sombrero de fieltro negro y anchas alas y *bragas* tan amplias que, si en vez de

sombrero llevasen turbante, se les confundiría con esos vendedores de dátiles o de babuchas que se ven en las grandes ciudades».

A Carmen, la hija del último maragato, no le duelen prendas al recordar de dónde viene su historia, de la árida tierra que recorrieron sus abuelos y bisabuelos gracias al trabajo de sus mujeres: «Esta era una tierra pobre y hubo que salir a buscar la vida fuera. Las mujeres se quedaban en casa, con una vida durísima, haciendo todos los trabajos, los del campo y los de la casa, más la crianza de los hijos». La hija de El Jamonero ama estos campos, pero no quiere olvidar lo complicada que es, por más que «mi padre tenía mucho humor, flema casi inglesa. Le encantaba lo que hacía, tocaba la chifla, se empeñaba en mantener la memoria viva entre los jóvenes… y en parte lo logró, pero trabajaron de una manera increíble. Dormían sobre los machos muchas veces y ellos solos los traían hasta casa», explica mientras se mueve entre los centenares de piezas antiguas que Antonio fue coleccionando durante años y con las que pensó montar un museo.

La imagen de los últimos arrieros dormitando sobre sus «machos» es la que describía Borrow hace doscientos años. «Por todos los caminos de España, y particularmente al norte de la cordillera divisoria de ambas Castillas, pasan los maragatos, en cuadrilla de cinco o seis, dormitando, o simplemente echados en el lomo de sus gigantescas y cargadísimas mulas», escribió, espoleando al turista para regresar a esos caminos que a ratos vigila el Teleno, el monte sagrado de los romanos, los musulmanes, los mozárabes, los visigodos, los cristianos y los maragatos. Imposible que compita con La Cepeda, la otra cumbre que protege estas tierras.

* * *

Otra mañana sobre esta tierra rojiza que inflama los pulmones y el ánimo desde primera hora. Tiene la culpa la colcha de hojas color teja, marrón, beige o amarillo desprendidas con desgana de las encinas, los robles y los chopos, adornadas con las agujas del pino e incluso con alguna trifoliada de arce. Y el silencio ensordecedor. Lo rompe un ruido bronco, un tractor que machaca el empedrado y evapora la bobada mágica que tenía el momento.

A falta de los «machos» de las reatas hay que conformarse con el coche, que se convierte en un nido agradable frente a los vientos con ráfagas de lluvia, que no espantan mientras no sea nieve o hielo lo que caiga sobre la carretera. Después de todo, estos caminos dejarían boquiabiertos a los altivos guiris británicos.

Dice el historiador Luciano Rubio que los avispados maragatos utilizaron el carro y la diligencia muy tarde, cuando ya el tren les

pisaba los talones, por más que ellos conspiraran contra su llegada. Una compañía de diligencias que fundaron los más ricos, como Pedro García Matanzo, quizá el más desconocido y más importante de los maragatos, socio del diputado Santiago Alonso Cordero (el que apareció vestido con el traje tradicional en las Cortes), duró pocos años.

El objetivo es llegar hasta Foncebadón, uno de los pueblos más altos de la Maragatería, por donde Esteban Salvadores creía que atravesaban algunas reatas. Porque lo que resulta evidente es que la ruta más transitada por los grandes arrieros, los de los veinticinco machos, es la que cubre la antigua Nacional VI. Sin embargo, sobreviven otros caminos y senderos, hoy pistas de montaña o carreteras comarcales, que durante muchos kilómetros transcurren paralelas a las veredas del Camino de Santiago. El trayecto desde Castrillo a Santa Catalina esconde lo que muchos llaman «el balcón de la Maragatería», lugar en el que la vista alcanza al Teleno, las torres de Astorga y, por encima, las crestas del Bierzo y los Picos de Europa al lado. Una pasada.

* * *

El Ganzo provoca la primera parada. A las diez de la mañana, el silencio solo lo rompen los cantos de los pájaros; todo muy bucólico hasta que, a lo lejos, el berrinche de un niño sin edad para el colegio devuelve la vida a un lugar limpio que, por las nuevas casas bien cerradas, debe de rebosar en verano y solo resucita los fines de semana durante el resto del año. A George Borrow no le gustarían pueblos tan cuidados, restaurados con piedra y tejas tradicionales, con la fama de sucios y tragones que adjudica a los maragatos. «Son aficionados a la bebida y se regodean en las comidas copiosas y empalagosas; así tienen esos corpachones tan rozagantes», traduce don Manuel Azaña del libro del vendedor de Biblias. Quizá todavía le escocía que no le compraran ni una.

La iglesia del pueblo encaja en ese territorio humilde y místico, con sus piedras recubiertas de musgo. Una subida al campanario de espadaña con escaleras de madera desvencijadas demuestra que hace tiempo que un monaguillo no se tropieza al escalar para voltear la campana. En la puerta principal que da al camino descansan unas deportivas de marca de futbolista sobre el poyato de la entrada, tan absurdas que ni para el fotógrafo Alfredo Cáliz sirven de lo poco creíble que resultaría la imagen ¿Son de un peregrino o de un habitante del pueblo, confiado en que en jacobeo no se roba?

Como en la mayoría de las villas maragatas que están en el

Camino de Santiago, hay al menos un bar o restaurante que ofrece «menú del peregrino», que compite con el cocido maragato. Un valor seguro en casi todos los lugares donde se ofrece.

El Teleno se resiste a lucirse y sigue flirteando tras las nubes, que se dejan algunos trozos de gasas, más grises que blancas, colgados en las ramas de las encinas. Desde la carretera, los brazos de los nuevos y elegantes gigantes, modernos y aspados, se mueven agradecidos al viento. Mucho más estéticos y hermosos que los postes de luz, los molinos de aspas blancas que generan electricidad hacen pensar que terminarán formando parte en la comarca del imaginario de la infancia. Quizá en un futuro marciano lleguen a la fama de los de don Quijote en la Mancha.

Y pensando en molinos y don Quijote nos plantamos en Rabanal del Camino, que se merece un buen rato. El desarrollo molestaba enormemente a los viajeros románticos del siglo XIX —les parecía horroroso eso de romper el tipismo; no era cuestión de pararse en nimiedades, como las comodidades de los habitantes de las tierras que pisaban—, por lo que estas calles recuperadas como antaño quizá recibiesen su aprobación.

No solo porque su Calle Real a media mañana solo está poblada por gatos de todos los colores y un sufrido peregrino, visto su aspecto, con muchas leguas a sus espaldas, sino porque están los restos de la casa de los caballeros templarios, y, sobre todo, porque está la capilla de San José, una recomendación del historiador Laureano Rubio, donde se cimenta una de las leyendas más populares de la Maragatería, contada en esta ocasión por Javier, el tamboritero de Val de San Lorenzo y primo de Rubén, que, pese a sus poco más de veinte años, va camino de convertirse en uno de los mejores conocedores de la etnografía de la comarca.

Cuentan que, al inicio del siglo XVIII, cuando ni siquiera los «impertinentes» Borrow y Ford habían ensillado sus caballos para recorrer la Península, desembarcó en A Coruña un rico llamado don José con cuatro arquetas donde iba todo su dinero. Preguntó quién podía trasladarlas hasta Rabanal del Camino mientras él negociaba en la capital gallega, y le recomendaron a un arriero maragato. Don José le entregó las arcas, que el maragato colocó sobre sus «machos», pidiendo al transportista que si, por cualquier cosa, él desaparecía, abriera las arcas pasados veinticinco años e hiciera una buena obra con lo que en ellas había.

El americano desapareció y el arriero de Rabanal abrió las arcas pasado el cuarto de siglo. Estaban repletas de doblones, con los que se construyó esta iglesia, datada de 1739 (así se señala en su fachada).

Su pórtico de piedra se merece una buena mirada, aunque no sea tan influyente sobre el barroco gallego como algunos genios locales pretenden. Hubiera o no americano desaparecido, lo que sí es cierto es que esta iglesia fue rica en piezas de plata. Pero las tropas francesas de la Guerra de la Independencia arrasaron con todo.

La calle medieval, repleta de gatos, la modesta pero exquisita iglesia —fundada por José Calvo y Antonia Rodríguez, no se sabe si con el dinero del americano— y las casas restauradas con mimo, cuyas ventanas permanecen cerradas entre semana, se merecen no solo el *selfi* gatuno que te asegura los *likes*, sino un buen paseo.

A menudo, pese al frío y el día, somos unos privilegiados por las estampas que capturamos de pueblo en pueblo. Esa sensación se siente en la subida a Foncebadón, el pueblo más alto de la Maragatería, que está justificada si se pretende comprobar cómo cambia la fisonomía de un lugar a otro en escasos kilómetros. Es un pueblo de montaña, con tejados de pizarra, todo reconstruido, porque durante la Guerra de la Independencia los franceses no dejaron nada. Ahora, como hace quinientos años, su vida se la debe al Camino de Santiago, con el que siempre ha mantenido una estrecha amistad. Son peregrinos los que más se alojan en los albergues y casas rurales, junto a la típica cabaña reconstruida para un posado.

Es un lugar contradictorio, entrañable y desolador a la vez. Entrañable por lo fácil que es imaginar a los peregrinos que hoy transitan el pueblo, cobijados del viento por la noche y de forma confortable en esas casas reconstruidas; desolador por esas montañas peladas, con escasos árboles ya —salvo algunos pinos repoblados—, pero llenos de retama, cantueso o tomillo, dispuesto a dormitar bajo las nieves que han empezado a caer.

Por el contrario, Santa Colomba de Somoza es el pueblo más señorial de la comarca. En cada esquina destila el poder económico de los maragatos, que se construyeron hermosas casas de piedra con buena sillería y, sobre todo, miradores acristalados que, para un lugar tan chico, en nada envidian a los de las villas del Cantábrico. Atravesado por el Turienzo, la parada para tomar un café al otro lado del río y tirar de móvil para la foto al pie de algunas de las esquinas, con el mirador pintado entre añil e índigo, es una delicia.

La villa está integrada desde hace poco tiempo en el Camino de Santiago, en la ruta del Camino Francés y los pueblos del norte, lo que ha ayudado a reconstruir las casas con cuidado para ser morada de peregrinos y turistas. Tiene verdaderos enamorados, que han llegado a escribir que es «el Biarritz» de la Maragatería. Una afirmación un tanto hiperbólica, que no le resta nada de encanto.

Los gatos, los otros peregrinos que aseguran la foto de éxito en Instagram. © Alfredo Cáliz.

Después de tres días en la Maragatería, la montaña sagrada sigue sin mostrarse en todo su esplendor. No es posible; los romanos se lo tomarían como un signo de Zeus y los católicos como un deseo de Dios. Pero ambos dioses exigen esfuerzo para la recompensa, así hay que seguir más arriba, a Lucillo y Filiel, donde, según Carmen, la hija del último maragato, la vista del Teleno es bien hermosa.

Lucillo es el pueblo de Manuel Rodríguez, que pasea por sus calles con las «madreñas»; o sea, *«sabots* de madera como los franceses, con las puntas vueltas hacía arriba y con la suela también de madera; así, entre torturas, caminan como pueden e incluso los jóvenes parecen agobiados y viejos», describió Ford. Pero Manuel no parece nada torturado sobre su calzado. Curioso: solo se lamenta de que la juventud ha dejado ahora estos pueblos, adonde han llegado extranjeros, ingleses, alemanes, «unas veces con unas mujeres, otras con otras», pero «ya no hay jóvenes que lo cuiden como antiguamente. Quedan pocas casas habitadas». Y lo dice con aire triste, porque él sí que le ha perdonado a la tierra su dureza.

Por fin, en la carretera de Lucillo a Filiel, ya bien cerca de las enaguas (más que faldas) del Teleno, la montaña concede sus sombras poderosas a través de las nieblas.

Pero esas ropas interiores del Teleno no sacian suficiente la ansiedad que nos han creado por el monte sagrado, así que la entrada a Santiago Millas es resignada. Este es, ante todo, el pueblo del

diputado Santiago Alonso Cordero, aquel que maniobró en las Cortes para retrasar la llegada del ferrocarril, «el caballo de hierro» que acabaría con el modo de vida de los arrieros —el historiador y catedrático Laureano Rubio ha contrastado tales maniobras en los archivos— y que es mencionado por Ford, como «Cordero, el rico diputado maragato, que se presentó en las Cortes con su traje regional»; es decir, con los zaragüellos, «iguales a los de los valencianos, palabra árabe con la que se menciona el tonelete o los calzoncillos anchos, y no se encontrará ningún burgomaestre de Rembrandt que esté más ampliamente cimentado», remata el británico.

En el pueblo, muy restaurado, queda la casa-palacio, edificada en el siglo XIX, a la que Cordero invitó a la reina Isabel, asegurándole que le forraría el suelo de onzas de oro. La reina, una cachonda como todo el mundo sabe, le reprochó que entonces todos le pisarían la cara, a lo que el maragato le respondió que lo forraría poniendo las monedas de canto. Isabel II nunca pasó por esta casa, aunque Cordero fue diputado a Cortes en veintiséis ocasiones. De las onzas de oro tampoco hay rastro.

* * *

La Reconquista, peregrinos, maragatos, romanos, Napoleón, un presidente de Estados Unidos, poetas y literatos, Gaudí… Todas estas huellas y un héroe de leyenda visten Astorga. Esta ciudad tiene muchos disfraces y con cualquiera de ellos está guapa. Y es que, en efecto, hay una Astorga romana *(Austurica Augusta)*, capital de las minas de oro que explotaron los emperadores y que ya alababa Plinio, *El Viejo;* una Astorga de leyenda, como la de la batalla de Clavijo, en la que incluso participó el apóstol Santiago; una Astorga de Napoleón, que pernoctó en la ciudad varias noches durante la ocupación francesa, y también está la Astorga del obispo Grau y del joven Gaudí, con su palacio episcopal; la Astorga de los Panero e incluso la Astorga de un presidente norteamericano, John Adams.

Pero, sobre todos esos trajes, en el imaginario de los astorganos planea el de un personaje misterioso, héroe vestido de maragato, que vigila sus sueños día y noche: Pedro Mato, el arriero encaramado al tejado de la catedral y a quien atribuyen presencia en casi todos los episodios históricos de esta villa, dos veces milenaria.

No se sabe a ciencia cierta quién fue este Pedro Mato ni cuánto tiempo lleva ahí arriba (la estatua original se llevó al Museo de Zamora a mitad de los años ochenta del siglo pasado), pero es un héroe popular. Unos defienden que luchó en la batalla de Clavijo al

lado del mismísimo apóstol Santiago, pero es que hay historiadores que cuestionan hasta la batalla misma; otros, los más, se apuntan a la leyenda del maragato que luchó contra los franceses ayudando a los resistentes y que fue muerto por los de Napoleón cuando le descubrieron; los hay que le vinculan con un Pedro Mato de Zamora, e incluso su nombre aparece en una herencia para sobrinos, hace siglos. Si atendemos a los datos, pocas de estas historias se sostienen, porque hay un cuadro en la catedral, de mitad del siglo XVII, en el que Pedro no aparece. Algunos defienden que Mato está encaramado sobre las tejas desde 1798, pero ¿por qué?

Da igual. Nadie ata la imaginación de ningún visitante y, menos aún, de ningún astorgano, que echa a volar en cuanto vislumbra a Pedro sobre el tejado. Es curioso que nuestros dos «curiosos impertinentes», Ford y Borrow, le dediquen unas palabras. Y todo viajero que pasa por este camino busca la esquina de la catedral donde está el maragato Mato.

Con Pedro localizado nada más entrar en la ciudad, cual Peter Pan sobre el reloj de Westminster, es fácil recorrer la capital de la Maragatería. Cada rincón es un trocito de historia y misterio. Porque en las esquinas uno puede toparse con cualquier peregrino que trae sus propios cuentos desde allende las fronteras. La ciudad es parada acogedora del Camino de Santiago. Los martes hay mercado y la Plaza del Reloj se viste con los puestos de ropas y hortalizas que resisten al invierno —repollos, escarola, lombarda, berza—, aunque se van los ojos tras los embutidos: las cecinas, los chorizos, el lomo, el tocino, la panceta… ¡Estamos en León!

Todo este lío de la plaza, con las voces de los vendedores, jubilados, estudiantes que salen a comer, amas de casa que ya han puesto el puchero y peregrinos que hacen un alto, es ambientado por los paseos de Juan Zancudo y Colasa, los dos maragatos del reloj del ayuntamiento, que mantienen un diálogo continuo con Pedro, a su espalda en la catedral. Los golpes que le dan al reloj la pareja maragata marcan la vida cotidiana, alimentada con el aire limpio y a veces cortante que llega desde el monte Teleno, azul y alegre en los días despejados, amenazante cuando el viento sopla a través de las grises nubes que lo cubren durante el invierno.

Juan Zancuda o Colasa están a pocos pasos de su paisano Mato y, si cobraran por cada sonrisa que provocan en peregrinos, visitantes o niños, hace tiempo que serían millonarios. «¿Véis a Colasa y a Juan? Desviad un poco la vista, hacia el escudo. Le falta del centro la torre que representaba a los marqueses de Astorga. Los franceses obligaron a borrarla o a quitar el escudo. La opción menos mala era borrarlo».

Emilia Villanueva llegó a Astorga desde Oviedo para una temporadita y lleva décadas enganchada a este cruce de caminos, a treinta y siete kilómetros de la capital del antiguo Reino de León.

Villanueva, alma del ayuntamiento astorgano en cuestiones de cultura, se esponja con el relato de las hazañas de la tierra, de las culturas milenarias o del último logro: la placa puesta en el consistorio en recuerdo de la visita de John Adams, el segundo presidente de Estados Unidos y vicepresidente de Washington, que durmió en la ciudad en enero de 1780. A Adams le llamó la atención el mercado y la belleza del lugar, y lo escribió, recuerda Emilia ante la recién estrenada placa. «Astorga esta mencionada en el Arco del Triunfo de París como uno de los éxitos de Napoleón, pero el general Santocildes se rindió con honra, por eso aquí se le respeta», explica mientras sube hacia el despacho del alcalde y la sala de reuniones para mostrar al visitante la riqueza arquitectónica del ayuntamiento y el estandarte de la batalla de Clavijo, verdadera reliquia que se venera en la ciudad con amor patrio. Durante años, los hilos fueron cortados para regalar trozos a las gentes ilustres.

No da tiempo para comentar a Emilia que también otro noble, Richard Ford, dedica alguna mención a Santocildes y habla de él como un valiente, algo increíble en el británico, que se pasa los tres años en España contrastando el desbarajuste y la falta de estrategia de los españoles frente a los franceses, a los que en cuanto puede atribuye los errores del general Moore. Y, desde luego, no tuvieron nada que ver con los exitazos de su héroe, el duque de Wellington. Por eso merece la pena reparar en el astorgano: «En el mes de febrero de 1810 y encontrándose Astorga prácticamente desguarnecida, fue atacada por el ejército francés al mando del general Loisan. El ataque fue rechazado valientemente por José María de Santocildes, apenas apoyado por un pequeño grupo de soldados novatos. El 21 de marzo, el mariscal Junot, que había llegado a las puertas de la ciudad, amenaza con pasar por las armas a todos sus habitantes y, a despecho de los consejos de sus asesores militares, trata precipitadamente de tomar la ciudad, pero no lo consigue. Santocildes, abandonado por el cobarde Malny, que hubiera debido venir en su ayuda, y agotada la escasa munición de que disponía se rindió el día 22 de abril, tras una heroica defensa comparable a las de Gerona y Ciudad Rodrigo». Todo el mundo en Astorga sabe que los franceses destruyeron el «precioso palacio de los marqueses de Astorga», cuyos torreones forman parte ahora del ayuntamiento.

¿Y qué se le perdió aquí a Gaudí? Los maragatos del ayuntamiento compiten en atenciones con el palacio episcopal. ¿Qué

hace un palacio de un obispo levantado por el artista catalán en el centro de la meseta castellana? La respuesta está en Juan Bautista Grau y Vallespín, 128.º obispo de Astorga, «fiel al gobierno de la nación», recogen los escritos del palacio. El 27 de diciembre de 1886 se incendió el afamado lugar y en febrero de 1887 Grau comunicó al pueblo de Astorga que había recibido permiso para rehacerlo. El obispo llevaba muy poco tiempo ejerciendo en el lugar cuando se quemó el obispado —donde Napoleón había dormido durante la ocupación francesa — y se apresuró a reconstruirlo.

Su Ilustrísima y Gaudí eran de Reus, y para quienes no lo recuerden, el arquitecto era muy católico. Aunque Grau no vio la obra acabada —murió de una gangrena— y Gaudí tuvo que abandonar el proyecto por falta de apoyos, allí ha quedado plantado el obispado-palacio de un artista que por entonces tenía treinta y cinco años. Recorrer el lugar tras un grupo de catalanes de Reus, encantados y «disfrutones» por lo que son capaces de hacer los de su tierra, tiene su aquel, tanto como observar la magnificencia del comedor y la sala de reuniones diseñada para el ocupante y sus visitas.

La magia del contraste de estilos embruja al visitante nada más entrar en la ciudad. © Alfredo Cáliz.

Para el común de los andarines, desde fuera, el palacio transmite sensación de pieza para Disney World en París o de castillo de Herodes en un belén. Los jardines y la muralla son de obligada visita.

En el interior, el recuerdo de la mezquita de Córdoba en las pinturas de los arcos de Gaudí se cruza con el estilo orgánico y natural. Las hojas y las flores en cerámica, características del artista —en honor de san Efrén, el primer obispo de la diócesis—, los volúmenes y la naturaleza avanzan al hombre que fue capaz de concebir este espléndido edifico después de la Sagrada Familia.

Al lado de la obra de Gaudí, la catedral resiste el envite de la modernidad desde hace siglos. El misterio de Pedro Mato sobre el tejado engancha al visitante, que poco a poco entra en un lugar enorme, como se asombró el escritor Cees Nooteboom: «Un monolito que ha caído en un lugar demasiado pequeño por una fuerza cuya envergadura ya no entendemos», escribió en 1986.

Está diseñada para pasar primero por el museo —merece la pena pararse en las imágenes románicas de las Vírgenes, aunque algunas estén muy restauradas— y debe visitarse sabiendo que presume de ser «la catedral gótica que es el único referente alemán en la península Ibérica», dice la audioguía. Pero es un gótico tardío, que mezcla después renacimiento y barroco e incluso neoclasicismo.

Lo mejor es no perderse el retablo mayor, obra de Gaspar Becerra, «famoso y conocido en toda España. Este retablo, cuyas numerosas figuras y caprichosos adornos desafían cualquier descripción, es la obra maestra del gran escultor español, discípulo, como Berruguete, de Miguel Ángel. Se dijo que el cabildo de la catedral quedó tan contento del trabajo de Becerra que le dio para *guantes* tres mil ducados más del precio convenido, lo que formó un total de treinta mil ducados, suma muy considerable en aquella época (1569)», escribió el barón Davillier. No es por corregir al barón, pero Becerra no trabajó ni fue discípulo del gran Miguel Ángel. Sí que fue influido, citan los expertos en arte, por el círculo y otros discípulos del autor de la Sixtina.

Un banco pegado al lugar es buen sitio para detenerse unos minutos en la reflexión de Nooteboom. El neerlandés se quedó colgado del coro de la catedral de una forma un tanto peculiar. Este de Astorga, como tantos otros de muchas catedrales, se convierte «en una iglesia dentro de una iglesia que excluye a los auténticos fieles. La distancia entre esta construcción triunfal y la sencillez de las iglesias románicas no puede ser mayor. Es el lugar del clero como institución, como poder, recogido en su base, inaccesible: los propietarios de Dios […] lo único que me llama la atención es algo que no representa nada, las muy extrañas geometrías en las bases de las columnas, nunca vistas en ningún lugar. […] Los hombres con sus alzacuellos morados se parecen a los que Buñuel y Fellini nos entregaron, pintorescos,

bondadosos o maliciosos, pero parte de una prehistoria irrevocable». Y ahí sigue la catedral y los hombres de los alzacuellos, desde que el escritor holandés los visitara. Solo llevábamos once años de democracia.

Después de Pedro Mato, Gaudí y la catedral, uno puede optar por seguir con el grueso del recorrido turístico clásico, como la visita al Museo Romano (interesante) o la Casa Museo de los Panero, un lugar que por sí solo justifica la visita a Astorga. La casa de Leopoldo Panero —el escritor y poeta oscurecido por sus hijos y la película de Jaime Chávarri, para muchos de forma injusta— se ha convertido en un centro literario y de cinéfilos que intenta mantenerse activo.

La otra forma de rematar la jornada es el paseo por las calles de la villa en busca de los chocolates Santocildes, que deben de ser parientes directos del militar que reina en la plaza. O la búsqueda de las mantas o chales de la otra Maragatería, la de Val de San Lorenzo. Arrebujarse por la noche, delante de la chimenea de la casa rural, con el chal enorme —casi manta de lana— echado sobre los hombros, con un buen vino y un buen libro, casi hace que una se sienta como una viajera guiri de hace un siglo.

8

Tras las huellas de *Por quién doblan las campanas*. Con Hemingway y Henry Buckley por la Sierra de Guadarrama

No necesita presentación. Ernest Hemingway es un personaje ilustre por encima de la definición de escritor y ganador del Premio Nobel; un broncas, borracho, mujeriego y amante de los toros, quizá el escritor extranjero más popular de España por haber promocionado los Sanfermines por el mundo entero. Uno puede no haber leído nunca al norteamericano y reconocer perfectamente su figura, su barba blanca, su cabeza canosa de dios del mar, pañuelo rojo al cuello y una bota de tinto entre las manos, en Pamplona o detrás de algún burladero de una plaza de toros.

Desde la perspectiva de la primera mitad del siglo XXI, lo tiene todo. Un machista que hoy sacaría de quicio a nuestros movimientos feministas —en *Por quién doblan las campanas*, a María, la española de la que se enamora, la llama «conejito» con toda ternura—, egoísta, violento, generoso, amigo de sus amigos, aventurero, ambicioso…, amante de España y de la Segunda República, aunque nada le impidió que, una vez derrotados los partidarios de la democracia y con el dictador en el poder, volviera cada verano a Pamplona, a correr en San Fermín y a buscar material para sus obras. En resumen, un genio canalla del siglo XX que a veces está más de moda que otras. Todo un personaje.

Este tipo originario de una ciudad cercana a Chicago (Oak Park), hijo de un médico rural, que desde muy joven amó más el deporte violento, como el boxeo, que los estudios y que a los diecisiete años ya ejercía de periodista, tuvo el suficiente valor y olfato como para largarse a Europa en la Primera Guerra Mundial, donde comenzó a trabajar como conductor de ambulancias en Italia. Se quedó enganchado al viejo continente, tanto como para trasladarse a París y, en lo mejor de la década de los años veinte, lograr que la papisa de los norteamericanos en París, Gertrude Stein, le tomara bajo sus alas.

En la capital francesa, alrededor de la casa de Stein y de su secretaria y compañera, Alice B. Toklas, el gigantón de Chicago se trató con James Joyce, John Dos Passos, Ezra Pound, Malcolm Cowley, Archibald MacLeish, Scott Fitzgerald, Ford Madox Ford,

William Carlos Williams, una parte de la «generación perdida» de escritores norteamericanos, muchos de los cuales le miraban por encima del hombro, considerándole un bruto de las letras. También trató con los pintores españoles Pablo Picasso y Joan Miró, con los que compartía la pasión por los toros. En 1926 publicó *Fiesta*, su primera novela de renombre alrededor del mundo del toreo.

Una tarde de 1944, tras pasar por Shakespeare & Company, la librería de Silvia Beach, amiga de Hemingway y lugar de encuentro de los norteamericanos y extranjeros con aspiraciones artísticas que iban a París, Ernest y María (quizá la que sería su cuarta esposa, Mary Welsh, pues ya estaba a punto de divorciarse de la gran corresponsal Martha Gellhorn) decidieron visitar a Picasso en su estudio. Del encuentro entre ambos aquel día quedaron huellas en diferentes textos, alguno de Françoise Gilot, la «chica» del momento del pintor malagueño. Gilot, pintora, madre de Paloma Picasso y de su hermano Claude, fue la única mujer que se atrevió a huir del genio malagueño.

Los ecos de aquellos tiempos dejaron un rastro de ingenio, glamur, derroche de personajes de una inteligencia y creatividad que solo confluyen en determinados momentos de la Historia. Lo hicieron en el corazón de Europa —principalmente en París—, en una situación en la que el mundo caminaba hacia el abismo. Desde la Alemania de la República de Weimar, con todos sus grandes pensadores y escritores, al París y el Londres de los años veinte, los genios observaban fascinados lo que estaba ocurriendo, capaces de predecir el desastre que se avecinaba, pero no su magnitud. Aquel aroma a peligro se expandía entre los norteamericanos desencantados que vagaban por el viejo continente en busca de las vanguardias, del arte y de la creación. En 1936, la mayoría apostó por la República española contra los militares rebeldes sublevados, conscientes de que la Guerra Civil era la primera escena de la catástrofe que luego fue la Segunda Guerra Mundial. Hemingway y Picasso crearon sendas obras que forman parte de la historia de la Guerra Civil: la novela *Por quién doblan las campanas* y el cuadro que se convirtió en símbolo de la brutalidad franquista y nazi, el *Guernica*, aunque ninguna de las dos sean lo mejor de sus autores.

Aquellos tiempos aún hoy destilan una atracción irresistible, y los escritores y corresponsales que nos visitaron, junto con los brigadistas internacionales, dejaron textos tan maravillosos como duros, pero con una mirada mucho más amable y llena de admiración por el intento de los españoles de alcanzar una auténtica democracia tras la caída de Alfonso XIII. Una mirada bien distinta sobre el atraso de nuestro país… Para la lectura de hoy, resulta menos hiriente la crónica de los

escritores y periodistas que cubrieron la dureza y brutalidad de la Guerra Civil, con toda su crueldad, que el sutil desprecio y la cariñosa altanería con los que nos retrataban la mayoría de los viajeros románticos, reduciéndonos al folclore, los toros, la búsqueda intensa de los tópicos, con unas gentes buenas pero cazurras, amantes de los monarcas absolutos, de los dictadores y de la todopoderosa Iglesia católica.

Ernest Hemingway es uno de esos escritores que amó España, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, la de los valores de la República y la revolución, y también la España de los toreros y los toros, del baile, del flamenco y de la juerga, quizá porque el país era un trasunto de sus lados negro y blanco. Y su amor duró hasta que la muerte le separó de la Península, porque el escritor volvió a España una vez que comprobó que el régimen de Franco no tomaba medidas contra él. En 1959, cuando ya era un Nobel en toda regla, regresó a Málaga para realizar un reportaje para la revista *Life* sobre la rivalidad de Luis Miguel Dominguín y Antonio Ordóñez.

Viajó tras los toreros durante el verano y el reportaje acabó en un libro, *Un verano peligroso*. Menos de dos años después, en 1961, se suicidó. La pasión por San Fermín, los toros, el duelo entre Dominguín y Ordóñez, a la caza de materia prima para su obra, estuvieron por encima de la derrota de la República. Cuarenta años de dictadura eran demasiados para esperar. A fin de cuentas, ya esperó más de veinte.

Que en la España cruel, triste y gris de la posguerra el bravucón norteamericano apareciera cada 7 de julio por las calles de Pamplona daba un toque extranjero al momento, tapaba la caspa nacional. La fama de *Fiesta* le precedía, aunque a ratos gozó de la antipatía del régimen, que intentó retocar la traducción de *Por quién doblan las campanas*. Pero su figura era demasiado poderosa e incluso popular entre los españoles de aquellas generaciones. Quedó implantado en el imaginario colectivo aun entre gentes que no son precisamente amantes de la lectura.

A pesar de la desmitificación del personaje, Hemingway forma parte de un momento, de una historia. Él vivió y retrató a las Brigadas Internacionales y creó una novela sobre la Guerra Civil, quizá la más famosa. Su protagonista es Robert Jordan, trasunto del mítico comandante Robert Merriman, un arquetipo del héroe para miles de jóvenes que vinieron a luchar por la República, conscientes de los totalitarismos que avanzaban por Europa.

Bob Merriman, cuya figura ha sido tratada y estudiada con mimo en los últimos tiempos por Adam Hochschild, autor de *España en el corazón* y varios libros sobre la Brigada Lincoln, lo tenía todo para ser

elegido como Robert Jordan en la novela. Solo que Merriman tenía a su lado a su mujer, Mary, que vino a España con él desde Moscú, e incluso trabajó para los brigadistas norteamericanos en tareas de oficina. Merriman, además, no defraudó al escritor y murió —quizá fusilado— tras ser capturado en la batalla del Ebro.

Por quién doblan las campanas fue un *best seller* cuando se publicó en 1940. Y luego llegó la película, en 1943, dos años después de aparecer la novela, en plena Segunda Guerra Mundial y con millones de muertos en los campos europeos.

Señoras y señores, con ustedes Ingrid Bergman y Gary Cooper, como María y Bob Jordan. ¿Cómo no iban a triunfar, cuando ya olía a guerra en todo Estados Unidos, aunque Bergman fuera rubia y alta, nada que ver con la castaña-dorada María? Bajo la dirección de Sam Wood, la película fue candidata a varios Premios Oscar y un éxito en las salas. La griega Katina Paxinou, como Pilar, ganó la estatuilla a la mejor actriz de reparto, siendo la primera extranjera que lo lograba. Una actriz inmensa, precursora de Melina Mercouri y de Irene Papas… Solo una parte de los intentos de los diplomáticos españoles en Estados Unidos por influir y modificar los diálogos del guion tuvieron éxito.

Con estos antecedentes, ¿quién se resiste a marcar huella sobre las botas de Hemingway-Jordan-Merriman y María-Bergman pateando por la Sierra de Guadarrama de Madrid tras los pasos de las gentes de su novela? A veces, la casualidad ayuda al viajero. Hemingway hizo amigos durante la guerra. Muchos. Los primeros, sus compañeros de profesión, los corresponsales de los medios internacionales que cubrieron la Guerra Civil. Entre ellos se encontraba Henry Buckley, autor de uno de los mejores libros sobre la República y la Guerra Civil, *Vida y muerte de la República española*. Por casualidad, este libro ya estaba en la mochila, con la intención de revisar los textos que el corresponsal británico escribió sobre el valle del Lozoya y otros pueblos que recorrió en una memorable jornada, acompañando al líder de la UGT, Largo Caballero, en 1936.

Gary Cooper e Ingrid Bergman, los dos protagonistas de la versión cinematográfica. © Paramount Pictures/ Album.

En esas estaban los planes, buscando las huellas primero de Ernest Hemingway por los pinares de Valsaín, donde el norteamericano sitúa los escenarios de *Por quién doblan las campanas*, y preparando el regreso por las orillas del río Lozoya, cuando, curioseando en Internet, una tarde apareció en la pantalla el nombre de un tal Ramón Buckley que hace rutas por los escenarios de la novela de Hemingway. ¡Bingo! O era mucha casualidad o este Ramón Buckley tenía algo que ver con el corresponsal, amigo de Hemingway. Y sí, es su hijo.

* * *

Es un lujo de mañana. En la terraza de la Venta Arias, en el Puerto de Navacerrada, hay que limpiar las sillas de las gotas de lluvia que ha dejado la madrugada. El aire tempranero es limpio y la luz tan transparente que el valle que se extiende al fondo, hacia Valsaín y La Granja, parece envuelto en fino cristal. Los rayos del sol coquetean con las nubes blancas, esponjosas, tan hermosas que resultan un punto irreales e irritantes, como si se hubieran encargado como adorno para la foto.

Los ocres, amarillos y verdes del otoño están lejos de los verdes de mayo que Ernest Hemingway describió en *Por quién doblan las campanas*, pero los picos de Guadarrama que alcanza la mirada y la tierra y la roca que pisan los caminantes son los mismos que recorrió Hemingway y que patearon sus personajes: María, Robert Jordan,

Pilar y Anselmo.

Mirando hacia la pequeña estación de esquí de Navacerrada y de espaldas al valle se encuentra Ramón Buckley. Podría ser un guiri, uno de esos extranjeros de aire «hemingwayano» que cada 7 de julio corren en Pamplona ante los toros emulando al escritor. Pero este habla un español perfecto, pese a que su melena mediada y canosa y sus pillos ojos azules llamen a la confusión. La explicación es fácil: Buckley es británico y español, hijo de Henry Buckley, el colega y amigo de Hemingway desde finales de los años veinte del siglo pasado, compañero en la Guerra Civil y autor del libro ya citado sobre la desdicha de la República y la democracia. Su madre, María Planas —el mismo nombre que la protagonista—, era catalana.

Ramón, profesor jubilado de Literatura española en varias universidades de Estados Unidos, recuerda la figura de Hemingway en su infancia, cuando su padre ya había regresado de la Segunda Guerra Mundial y era el jefe de Reuters en España. Hace unos pocos inviernos que dedica su tiempo «al turismo literario, en este caso a resucitar una novela. Mi padre conoció a mi madre ya casi al final de la guerra, durante la batalla del Ebro, en la primavera de 1938. En febrero de 1939 cruzaron la frontera por el paso de la Junquera, con otros muchos refugiados. De alguna manera, la historia de la novela me recuerda un poco a mis padres. No digo que se inspirara en ellos, aunque los conocía, sino que a mí me interesan esas similitudes. Es una historia que solo puede darse en las circunstancias que depara una guerra».

Hemingway y Henry Buckley asomándose al Ebro. © Ramón Buckley.

En su relato de introducción a la ruta, Buckley no incluye una de las razones por las que su padre, uno de los más curtidos corresponsales de la guerra española junto a Herbert Matthews y Jay Allen —con Hemingway, eran de los pocos que conocían España años antes de 1936—, sentía una enorme simpatía por el grandullón norteamericano, que seguramente les salvó la vida una noche de 1938, cruzando el Ebro. «Queríamos entrevistar a Enrique Líster —escribe Henry Buckley en su libro—, que con su división ocupaba posiciones al otro lado del río. Subimos a una barca cuatro corresponsales de prensa, Vincent Sheean, Herbert Matthews, Ernest Hemingway y yo. En plena travesía nos dimos cuenta de que la corriente arrastraba nuestra barca hacia los restos de un puente que había sido destruido por la aviación nacional, con riesgo de naufragar entre aquellos cascotes. Añádase a esto los aparatos nacionales, que hacían rápidas pasadas sobre nuestras cabezas, y se comprenderá que nuestra posición no era cómoda. El soldado que remaba no parecía tener mucha idea de lo que estaba haciendo, así que Hemingway lo apartó de un manotazo, se sentó en su lugar, empuñó los remos y comenzó a remar con furia hasta que llegamos a la otra orilla. Así era el escritor norteamericano: ponía el corazón en todo lo que hacía, lo mismo si se trataba de enseñar a unos milicianos a emplazar una pieza de artillería que de sacar de un apuro a un grupo de incautos colegas».

Buckley terminó de escribir el libro en diciembre de 1939, cuando la Segunda Guerra Mundial llamaba a las puertas de Europa, tras el aperitivo que supusieron los sucesos de España. Y sí, el Nobel era nobleza y corazón en el fragor. Aventurero de la vida con tal de encontrar material con el que crear sus historias, pero nunca mero espectador.

«Hemingway vino a España con la idea de escribir una gran novela con la que ganaría el Nobel. Ya era muy conocido cuando llegó. Contaba mi padre que cobraba diez veces más que los demás corresponsales; en su cuarto siempre había tabaco y whisky para todos. Gracias a su popularidad, sus crónicas se leían por todo Estados Unidos, trabajaba para un grupo de diarios. Escribió la novela dos años después de que acabara la guerra, y cuando se publicó, tuvo un tremendo éxito», relata Ramón.

Acaban de abrir la Venta Arias y, mientras se calienta la cafetera, la edición de Austral del libro de Henry Buckley sale de la bolsa, subrayada por otra de las anécdotas entre el corresponsal y el escritor. «Al primero que encontré cuando llegué al frente de Teruel fue a Ernest Hemingway, que se alegró enormemente de verme, sobre todo cuando comprobó que le llevaba dos botellas de whisky. Le encontré como le había visto en tantas ocasiones: estaba ayudando a un grupo de milicianos a situar en posición un cañón del setenta y cinco, que se empleaba para asaltos a corta distancia. Para Hemingway la guerra era eso: implicarse en cuanto discurría a su alrededor, ayudar a los soldados novatos a cargar y descargar sus armas, hablar con todo el mundo, a veces también a pelearse con todos… Pienso que se le daba mejor la novela o el cuento que la crónica periodística, entre otras cosas porque era un perfeccionista y corregía docenas de veces todo lo que escribía. Su técnica no se adaptaba a las inevitables prisas de un corresponsal de guerra».

Los cafés con leche ya están en la mesa y los mochileros y grupos de senderistas que se han bajado de un autobús para empezar la ruta y subir hasta la laguna de Peñalara y la de los Pájaros miran con cierto asombro al trío de la mesa, que a esas horas de la mañana tienen abiertos un par de libros. Hay gente para todo, parecen comentar cuando se acercan a la barra, aunque a algunos lo que más les interesa es la bolsa con las máquinas de fotos de Sofía Moro, y a otros, Elfi, el golden retriever de Ramón que acompañará la aventura toda la mañana.

* * *

Ochenta años después de que Hemingway y Buckley estuvieran

por estos lugares bajo el ruido de las ametralladoras, «estamos aquí, en este punto sobre el Puerto de Navacerrada, donde Robert Jordan y Anselmo, su viejo y ágil guía, se encuentran. Era uno de los límites del frente entre republicanos y nacionales, para entrar en la tierra de nadie. Navacerrada era tierra republicana y Valsaín y La Granja, tierra nacional», explica Ramón, de vuelta a la terraza de Arias, señalando al valle y al chalé del Club Alpino, hoy abandonado.

Con una última mirada hacia esas tierras del otro lado del frente comienza la bajada al puente sobre el río Eresma, el objetivo central del protagonista de la novela. Hay que volarlo para recuperar Segovia de los fascistas. Robert Jordan camina cargado con dos alforjas llenas de dinamita tras Anselmo para encontrarse con los guerrilleros que le deben ayudar a dinamitar el objetivo, que se presenta como crucial. Acaba de empezar la contienda y las fuerzas de la República aún tienen las esperanzas casi intactas.

El Puente de la Cantina es el único sobre el río Eresma que resultaba estratégico para conquistar Segovia. Había que volarlo. Aunque solo fuera por el nombre, seguro que mereció la aprobación del escritor. Ya hemos visto que nada había que le apasionara más que el alcohol, las mujeres y la aventura. Para ser octubre, el río no baja mal de agua gracias a las lluvias de los últimos días, pero nada que ver con el caudal de aquel mayo de hace ocho décadas, bajo una nevada, algo que Ramón disculpa como no tan raro en estas sierras. Y es verdad.

El Puente de la Cantina sobre el Eresma que inspiró a Ernest Hemingway. © Sofía Moro.

Para Ramón Buckley, que marcha con Elfi, una de las cosas más interesantes de esta persecución de las huellas de la novela por las montañas de Guadarrama es el enorme interés que muestran los hijos y los nietos de los combatientes en la guerra que se apuntan al recorrido: «El recuerdo de las batallas de los abuelos en los nietos ha dejado más huella. Este puente no es de hierro, es de granito. Creemos que el que describe Hemingway, de hierro y madera, está sobre el

Jarama, una batalla que cubrió con mi padre. Ha trasladado aquel puente aquí porque lo suyo es una novela y le venía bien para la acción, para que Jordan se cuelgue bajo la estructura y coloque la dinamita».

Hay una buena altura desde las dos orillas hasta el agua, flanqueadas por rocas. El puente está relativamente nuevo y cuidado. Camino del puerto, por donde acabamos de bajar, hemos dejado una casa abandonada que podía ser de los peones camineros durante la dictadura, y también la de los rebeldes que guardaban el puente y que el gitano Rafael vigilaba, observando la actividad de los soldados en una noche de nevada y bajo cero. Es ahí, al pie del puente, donde el profesor de Literatura española, un experto en Miguel Delibes, saca la novela manoseada y de la que asoman diversos *post-it* para leer uno de los párrafos clave, cuando el general soviético Golz le explica a Jordan la importancia estratégica de volar el puente en el momento exacto:

> —¿Y cómo sabré que el ataque ha comenzado? [pregunta Jordan].
>
> —Se llevará a cabo por una división completa. Habrá un bombardeo aéreo preliminar. Me imagino que no estás sordo, ¿verdad?
>
> —Entonces, cuando los aviones descarguen, ¿sabré que el ataque ha comenzado?

A Jordan no le gusta nada el sistema y así se lo dice a Golz. Tendrá que estar atento al ruido de las bombas para saber cuándo volar el puente; quienes escuchan a Buckley leer deben estar atentos también a las emociones de su voz, que a veces oculta el ruido del río, más bien arroyo por el caudal.

A la derecha del Eresma hacia el puerto se entra en la pista que lleva a la Boca del Asno, por donde los caballos de Pablo y El Sordo se mueven en el texto. El recorrido a Valsaín y La Granja se pierde en los escenarios de la novela, pendientes de la información que El Sordo, otro de los guerrilleros, trae de las líneas del enemigo. Hoy, Buckley aparca el camino para tomar otra senda más larga, hacia la cueva de Pilar. Arriba y abajo, los arroyos y el manto de agujas de pino que cubren la pista y las trochas no hacen sino evocar los paisajes del libro, las noches en vela al otro lado del río, vigilando a quienes sí que podían fumar, entrar a calentarse y charlar con el de dentro de la caseta sin temor, mientras los espías soportaban el exterior penosamente, pasmados bajo el frío.

Hay un momento en el que parecen oírse las herraduras de los caballos chocando con alguna roca, pero solo son las ruedas de un ciclista que baja a toda pastilla. Pese a las interrupciones de los móviles disparando fotos a los lugares emblemáticos, los ciclistas o los

buscadores de setas, la luz que rebota sobre el brillo de las hojas húmedas de los acebos, repletos de bolas que en breve serán rojas, y el sonido de la brisa entre los pinos, ayudan a evocar los pasos de aquellos hombres y mujeres, sigilosos, con ropas que no llegaban a uniformes militares —pantalones de pana, camisetas de franela, jerséis de lana tejidos por las madres y las abuelas o robados a algún muerto, más chaqueta de pana parda— y botas ajadas, deslizándose por su territorio, tierra de nadie entre dos bandos.

Hoy las laderas del pinar de Valsaín —sus árboles ofrecen un tipo de madera famosa por su calidad— tienen otros habitantes. Pasada la media mañana, ni los corzos ni los jabalíes van a hacer su aparición, pero sí amantes de la sierra ya entrados en años y jubilados que se pueden permitir el lujo de huir de la compañía excesiva en los fines de semana. A pie de las pistas y los cerramientos, los forestales han puesto unos carteles de vanguardia: «ACOTADO DE SETAS». Y es que hace ya dos años que estos montes, en una decisión precursora, se han declarado territorio micológico protegido.

Buckley charla de su trabajo mientras avanza sobre el camino cubierto de agujas de pino y zarzas que hace meses perdieron las moras, como hacía Jordan. Su personaje preferido en la novela es Pilar, la mujer de Pablo, la medio gitana vieja —¿qué era ser vieja en ese tiempo, cincuenta años, setenta años?—, fea y valiente, bregada en todas las batallas, que se atreve a contradecir al bruto anarquista que es su marido, quien no quiere participar en la voladura del puente. «El puente es la República», dice Pilar, desafiando a su marido.

«¿Quién puede concebir un personaje así, con esa fuerza? Quizá Hemingway pensaba que Pilar tenía una fuerza parecida a la de la Pasionaria, sí, quizá sí. Mi padre no era comunista y siempre quedó fascinado por la personalidad de Dolores Ibárruri. Incluso ya en los años sesenta [su padre murió en 1972] llegamos a pensar en ir a verla a Moscú», explica el hijo del mítico corresponsal mientras vigila al golden retriever, que empieza a disminuir la marcha, cansado por el esfuerzo de la subida hacia la guarida y el campamento donde Pilar era la coronela por encima del bruto de Pablo, ya perdido para la causa.

Que la Pasionaria despertó la admiración de la mayoría de estos corresponsales de guerra y de los escritores que pasaron por España durante los tres años de contienda es un hecho. El mismo Henry Buckley, católico practicante, en el otro libro que llevamos en la mochila esta mañana, escribe sobre la Pasionaria y los comunistas: «Su líder más carismático era sin duda Dolores Ibárruri. Yo había oído a Dolores pronunciar discursos y responder a interpelaciones en las

Cortes españolas y me había sorprendido la fuerza de su carácter y su voz. Yo estaba allí en la última sesión de las Cortes cuando contestó al famoso discurso de Calvo Sotelo en el que este se declaraba "fascista" con aquella atronadora amenaza: "¡Usted no volverá a hablar en esta casa!". Naturalmente, aquello no pasaba de ser parte de la retórica de Dolores y nada tuvo que ver con el asesinato de Calvo Sotelo pocos días después. No fue este un asesinato "político" —en el sentido de la premeditación—, sino puramente nacional, dictado por las ansias de venganza de los compañeros del teniente Castillo».

Qué viejos quedan aquellos ecos y qué extraños e incluso cercanos cuando esta misma mañana la radio del coche y las noticias hablan de crisis, fronteras de Europa, desigualdades, ricos y pobres, desdichados emigrando por la tierra para comer y escapar de hambrunas… A veces ochenta o noventa años no son nada. No hay que escuchar o componer un tango para saberlo.

Menos mal que la cuesta tendida que hace frenar el paso a Ramón y a Elfi, con la lengua fuera, nos devuelve a la realidad del día. Por fin, a la vuelta de una curva y cuando ya se vuelve a divisar Valsaín y La Granja al fondo, en un raso aparece la cueva de Pilar. «Efectivamente, ahí estaba, y, como campamento, parecía bueno. No se hacía visible hasta llegar a él. Jordan se dio cuenta de que resultaría imposible verlo desde un avión; nada delataba su presencia desde el aire. Estaba tan bien oculto como la guarida de un oso […]. Había una gran cueva y, junto a su entrada, se encontraba sentado un hombre, con la espalda apoyada en ella, las piernas extendidas sobre el suelo y la carabina reclinada en la piedra», describe Hemingway en la novela.

Ramón Buckley lanza un suspiro de alivio en el lugar. La caminata ha sido importante, más larga de lo habitual para hacer el camino que recorrían con los caballos. «La cueva de Pilar es la Cueva del Monje, como se conoce a este lugar. A esa conclusión hemos llegado un amigo y yo, él también profesor universitario, después de muchos años investigando. Yo he visto la habitación de Hemingway, cubierta de mapas, mientras escribía su novela. Mapas militares que le ayudaban a calcular las distancias. Él vio el nombre de la Cueva del Monje señalado en el mapa y decidió utilizarla como escenario. Le encajaba en las distancias hasta el puente. También creemos que nunca la visitó, simplemente la imaginó», explica el hispanista, sentado ante la cueva, tras tomar el piscolabis que llevaba en la mochila y que comparte con Elfi.

Desde los troncos de pino que hay frente a la cueva, como dispuestos para escuchar a Ramón, es muy fácil imaginar el momento

de la aparición de María ante El Inglés, el nombre con el que conocía a Robert la partida de guerrilleros que le esperaban —a él y a la dinamita que llevaba para volar el puente—. María surge a las espaldas de Ramón Buckley hoy con la paellera con arroz entre las manos y Jordan la ve: «Sus dientes relucían blancos en la cara morena, y su piel, así como los ojos, eran del mismo color moreno. De pómulos salientes, ojos vivos y una boca firme de labios llenos, llevaba el cabello, del color de las mieses doradas al sol, tan corto que no resultaba mucho más largo que el pelo de la piel de un castor. Ella le sonrió a Jordan y, levantando su mano, se la pasó por la cabeza, acomodándose el cabello, que se volvía a levantar cuando le quitaba la mano de encima. "Tiene una cara muy hermosa —pensó Jordán—. Sería preciosa si no le hubieran rapado la cabeza de ese modo"».

En torno a esta cueva transcurre el grueso de la novela. A veces dentro, en un clima asfixiante, a veces fuera, pese al frío de la nieve. Aquí discuten con Pablo, el marido de Pilar desencantado de la República y a punto de ser traidor; aquí la gran Pilar muestra sus arrestos y su fuerza. Aquí lee en la mano de Jordan el tiempo que le queda de vida; aquí le empuja a los brazos de María; aquí, sentado a la puerta de la cueva, a la vista de sus espectadores de esta mañana de otoño, Ramón Buckley, un fruto de aquella Guerra Civil, se dispone a leer la exaltación a la vida que es el acto de amor entre el norteamericano y la joven María, rapada y violada por los nacionales porque su padre era rojo.

> Y hubo entonces el olor de los brezos aplastados y la aspereza de los tallos quebrados bajo la cabeza de María, y la luz de sol en sus ojos entrecerrados. Toda su vida recordaría él la curva de su cuello, con la cabeza hundida entre las flores, y sus labios que se movían apenas y el temblor de sus pestañas, con los ojos cerrados al sol y al mundo. Y para ella todo estaba coloreado de rojo, de naranja y de oro, por el sol que le daba de lleno en los ojos. Y todo, la plenitud, la posesión, la entrega, estaba teñido de ese color, con una intensidad cegadora. Para él resultaba como un sendero oscuro que no conducía a ninguna parte, aunque anduviera y anduviera, pesaroso, con los codos hundidos en la tierra, sin luz, ni destino, ni fin, suspendido en el tiempo, dirigido hacia la nada ignota, ahora y siempre sin meta y sin fin, para no volver a ser conducido por él nunca más, para no poder volver a ascender más allá. El tiempo y el espacio se habían detenido para ambos, y la tierra pareció huir y alejarse de ellos.

Ramón Buckley ante la cueva de la famosa novela del Premio Nobel. © Sofía Moro.

Toda una descripción del acto sexual repleto de amor, miedo, desesperación, al límite. Cuando el profesor Buckley termina el párrafo, un silencio se extiende a las puertas de la cueva. Ni un pájaro canta ni el viento se atreve con el más leve movimiento de ramas. Queda claro que el hijo del corresponsal británico aún se emociona ante «la exaltación a la vida, ese camino al que les lleva Pilar, que les empuja a uno en brazos del otro para tres días de vida. Estas circunstancias solo se dan en una guerra. Lo veo como una reflexión sobre la guerra, no sabemos lo que es vivir así. Es algo que tú no has deseado, pero trae otra forma de existencia. Cuando participas en la batalla, entras en una dimensión diferente, como le muestra Pilar a Robert Jordan».

A Ramón, María le inspira ternura por la fragilidad con que el norteamericano la retrata, por la pasión que la joven pone al sentir la ternura de El Inglés, un hombre que no tiene nada que ver con los bestias falangistas que la raparon y violaron. «Es cierto que es complicado pensar que, en la España de hace ochenta años, una mujer, joven, aterrorizada aun con esos antecedentes y el peso que llevan las mujeres sobre sus espaldas, la moral, la Iglesia, decida vivir intensamente con El Inglés. Pero es la guerra la que da esas situaciones. Podían morir en cualquier momento».

Después del receso en la cueva, la subida a la cumbre de la ruta

tras las huellas de Hemingway, hasta el Cerro del Puerco, donde aún se ven las posiciones del frente, suponen otra vuelta al intento de imaginar la realidad de hace ocho o nueve décadas, aquellos territorios sobre los que un día silbaron las balas y cayeron las bombas. Hoy son testigos mudos de un pasado que sería mejor no olvidar para que no se vuelva a repetir, y no muy visitados, pese a las numerosas rutas que pueblan los caminos por Valsaín. Varios expertos coinciden en que las troneras, fortines y trincheras que rodean el cerro son de las mejor conservadas de la guerra.

Pero, al final, termina triunfando la belleza sobre el horror que aquí reinó durante la contienda. La cara norte de Peñalara, la vista de Dos Hermanas, Siete Picos a lo lejos e incluso la sombra de La Mujer Muerta, las cumbres más hermosas de la Sierra de Guadarrama, inundan el alma y apagan los ecos del pasado oscuro y triste.

Por quién doblan las campanas es un título escogido del poema de John Donne, un británico del siglo XVI. «La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque soy una parte de la Humanidad. Por eso no quieras saber nunca por quién doblan las campanas, doblan por ti». Es la cita de Hemingway en la primera página del libro, después de la dedicatoria a Martha Gellhorn, la corresponsal que terminaría siendo la tercera esposa del Nobel.

Ramón Buckley y Elfitoman el camino hacia Navacerrada y Guadarrama, otro pueblo muy presente en las rutas y las memorias de los escritores y corresponsales extranjeros que amaron la España de la República. *Por quién doblan las campanas* cae al fondo de la mochila mientras aflora de nuevo *Vida y muerte de la República española*. Él nos lleva hacia el Puerto de los Cotos, el valle de El Paular y Rascafría, hacia Navafría y Buitrago.

* * *

Buitrago de Lozoya es uno de los pueblos más despampanantes de Madrid. A poco más de setenta kilómetros de la capital, por la transitada Nacional I hacia Burgos, su recinto amurallado es el mejor conservado de la comunidad autónoma. Declarado bien de interés cultural en 1931, es un destino más que agradable para escapar de la ciudad un día o un fin de semana.

Lo tiene casi todo, desde los restos árabes de la primera fortificación hasta los medievales, dejados por los López de Mendoza, una iglesia que ordenó levantar el marqués de Santillana y un castillo.

Del siglo pasado heredó un Museo Picasso con la obra donada —dibujos y cerámica— por el peluquero y amigo del pintor malagueño, Eugenio Arias, que era de Buitrago. La historia de Arias es un clásico

del luchador exiliado, pero con final feliz. Tras pelear por la República en España y contra los nazis en Europa, Arias puso una peluquería con su mujer, Simona Francoual, miembro y combatiente de la Resistencia francesa en Vallauris, no lejos de Cannes y la Costa Azul. Por allí también se dejó caer Picasso, de quien se hizo amigo. Fue su peluquero durante más de un cuarto de siglo. Eugenio aprendió el oficio de joven, aquí, en Buitrago, con su abuelo.

Tras un paseo por las murallas, a seis kilómetros, en Gandullas, están las enormes antenas espaciales para el seguimiento de satélites, evocadoras de marcianos para todo niño que viaja en autobús por la zona; las posiciones de telefonía y comunicaciones de esta estación, inaugurada al final de los años sesenta, han jugado un papel en hitos históricos, como la llegada del Apolo XI a la Luna, o en sucesos mucho menos conocidos, como el espionaje por satélites. Es otro tipo de paseo o de visita, sobre todo para gentes cansadas del pasado y que gusta más de soñar con el futuro.

De lo que se habla menos en Buitrago de Lozoya y en las guías de turismo es del papel crucial que el pueblo jugó durante la Guerra Civil como frente de resistencia a los rebeldes sublevados para que no tomaran Madrid. El Parapeto de la Muerte, el embalse de Puentes Viejas y el Frente del Agua, el Cerro del Alemán o la mano de una joven de diecisiete años, Rosario Dinamitera, que perdió el brazo aquí en la primera parte de la contienda —hay un libro estupendo de Carlos Fonseca sobre y con Rosario—, no tienen hueco, aunque sí hay algunas caminatas organizadas hacia los nidos de ametralladora, búnkeres, troneras y trincheras en las cumbres de la sierra.

Por este pueblo, que entre semana sigue teniendo vida gracias al colegio de formación profesional que se abrió en los años setenta, adonde acuden chavales de toda la sierra de Madrid, desde el valle del Lozoya hasta la llamada «sierra pobre», pasó los tres años de la Guerra Civil, pero el miedo y los vencedores en los cuarenta años de dictadura hicieron su trabajo para minimizar la memoria.

Búnkeres de la Guerra Civil en Buitrago, donde empezaban a veces las visitas al frente de corresponsales y escritores como Buckley y Hemingway. AESA.

En el verano de 1936, Buitrago registraba una actividad inusitada. Los corresponsales extranjeros peleaban por llegar hasta aquí, donde estaba el frente, tras haber parado a los fascistas en la avanzada de finales de julio. Uno de aquellos calurosos días, Henry Buckley, «con otros dos veteranos corresponsales de guerra, Karl von Wieganut, que había sido corresponsal con el ejército alemán en Francia, y Edgar Ansel Mowrer, del *Chicago Daily News*», lograron ir al frente en el «séquito de Largo Caballero», escribió el británico. Salieron de Madrid por «la carretera de Burgos» en un Packard conducido por un hombre que había sido taxista y que estaba feliz de haber cambiado de coche. En ese viaje, Buckley, con humor, comprende que en la guerra a veces es más fácil morir en un accidente de coche que por un tiro. Y recuerda un estribillo de los brigadistas internacionales ante la temeridad de los conductores españoles. «Si no acaba contigo / el disparo de un obús / lo hará sin duda alguna / el conductor del autobús».

Al llegar a Buitrago, «vimos el primer movimiento de tropas, si es que a aquello se le puede llamar "tropa": soldados con su uniforme, voluntarios en mono, guardias de asalto, civiles vestidos de paisano, algunas muchachas con las camisas rojas de las Juventudes Socialistas […]. Al frente de todos ellos, el general Bernal, un oficial de artillería que al principio no me quiso dar su nombre porque, según me explicó, no quería que los rebeldes supieran dónde estaba. […] En Buitrago

conocí a Francisco Galán, hermano de Fermín Galán, el héroe de Jaca. Francisco Galán actuaba de enlace entre las diferentes posiciones republicanas en el largo frente del Guadarrama que se extendía desde el Alto de los Leones hasta el puerto de Somosierra». Aquella actividad en el pueblo, que llegaba a la plaza y la muralla, es hoy la normalidad absoluta, con las mujeres que se dirigen a la compra, al banco o a la notaría. Los sábados hay un mercadillo tradicional que anima los fines de semana.

El paseo hasta las murallas y la ruta por el pantano de Puentes Viejas, clave para abastecer de agua a Madrid —por eso fue objetivo de las fuerzas de Mola, obsesionado por el llamado «Frente del Agua»—, o la subida al Cerro del Alemán tienen una historia de novela, la de Max Salomon, un judío alemán que creó una empresa en Madrid y se convirtió en héroe en la Guerra Civil, terminando su vida en México. Son propuestas para las que en este viaje no hay tiempo, pero quedan para cubrir otro día fuera de Madrid o el fin de semana en la sierra.

Desde Buitrago, los corresponsales empotrados en el séquito de Largo Caballero «nos internamos por el valle del Lozoya y allí, junto al río que surte de agua a la capital de España, vimos a las primeras víctimas del frente. Eran cuatro hombres, vestidos con el consabido mono azul, espías, según nos contó un pastor que andaba por allí, que habían pasado desde Segovia para averiguar el movimiento de tropas de los republicanos».

Repasar esas líneas desde una de las terrazas de Lozoya pueblo, frente al embalse de Pinilla —obra de Franco y, por tanto, inexistente durante la guerra—, con la hermosa mole del pico de Peñalara a la derecha reflejada en sus aguas, e imaginar los coches y camiones destartalados que acompañaban a Largo Caballero entre obreros ya milicianos de mono azul y alpargatas, más los tres corresponsables de guerra, produce un cierto escalofrío. Aunque luce el sol lo suficientemente cálido como para tomar una cerveza, no hay quien resista a partir de las cinco de la tarde.

Desde Lozoya, Buckley y sus colegas subieron por el puerto hacia Navafría, dejando a la izquierda la carretera a Rascafría y Cotos. A la izquierda, las piscinas de Navafría, que en agosto compiten en turismo masivo con las de Las Presillas, en Rascafría, y hoy poco tienen que ver con las gentes que vio Henry Buckley en aquella jornada. «Ascendíamos por la carretera a casi dos mil metros de altura hacia el puerto de Navafría. Al llegar arriba fuimos rodeados por una muchedumbre de jóvenes imberbes vestidos con el mono azul y la escopeta al hombro. Nos condujeron hasta las tumbas de los fascistas

que habían matado hacía un par de días. Se trataba de un grupo de carlistas conducidos, al parecer, por un cura, que había subido al monte por el lado de Segovia, intentando apoderarse de la posición republicana».

Qué extraño resulta todo esto estando entre pinos, cantos de pájaros que se van a dormir en el anochecer temprano de inicios de noviembre, con el viento que se cuela suavemente entre los árboles y la luz que se esconde detrás de la sierra. Algunos de los escritores, fotógrafos y corresponsales de guerra que cubrieron y pelearon por este país tuvieron tiempo de describir la grandeza del paraje pese a la brutalidad de la guerra. Desde Hemingway a George Orwell, Henry Buckley, Herbert Matthews, Jay Allen, Robert Capa, Gerda Taro, Martha Gellhorn… Sería imposible hacer una lista justa, pero todos vinieron a ayudar, observar, narrar el drama español que sería luego el de Europa; a denunciar el pasotismo de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, que les avergonzaba, como tantas veces denunciaron todos. El prólogo de Buckley, firmado en diciembre de 1939, es un canto al dolor y una denuncia por la indiferencia de Gran Bretaña y Francia hacia la lucha por la democracia en España; también Hemingway peleó en Estados Unidos y ayudó a difundir un documental para apoyar a la República, si bien es verdad que siempre empujado por la gran periodista y corresponsal que fue Martha Gellhorn, defensora de la República.

Todos estos pensamientos se cuelan en el coche mientras desandamos el camino desde Navafría a Lozoya, para girar a la derecha hacia Rascafría, donde aguarda una chimenea con leña de pino. Cuando amarillean las hojas ya se enciende el fuego en las casas; parece un acto reflejo. El atardecer se tiñe con el humo azul de las chimeneas y todo el pueblo huele a leña. Es lo único que no ha cambiado desde que Hemingway y Buckley patearon estos caminos.

9

Así empezó todo en el Camino de Santiago. Jean-Christophe Rufin y Edith Wharton lo ven diferente

No es necesario salir de un divorcio, perder a alguien querido o quedarse en paro para echarse al Camino de Santiago. Si estás en la península Ibérica, acercarse a él, aunque solo sea una vez en la vida, es una decisión de la que uno nunca se arrepiente. El tiempo, la edad o la forma física no deberían ser una disculpa. A pie, en bici, a caballo, en coche… Si uno es un peregrino intenso, mejor. Si es un *turisperegrino*, adelante, sin complejos. El alma, la mente, el aura, la energía, el espíritu o lo que sea con lo que envuelvas la vida por dentro y por fuera lo van a agradecer.

Saltó a nuestras vidas allá por los años ochenta del siglo pasado, cuando empezó a convertirse en una autopista internacional de gentes llegadas de Europa. A principios de este siglo entraron los de otros mundos: Asia, América, Oceanía. Una ruta cosmopolita por donde peregrinan gentes interesantes, de muy diferentes culturas, religiones y edades. Kerouac y su tribu *beat* se habrían puesto cachondos si hubieran tenido el paseo a mano.

Lo normal es que siempre nos falte tiempo. ¿Una semana, quince días dedicados a andar? Siempre hay cosas más urgentes que hacer, pero la peregrinación está ahí, a la vuelta de la esquina. El año que viene, vamos. Ocurre que, pasados los cincuenta o sesenta años, ese «siempre está ahí, el año que viene me inicio con mi amiga (o con el amigo o pariente que te arrastre)», el año que viene, el mes que viene o mañana se convierten en hoy. Es una ventaja importante valorar el tiempo y llega el momento de no arrinconar los proyectos en el baúl de los deseos perdidos.

En unos días tan atípicos como el final del verano —finales de agosto—, Alfredo Cáliz y yo preparamos el aperitivo para una ruta en coche. Echamos a la mochila las máquinas de fotos y los cuadernos de notas, conscientes de que los peregrinos «puros» van a observarnos con cautela o displicencia por ir sobre cuatro ruedas, igual que miran a los *turisperegrinos* que ceden su mochila cada día a una empresa de transporte. La cuestión es reconocerles su mérito superior y partir de ahí, con el ánimo dispuesto a aprender de todo el que nos tropecemos.

Aunque empecemos la ruta por lugares también atípicos.

¿A qué extranjero o guiri con buena pluma podemos escoger para hacer el Camino con ganas y sin flagelarnos por lo sometidos, atrasados y maltratados que hemos sido los españoles? Desde luego, a ninguno de los «impertinentes» británicos que nos han acompañado en anteriores viajes. El éxito de una leyenda como la peregrinación a Santiago de Compostela para ver la tumba de un apóstol que murió decapitado en Jerusalén entre los años 41 a 44 después de Cristo, y cuyo cuerpo fue encontrado en el siglo VIII en Santiago de Compostela, seguro que no gusta mucho a los protestantes. Porque esta historia es, quizá, el mayor éxito propagandístico de la Iglesia católica entre creyentes y paganos.

Hoy en día, historiadores y sabios empiezan la historia de este increíble guion con un «cuenta la leyenda… que el apóstol Santiago llegó hasta estas tierras para predicar a Jesús» antes de ser martirizado en Jerusalén, adonde después regresó. Fue el malvado Herodes Agripa —nada que ver con el Herodes de la matanza de los inocentes, aunque eran de la misma dinastía— quien ordenó decapitarle. Después, dos discípulos de Santiago escondieron su cuerpo y, tras ponerlo en una barca, llegó hasta cerca de Iria Flavia —sí, la de Camilo José Cela— y allí sus restos fueron escondidos durante ocho siglos en un bosque.

Es comprensible que una historia tan atractiva, con misterios, torturas, salvaciones y más allá, fascinara al mundo desde que Alfonso II, *El Casto* —el apodo lo dice todo—, emprendiera el Camino. El éxito ha sido tal que nos ha llegado más que viva hasta nuestros días a través de personajes que admiramos. Ahí está la querida Edith Wharton y su reiterada experiencia en Santiago, o el estimado Nooteboom y su libro *El desvío a Santiago*, tan sobado ya en estas excursiones. Pero el destino puso por delante al francés Jean-Christophe Rufin. Escritor, médico, humanista, un espíritu universal —además de miembro de la Academia Francesa—, quien, a principios de este siglo XXI, pasados los sesenta años, se calzó las botas y se echó al Camino durante dos meses. ¡Gracias!

Es una compañía entretenida, fácil, exenta de juicios estúpidos sobre los personajes con los que se topa, respetuoso y, además, su lectura marca cuatro jornadas memorables sobre ruedas y a pie por el Camino Primitivo, el original, el que comenzó el Rey Casto en el siglo VIII. Si se entiende a Wharton cuando afirma que «la otra noche vi la autopista hacia el cielo» ante el Pórtico de la Gloria, la «pavana interminable» de Rufin durante los días que se perdió en soledades por Asturias es un regalo eterno para la memoria. Porque es inolvidable la sensación de los dedos rozando la divina naturaleza, los montes de

brezo, las nieblas rasgadas que envuelven los pies, el silencio batido suavemente por un halcón peregrino. ¿Peregrinará también hasta Santiago? Dudosamente. Los Picos de Europa son demasiado bonitos para abandonarlos si eres un ave rapaz.

Rufin confiesa que no tenía motivos especiales para emprender la aventura de la peregrinación; sencillamente, lo hizo como tantos otros. Curiosidad, quizá. El Camino de Santiago volvió a popularizarse en las dos últimas décadas del siglo XX —en la Edad Media ya había sido una red fastuosa de intercambios comerciales y culturales, una especie de Internet medieval—, convirtiéndose ahora en una vía internacional de gentes llegadas de todos los lugares del mundo que buscan algo, no necesariamente a Dios, en unas sociedades cada vez más feroces.

Esta mañana, las peñas de Gandarilla llevan faldas de encaje de color gris, gentileza de las nubes. Así se ven al menos desde Portillo, uno de los catorce pueblos del Val de San Vicente, la comarca cántabra que marca la frontera con Asturias. El azul que asoma al fondo, desde San Vicente de la Barquera, levanta la esperanza entre los amantes de la playa, pero al peregrino eso le da igual. En Serdío, algunos ya salen del albergue, aunque apenas ha amanecido.

Uno empieza el Camino desde donde quiere. Muchos desde la puerta de su domicilio. Comenzar desde Portillo, Abanillas o Serdío, paradas del precioso desvío que es el Camino Lebaniego, es padecer la tierna sensación de que dejamos atrás nuestra casa. Aunque solo sea para algo más de cien kilómetros, una semana para el andariego, un fin de semana largo para los de a motor. Mejor escoger el corazón de Serdío, donde el albergue situado detrás de la casa Indiana, con una pintura de Btoy —forma parte del *Art Way* del Camino Lebaniego— está ya en movimiento. Han desaparecido los calcetines colgados y grises que ayer había en las cuerdas del patio de atrás, y un grupo de mochilas, esparcidas por el suelo, espera a los caminantes de hoy.

En los altos de este pequeño pueblo, desde donde se divisa la Tina Menor que forma el río Nansa, el mar y la ría se ofrecen con una capa gris-azulada soplada por algún duende salido de las cercanas cuevas de El Sable, e invitan a la aventura del día.

Caemos sobre la gran vía. De Unquera a Llanes, la autopista del Cantábrico alardea todo el rato de paisaje: costa quebrada y rocosa batida por las olas, con un color plateado que lo envuelve todo, hasta el verde intenso de los pinos que llegan al mar. ¡Qué difícil es describir lugares bellos sin caer en la cursilería!

Los chinos dicen algo así como que la belleza demasiado perfecta se vuelve fea, quizá por ostentosa. Los japoneses lo llaman *wabi-sabi* y buscan alguna imperfección en lo bello, creo recordar. Más de una vez

en este viaje tendremos esa sensación. Pero esos momentos son plenos para desaparecer en minutos, lo que tardas en encontrar un pequeño defecto, maravilloso, que hace esa belleza imperfecta, única, humana.

De Llanes a Villaviciosa, pensando en Rufin y en sus páginas, la decisión es bajar el diapasón de las emociones. Cuando el médico francés comenzó su camino no le dio más transcendencia al asunto. No nos desgastemos el primer día. Ni siquiera se confesó aquello de «necesito reflexionar, parar». No necesitaba explicación, se decidió y punto. Eso sí, montañero y amante de la naturaleza, Rufin se preparó en profundidad, como todo aquel que se lanza a esta aventura con algo de cabeza. Diferentes caminos… ¿Cuál escoger?: el Francés, el del Norte, el Portugués, la Vía de la Plata… Calzado: nunca botas nuevas; antes, domar durante un tiempo las que uno haya elegido. Peso de la mochila: un par de camisetas y un repuesto de ropa interior. Tienda de campaña o albergues, o las dos cosas. Leer, leer y pedir opinión a los expertos, aunque haya demasiados. El viaje empieza, así, meses antes de emprenderlo. Como en las grandes aventuras, a veces los preparativos resultan mejor que la aventura en sí misma.

Unos meses después de acabar la experiencia, ya en el hogar, «en la prisión de la memoria, el Camino se despertaba, aporreaba los muros, me llamaba», escribe el médico. Se rindió. El resultado fue *El Camino inmortal* (en francés, *Immortelle randonnée),* doscientas veinticuatro páginas que son una incitación a buscar «cielos resplandecientes y senderos fangosos, ermitas solitarias y costas batidas por las olas».

A falta de las semanas —o días— necesarias para recorrer el Camino del Norte que Rufin hace en el libro, para perseguir sus huellas y a sus personajes, mejor centrarnos en el Camino Primitivo, el origen de todo. La experiencia no nos dará la credencial con la Compostela, pero nos aproximará a las razones de por qué hoy esta ruta medieval, mezcla de arte, historia, naturaleza y religión, es recorrida por millones de personas de todas las razas y creencias. Transmiten lo que padecen, el virus del Camino, a menudo útil para soportar este mundo, el exterior y el interior. Muy contagioso dada la mezcla que encierra: espiritualidad, curiosidad, conocimiento y también cierto esnobismo. El secreto es que cada cual mezcla como quiere el porcentaje de los ingredientes y toma la pócima a tragos largos o cortos. A elegir.

Da igual desde dónde arranques, recuerda Rufin. Nuestra primera parada con su texto arranca aquí, en el monasterio de Valdediós, en Villaviciosa (Asturias), un desvío que se permite el médico francés y que a nosotros nos viene bien para tantear algo de espiritualidad

desde el principio. Para no volver atrás desde Oviedo, el francés toma un desvío y le copiamos. Atrás quedan las casas indianas que salpican el paisaje de azul desde Unquera y Llanes. Valdediós es nuestro particular bautismo.

Nos reciben plantaciones de kiwi, castaños, robles. Finaliza agosto, pero «cae *orbayu,* como dicen aquí», comenta una señora cincuentona de algún lugar de Castilla, que espera al guía que abre la visita a la iglesia de San Salvador, lo más hermoso del conjunto monumental de Valdediós. Nos invade una «dana» (depresión aislada en niveles altos), término nuevo con el que los meteorólogos dan la bienvenida a lo que hasta hace unos veranos era la gota fría. El cielo está negro y lo único que tranquiliza la espera es que la tienda de las hermanas carmelitas samaritanas está abierta, con la hermana Ana al frente.

La monja resulta ser la alegría del patio, de la tienda y de las relaciones de las monjitas con Internet. «Llevamos aquí desde el 13 de julio de 2016. Estamos en el Camino del Norte y el Primitivo, por Vega de Sariego y Pola de Siero, un desvío de nada. Nos visitan los que están cansados de la costa (el norte) o les agobia la gente del Camino Francés. Nunca tenemos mucha gente. Hay para acoger hasta veintidós peregrinos. Llegan alemanes, de Taiwán, coreanos. Los coreanos venían con un sacerdote. La mayoría son católicos. Lo sé porque cuando piden indicaciones y les digo “allí la capilla” o “allí el claustro”, sí saben lo que son esos lugares, sé que son católicos».

San Salvador, iglesia románica, post Ramiro I. Una joya. © Alfredo Cáliz.

Mientras la hermana habla, ha preparado un pequeño *kit* del caminante que tiene en la tienda, compuesto por árnica: «Se lo llevan para las grietas y las durezas de los pies», los que más sufren en el recorrido. Aconseja las pastas que ellas mismas hacen, pero las habrá mejores. El albergue luce limpio y repleto de luz, abiertas sus ventanas al escaso sol nublado de la mañana.

El guía abre la cancela de la joya del lugar, la iglesia prerrománica de San Salvador. Rufin cuenta en sus páginas que es una

de las mejor conservadas de entre todas las que se ha topado desde que arrancó en Hendaya. «Es del estilo posramirense, año 875», cuenta el guía, cuyo esfuerzo por hacer ameno el lugar empieza con una llave «del año 2006, con la que vamos a entrar a un lugar de hace mil doscientos años».

Alfonso I, Alfonso II, *El Casto*, Ramiro I, su sobrino Ordoño, Alfonso III… El repertorio de los monarcas del Reino de Asturias que han sido clave en la historia del Camino se desgrana entre exclamaciones de admiración hacia la iglesia, de piedra de sillería, dorada ahora por el sol de unos minutos, espléndida en su sencillez. Cede la puerta y a su penumbra se acogen dos restauradores, enfrascados con sus lupas sobre las antiguas pinturas. Nada de fotos, exigen rápidamente.

Al pequeño grupo de visitantes le invade la belleza austera que tiene el primer románico de Ramiro I, con los rastros de las columnas sogueadas en los capiteles, como los de Santa María del Naranco y San Miguel de Lillo. Cumple con los requisitos de los tiempos oscuros de la Edad Media y de la religión. A estas alturas de la visita ya ha surgido ese personaje inefable, único, que siempre sabe tanto o más que el guía y del que el guía trata de deshacerse dictando sentencia sobre el cadáver del murciélago que hay en una de las capillas: «Decidió pasar a mejor vida».

Sobre Valdediós, reflexiona Rufin que «durante siglos, el cristianismo dio a Europa su poderío y su grandeza… Cada uno tenía su lugar asignado, remitiendo todo cambio al día siguiente de la muerte». Con una linterna, el guía alumbra el dintel sobre una de las capillas de la iglesia, con letras en latín, donde reza algo así como «la mendicidad y la lepra caigan sobre quien profane el lugar». Con tal advertencia, como para no respetar el lugar asignado. El miedo y la maldición, siempre presentes en las religiones para quienes se rebelan o piensan más de lo que debieran.

Aquí ya huele a Reconquista; esto es Asturias. Ya sea por las tres capillas que la rodean o por la inscripción en el exterior, recordando «a los siete obispos que bendijeron la iglesia», hecho que se produjo un 16 de septiembre del año 893, en el siglo IX, el guía cuenta que hay también columnas plutónicas en el conjunto. «A unos pocos kilómetros de aquí se desenterró no hace mucho una villa tardorromana». La influencia romana está en todo.

Al atravesar el prado de San Salvador hacia el monasterio de Santa María, donde se han encontrado restos del Paleolítico, es fácil entender por qué el médico francés recordaba a los peregrinos que «sienten de lejos las presencias telúricas, los efluvios mágicos, las

ondas espirituales que emanan de una fuente oculta, del fondo de un valle». Valdediós tiene esas presencias. Es uno de esos edificios «religiosos consagrados a la gloria de Cristo que están construidos sobre unos santuarios mucho más antiguos, algunos de los cuales se remontan a la prehistoria».

La puerta del gran monasterio se abre e ilumina la penumbra del enorme altar barroco. Instintivamente, la mirada se dirige en busca de los monjes, «directamente salidos de un cuadro de Zurbarán», que el día que llegó el médico francés «cantaban las vísperas en el joyero de oro del maravilloso altar barroco». Es abrumador para quienes consideramos este estilo demasiado ostentoso para una iglesia que predica a los pobres y humildes.

La curiosidad derriba prejuicios para acercarse a admirar el carruaje de la derecha del retablo, que lleva enganchada en sus ruedas una imagen del diablo, castigado a ser machacado con cada rodada de la carroza. El detalle es fascinante y se suma a las sensaciones telúricas, a las rocas plutónicas y al día, tan cantábrico. Ahora llueve, ahora sale el sol. Es fácil imaginar aquí una noche o un amanecer con un grupo de creyentes invocando ayudas al más allá. O meditando muy rápidamente sobre la vida de prisas que nos hemos impuesto. «Este monasterio, construido trescientos veinticinco años después de la iglesia, fue donado al Císter por el rey Alfonso IX y su esposa Berenguela», relata el guía, quien se apresta a responder a las preguntas de los visitantes, incluido del que sabe más que él. El lugar fue la última abadía del Císter en Asturias y estuvo ocupada hasta el inicio de este siglo.

A la salida, camino de Oviedo, el día está más gris. El *orbayu* se ennovia durante todo el camino con las nieblas, que a veces se visten con faldas desgarradas para abrazar a los robles o a los eucaliptos. Pero unos minutos después se han ido y el sol se cuela entre unas hojas vestidas con trajes de gotas que caen al suelo con pereza. Esto es Asturias y, para quien lo dude, aquí están las casas con tejados de pizarra sobre un festín de tonos verdes, entre pastos y bosques, acostadas bajo el azulado y gris de las montañas.

Los hórreos y las paneras de cuatro o seis *pegollus* son inconfundibles. «En Asturias me vi inmediatamente impresionado por algo áspero, primitivo y al mismo tiempo de una gran nobleza. Un pequeño edificio omnipresente que se llama hórreo», cuenta el francés. Muchos están abandonados, mudos testigos que se mantienen erguidos para recordar al viajero quiénes fueron, para qué sirvieron. Y sirven aún. Ratas, ratones o descendientes tienen todavía hoy dificultades para trepar por las patas de los hórreos y darse el

banquete con los cereales.

El altar barroco de la iglesia de Santa María de Valdediós, del siglo XVII, cuenta con un detalle singular: una rueda con un diablo enganchado. © Alfredo Cáliz.

No hay gasolineras a la vista, ni cafés, ni lugares de carretera, pero sí casas y aldeas abandonadas o solitarias. En ocasiones, algunos de estos hogares que encierran cuentos centenarios tienen la suerte de caer bajo la mirada de algún peregrino extranjero con buena jubilación y encuentran una segunda vida. La España despoblada cada día es más seductora para soñadores o revolucionarios. O para jóvenes

con trabajos precarios, una multitud de desesperanzados que intenta sobrevivir. Conmueve el cartel sobre una puerta humilde y vieja, desvaído el color entre grisáceo y azulado, un tono que ya quisieran los amantes del decapado para fingir lo vetusto. «Ya no deje el pan», se lee. No hace falta evocar nada más.

Esa sensación dura poco. De Villaviciosa a Oviedo, la antigua carretera nacional se mantiene más pegada a los pueblos que significan algo en la ruta. Van quedando atrás lugares como Pola de Siero, un referente jacobeo. Y ahí está Oviedo.

* * *

«En Asturias, reino al que sus montañas protegían de las invasiones árabes, el rey Alfonso II, en el siglo VIII, al tener conocimiento del descubrimiento de las reliquias del santo en Compostela, decidió ir a ver personalmente ese milagro. Partió de Oviedo y trazó el camino de la primera peregrinación», recuerda nuestro médico francés.

Aquí estamos, al pie de la placa que relata esos hechos, frente a la catedral de San Salvador, músculo de Oviedo. La placa está ligeramente a la izquierda. Basta sentarse enfrente, al pie de la estatua de Alfonso II, durante diez minutos, para observar el trajín que se traen el peregrino y el turista con el cartel, consciente una parte de los primeros de que aquí empezó todo.

Como está mediada la mañana, no contamos con la suerte que tuvo Rufin, quien salió al alba de Oviedo y «ningún turista impío ensuciaba con sus zapatillas la emocionante placa». Ahora es pisada cada rato, pero quien se da cuenta lo evita. Eso sí, es difícil alcanzar la trascendencia que le echa el francés cuando da el primer paso para «precipitarme tras la pista de Alfonso II», que le recuerda al «pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad». Él ya venía desde Hendaya merodeando el éxtasis del espíritu, cada tarde corriendo a la caza de las vísperas en conventos o iglesias chicas, para atrapar algo del aura. Pero los turistas y peregrinos de trámite llevan unas horas o unos días; el toque zen aún no lo han rozado. A estas horas, solo hay ganas de aperitivo, cañas y tapas. Es lo que transmite la mayoría sin problemas.

Lo que sorprende es pensar que aquí arrancó todo hace más de mil años, la primera senda jacobea que se patean más de trescientos mil peregrinos cada año, sin incluir turistas. La cultura, la naturaleza, la religión o los retos personales —o todo ello mezclado— los une a todos desde aquí hasta Santiago de Compostela durante catorce o quince jornadas. Para muchos, cubrir el Primitivo es haber hecho el

Camino. Pero ese es otro debate.

Recorrer la plaza ante la catedral de San Salvador es confirmar que estamos en «Santiagolandia», como lo denomina Jean-Christophe Rufin, llena de vida, risas, espíritu entre religioso y *boy-scouts*. Las fotos, los *selfies*, las subidas inmediatas a Instagram con sus historias compensan todo. Que se sepa, ningún ángel, ni Virgen ni apóstol ha protestado aún por la utilización de su imagen; no piden derechos de autor. Detrás, un padre y un hijo en bicicleta preguntan por la estatua de Woody Allen —ya se sabe, la relación entre el director neoyorquino y Oviedo es un valor seguro—, porque ya se han hecho la foto con la Regenta, que rige al fondo de la plaza, vigilando la explanada de San Salvador.

Cornellana sigue en ruinas, tal y como la encontró Rufin hace una década. En sus balcones, algunas pancartas claman por aprovechar sus mil años de historia y exigen su reparación. Sus muros no están por los suelos, pero los cristales rotos, las contraventanas deterioradas y el santo que preside la entrada, hecho polvo, transmiten una triste sensación de desamparo. Todo lo contrario que el albergue que hay a la espalda del gran monasterio, como advierte el escritor francés en su libro. Allí hay una pareja de holandeses entrañables por su porte; cumplen la publicidad que una desearía ver. Él, enjuto, barba blanca que bordea su semblante moreno y satisfecho, alto, estira las largas piernas por delante de la silla *monobloc Simpson* que ocupa. Saluda con el vino en la mano y sonríe. Al fondo, su mujer, igual de alta y flaca, rubia con raíces canosas, levanta el brazo que le queda libre tras poner la pinza a la ropa que tiende.

Sosiego. Es media tarde y hasta las ocho no llega el encargado de sellar las credenciales, explica el hombre, al tiempo que ofrece una copa de vino. Su imagen no puede resultar más literaria, más característica del final de una jornada del Camino: albergue limpio, copa de vino blanco, silencio, reposo…, para el holandés. Su mujer sigue tendiendo la ropa del día. Mejor no preguntar si el pacto funciona así: él abre la botella y prepara la copa; ella enjabona y tiende camisetas y calcetines. ¡Buen Camino!

Un apóstol con las manos amputadas en la fachada principal y una hornacina con una talla decrépita —difícil de adivinar qué Virgen o imagen representa— quedan atrás con esa nostalgia cutre de la decadencia. Si este lugar sobrevivió con la Orden del Cluny a tantos conflictos de la Edad Media, ¿cómo no va a hacerlo a los que surjan entre el Principado de Asturias y el Gobierno? ¿Y la Iglesia? El movimiento vecinal logró algunas mejoras, pero no pudo rematar su pelea.

La carretera que lleva de Cornellana a Campiello parece un anuncio de las energías renovables. Los molinos aerogeneradores, blancos, elegantes, cortan con sus aspas las nieblas y sus valles. Cada día más discutidos —su abundancia y su tamaño empiezan a resultar alarmantes para algunas gentes—, siempre me parecen más agradables a la vista que los mastodónticos bloques de hierro eléctricos que desde pequeña me recuerdan a Mazinger Z. Cada vez que algo hiere el paisaje me viene a la cabeza la irritación de Wharton o de Gautier —y de tantos otros viajeros— contra el desarrollo que acababa con el tipismo. A menudo recuerdo a los abuelos que escuchaban asombrados a los señoritos de la capital, que desde la toalla en la playa se quejaban del olor del abono esparcido por los prados, o de los *mochufas* de fin de semana que exigen que los gallos no canten de madrugada.

Las palabras de Rufin nos devuelven a la realidad. «Asturias desplegó todos sus encantos. Fue durante esos días maravillosos una pavana interminable de valles salvajes y crestas suntuosas…, de caminos trazados como unas caricias divinas en la ladera de las montañas», escribe, entrando en esa mística que ataca a tantos peregrinos del Camino, como si el aire estuviera impregnado con algún incienso mágico. De Cornellana a Campiello, en una tarde de agosto que semeja noviembre, se atisba ese estado de espiritualidad al que aluden los jacobeos en algunas etapas.

Casa de pizarra característica de la preciosa aldea de Padraira, como de cuento. © Alfredo Cáliz.

En Campiello vamos a la búsqueda de uno de los personajes al que Jean-Christophe Rufin más letras dedica en *El Camino inmortal*. Se trata de una tal Herminia, mujer de negro, como la recuerda él en Casa Herminia, el albergue privado de Campiello al que acuden franceses —muchos con el libro de Rufin—, holandeses, belgas, italianos, portugueses o norteamericanos. Primera sorpresa: Casa Herminia está muy lejos de ser una modesta casa rural donde se da de comer a los peregrinos y a los que lleguen, todo muy rico, por parte de una señora muy mandona y arremangada. Es un establecimiento moderno, perfectamente señalizado, que ocupa varias entradas en la misma carretera y está repleto de extranjeros.

Da una poco de *yuyu* preguntar por Herminia, que se imagina una de cierta edad. Quizá se haya muerto, pero está vivita y coleando. Y mucho. Viste de verde claro, tiene una abundante melena rubia, una sonrisa que le llena toda la cara y no aparenta más de cincuenta años. Y sí, asegura que es la misma con la que se topó Rufin la primera vez que vino. «Luego ha regresado más veces. Hace unas semanas vino un amigo. Y mira, aquí mismo tengo su libro en francés dedicado». Sí, ahí está la edición francesa, en una esquina de la barra, junto con otras guías. Llegó aquí vía matrimonio y se encontró con que la antigua pensión y casa de comidas de la abuela de su marido, que también se llamaba Herminia, podía ser una apertura al mundo en un lugar tan cerrado. Y empezó a pelear: «En los años ochenta, las gentes de aquí aún se reían al ver a algún pobre peregrino desarrapado que hacía el Camino. A mí siempre me gustaron. Yo estoy abierta al mundo y el mundo viene a mí a través de todos ellos. Me gustaba darles de comer, escuchar, hasta que convencí a los míos —especialmente a mi marido — de que de esto se podía vivir».

Todo ello lo cuenta mientras abre la ventana del dormitorio para las clientas, al tiempo que las convence de que la ruta más atractiva al día siguiente es la de Hospitales, la más antigua y que ella ha relanzado hace una década frente a Pola de Allande. Hospitales es la que recomendó a Rufin y que le elevó a las más altas cotas espirituales —zen, budistas, flotantes—, con el aire puro y las cumbres como droga. Algo que se repetirá en otros peregrinos con los que nos topamos, porque es una constante la división de opiniones sobre si estas rutas del Camino Primitivo son más o menos hermosas que las de Roncesvalles.

Para entonces, camino de su cocina, Herminia ya ha entrado en la historia de su suegra y de ella misma. Tiene entre sus manos un

enorme puchero de aluminio, con el que hace unos meses se presentó al «concurso de pucheros» en honor de la otra Herminia, la precursora. «Aprendí tanto de ella… Por aquí llegó a pasar la mujer de Franco una vez. Mi suegra daba de comer a todos. Así que en los tiempos duros pudo ir a ayudar a algunos que estaban en la cárcel, porque conocía a los guardias civiles que comían en su casa. Siempre que podía, ayudaba ante estos guardias para apoyar o enviar mensajes a los presos».

Ella piensa que el libro de Rufin se debió de vender bastante en Francia y Bélgica porque son muchos los que llegan con él en la mochila. «Los peregrinos necesitan descanso, buena comida y buena cama. Vienen buscando algo, unos a sí mismos; otros no saben aún el qué. Pero es difícil que nadie vuelva sin algo en el interior», cuenta, dejándose llevar por unos segundos de reflexión. Y como el que rectifica ante las profundidades, salta a la parte material: «No sabéis la inversión que he hecho en colchones de viscoelástica, por ejemplo. El día antes de la inauguración, no hubo forma de que echara a un holandés que no me dejó ni quitar la funda esa noche…».

Los colchones de viscoelástica aparecerán en nuestras vidas del Camino varias veces, para sorpresa del caminante y del turista. Si los pies son la tortura del peregrino, descansar los huesos en un buen colchón tras veinte o treinta kilómetros al día es la ensoñación de cada atardecer. Dejar la charla de Herminia, chispeante de sabiduría —con los peregrinos también ha aprendido idiomas—, cuesta. Destila esa cosa que rodea a las madres norteñas, las *amás* asturianas, cántabras o vascas: fuerza y seguridad. Y es una excelente narradora de historias, envueltas en este clima, siempre verde y húmedo, que da a sus cuentos un aire musgoso donde se esconden todo tipo de anjanas y duendes.

Se necesitaría un invierno de nieve, nieblas y lluvias al pie del fuego para recoger las historias de esta mujer, siempre esperando a los jacobeos. Ha convertido una parada que se hace a mediodía, entre Tineo y Pola de Allande, en un punto y final para muchos viajeros. «¿Que os tenéis que ir a Grandas de Salime? ¡Venga, que es largo el camino…».

* * *

El atardecer de agosto ya no es el de junio; baja tempranero y lento sobre las cumbres habitadas solo por los cantos rodados de pizarra, el piorno que mantiene el pulso con el brezo, cuyo color rosa se extiende sin vergüenza a finales de verano. Deja perplejo a aquel que ha llegado a estas tierras tras atravesar la amarilla meseta.

Hacia Tineo, marca un cartel; o Borres, Berducedo, Pola de Allande, Buslarín, añaden otros. Nombres del Camino Primitivo que van pasando en diferentes indicaciones de la carretera, siempre rodeados de paisajes que hipnotizan, ayudados por las sombras que van alargando las montañas. A veces los viveros de pinos han intentado asaltar las cumbres, aunque con escaso éxito. Los pedregales de cantos oscuros de pizarra siguen ganando terreno y, de pronto, entre alguna niebla que avanza, se deja ver un serbal —el árbol del cazador— en todo su esplendor. Estas cumbres tan negras, tan erizadas, sería fácil describirlas a los niños como los lomos de los dinosaurios que están allí enterrados.

Y, al fin, allá, al fondo, aparece el pantano de Grandas de Salime, lugar para descansar los viajeros y el coche tras una jornada que ha cumplido las expectativas muy por encima de lo previsto. Es inevitable dejarse invadir por la imagen del peregrino de hace quinientos años, con la calabaza del agua, el bordón para sujetarse, la concha de vieira y los pies envueltos en paños o botines de cuero destrozados. El «disfraz» con el que el mismo Maestro Mateo vestirá a Santiago bajo el Pórtico; un vestido muy similar al de los ciegos, como el del Lazarillo. ¿Qué harían estos hombres en busca de paz o santidad, o de perdón de sus pecados por haber sido auténticos demonios, en montañas como estas? Aquí había lobos, los osos no eran nada extraños, las aventuras se escondían en cualquier curva del camino.

El francés tiene razón: todo esto envuelve, transporta, alucina. «Nunca el mundo me había parecido tan hermoso», escribe Rufin cuando deja atrás las cumbres del Puerto del Palo para bajar hasta el pantano. Es lo que tiene pisar «valles salvajes» en soledad, cuando la naturaleza devuelve la soberbia al rincón humilde que le corresponde. Esa misma soberbia que me había invadido unas horas antes, segura de que por muy arriba que subiéramos, Internet, el mundo global, la tecnología siempre nos sacarían del aprieto. Pues no, no ha funcionado el GPS y ha sido una bendición perderse durante unos kilómetros imprevistos.

A estas alturas del peregrinaje, el escritor dos veces Premio Goncourt se ha convertido en «un gigante enano, según la fórmula de Victor Hugo», y ha sido el Camino Primitivo el que ha presenciado cómo se encogía. El caminante padece «unos deslumbramientos espirituales que le hacen encarnar lo divino en los objetos de la naturaleza: las nubes, la montaña, los caballos». Y comprende que es «preciso que esté solo… Todas las religiones se confunden en este cara a cara con el principio esencial». Y cuando no puedas estar solo y vayas sobre cuatro ruedas, calla, deja que el deslumbramiento entre

por las ventanillas.

Mientras el francés habla de caballos salvajes, ahí al lado queda Buslarín y un corral de pared a piedra seca, aún bien conservado, desamparado en mitad de la ladera. Qué habrán sentido los pastores que lo hayan ocupado durante siglos, décadas, años, meses solitarios en los que ya se preparaban para lo que debía de ser una lenta y dura subida en busca del refugio del pasto. Vientos con voces tan extrañas que el aullido del lobo consuela por conocido; veladas envueltas en fríos profundos, aunque fuera en los meses estivales. El perro lanudo e inquieto, o quizá un mastín tambaleante y fiel que sirve de almohada al pastor —a veces es más compañía de hombre con sus ojos inteligentes que guardián de ovejas—. O las cabras. Y ayer aquí sucedía todo eso. Seguramente, los peregrinos y montañeros que ahora, con sus botas *waterproof* o *air,* hacen el Camino ya habían nacido cuando aún estaban aquí lobos, pastor, ganado y perro. Solo los lobos han vuelto.

La entrada en Grandas de Salime, cuando las farolas ya amarillean el pueblo, marcan un final de jornada digno del día vivido. Al final, perseguir peregrinos y atrapar vivencias de los habitantes del Camino por senderos y paradas agota. No da tiempo ni a admirar la calidad de los colchones —también de viscoelástica, como nos han advertido—, un hito en el viaje.

Amanece sobre la iglesia de Grandas. Cae el *orbayu* y esta peculiar construcción, redonda, extraña y hermosa, con sus tejados de pizarra chorreando, es una antigua colegiata, datada en el siglo XII como monasterio. La puerta es románica, como la pila bautismal y las gárgolas. Del siglo XV es la puerta interior —dos hojas de roble de herrajes góticos—, y lo último añadido es del XVIII. Todo está escrito en un cartelito de la fachada, esperando la curiosidad del viajero.

Hoy entramos en Galicia. «Entrar en Galicia es llegar a la meta […]. El peregrino curtido no tiene ya ningún deseo… Otro de los descubrimientos es esa exaltación, esa felicidad, esa paz que aumenta a medida que uno se acerca a la meta», escribe Rufin.

La mañana supera las emociones por la modesta carretera que seguimos, a ratos en paralelo con los que recorren el Camino Primitivo. En una recta del camino, sea por el día neblinoso, sea por el estupendo porche que se agradece con el calabobos, la capilla con la Virgen de la Esperanza traslada al viajero a ese estado de sosiego del que habla el escritor francés.

La teja vana que cubre la capilla y los dos bancos a cada lado permiten el mínimo descanso —es muy pronto— para curiosear con respeto entre los mensajes dejados por los peregrinos, desde los cantos

rodados atados con un lazo a las notas en papel con los deseos más increíbles. Es como abrir las galletas de la suerte chinas. El mensaje del viajero de hace un mes, un año o un día va dirigido a ti. Ya sea para que mejores como persona, para tener un buen camino, una plegaria para que alguien tenga buena salud o un verso de Bob Dylan. Algo entra por el estómago, por más reparos que una guarde a la transcendencia fácil.

Antes de llegar al hospital de leprosos de San Lázaro, los paisajes ya se han colado por las ventanillas. En estos tramos, Rufin acelera, estimulado por la ansiedad de atravesar la frontera con Galicia. En Padraira, preciosa aldea, los escasos quinientos metros caminados hasta el viejo hospital de leprosos son el contacto imprescindible para reencontrar a los peregrinos.

Las casas están bien restauradas y abiertas las ventanas, por donde se escapa el olor del puchero y el sonido de la televisión. Qué lejano queda eso desde aquí, como «el parte» de las infancias del siglo XX. Una mujer con mandil y un cazo en la mano se asoma a la puerta para curiosear a los curiosos. Que espere la sopa no tiene importancia.

Este lazareto pequeñísimo —o eso parece desde la perspectiva del siglo XXI—funcionó hasta finales del XVIII. Entre el repique del *orbayu* y la brisa que mece las hojas no cuesta imaginar a los enfermos de lepra hace tan solo trescientos años en un lugar así, húmedo, entre bosques y montañas. Las películas y la isla de Molokai, gentes perdiendo la carne putrefacta por el camino y envueltos en harapos los muñones, han dejado su huella en el imaginario creado por el cine y la Iglesia. Los *walking dead* tienen, mínimo, los mismos años que Adán y Eva. O Matusalén. O Melquíades, el gitano de Macondo.

El alto del Puerto del Acebo y sus nieblas regresan con los molinos aerogeneradores marcando la ruta al conductor. A Rufin le parecen «puntos de sutura situados entre el cielo y la tierra», pero desde el coche semejan brazos de gentes altas y largas, blancas presencias que hacen señales para que les sigamos, en vez de apostar por la cinta negra del asfalto. Son elegantes, o eso parecen a muchos de los viajeros, quizá ayudados por la idea de que generan una energía limpia. ¡Viva el verde, el aire transparente y azulado! La adrenalina que sube con un chute de naturaleza.

Entre serbales —que ya lucen sus racimos de hermosas bolas naranjas o rojizas—, fresnos y pinos que se resisten a ser escondidos por la niebla, queda atrás Bustelo del Camín, y el cartel de bienvenida a Galicia es un hecho. Y se confirma que esta ruta, la iniciada en Oviedo por Alfonso II, *El Casto*, hace mil doscientos años, es de las más bellas.

* * *

Gracias a un joven de Granda que viaja en un todoterreno de la empresa que vigila los aerogeneradores es posible encontrar esa raya de frontera que mantiene la escalada de adrenalina y saca lágrimas de plenitud en los jacobeos. Es el paso físico de Asturias a Galicia, una línea de piedras y un jalón de cemento a la izquierda, con otro montoncito repleto de mensajes, tal y como lo describe el escritor francés. Es emocionante la humildad del lugar y lo mucho que significa para tantas personas y de tan diversas procedencias. ¿Qué convierte una historia tan imposible en algo tan real, tan emotivo? Las emociones, los sentimientos de las gentes que los van desperdigando por lugares como este. Una línea de cantos, un trozo de cemento en una orilla.

Hace unos años, Rufin se encontró aquí con un «español de unos cincuenta años, de físico ejecutivo, con gafas de concha, camisa Lacoste y botas bajas con tela vaquera» que le tiende la mano —«es Galicia», le dice— y dan juntos ese paso tan simbólico y emocionante en la peregrinación. Luego cada uno sigue su camino. No se vuelven a ver, no se despiden siquiera.

Este final de verano no está demasiado concurrido para lo que es la ruta. Hay que esperar unos quince minutos hasta que aparecen, primero, dos jóvenes espectaculares, piernas largas, rubias, mochilas de excelente calidad, pañuelos alrededor de la cabeza para frenar el sudor, guapas, simpáticas. «¿Estadounidenses?». «¡Noooo, canadienses!», gritan, espantadas ante la confusión. Tiran una foto y siguen. Minutos después, tres holandeses más que cincuentones, fantásticos, animosos. Podrían estar recién jubilados. Dos por delante y un tercero más alejado que grita en inglés: «¡Ehhh, peregrinos!». «Aquí, ¿cómo estás?», responde el fotógrafo. «¡Ohhh, estoy muerto!», y allí detrás, entre la niebla, surge con su camiseta burdeos pegada al cuerpo por el sudor de la última subida.

Esta sencilla raya de cantos marca el último hito del Camino de Santiago, es la frontera de Asturias y Galicia. El Gozo está más cerca. iStockPhoto/Getty Images.

Quizá sean una réplica de la imagen del mismo Rufin en la peregrinación. Transmiten salud y buen humor. Han superado la subida del puerto y ya solo les queda bajar hasta la próxima parada con café, la Venta do Acebo, otro capítulo de renombre en este viaje. Dan ganas de acompañarlos hasta abajo. Están en forma, como rebelan los gemelos de sus piernas, ya de espaldas.

Unos minutos después de los holandeses, de la niebla surge un ciclista —la segunda forma más habitual de hacer el Camino— con algo en la mochila. De cerca es fácil descubrir que ese «algo» se llama Txoc, un chihuahua de un año que viaja cómodamente a la chepa de un vasco al que esta ruta le pone «mucho menos que el Camino Francés. El año pasado hice la otra y esa sí tiene marcha. A cada paso, un tío disfrazado de peregrino; otro de cruzado, de todo. Aquello es más original, más entretenido». Gustos hay para todo y él no tenía ni idea de que la raya era el paso a Galicia; le da un poco igual. Ya se ha resignado a que la cosa por estos lares sea más sosa y que no haya caminantes disfrazados con capa, bordón, calabaza. O incluso monjes templarios. Él los ha visto en el Camino Francés, aunque al principio pensó que eran todos el Cid Campeador.

Eso mismo piensa Rosalía, nacida en una zona de los Urales, pero residente en Toulouse, con una sonrisa que le come la cara; que este paso es más solitario, pero ella lo agradece. El Francés está atestado,

más para ligar y socializar que para encontrarse a una misma, concluye en su español precario.

Bastaría pararse una jornada aquí mismo, al pie de esta frontera ingenua, donde no se piden papeles, ni pasaportes, ni nacionalidades, trazada con cantos repletos de deseos, para poder llenar un libro de historias. ¿Serían así las fronteras del mundo de hace un siglo, antes de la Primera Guerra Mundial, cuando aún no hacía falta pasaporte? ¿Un tocón, una línea de piedras, una señal en un árbol marcarían la línea entre España y Francia; entre Francia y Alemania? La ensoñación se rompe con el grupo de jóvenes que pasa al lado, sin siquiera mirar qué marcan los cantos alineados bajo sus deportivas.

Una hora después, a las puertas o en el interior de la Venta do Acebo, están sentados todos los personajes que han cruzado con emoción y euforia la línea de piedrecitas que marca la entrada en Galicia. Los holandeses, el ciclista con el chihuahua, Rosalía con su amiga y el dueño de la venta. Toman cañas o café, bocatas o un tentempié que José Luis —que hoy tiene abierto— sirve desde la barra.

Porque aquí el protagonista es este señor, cuya venta y talante son mencionados no solo por Rufin —sin nombre exacto—, sino por otras guías y blogs de peregrinos que intentan retratar al personaje y su local, con un decorado que haría las delicias de cualquier viajero «impertinente» a lo británico, o curioso, ya sea de la movida de los sesenta o de los ochenta del siglo xx.

«Eso de que abro cuando quiero no es verdad. Aquí está abierto todos los días de nueve a dos, mis amigos lo saben», sentencia el susodicho José Luis, de buen humor esta mañana. Las paredes con retratos de Bob Marley mientras suena Pink Floyd descolocan a parte del personal, que no deja de entrar y salir. A un tipo que sabe cómo se siega *a dalle* un prado y se ayuda a parir a una vaca le ponen Bob Marley, Pink Floyd o Led Zeppelin. Y eso parece sorprender a algunos de sus clientes con ideas prefabricadas sobre el mundo rural.

«Prohibido descalzarse», rezan varios carteles por las repletas paredes. Al no iniciado, el cartel le puede parecer una grosería, pero al dueño de una venta o un albergue en el Camino le resulta de lo más natural. No hay ambientador, ni siquiera los viejos, aquellos de pino para el coche, que retenga a los parroquianos si un par de peregrinos se descalzan. Las anécdotas al respecto son abundantes, así que aquí ni el último de los holandeses, que subía desbordado, osa descalzarse.

Las paredes que acogen esos carteles contra los pinreles están repletas de fotos de amigos del ventero, mezcladas con la cara repetida de Marley o de cuadros al óleo que retratan al dueño echando

un tute con los colegas. «Dicen que soy un gruñón porque me pongo siempre a la altura del que tengo enfrente. Allá por 1802, no estoy seguro, este negocio lo fundaron mis tatarabuelos. Puede que incluso sus padres. Era una parada arriera y aquí, en el valle do Acebo, en esta casa, nací yo. Hace treinta años que murieron mis padres y me vine. He corrido lo mío: Mallorca, Cangas del Narcea, otros trabajos. ¿Pink Floyd y Marley? Me gustan; porque sí».

El interior de la Venta do Acebo confirma por qué se ha convertido en uno de esos cafés que ganan líneas en los cuadernos de viaje, en los blogs de experiencias, ya sea para retratar este lugar, reflejo de una parte de lo que es la senda primitiva, ya sea por lo pintoresco del sitio. Tomarse una caña tras los primeros pasos en Galicia, antes de continuar la jornada, sonando una canción suave de Led Zeppelin, lleva al personal a hablar más bajito de lo habitual. Salvo a los amigos de José Luis, quienes le escuchan con simpatía.

«Antes era bodega y almacén, todo lo aguantó mi familia. Esto empezó a despegar cuando Fraga se vino a Galicia, que dio un empujón a la tierra. Yo me hice el Camino en 1978 y lo único que me encontré fueron curas. Entonces por aquí pasaban uno o dos peregrinos a la semana. Ahora, durante abril y mayo llegan los extranjeros, y desde hace unos años, coreanos y japoneses, también más italianos y portugueses. En agosto, lo que más asoman por aquí son los españoles». Como en la frontera de piedrecitas o en Casa Herminia, cuesta salir del lugar, un microcosmos de lenguas y razas de esos que fascinan en el Camino.

Las paredes de la Venta do Acebo. © Alfredo Cáliz.

Si nada se interpone en el Camino, la siguiente parada será Fonsagrada. El atractivo del entorno lo atraviesa todo. Esta vez es la aldea de Paradavella, un lugar que honra su nombre. Esto es lo que es, una parada bella, aunque en realidad la traducción del gallego, apunta un vecino que sale a husmear, sería «parada vieja». El Camino cruza la carretera que lleva a Fonsagrada y Lugo. El valle, ya bañado por el sol del mediodía y sin niebla, enseña todos los tonos de verde de que es capaz.

En Fonsagrada huele a peregrinos más que a *turisperegrinos*. Nada más aparcar en la plaza del ayuntamiento se topa una con ellos, comiendo en las terrazas, bajo los toldos que les protegen del *orballo* (ahora en gallego). Botas y deportivas machacadas y polvorientas, algún pie en calcetines color chocolate. Alguien nos confiesa que, entre los caminantes, pasada la primera semana de peregrinaje, es una honra el olor a sudor, las ampollas en camino de curación, la cara quemada por una jornada de descuido. Son las heridas de los auténticos jacobeos frente a los turistas, nosotros.

Al atardecer, la entrada en Lugo, después de dos días intensos de montañas, valles, aldeas y pueblos, resulta sorprendente. Aturde. Es la última tarde de agosto y asombra la cantidad de marcha en las calles, sin distinción de edad. Las terrazas de dentro de las murallas están repletas y el ruido —esos decibelios en los timbres de voz de los

españoles— es desagradable tras el silencio de montañas y valles. Tatuajes bajo camisetas de tirantes sobre músculos mazados, cabezas rapadas como los jugadores de primera división, vestidos de tirantes que lucen las *influencers* del momento en Instagram, morritos pintados en morado o rojo intenso, tacones para calles empedradas, barrigas cerveceras y ruido, mucho ruido. Si en tres días esto chirría, ¿qué sentirá al peregrino auténtico?

Lugo es una hermosa ciudad, con la muralla romana mejor conservada de Europa, según Turismo; ochenta y cinco torres «de la antigua ciudad romana de *Lucus Augusti*, fundada por Paulo Fabio en nombre del emperador Augusto en el año 13 antes de Cristo», rezan las guías. Rufin escribe que «pocas ciudades en el mundo pueden enorgullecerse de tales fortificaciones, tanto más cuanto que en Lugo están prácticamente intactas». Tiene razón.

De entrada, tenemos más suerte que el ganador de los dos Premios Goncourt, porque mientras él se encuentra la ciudad tomada por varias Cleopatra, César, Marco Antonio o Nerón conmemorando las fiestas romanas, los únicos hombres con túnica que aquí se ven esta tarde son las estatuas que hay a la espalda de la catedral, presidiendo la plaza.

Cada puerta de la muralla acoge debajo el deambular de algún músico, unos más soportables que otros; el paseo por encima, frecuentado por jubilados, amantes del *running*, turistas y curiosos, es un placer, pese a la gente que lo transita. Tras los caminos entre montañas de la ruta primitiva, esto sigue sonando a barullo.

Pero más apelotonado y significativo resulta el grupo de jóvenes que visita la catedral. Pertenecientes a una de esas congregaciones fervientes y reconocidas por sus cantos con guitarras que luchan entre sí dentro de la Iglesia católica, levantan sus voces y sus instrumentos de cuerda —deben de haber dado media docena de clases, si llega— para jalear su fe, sin fijarse demasiado en los fieles que, silenciosamente, buscan un poco de reposo mientras rezan. Si algún peregrino cruza la muralla buscando las vísperas, no las encontrará entre tanta proclamación pomposa de catolicismo.

La muralla de Lugo al caer la tarde. © Alfredo Cáliz.

El sol se pone tras las torres del recinto amurallado y la ciudad tiene más marcha, si cabe, que dos horas antes. Los bares de tapas están a tope, pero no se distingue a ningún peregrino. La mayoría pernocta fuera de la parte antigua, más económica, y en los albergues. Con una última mirada a las murallas de los tiempos de Augusto, cae el telón.

* * *

Es un gusto salir para Melide, aunque signifique la despedida del Camino Primitivo. La confluencia del Camino Francés y el Primitivo cae sobre el peregrino como una tosca realidad. Adiós a las nieblas místicas y envolventes de las jornadas por Asturias. Queda muy poco para entrar en el *kitsch* del Camino, que subraya Rufin, con la desasosegante llegada al Monte del Gozo. En esta antesala del final, el coche llega a ser un amigo más que un secundario vergonzante, porque, si se entra en la ruta del Francés en modalidad zen, uno puede esconderse de la parafernalia y la animación —a veces estridente— que rodea esta última parte.

Ya lo advertía el médico francés en las páginas releídas anoche. Desde que pisas la vieja ciudad romana, se siente que «estás cerca del final del viaje». El Camino Primitivo y el Camino Francés están a

punto de unirse. Para el escritor, el Francés es «la autopista de los peregrinos, la vía más frecuentada y la más directa, por la que se lanzan cientos de personas cada día». Por eso escogió el Camino del Norte. El juicio no ofrece discusiones, sobre todo si la ruta se recorre en verano.

Así que, cuando cruzamos la Puerta de San Pedro, con una última mirada de envidia hacia los corredores madrugadores que se patean la muralla lucense, no cabe alegar ignorancia sobre lo que queda del viaje. Abundarán los *turisperegrinos* —majos, felices, pero también ruidosos— y llegará cierta nostalgia de las carreteras nacionales y comarcales. «Si en los páramos asturianos el Camino estaba impregnado de una espiritualidad abstracta, despegada de toda religión y, a falta de algo mejor, de budista», escribe Rufin, la autopista nos devuelve al siglo XXI.

Hemos dejado Lugo y estamos en la provincia de A Coruña, en Melide, la confluencia en esa autopista peatonal tan temida por Rufin; uno de esos lugares —el otro está en Arzúa, donde se unen el Francés y el Camino del Norte— en los que «los caminantes perseverantes y venidos de lejos se ven poco a poco ahogados» por los turistas.

De pronto, Klaus rompe los prejuicios de que a partir de aquí solo habrá un tipo de jacobeo. Basta con posar unos segundos la mirada en él para saber que es un peregrino auténtico, de los de la Edad Media, de los que dieron origen a este viaje.

Que Klaus es del norte salta a la vista; está rojo cangrejo cocido, concentrado en ponerse los calcetines que un día fueron blancos, sentado en el banco. Los pies, la gran tortura de los peregrinos tantas veces mencionada, acaban por ser el gran orgullo del verdadero jacobeo, cuando ya forman parte de su vida sin molestar. Los de Klaus, que le hicieron llorar tantas veces, ya se han reconciliado con el resto de su cuerpo. Eso también ayuda; el espíritu ha domado a la parte material, física, el cuerpo, que los primeros días pretendía derrotarle.

Lleva ochenta y ocho días caminando, los que hace que dejó su casa, en un lugar del corazón de Alemania. «Hace dos años y medio que perdí a mi mujer por un cáncer de pulmón y la promesa fue que haría el Camino. Ha sido durísimo, he llorado y penado tantas veces… Pero he encontrado seis ángeles que me han ayudado. Cinco a lo largo de Francia y otro en España, que cuando yo solo podía decir “dolor, dolor”, me masajeó los pies destrozados. Sin pedir nada, nada a cambio».

Un francés le hizo dormir en su casa —no le quedaba comida ni dinero— e incluso le invitó a champán, «pese a que yo le decía lo caro que era eso». Los ojos se le vuelven a llenar de lágrimas y emoción;

está en ese estado de bondad y beatitud que Rufin retrata tan bien en su libro. Klaus resume: «Ahora mi corazón está abierto a todos, al mundo entero, a las personas», y confirma que, a su regreso, en unos días, tras llegar a Santiago, nada será igual en su vida. Esto es el Camino profundo.

En la plaza de Melide, donde está la iglesia del Espíritu Santo, no hay nadie para sellar la Compostela, así que algunos rellenan el cuaderno de rezos, poesías o deseos que hay a la entrada. Es una forma de evitar los papelillos y recuerdos dejados en otras capillas a lo largo del Camino, pero menos hermosa quizá. Un grupo de peregrinos se reúne alrededor de un banco de piedra que hay enfrente, a la espera de que llegue alguien para realizar tarea tan crucial para ellos.

Mala suerte, no encontramos a quien explique o conozca exactamente el punto donde confluyen las rutas del Camino Primitivo y del Camino Francés. Al final, con las indicaciones de los lugareños, concluimos que el punto donde se unen los dos caminos debe de ser el paso de cebra del final de la senda que parte de la plaza. A partir de ahí, todos juntos hasta Santiago de Compostela.

El primer Xacobeo moderno, el que hizo despegar al Camino según los expertos, fue el de 1993, cuando las gentes del Gobierno de Manuel Fraga, aprovechando todavía los efluvios de Barcelona 92 y la Expo de Sevilla, pusieron en marcha la idea. Cada 25 de julio se celebra la festividad de Santiago Apóstol —o Jacobo—, pero si cae en domingo, es año santo jacobeo. La cadencia con la que ocurre es de seis-cinco-seis-once años, de manera que cada siglo se celebran catorce años santos jacobeos.

Renunciar al pulpo en Melide no cuesta tanto ante la cantidad de gente que ocupa terrazas y bares. Han cambiado también las fisonomías; ahora prevalece la gente joven, grupos con ropa deportiva estrenada hace muy poco —quizá esa misma mañana—, todos con colores fluorescentes —en verde, naranja, rosa— puestos de moda por los *influencers*; cintas en la frente al estilo Rafa Nadal, pantalón negro ajustado hasta la rodilla, marcando paquete entre ellos; cortos, ligeramente por debajo de la ingle, entre ellas. Deportivas limpias, casi nuevas, adornadas con los mismos colores flúor que las camisetas y algunas cintas en el pelo. Marchosos, sonrisas amplias, esperanzadoras ante los amores que esperan encontrar en el Camino. Salud y naturaleza, más *love*, un cóctel puntazo para rematar el verano.

Ante tanta marcha, Jean-Christophe Rufin ofrece una alternativa con aires más que atractivos: «El bonito monasterio de Sobrado. Su iglesia abacial es un pequeño Santiago en miniatura. Aunque el monasterio no está todavía ubicado en el Camino principal, constituye

una variante clásica […], cuando se alcanza ese lugar, uno se siente casi como si ya hubiera llegado», escribe el francés. En 2015, el monasterio entró en el Camino por decisión de la Unesco.

Cambia el paisaje, prados y praderas llanos, sembrados a uno y otro lado de frutales y huertos de despampanantes verduras; un muro largo que rodea esta enorme extensión del monasterio. Quizá el pueblo creció a la sombra de los monjes, porque la abadía debió de ser muy rica a la vista de la grandeza y monumentalidad de los edificios. Es fácil comprender la historia que cuenta que este lugar fue en tiempos mucho más poderoso que el mismo Santiago de Compostela.

Del siglo X, aunque estuvo abandonado en etapas de la Edad Media, el monasterio de Santa María terminó en manos del Císter. La sensación de espacio enorme e influyente penetra desde la entrada, en el mismo pueblo; el cruceiro, los balcones pintados de rosa palo a cada lado de la Virgen en la gran puerta; la enorme, bien abastecida y diseñada tienda de recuerdos, que el padre portero atiende con hábito blanco impecable, delantal marrón, y en la cabeza, alta, una *kipá* negra. Todo transmite sensación de modernidad y limpieza.

Ojos azules y rostro propio de un actor de Hollywood que fuera a representar un Gandalf sabio, jefe de todos los magos, el clérigo no tiene su mejor día. «Estamos en el Camino principal, y esto que leo —preguntado por *El País* que sujeta entre sus manos— no indica nada. Leo *El País* y *ABC* para enterarme de los dos lados». Al fin sonríe, para terminar de explicar que hace diecinueve años que está aquí y que tiene sitio para ciento cuarenta peregrinos: en Santa María del Sobrado «se recibe a todos, católicos o no; no pedimos ni licencia de matrimonio ni preguntamos si son homosexuales».

Con las palabras del hermano portero del Sobrado en la memoria y una última sonrisa, enfilar hasta la última parada del destino final no cuesta gran cosa; un lugar cuyas dos palabras suenan a mágicas: el Monte del Gozo. «Es el Monte del Gozo porque, en su cumbre, se descubren a lo lejos los tejados rojos de Santiago de Compostela», recuerda Rufin. «Cuando, finalmente, bañado en sudor y casi desalentado, alcanza el peregrino la cima del famoso monte, busca en vano el gozo. Se trata de una colina tristona, plantada de altos árboles que ocultan la vista». Cierto, tiene toda la razón. El desencanto es total.

Es fácil comprobar la decepción de los caminantes o ciclistas que llegan al monte, mientras toman un refresco en el quiosco que hay al pie de la capilla, donde paran los autobuses. Ana, la quiosquera, de enormes ojos azules, explica: «Esto pasa todos los días. Nada que ver con el peregrino de verdad, ese que nos llega machacado, feliz.

También estos de los autobuses consumen menos, pero son muchos». Y respetables, por supuesto. Pocos son los que disponen de dos o tres meses para dedicarse a recorrer la ruta jacobea. Sabemos que hay australianos y estadounidenses que llegan, por ejemplo, al aeropuerto de Oporto para hacer durante un mes el Camino Portugués. O el Primitivo, y luego se quedan otro mes recorriendo la Península o pasando a Francia. Son ricos, mucho. De los que caminan, pero ligeros de mochila, y duermen en posadas u hoteles de cinco estrellas. Ese es otro mundo. Aquí nos hemos topado con otros estilos.

Llama la atención la estatua de Juan Pablo II, en obras y rodeada por unas vallas desde hace tiempo. Tal y como recoge Rufin, «un monumento gigantesco ha sido erigido en el punto culminante. Es una regla que no admite excepciones: cada vez que un proyecto artístico es sometido al arbitraje de una gran mayoría, prevalecen la banalidad y la fealdad. Sin duda, fueron consultadas muchas personas para la erección de esta estatua que corona el Monte del Gozo… Se podría considerar que es una obra maestra, a condición de incluirlo en un género muy particular: el *kitsch* católico». El autor habría sonreído si hubiera conocido un programa de la tele gallega, donde el feísmo —así, como suena, con todas las letras y la amplitud del concepto— hace las delicias de muchos espectadores. No nos atrevemos a preguntar si el monumento a Karol Wojtyla y ha sido incluido en ese culto a lo horroroso.

Un francés cuarentón, con su hijo y un amigo, apaleados tras los kilómetros que se han hecho hoy —partieron de Irún—, comentan la fealdad del monumento rodeado por vallas y preguntan por el albergue. La quiosquera se lo indica, está a pocos metros a nuestras espaldas. A estos tres, en plena forma, no les interesa gran cosa si desde aquí se avistan por primera vez las torres de la catedral.

No hay más que decir, salvo que la sensación de frustración que produce la cumbre del monte queda atenuada unos metros más abajo, donde dos estatuas de bronce, vestidas a la usanza de los peregrinos medievales, alzan la mirada y su cayado a la vista clara de las torres de la catedral de Santiago. Mucho más despejado, mucho más magnífico que el otro monumento al papa polaco, al atardecer es una parada perfecta para un padre y una hija que llegan en bici desde Orense. Y sí, a los dos la vista les produce más que gozo. Mañana estarán en Santiago de Compostela. *The end*. Gracias, Jean-Christophe Rufin.

* * *

«¡Aleluya! ¡Jubileo! ¡Lhasa! La otra noche vi la eternidad», anotó

Edith Wharton, la escritora norteamericana, ante el Pórtico de la Gloria, un anochecer de 1928. Esa sublimación de las emociones, donde faltan las palabras, se plasma en esta Plaza del Obradoiro cuando el peregrino llora solo o se abraza al compañero; mientras el turista, admirado, participa en el espectáculo que rodea el lugar.

Aquí es más fácil aún distinguir a peregrinos de turistas; nadie tiene necesidad de disimular o de presumir de lo que no es. Los segundos entran en tropel en la plaza, recién bajados de los autobuses. Para quienes no es su primera vez en el Obradoiro, toda sensación queda aplastada bajo una catedral que ha rejuvenecido siglos, tras la restauración de años. La reciente obra le ha robado el traje oscuro, que era una mezcla de sotana negra, monaguillo de blanco y dama gris con rosario y siglos a sus espaldas. Ahora luce con una tonalidad dorada, clara, de señorita vestida para baile de debutantes. Maravillosa.

El cambio no le roba ni un ápice de emoción al caminante que llega a su meta, pies ligeros pese a los destrozos de semanas o meses de viaje. «Sus ojos estaban llenos de una belleza divina plena de comprensión y sus almas del murmullo del cielo, de la oración divina y de penitencia. Esta es la calzada del patio del cielo», escribió Wharton en sus notas de regreso a Compostela en 1928. Tres años antes, un 15 de septiembre de 1925, en su último viaje con Walter Berry —uno de sus amantes más queridos—, ya se había sentido «abrumada» ante el pórtico al atardecer. Ya hemos contado que Wharton había viajado por España a los cuatro años, allá por 1866. En 1928 regresó en su última visita, también en coche.

El final del Camino, la catedral de Santiago. Este es el lugar para ver la eternidad, como dijo entonces Edith Wharton bajo un pórtico oscuro de siglos. © Ksado/ABC.

El pobre libro de Wharton, ya muy sobado, está abierto sobre los adoquines de la plaza, donde sentarse a mirar es casi una obligación. Las páginas están bien acompañadas a su alrededor por mochilas sucias, zapatos y calcetines agujereados y deshechos, entre piernas y pies que se entrelazan con sus dueños aún abrazados, mirando la catedral, recordando a otros miles que desde hace siglos llegaron a la meta. Algunos ni se enteran de la curiosidad que despiertan entre

tantos turistas sus lágrimas y emociones.

Nada distrae a Marina (nombre que no es auténtico, asegura, pero le gustaría). Está tirada en el suelo, es italiana, de mediana edad y no para de llorar. «Creí que no iba a llegar nunca, he estado a punto de abandonar muchas veces. Venimos desde Roncesvalles, por el Camino Francés. Demasiada gente a ratos, pero esto… No soy especialmente creyente, pero lo entiendo todo ahora mismo». Ha tenido que respirar hondo para incorporarse, entre los brazos de sus compañeras. Rodeadas por el postureo de las adolescentes que pelean para hacerse el *selfi* al sol de la primera hora de la tarde ante la catedral, vestida en parte con andamios, las tres amigas logran —¡por fin!— contener las emociones y posar unidas tres semanas después, con el objetivo —la catedral— al fondo.

«Debe de haber gran cantidad de peregrinos que llegan en tropel al santuario de Santiago que no sabían nada ni de Santiago ni de España, ni de lo que se iban a encontrar en el camino a ese lejano y misterioso santuario que estaba haciendo una llamada a la cristiandad, pero fueron empujados por su poder de sugestión», escribe Wharton en sus notas, recogidas en *Regreso a Compostela*, en edición de Patricia Fra y la Universidad de Santiago.

Esta mañana también hay muchos que tienen poco interés en lo de «¡Santiago y cierra, España!», en la santidad del encuentro, pero han caído en la experiencia del Camino, una vivencia que se llevan puesta de por vida. Eso dicen todos. No hay presupuesto para hacerles una encuesta dentro de cinco años, pero sí testimonios abundantes de escritores, poetas, músicos y —lo más importante— varias personas comunes que confirman que la sugestión permanece siempre.

Siempre queda la posibilidad de subir a besar al santo, el busto enorme y frío que transmite cierta calidez con los empujones del que te sigue en la fila para poder hacerse la foto. Complicado preguntar a alguien si sabe quién está enterrado ahí de verdad. Tesis y apuntes nada desdeñables mantienen que puede ser el obispo Prisciliano, un señor acusado de hereje por mujeriego y licencioso. Pero, en realidad, según el teólogo Victorino Prieto, Prisciliano lo que intentó fue recuperar el papel de las mujeres dentro de las comunidades cristianas. En la cripta, donde está el apóstol para los católicos, una pareja pasa diez minutos arrodillada en los reclinatorios, impertérrita ante las señoras mayores que esperan para hacer lo propio. La fe a veces tiene lados curiosos.

Y llega el momento de la Gloria, la sublimación de las emociones de cuatro días sobre ruedas, persiguiendo a los caminantes del Camino Primitivo, robándoles unas pocas de sus muchas impresiones. Estamos

bajo el Pórtico de la Gloria. El Maestro Mateo nos espera.

Una cierta decepción invade a los presentes cuando se enteran de que al *santo dos croques*, ese que desde hace siglos se cree que es el mismísimo Maestro Mateo, el artífice de tanta perfección, ya no recibirá más cabezazos de estudiantes, peregrinos y turistas. Este hueco que luce en su frente permanecerá intocable para evitar más desgaste. Tampoco millones de dedos podrán horadar los cinco agujeros del parteluz, el árbol de Jesé. Según la tradición, la costumbre de dejar las yemas de los dedos sobre la pilastra que representa el árbol genealógico de Jesús proviene de las primeras peregrinaciones, cuando el viajero decía aquello de «al fin he llegado». En la Edad Media había peregrinos «que llegaban aquí con los pies encadenados», escribe Wharton.

Charla entre el grupo de los profetas: Moisés, con las Tablas de la Ley, Isaías, Daniel y Jeremías. ¿Qué se dicen? © Sofía Moro.

La restauración, que tuvo lugar entre 2008 y 2018 y ha sido premiada internacionalmente, ha devuelto el color, la sonrisa y la vida a este lugar que, más que nunca, justifica su nombre: el Pórtico de la Gloria. Silencio entre los presentes tras los susurros admirativos. El espectador siente que está viendo la eternidad, como escribió la norteamericana.

«Entre los años 1168 y 1211, el Maestro Mateo desarrolló un ambicioso proyecto en la catedral, que supuso la conclusión del templo románico iniciado en 1075. A él se deben su adaptación del

espacio y el concepto. Se sabe que disfrutó de una pensión vitalicia concedida por Fernando II de Galicia y León, fechada el 23 de febrero de 1168. En los dinteles del Pórtico está la fecha del 1 de abril de 1188, donde consta que Mateo dirigió la obra desde los cimientos». La voz de la guía no impide el momento de intimidad. Soy una privilegiada. Estoy en un lugar en el que me las arreglo para regresar cuando hay poca gente.

Siempre hay algo diferente por descubrir. Los días que quedan hasta la eternidad podían sucederse bajo estas doscientas figuras realizadas por el taller de Mateo, el hombre más importante e interesante del románico, que agrupó a su alrededor a los mejores artistas del siglo. Y todo bajo los auspicios del arzobispo Pedro Muñiz, *El Nigromántico*, seguramente un intelectual de la época, amante de los libros y la sabiduría, lo que le valió las sospechas supersticiosas de los más retrasados. Cuenta la leyenda que un día de Navidad llegó a la misa de la catedral desde Roma, donde asistía a un concilio. Entró flotando por encima de los fieles. ¿Alguien ofrece algo mejor?

¿Solo Mateo pudo imaginar esta apoteosis? ¿O quizá le ayudó en la escenificación Pedro Muñiz y luego fue comprendida y ejecutada por Mateo y su taller? Se sabe tan poco de los dos genios, echas tanto de menos datos reales sobre ambos… Te concentras y escuchas los martillazos sobre la piedra en el Obradoiro, donde estaba el taller hace ocho siglos. Allí afuera tallaban, pintaban, debatían, llegaban los artistas y maestros desde Francia e Italia.

La base del parteluz, una columna enorme a ras de suelo, es un buen sitio para comenzar a entender tras el primer *shock*. A tus pies, una cabeza de alguien —¿Adán, Sansón, Gilgamesh, el rey de Uruk en Mesopotamia?— que sujeta a dos leones con las bocas abiertas. Adán —supongamos que es él— mira hacia arriba también, tratando de entender. Hay que fijarse en la policromía, protegida lo más posible durante la restauración. El lapislázuli que queda —poco— es original de la época del maestro, como contó la coordinadora de toda la restauración, Ana Laborde, tiempo después de mi primera fascinación.

Porque me pasó como a Rufin: regresé de la primera visita y creí que la iba a olvidar. Fue imposible. Esa sonrisa de Daniel, el profeta que provocó que a la reina de Saba (o Esther) le limaran los pechos para moderar la lascivia del evangelista por orden de un arzobispo; apóstoles y evangelistas en columna, cuatro a cada lado. Cumbre del románico, el Pórtico más glorioso hasta que a Miguel Ángel le encargaron la Capilla Sixtina.

Y allí, sentado bajo Cristo en Majestad, está Santiago el Mayor recibiendo a los peregrinos. Ya había ganado la batalla a Teresa de

Ávila para ser patrono de España. Mejor un matamoros que una monja que es poeta, escritora y que encima levita. Además, Santiago era uno de los preferidos de Jesús. Hijo de Salomé y Zebedeo —también representados en otro lugar de la catedral— y hermano de san Juan el evangelista, el otro rubio guapo de la sonrisa hermosa.

Y los veinticuatro músicos que coronan el Apocalipsis, la gran arquivolta que cierra arriba esa Jerusalén celestial que Cristo ha traído de nuevo a la Tierra. Maravillosos, únicos. Se oye su música, cada uno con un instrumento en su mano. Si observas sus dedos y sus caras, verás cómo los escuchas. Algunos dicen que compiten con los evangelistas y los profetas en atención y belleza. El detalle que fascina ya del todo, por el cuidado puesto en él, es que una de las arpas está al revés. Solo la podía tocar un zurdo.

Se agota el tiempo de cada visita y es imposible no volver a la puerta de la derecha: el Juicio Final. ¡La maldad es siempre tan atractiva! Este Juicio Final que ha formado parte del imaginario infantil de todos los niños de este país católico, apostólico y romano. Ahí, encima de mi cabeza, los tormentos y castigos del infierno, los que utilizaba la profesora para que te portaras bien, los que citaba la abuela para que no tiraras el pan de la merienda. Ahí, por ejemplo, está la famosa talla con la mentira o la blasfemia, contra las malas lenguas y los embustes que hacen tanto daño. ¿Alguien pensó que eran un invento de estos siglos? Pues no, ahí está, y en el Juicio Final se castiga arrancando la lengua con una tenaza al rojo vivo. O el glotón que va a ir al infierno por su gula, que se está zampando lo que para muchos es la primera representación de la empanada gallega.

Los tormentos de los condenados frente a la senda al cielo de los bienaventurados son verdaderas obras maestras que inspirarían hoy a los más grandes dibujantes de cómic. Ya estaba todo inventado en cuanto a la plasmación del mal. Los pecados capitales, las torturas, los dolores, la angustia… Como para equivocar el camino.

Con una mezcla de estado beatífico y *shock*, los visitantes del Pórtico de la Gloria salen a la cruda luz de la calle, al jaleo de la Plaza del Obradoiro. Por un momento, la realidad del ruido y la prisa resultan insoportables. Una solución a mano para mitigar el efecto de la mercadotecnia entre el Santo Apóstol y los turistas es seguir los pasos de la escritora de la jornada. Edith Wharton enfiló hacia «la curiosa iglesita románica de Santa María de Sar, que está más abajo de la ciudad, atravesando los andurriales de costumbre».

Hoy, Sar es un barrio más de Santiago, al que no costaría tanto bajar andando, pero apremia el tiempo y hay demasiada gente en la calle. Allí cerca están «los curiosos grandes contrafuertes de apoyo

evidentemente añadidos más tarde. Dentro, las columnas se inclinan abruptamente. Precioso claustro pequeño del siglo XII, atribuido al Maestro Mateo». Eso lo vio la norteamericana. Muchos de los peregrinos y turistas se tienen que conformar con observar los contrafuertes, porque tanto el pequeño museo de la parte trasera como el pórtico permanecen clausurados.

Adiós, pues, al Maestro Mateo. Hasta la próxima al Camino Primitivo, al Camino de Santiago, a esta «calzada hasta el cielo». Hay recogido alimento para este menú de sensaciones indescriptibles: sorpresa, curiosidad, emoción, tristeza, felicidad, penurias, alegrías, cansancio, amistad, respeto a las culturas del mundo…

10

El Paseo del Prado, el más bonito del mundo. Ticknor, Gautier y Davillier se rinden al Salón de Madrid

Es una mañana de primavera. Corre la brisa bajo los plátanos de sombra del Paseo del Prado y los jardineros acaban de reponer las begonias y alegrías alrededor de la fuente de Cibeles y de la senda central que va hasta Atocha. Desde hace un rato, este banco de piedra que mira a la diosa del carro con los leones se ha convertido en observatorio. Reposan en el regazo tres libros ya sobados de tanto corretear con ellos por las benditas provincias. Los acompaña otro casi nuevecito, sin subrayados.

Cuando el tráfico se detiene unos segundos por el cambio de color de los semáforos, se puede adivinar el sonido de los chorros de la fuente de Cibeles. Es una ilusión auditiva, claro está. Desde aquí se la ve a fogonazos entre el tránsito de los autobuses y el quiosco antaño de periódicos, hoy una reproducción de bazar chino, lleno hasta arriba de trastos, trastitos, gorras, gorritos y chuches para turistas.

El libro más nuevo, que aguarda con las páginas marcadas desde hace meses, es el tomo de Richard Ford, el «curioso impertinente» que más ha influido en el imaginario de los ingleses sobre el retrato de España durante casi doscientos años. Empezamos por este *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, que es una joya, aunque cada tres páginas haya que resetear la lectura para pensar en el contexto en el que fue redactado. Es obvio que ha dejado marcas indelebles en los viajeros de fuera, alimentado el *typical Spanish* con sus muchos tópicos y bastantes verdades. Desde el Romanticismo, puede que haya sido tan influyente como aquel Gil Blas del que hablamos al principio.

Las primeras páginas sobre «Madrid y Castilla» son para soltar el libro y echar a correr Paseo del Prado abajo, pillar el primer tren que salga de Atocha y despedirse de la capital, por más acostumbrados que estemos ya al «impertinente» y desagradable británico, quien observaba y describía desde fuera lo primarios, desdichados, vagos, alegres y *noblotes* que éramos. Las ganas de echárselo a la cara y soltar unas cuantas frescas son casi viscerales, pero, pese a los ejercicios de raciocinio, regresan de vez en cuando.

No está mal entre tanta tolerancia dar un poco de salida a la

rabia. Este señor se labró un huequecito en la posteridad gracias a escribir la gran obra-guía sobre España en el siglo XIX, vertiendo sus muy peculiares impresiones, aunque no convivió más que unos pocos días con alguna familia española. Principalmente se codeó con el servicio y casi todos sus contactos fueron con otros extranjeros. De los «criados» también escribió duras palabras, por vagos y pícaros. Pero todos los románticos se chiflaron con sus historias, resaltando lo chusco y la realidad. La de Ford es la mirada del aristócrata británico segundón, de quiero y no puedo. Pero el grueso de lo escrito fue un acierto para el público. De hecho, es una gran obra.

A estas alturas queda claro que da algo de pereza reabrir los textos de Ford, aunque sean sobre este Paseo del Prado. Ahora pasa por aquí cerca un grupo de rubios eslavos, con guía turística y armados con móviles, que cruzan el semáforo desde la esquina del Cuartel General del Ejército de Tierra (antiguo palacio de Buenavista, del que hablan los libros que tenemos aquí esta mañana), donde acaban de ver el relevo de la guardia, un tanto modesto si se compara con el de Buckingham. Mejor no pensar qué escribirían sobre ese cambio de guardia marcial los autores extranjeros cuyas obras ahora reposan sobre este banco, escritas hace doscientos años. Los rubios vienen hacia acá, por la esquina del Banco de España, rozan estos asientos y se pierden por el Salón del Prado hacia el museo. No tienen aspecto de pensar que este Madrid es espantoso.

Allá vamos. Abrimos a Ford y la capital que él retrató. A saber: «Madrid, esta digna capital de un país de anomalías, no es siquiera una ciudad; no es más que la principal de las *villas*. No tiene catedral ni obispo». La Almudena no comenzó a levantarse hasta finales del siglo XIX. Más reflexiones del jinete que dejaba a su dama al cuidado de los criados españoles de Sevilla: «Se ha calculado que durante los siglos XVII y XVIII se gastaron en España no menos de sesenta y ocho millones de libras esterlinas en la construcción y decoración de conventos, en lugar de construir carreteras y abrir canales: ahora bien, casi todas las iglesias de Madrid fueron edificadas durante este fatal periodo». No asombra nada que así fuera, lo de la Iglesia y la monarquía en este país ha sido la desdicha histórica, un cáncer que renace cada cierto tiempo. Y con metástasis. Veremos si a ello vamos en los tiempos postpandemia.

La imagen que retrata debe de aproximarse bastante a aquella realidad, pero la displicencia, el tono de superioridad, los juicios apresurados sobre nuestros tatarabuelos socavan la autoestima nacional desde hace generaciones. El esfuerzo por contextualizar es necesario, pero cansino por la petulancia y el desprecio, mezclado con

racismo —al español y al musulmán, total, somos lo mismo de desastrosos, ya que somos África u Oriente, mantiene siempre Ford—, hacia una España a la que siempre mira con la nariz de *malhuele* bien arriba.

¿Qué cara pondría si observara al histriónico *premier* británico Boris Johnson? ¿Y qué le parecerían los escándalos de la familia real británica en los últimos setenta y cinco años?

Los románticos europeos son tan entrañables con nosotros como antipáticos, prejuiciosos y paternalistas. Pero enamorados de nuestras pasiones, son también capaces de escribir las líneas más hermosas sobre este Paseo del Prado —el «Salón» del Prado, que aquí mismo empezaba—, que, según ellos, admiraba al mundo, al tiempo que escupen sobre las gentes. Qué cosas. También alaban la bizarría nacional; depende de la necesidad literaria del momento en que escriben.

Bien está que juzguen a la monarquía corrupta e inepta de Fernando VII o Isabel II, a la aristocracia o al clero, pero la ridiculización del pueblo es otra cosa. Y, pese a todo, aquí estamos, fascinados e irritados, luciendo nuestra propia incoherencia sobre estos notables guiris que visitaron la capital tras el paso de Napoleón por la Península. Unas veces somos geniales y furiosos; otras, un rebaño sin remedio. ¿Qué pensar, pues, si la mañana es solo para seguir a estos pedantes que nos amaron a ratos?

* * *

A veces conviene empezar por las obviedades: Madrid no es París, ni Roma, ni Londres, ni Atenas, ni Lisboa. Y qué decir de ese pobre río Manzanares que sigue siendo un arroyito al lado del Sena, del Tíber o del Támesis, pese a la recuperación de los últimos años. Hace dos siglos, la capital era aún mucho más pobre y desigual, comparada con las otras grandes de los que también fueron imperios europeos. La ciudad seguía sin entender por qué Felipe II la había escogido, teniendo Toledo, Granada o Sevilla, por ejemplo. Y, por cierto, Richard Ford echa la culpa a Carlos V de que la capital esté aquí, cuando realmente quien decidió instalar la Corte definitivamente y, con ello, la Administración del Estado fue su hijo, Felipe II, en 1561.

En el siglo XIX, tras las guerras napoleónicas, Madrid era la capital de un imperio en decadencia. A no ser que el viajero tuviera un interés especial por la pintura, algún pariente al que visitar, alguna tarea académica o diplomática que desempeñar, la capital de España no entraba en el *Grand Tour*. En los programas de las familias ricas, parejas o jóvenes que viajaban durante uno o dos años por Europa,

esta ciudad a lo más que llegaba era a provocar unas líneas por una escapada casual de los viajeros camino de Toledo o Sevilla. No ofrecía el exotismo oriental de Andalucía ni la belleza de la costa mediterránea, desde Girona a la atlántica Cádiz.

La Corte española era un tanto peculiar y hortera. Como señala Ford, en comparación con las otras europeas, «no es mucho más que una parodia». Ilustres como George Ticknor o Gautier piensan lo mismo. Entonces los museos eran aún pobres y los mejores cuadros, pese a los esfuerzos de algún Borbón ilustrado, permanecían repartidos por sus palacios o en las casas de una aristocracia decadente que pugnaba por salvar sus palacios y latifundios mediante alianzas matrimoniales con las fortunas de los empresarios del norte, sobre todo vascos, asturianos, catalanes y cántabros, que empezaban a despuntar.

Pero el Rey Felón —o, mejor, su esposa— sí que hizo una cosa bien. Recuperadas las mejores pinturas del expolio de los franceses y sacadas de los escondites donde sobrevivieron a la voracidad de los oficiales de Napoleón, concedió que el antiguo Museo de Ciencias Naturales de su abuelo, Carlos III, se convirtiera en el depósito de las muchas obras reales que había acumulado la monarquía española desde Carlos V.

Otro grupo ruidoso interrumpe unos segundos el repaso de las líneas de Ford. Ahora son jóvenes italianos —ellas guapísimas, estilosas— los que cruzan la Plaza de Cibeles. Tienen todo el aire de estar de viaje fin de curso y ellas y ellos han estado sometidos a la dictadura de Instagram en la esquina de Recoletos, con la Cibeles y el palacio de Correos detrás. Los chicos también se hacen decenas de fotos, pero han visto muchas menos tutoriales que ellas. O tienen menos gracia en sus poses. Caminan hacia el palacio de Correos, desde cuya terraza hay una panorámica estupenda de la Gran Vía y la calle de Alcalá. La pregunta es qué tal habrán desayunado en el hotel y la interrogación es absurda…, pero es que aquí están otra vez las líneas de Ford poniendo verde a la pobre gastronomía española. La reflexión y la información que ofrece no tienen desperdicio. En Madrid se come tan mal que «los embajadores extranjeros tienen menos influencia aquí que en cualquier otra Corte europea; como todo el arte de la diplomacia se centra en la cocina, nunca puede entrar enteramente en juego en una ciudad donde se come» tan mal. La cocina era esencial, porque es donde se «lubrican los negocios». La tradición no ha cambiado. Todo el mundo sabe que alrededor de una mesa bien repleta y atendida los malos humores se disipan y los olores de los platos y el alcohol ayudan a los acuerdos; a los pactos honestos y a los

deshonestos.

Así lucía el «Salón» del Prado en el siglo XIX. Album.

Pero dan ganas de copiar el párrafo y enviarlo a los cocineros dueños de soles y estrellas que copan los primeros puestos del mundo desde hace unas décadas. Tampoco escapan a las críticas del británico las «herejías» de nuestra cocina: el ajo y el pimentón. Seguro que el caballero británico sabía que siglo y medio después, la pija entre las pijas, Victoria Beckham, iba a quejarse de que España «huele a ajo».

Más adelante carga merecidamente contra Fernando VII, «desde cuya muerte la capital ha mejorado», y vuelve a poner como un pingo a los madrileños, que «se caracterizan por un tono metropolitano y cortesano de superioridad; hay una afectación de menosprecio de la ciudad provinciana y sus maneras». Pero reconoce que ha mejorado, en parte gracias al marqués de Pontejos, aunque sigue alucinando con la persecución brutal que se hacen entre los dos partidos, conservadores y liberales, y los continuos exilios a Francia e Inglaterra.

Con todo, ahí va una concesión: «Madrid les gustará más a quienes han venido directamente a España desde Francia, ya que es una ciudad verdaderamente española y, por tanto, los vestidos, el Prado y las corridas de toros les sorprenderán». Una semana bastará para ver las maravillas de «la única Corte del mundo cuyos museos están, ciertamente, entre los mejores de Europa». ¡Aleluya! No le ha quedado más remedio que conceder algo a la pretenciosa y cutre

capital.

Es obvio que algunas actitudes no han cambiado entre los madrileños, pero hay ya tan escasos oriundos del lugar… Solo que no es únicamente el autor de la guía más influyente en Gran Bretaña quien pensaba así. A la vista de lo que cuentan otros escritores, diplomáticos y artistas que pasearon por los salones de esta modesta capital hasta bien avanzado el siglo xx, más pudieron las zafias costumbres de la aristocracia de Fernando VII e Isabel II —ya venían con raíces pedestres padre e hija— que los modales británicos o afrancesados que intentaron introducir algunas de las grandes familias de la burguesía, viajados más allá de las fronteras europeas, y que regresaron con grandes fortunas de Latinoamérica.

La alianza entre esta nueva burguesía rica y buscona de títulos nobiliarios y la rancia aristocracia renovó parte de las grandes casas, pero no lo suficiente. Y, además, eso sucedió ya a principios del siglo xx, cuando comenzaron a crearse los grandes bancos, las navieras y los altos hornos con el capital procedente del comercio con las Américas; entre otros, del tráfico de esclavos.

Los extranjeros que querían visitar los salones de renombre y entender las costumbres de la pacata capital de día y trasnochada de noche llegaban a Madrid invitados por diplomáticos, eclesiásticos, políticos o aristócratas con contactos internacionales. Salones como el de María Josefa Pimentel, duquesa de Osuna, la ilustrada por excelencia, o los de Manuela Kirkpatrick, duquesa de Montijo —la madre de la emperatriz Eugenia de Montijo y de la duquesa de Alba (las amigas de Mérimée)—, eran una rareza. Ambas tenían raíces fuera de España, y en esos lugares las acostumbradas tazas de chocolate espeso que se ofrecían eran memorables.

En justicia, hay que decir que no solo Ford es duro en su visión de Madrid. Al soso de Hans Christian Andersen, que se pasa los días en esta ciudad quejándose de la nieve y el frío y que solo recomienda la villa por el Museo del Prado, le pasa algo similar. Madrid, para el danés de los grandes cuentos infantiles, fue «un camello derrumbado en el desierto, yo tomé asiento sobre una de sus gibas, ojeé los alrededores, pero me sentía incómodamente sentado y el asiento salía caro». Esos días andaba enfadado porque las cartas de recomendación le salieron mal, los embajadores estaban fuera o las casas de extranjeros que le nombraron, cerradas. Y tenía que pagar las fondas, caras y malas.

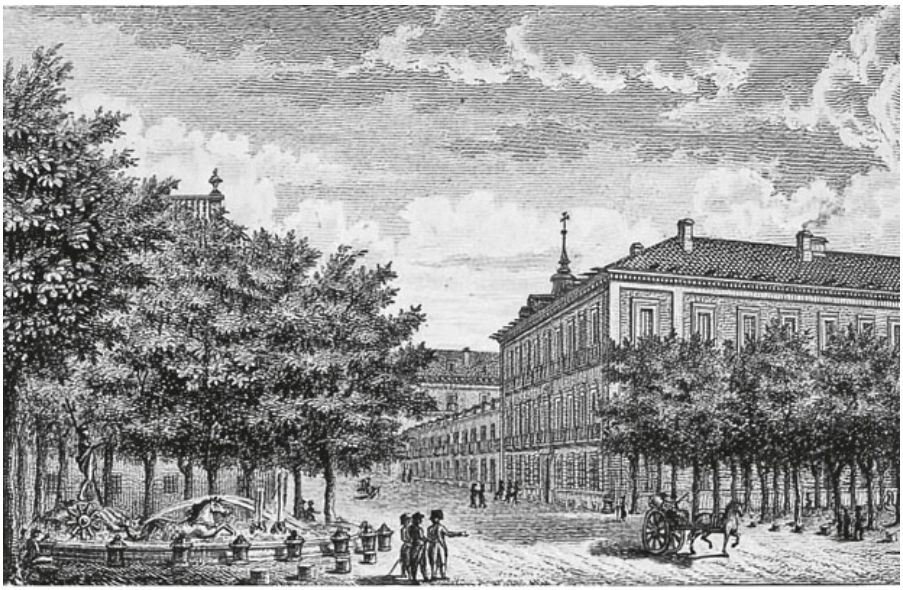
Para entender aquel Madrid y compensar a Ford o a Andersen conviene retomar la mirada de George Ticknor y sus *Diarios de viaje por España,* la de Charles Davillier y Gustave Doré en su *Viaje por*

España y la del joven, divertido y despectivo Théophile Gautier en el también titulado *Viaje por España* (no eran muy originales en los títulos), autores ya conocidos en otras excursiones.

Entremos en materia y guardemos al británico, quien al final admite, al menos, que tenemos buenos museos y calles alegres. Vamos con los que lanzan piropos generosos sobre este lugar —el eje Paseo del Prado-Recoletos—, que ha sido reconocido recientemente como Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Como siempre, los de fuera nos observan por comparación y nos descubren lo que a los madrileños de entonces y de ahora nos pasa desapercibido. Ven, siéntate, lee y mira. Ayer y hoy.

* * *

Según cuentan los dos franceses y el bostoniano, el Paseo del Prado de Madrid era el más hermoso del mundo, revelando que este Madrid del siglo XXI, que tantos miles de personas visitan, patean y viven cada día, aún guarda sorpresas. Capital chiquita, sí, pero matona, acogedora, multicultural, por más que haya regidores que se empeñen cada equis años en convertirla en cateta.



El Paseo del Prado y Neptuno antes de que le cambiaran de lugar, como hicieron con la Cibeles. Album.

Para vivir la experiencia solo hay que tener tiempo para sentarse en un banco del Paseo y asumir el papel de la vieja del visillo que observa asombrada el ayer y el hoy. Entre Cibeles y Atocha, lo que

desfila es un reparto de diferentes capas sociales, de generaciones nacionales y extranjeras, que retratan mucho de lo que somos ahora. Tan lejos de lo que veían los escritores escogidos, a la espera de que el rey —ya fuera Fernando VII o su hija— hiciera su aparición entre las carrozas y coches algo cochambrosos de la aristocracia caduca y la burguesía aspirante a sustituirla.

Por el centro del Paseo, turistas, jubilados, niños en patinete, madres recién paridas con el cochecito del bebé, algunos ejecutivos que suben de la Bolsa o salen del palacio del Ayuntamiento.

En las calzadas, el pelotón de automóviles demuestra que sus modelos y marcas son similares a los de cualquier capital europea. También igualamos en contaminación, quizá más, porque hay tiempos en los que los madrileños tienen pésima suerte con sus gobernantes, que se declaran amantes de los atascos y, por tanto, de los humos.

Ya no provocamos el asombro y las sonrisas irónicas que despertaban los coches a mulas de los nobles y de la Corte que rodeaba al Rey Deseado, que resultó un golfo. Lo que no ha cambiado son los edificios. Ni las mejores fuentes. El cotilleo se ha trasladado un poco más arriba, a las terrazas que rodean la Puerta de Alcalá y las tiendas de la Milla de Oro, entre las calles Serrano y Ortega y Gasset. Si llegas a la capital y quieres ver *influencers* —modelos, futbolistas, personajes divorciados de famosos o políticos de puerta giratoria—, basta rodear la Puerta de Alcalá. Para asegurarse el éxito, mejor a partir del atardecer.

Las terrazas en los tejados de los hoteles de lujo o la del Círculo de Bellas Artes también son miradores privilegiados, como sucede en Atenas o Roma. Pero si quieres ver lo genuino, lo que se aleja de ese personal de móviles últimos modelo y tacones —verdaderos o falsos— en sandalias Louboutin, hay que descender a los garitos de Chueca —en decadencia, pese a los esfuerzos de la comunidad gay—, Lavapiés, Vallecas, Usera y Carabanchel. Allí es donde se esconden los miembros de lo que en unos años se estudiará como la «movida artística», *trans* y política de los Z y los *millennials*. Allí habrían ido Gautier y quizá Doré y Davillier.

Dos siglos atrás, los gacetilleros de la época no podían perderse las tardes del Salón del Prado, donde pasaba o se exhibía casi todo lo que sucedía en la villa y corte, donde se propagaban los chismes de los salones o de las casas de prostitución; donde se hablaba del último lance de Pedro Romero en la plaza, del vestido de las infantas ese día o de cómo el abanico de doña María Luisa de tal se movía de esta u otra manera en el diálogo mantenido con su amante de turno. Allí también se cocían algunas crisis de Gobierno, y todo terminaba

rematándose en los salones que rodeaban al detestable Fernando VII o a la *cachondona* Isabel II.

Basta con bajarse en la estación de Atocha, ir al cercano Museo Reina Sofía, al Museo del Prado, al Thyssen, al Jardín Botánico, al Parque del Retiro, al recién retocado Museo Naval, o hacernos el *selfi* ante la Puerta de Alcalá, para estar atravesando un lugar que en nada tiene que envidiar a los Campos Elíseos, los Jardines de las Tullerías o el barrio Chiaia de Nápoles.

Daba igual que Ticknor, Gautier o Davillier llegaran desde la Puerta de Alcalá o desde la Puerta de Atocha —en las inmediaciones de la iglesia de Atocha— o que vinieran desde la Puerta del Sol. Los extranjeros caían rendidos ante este Paseo, creado por el mejor alcalde de Madrid, Carlos III, y luego embellecido —con más o menos fortuna — por los sucesivos Borbones. Usado por los reyes y la nobleza como lugar de lucimiento, durante la segunda parte del siglo XIX fue uno de los imprescindibles de Europa para mantenerse en el candelero de los salones.

En 1818, cuatro años después de que acabara la Guerra de la Independencia contra los franceses, George Ticknor, profesor de Harvard, precursor de los estudios hispanistas, escribió sobre el Paseo del Prado: «Este es el cuadro en movimiento más sorprendente del mundo».

Veintidós años después, en 1840, el escritor francés Théophile Gautier sentenció: «El Prado ofrece un golpe de vista animadísimo, y como paseo es, desde luego, uno de los más bellos del mundo». Y eso que el francés no regalaba piropos a este país.

Otros veintidós años más tarde, en 1862, el barón Charles Davillier —intelectual culto, escritor, anticuario y algo «rapiñero»— se dirige al Prado, «el paseo de moda, punto de cita de los carruajes y de los caballeros, de los elegantes, como lo son en París los Campos Elíseos».

Son solo tres ejemplos curiosos —téngase en cuenta que hay citas de dos franceses, más despectivos si cabe con la monarquía, la Iglesia y la nobleza española que los mismísimos británicos, y un americano, quizá el más interesante y menos contaminado por el nacionalismo y los hechos históricos—. Los franceses aún sangraban por la expulsión de las tropas napoleónicas a manos de un ejército desastroso y lleno de bandoleros zarrapastrosos; los ingleses aún no entendían cómo su adorado duque de Wellington había podido salir victorioso ayudando a los españoles contra Napoleón, con lo cutres e inútiles que éramos (Richard Ford y George Borrow lo subrayan constantemente)… Pero Ticknor es otra cosa. El señor de Boston —ya por entonces ciudad

símbolo de caballerosidad y elegancia en Estados Unidos—, conocido por «ser el autor de la primera *Historia literaria española* (1849) y por su famosa y riquísima Biblioteca de Autores Españoles», que donó a la Biblioteca de Boston, como cuenta el profesor Antonio Martín Ezpeleta en la estupenda edición de sus *Viajes*, retrata una España increíble, magnífica y triste, luminosa y gris, llena de contrastes. Llega cuando solo han pasado cuatro años escasos desde que los franceses han sido expulsados más allá de los Pirineos. Y hoy han pasado doscientos dos años desde que Ticknor apuntó su descripción del Paseo del Prado poniéndolo en mejor lugar que la Quinta Avenida de Nueva York.

Para acceder a lo que para Ticknor era una «inagotable fuente de diversión» se comenzaba por la Puerta de Atocha, que «se extiende alrededor del convento [de Atocha] y, pasando la magnífica Puerta de Alcalá, se extiende alrededor del convento y la Puerta de Recoletos». Hoy, ni la Puerta de Atocha —que se da por situada en lo que a principios de siglo XX ocupó el Ferrocarril— ni la de Recoletos existen, aunque sí ha sobrevivido la de Alcalá, símbolo de la capital, aireada y puesta en valor popular con un «mírala, mírala, la Puerta de Alcalá», que a tantos les descubrió los restos de los cañonazos de las guerras en sus dinteles y arcos. Ahora tiene un banco de granito delante, en la confluencia entre las calles de Alcalá y O'Donnell, donde asiáticos, latinos, los Erasmus, los de Cuenca o de Sevilla, Fuenlabrada o Bilbao hacen cola para sacar una de las fotos más subidas a Instagram cuando llegan a la capital.

También han sobrevivido las tres magníficas fuentes que admiraron a nuestros autores: Cibeles, Neptuno y la menos conocida pero igual de hermosa —o más— de Apolo o de las Cuatro Estaciones. Eran el corazón de lo que se llamó el «Salón». En el diseño del Paseo tuvo mucho que ver Ventura Rodríguez, que fue quien concibió el Museo de Ciencias Naturales encargado por Carlos III. Ventura y su taller escogieron a Cibeles —la diosa de la Tierra—, a su hijo Neptuno —dios del mar— y al dios Apolo —dios de las artes y la cultura, de la belleza— sin tener ni idea, naturalmente, de que, andando un siglo y medio, los hinchas de una cosa que empezó llamándose balompié y luego terminó en fútbol y *furbo* iban a convertir a la madre Cibeles y al hijo Neptuno en víctimas de las celebraciones del deporte de masas.

El «Salón» del Prado empezaba en la Puerta de Alcalá. © Alfredo Cáliz.

Es un pecado habitual dejarse cegar por Cibeles y Neptuno, abandonando a Apolo y sus Cuatro Estaciones, enfrente de la estatua de Velázquez, en la puerta principal del Museo. La plazoleta del paseo central que rodea a este dios de las artes, y también de la guerra, tiene bancos que dan para sentarse un rato y examinar las Cuatro Estaciones que la sujetan. La primavera, el verano, el otoño y el invierno se merecen unos minutos, e incluso una hora. Y, según los expertos, la figura de Apolo es una pieza única. Aunque de las fuentes pensadas por Ventura Rodríguez esta fue la última en terminarse (sobre 1802), está deteriorada, pese a algunas restauraciones recientes. Los sabios mantienen que es el mejor ejemplo del clasicismo español que hay en el Paseo y que Manuel Álvarez y Alfonso Giraldo, los escultores, hicieron un trabajo maravilloso.

De las tres, es la única a la que se puede admirar sin ser importunado, ya que no está en una glorieta. A Apolo miraban —en su origen— Cibeles y Neptuno, pero a finales del siglo XIX fueron levantadas sobre el pedestal y giradas. En la actualidad, el hermoso dios se dedica solo a observar El Prado. En invierno, abrigados, es un lugar para románticos a los que no les importa serlo. Si las máscaras de Ceres y Medusa, debajo de las Cuatro Estaciones, echan agua, el cuento mitológico que allí te puedes montar —solo o con niños y mayores— da para bastante. Aunque muchos se quejan de que no luce

como debiera, otros preferimos que Apolo permanezca ahí, guardado por unos alrededores magníficos que le protegen.

En la segunda parte del siglo XIX, el alabado «Salón» hizo las delicias de los visitantes de la capital. Cuenta el profesor Ticknor que, a las cinco de la tarde, cada día, el Prado, y especialmente el Salón, se remojaba para prevenir el polvo: «Justo antes del atardecer, los coches y la multitud comienzan a aparecer. Una media hora después de comenzar el desfile, el paseo alcanza su máximo esplendor». A la izquierda, pasaban dos hileras de coches todo el tiempo. «Pero el rey [Fernando VII] y las infantas van arriba y abajo también, pero por el medio, con todos los privilegios de la realeza. Además, obligan a todo el que va a pie a quitarse el sombrero según pasan y a aquellos que van en coche a pararse y ponerse de pie».

En el siglo XXI, las multitudes que describe Ticknor han sido sustituidas por visitantes o ciudadanos que utilizan el paseo central para caminar o turistear. Si ahora te paras a comparar con aquellas gentes del libro, de garganta arriba, verás que los sombreros y las mantillas han sido sustituidos por las mascarillas, las faldas de miriñaque de las damas por los pantalones, y las levitas por camisetas que solo cubren parcialmente unos tatuajes que invitarían a pensar que todos esos jóvenes con piel dibujada son marinos llegados desde los puertos españoles.

* * *

En realidad, es imposible describir todos los cambios, empezando por los motores que han sustituido a los caballos y a las mulas. Ni siquiera los tapabocas que ha traído la pandemia más grave del último siglo roban un minuto de asombro y disfrute a lo que ha pasado por aquí en estos doscientos años; la cantidad de símbolos que sobreviven y evocan aquellos tiempos son de piedra, edificios y esculturas. Monumentos. Es más, quizá la mascarilla sea lo que más nos aproxime a aquellos tiempos pasados de los embozados y las pestes.

Más abajo, otra sentada en los bancos corridos de granito —Ticknor y Gautier hablan de bancos de mármol—, cerca o frente al Museo Thyssen o a las puertas del Prado o del Jardín Botánico, permite imaginar lo que el lugar fue en los atardeceres. Aquellos «carruajes que no se encuentran en ninguna otra parte de la Cristiandad, tal es la extraña e incongruente variedad», fascinaban al bostoniano. Porque los coches a caballo de la nobleza española —la peor y menos noble de Europa, escribió Ticknor— eran una mezcla increíble. El norteamericano relata cómo esos carruajes iban conducidos por «dos viejas mulas, atadas mediante cuerdas y con un

postillón», que parecían heredados de los Reyes Católicos. Es probable que estos escritores no tuvieran ni idea de la importancia que las mulas alazanas han tenido en la historia de la aristocracia española. En Sevilla, las alazanas de la Casa de Alba, que se enjaezan cada año para la Feria de Sevilla y otros eventos, tienen historia propia. Y ya en el siglo XIX, los Alba y las otras familias de renombre de ese círculo cuidaban sus mulas alazanas casi como a sus caballos andaluces de pura raza.

Théophile Gautier también habla de lo poco lúcidos que son los coches con mulas que tienen el honor de rodar por el «Salón» y el Paseo del Prado —«cabría tomarles por coches de acompañamiento de los coches fúnebres»—, pero salva la situación con los caballos andaluces y su belleza, amén de las damas que a veces los montan. Abrir hoy las páginas del francés ya subrayadas en la terraza de un café de Neptuno (de una franquicia norteamericana; el café es tan caro como espantoso, pero el sitio resulta útil para observar), por debajo del Hotel Palace, es un momento sin precio.

Enfrente está el hoy Museo Thyssen, antes palacio de los duques de Villahermosa. Como el resto de los palacios de la zona, lo levantaron allí para estar cerca del «Salón», en el camino de los reyes, entre el Teatro Real y el Retiro. Si mirabas hacia él en los veranos de antes de la pandemia, contra sus muros rojizos se recortaban pelotones de turistas de pantalón corto, deportivas y gorras de los Bulls y los Yankees, más latinoamericanos que estadounidenses.

La fuente de Apolo o de las Cuatro Estaciones, la menos conocida. © Alfredo Cáliz.

Tanto los rubios europeos del norte —podrían ser alemanes por el uso masivo de las sandalias Birkenstock—, con sus pieles entre encarnadas y morenas pasadas por la costa mediterránea, como los ordenados japoneses o coreanos, a los que a veces no es fácil distinguir —ellas con sus hermosos sombreritos y estilosas ropas; ellos, cargados aún de máquinas fotográficas pese a la era del móvil—, atraviesan el Paseo desde el Museo del Prado hasta la colección del barón alemán. ¿Qué pensaría Gautier de estas masas, tan idénticas a las de otros turistas que invaden Europa, América y Oriente? Ahora no son masas, pero, además de compartir las marcas de las zapatillas deportivas, comparten las mascarillas. En todo el planeta. ¿Y don Ramón del Valle-Inclán, que cien años antes salía del café del Palace o bajaba del Ateneo y doblaba esta esquina, donde quizá había discutido con su amigo Azaña, y se detenía en estos bancos…? ¿Qué pensaría de este panorama?

Lo que hacía más alucinante al Paseo, además de la anchura, el colorido, la posibilidad de saludar «a la gente que pasa en calesa por la calzada, un honor para quien va a pie saludar a quien va en coche», escribía Gautier, son las mujeres y su tocado de peineta y mantilla. Que no se vean sombreros femeninos y que «la mantilla sea una realidad» fascina al norteamericano, al escritor francés y al barón Davillier, que llega décadas más tarde que su compatriota y que Ticknor.

El pobre Davillier las pasa canutas en 1862 para descubrir una mantilla y, como tantas otras veces en estos amantes extranjeros, hay una cierta queja de que las influencias de la moda de París arruinen el tipismo, que a ellos les da para unas líneas más atractivas. No llega a irritarle tanto como a otros de los escritores escogidos, pero a Davillier también le molesta: «Cada día, la mantilla va cediendo el paso al sombrero», se lamenta, aunque el efecto se deba al éxito de la moda francesa, que las españolas copian de las damas de su país.

Para cuando escribe Davillier, el Paseo del Prado y su «Salón» ya han sufrido cambios. Hay sillas de hierro «alineadas a lo largo de los árboles, están ocupadas como en los Campos Elíseos de París por los que quieren limitarse al papel de espectadores» y observar a los caballeros y a los «elegantes carruajes». Debe de ser que con Isabel II las mulas y los carruajes mejoraron.

El barón y su amigo Doré entran «en la fuente de la Castellana, a la sombra de hermosos árboles, cuyo pie se baña en un agujero redondo rodeado de ladrillos». Hoy no queda ni rastro de esa fuente, y las otras dos mencionadas, la fuente del Cisne y la del Obelisco —

ahora en el parque de Arganzuela— ocuparon ese lugar, pero no duraron allí mucho tiempo.

Eso sí, desde el Paseo de la Castellana, de «reciente creación […], esta parte de Madrid, con sus hermosos palacetes, se está convirtiendo en un barrio elegante, de la misma clase de nuestra Avenue de l'Emperatrice o el West End londinense», escribió el francés. Si el marqués de Salamanca hubiera leído tal párrafo, se habría sentido encantado, que para eso se curró la prolongación y el barrio al que dio su nombre, por encima de su palacio, ahora sede de una fundación de cultura de uno de los grandes bancos españoles.

En la actualidad, ya sea una mañana de primavera, de verano o de fantástico invierno nevado, pararse o patear el Paseo del Prado, el corazón de la milla de oro de la pintura española —el Prado, el Thyssen, el Reina Sofía y las exposiciones de CaixaForum— para contemplar el lugar con la mirada de estos personajes acarrea un revoltijo de sensaciones. Un circo bulle en nuestras cabezas con la imaginación ocupada por los carruajes pintorescos de la aristocracia de Fernando VII, aguadores y horchateros, amas de cría pasiegas —Ford dice que son asturianas, otro desliz—, chisteras y levitas, vestidos de cintura estrecha y larga con botín de corchete al tobillo… Estamos en un escenario del teatro televisivo *Estudio 1*, solo que ahora no es en blanco y negro y avanza demasiado rápido ante nuestros ojos.

* * *

Habían pasado meses desde esas miradas al Paseo de la mano de nuestros autores guiris cuando llegó el increíble acontecimiento, ese que cumplía el tópico entre los tópicos, ese que dice que «esto solo se vive una vez en la vida». La noche del 8 al 9 de enero del 2021 —la fecha ya está recogida en los calendarios de la historia meteorológica —, una señora llamada Filomena —maravilloso nombre— se vistió de borrasca y envolvió la capital y sus alrededores. Primero la disfrazó con la magia blanca que se ganó el nombre de «nevada histórica». O del siglo. Y esta vez los periodistas no exageramos en el título. Dos días después, aquello era un desastre de calles intransitables y heladas por la nieve convertida en hielo. Los cientos de árboles que asomaban tras las rejas del Parque del Retiro cerrado lucían desolados, vencidos, partidos, hundidos por el peso de los abundantes copos. Lo mismo sucedía con los del Jardín Botánico.

Pero la belleza inolvidable del Madrid de la «Gran Nevada» dejó recuerdos de imágenes que ya no irán a postal, pero sí a las pantallas que devoran nuestras vidas. Aquellos días, los más afortunados observamos el rostro del anciano Invierno, a los pies de Apolo

cubierto con su manto blanco, y vimos lo más hermoso que era capaz de crear en sus meses de reinado. El viejo lucía sus deterioradas arrugas enmarcadas en nieve helada. Esa nieve incomprensible en Madrid parecía lanzar el mensaje del anciano: soy largo, duradero, sabio; soy paciencia, soy sosiego en el corazón ruidoso de la capital. Fue inolvidable.

Otra cosa fue asomarse al Jardín Botánico tras Filomena. A este jardín, que protagonizaba un festival de luces que habría fascinado a nuestros escritores extranjeros de hace dos siglos, miraban preocupados los amantes de los árboles y de toda su deslumbrante flora. Gentes con abrigos largos acolchados, plumas de esquiar en Pirineos, todos con capuchas o gorros, trataban de colar sus caras tristes y curiosas por las rejas que lo protegen. Observar los troncos desgajados de sus brazos heridos o rotos por el peso de millones de copos, mezclados con los sombreros blancos sobre sus copas —hasta cincuenta centímetros de alto tenía la nieve—, era un espectáculo de arte perecedero. ¿Cómo habrían sorteado las hermanas de Fernando VII la nevada, vestidas a lo Catalina la Grande? ¿Y él, como Pedro el Cruel? Aunque dicen las crónicas —y el propio Hans Christian Andersen, que vio nevar en Madrid— que quizá estas nevadas hace dos siglos eran más habituales.

El Jardín Botánico desde el Paseo del Prado, por Luis Paret y Alcázar, hacia 1790. Album.

La nieve duró varios días —sucia y helada, la hazaña de la vieja Filomena resistía— y hubo momentos para regresar a lugares que recorrieron nuestros escritores guiris durante sus estancias en Madrid. Ahora, la pandemia había traído el aislamiento, la ausencia de turistas y de diferentes idiomas escuchados en este tramo del corazón de la capital en las últimas décadas. Solo algún estudiante de Erasmus enamorado o valiente resistió en la capital sin volar hacia su hogar cuando la nueva peste del siglo XXI estalló.

Con Davillier en las manos, rodeados de nieve y un cielo limpio y transparente, de ese azul que hace décadas que no se veía, tomar posesión de la Cuesta de Moyano en uno de los bancos de granito que preceden a don Pío Baroja es todo un lujo. El frío hace tiempo que se convirtió en soportable gracias a las ropas diseñadas para el esquí trasladadas al *prêt-à-porter* —qué término *viejuno*— de los nuevos tiempos.

Suben las gentes desde la estación de Atocha y pasan cerca de la fuente de la Alcachofa —copia de la auténtica que estuvo aquí alguna vez y que ahora está en el Retiro—, mientras la ausencia de coches en la calzada —hay menos ruido del habitual— lleva al personal a seguir observando las rejas del Botánico. Miradas melancólicas y aún asombradas observan la belleza y el destrozo creado por Filomena hace ya días. Aquí se cumple el refrán chino o japonés que nos gusta: la belleza perfecta es fea. Filomena y sus elementos, embelleciendo y arrasando, es sencillamente bella, triste y grandiosa. Pobres árboles, pero cuánto dan para pensar, aunque sea en metáforas sencillas.

Es un momento que evoca al que retrataba Ticknor en situación bien diferente. «Cuando el Prado está en general bastante lleno, el ángelus o rezo de la tarde suena en el convento cercano, y la fila de coches se detiene como por arte de magia, mientras que la gente que va a pie permanece quieta como una estatua y reza», escribió. Ese segundo se corresponde ahora con el de todos los personajes de esta opereta que caminan hacia sus oficinas y observan lo que perduran los estragos de la gran tormenta. ¿Alguno de ellos pensará que Filomena es resultado de ese daño brutal que nuestra especie le hace al planeta? Seguro que sí.

Hay otro momento singular, parecido al del ángelus, que se produce a veces en verano, al pie del Hotel Palace. Sucede cuando el carillón del edificio Plus Ultra comienza su danza y saca a pasear a Carlos III y su Corte, desde Goya a la duquesa de Alba —aquella Cayetana que nunca fue amante del pintor—, pasando por el torero Pedro Romero.

Deambulamos por el «Salón» un día cualquiera, pero ahora con

uno de nuestros favoritos, el sobrado y divertido Théophile Gautier, cuyo humor siempre es de agradecer, dado lo caras que son las risas y sonrisas en los últimos tiempos. «Don Teófilo» subraya que en el Paseo del Prado «la gente elegante se mueve en un espacio limitado por la fuente de Cibeles y la de Neptuno, desde la Puerta de Alcalá hasta la Carrera de San Jerónimo». El «Salón» es el lugar más polvoriento, donde «el gentío es tan grande en este espacio tan reducido, encerrado entre el "Salón" y la calzada para coche, que a menudo cuesta incluso llevarse la mano al bolsillo para coger el pañuelo. Hay que ir pisándose talones y seguir la fila como si de una cola de teatro se tratase en los tiempos en que había cola para entrar en el teatro». Y sigue con los carruajes, las mulas «con su pelaje negruzco, su gran panza y sus orejas puntiagudas», sin ninguna gracia.

Un suspiro, una mirada alrededor desde Cibeles al palacio de Correos —hoy sede del ayuntamiento—, Recoletos, la esquina del Ejército que esconde al palacio de Villahermosa, el Banco de España… y ahí, en ese punto desde donde ahora parpadea la llama de las víctimas de la pandemia, levantar la vista y observar la Gran Vía de Antonio López. Y recordarla blanca hace unos meses, con esquiadores; en blanco y negro tomada por los camiones milicianos y un «no pasarán»; repleta de más de un millón de españoles aquel 27 de febrero de 1981 manifestándose contra los golpistas del 23-F, que nos devolvían al pasado que tanto asombraba que soportáramos a estos escritores guiris… Y entonces llega un suave ensanchamiento del pecho, una subida de la autoestima y un deseo casi infantil de que estos queridos amantes —a veces «impertinentes» y clasistas, pero muy realistas— levantaran la cabeza para ver lo que hemos hecho. Y en menos de medio siglo.

Cae el sol sobre Alcalá y la Gran Vía, y el Salón del Prado, ya Patrimonio de la Humanidad, recobra sus imágenes, estatuas, rincones y partículas que flotan en el aire e impregnan de esa atmósfera del pasado solo a quienes tienen imaginación. Sigue siendo de lo más bonito del mundo.

11

Barcelona de la mano de Orwell y García Márquez. De la ingenuidad de un idealista a los secretos de María dos Prazeres

El AVE de Madrid a Barcelona confirmaría a George Orwell que una parte de sus mundos distópicos, esas realidades perversas de *1984* o *Rebelión en la granja,* son palpables tan solo setenta años después de su muerte. Las estaciones de tren con cámaras de vigilancia en las esquinas evocan al Gran Hermano, y los ciudadanos hablan —o gritan — a unas pequeñas cajas que se acercan a la cara, semejando autómatas controlados por esos instrumentos que sujetan entre sus manos —¿son espejos donde ensayan gestos, o comida en vitaminas en forma de tableta de chocolate?—. De unos cuantos pensaría que se han escapado del manicomio: parece que hablan solos porque no se les ve el pinganillo dentro de los oídos.

Su extraña sensación terminaría rematada por ese momento en que los viajeros —¿se dirigen a algún lugar? Sí, por lo que se oye en los altavoces y se lee en las enormes pantallas, en letras verdes o rojas, que cuelgan de los techos— extienden las cajas a un tipo uniformado —¿será del Ministerio de la Verdad?— para que, con una máquina similar a un telescopio de submarino, haga clic sobre cada tableta-espejo-móvil. Pero, dado quién era Orwell, si levantara la cabeza, si entrara en este tren que ya avanza, lo asimilaría todo en pocas horas. Su hombre, Winston Smith, el protagonista de *1984*, que, pese a todo, ha sobrevivido y mantiene retazos del pasado en su memoria, se lo explicaría en un pispás. Incluso lo de moda que se ha puesto su obra desde que nació esa cosa llamada Internet y sus consecuencias: las redes sociales.

Es una mañana de diciembre fría y seca en Madrid cuando el tren de alta velocidad deja la estación de Atocha en dirección a la de Barcelona-Sants. Dos horas y media, sin paradas. Es de noche aún. Móvil enchufado y silenciado, sin los cascos que ofrece la compañía —Winston Smith y el propio Orwell los observarían sospechosamente—, el corazón se templa al sacar de la mochila los dos libros de este viaje, escritos por dos tipos tan admirados, tan queridos, tan especiales como George Orwell y Gabriel García Márquez. ¡Dios, qué más se puede pedir! Dos monstruos que han llegado a todo el mundo, a cultos e

incultos, a ricos y a pobres, a sabios y a simples. Podemos leerlos, entenderlos, quererlos. Creadores de mundos inolvidables, alojados ya para toda la vida en alguna de nuestras disminuidas celdas cerebrales, regaladores de horas de ensoñación.

Es el último viaje que vamos a recorrer en esta aventura, en esta manía de contar de qué forma nos vieron los viajeros que escribieron cómo somos desde el siglo XIX y cómo somos ahora, sobre el terreno. Orwell y Gabo pertenecen a la parte buena y agradecida; nos quisieron sin remilgos. Son otra historia, alejada del desprecio y de la displicencia de los románticos. Nos guardaron en su interior con tanta admiración como a veces tristeza por nuestro destino, pero éramos parte de ellos. Ambos llegaron a Barcelona cuando ya habían dejado atrás la juventud. El británico nació en la India imperial y tenía treinta y tres años a finales de diciembre de 1936 cuando su tren entró en la capital. Llegaba bregado en las fuerzas que peleaban contra el colonialismo. García Márquez se instaló en la capital catalana entre 1967 —recién publicado *Cien años de soledad*— y 1975, cuando la ciudad bullía en los sótanos —fuera aún no se podía hacer ruido— alrededor de la *gauche divine*, con otros escritores latinoamericanos —su entonces aún amigo Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes o José Donoso—, y olía a final de dictadura franquista. Tenía cuarenta años. Para todos ellos, su paso por Barcelona supuso el empuje que los llevaría a rematar su eclosión como escritores.

Pese a la velocidad del tren, la luz grisácea se filtra por la ventanilla y la espesa niebla va derrotando a la noche. Hay ráfagas que deslumbran; ramas de arbustos pelados de hojas se dejan ver, vestidas para un baile de debutantes o un desfile de primera comunión; la cencellada, legado de la niebla, las ha cubierto de blanco. El Ebro ha vuelto a hacer de las suyas. Este gran río único, «traidor», porque nace en Cantabria y riega Aragón, el más largo y caudaloso, el único que desemboca en el Mediterráneo, se ha vuelto a desbordar.

Las nieblas y luego las lluvias han preñado su caudal, y el gran río ha regresado para recordar que las orillas son suyas, que tiene escritura de propiedad sobre sus riberas ricas, fértiles, a veces peligrosas. El cambio climático, como la pandemia, pone en su sitio a los humanos, esa raza depredadora del planeta. No parece que nos sirva de gran cosa la advertencia, pero… ahí sigue el gran río, bañando tierras, expandiendo niebla y humedad, dando paisaje, misterio y recogimiento a estos vagones blancos, una serpiente enorme con pico de pato que atraviesa tierras cercanas a los frentes de Aragón, los de los tristes tiempos de la Guerra Civil.

A Eric Arthur Blair, que firmó sus artículos periodísticos, novelas y ensayos como George Orwell, le habría consolado viajar en uno de estos trenes y no en los de traqueteo, de bancos de listones de madera, «invadidos por campesinos con fardos de verduras, con gallinas aterrorizadas que llevaban cabeza abajo, con sacos que se agitaban y retorcían y que luego resultaban estar llenos de conejos vivos; y, finalmente, con un rebaño bastante considerable de ovejas que fueron introducidas en los compartimientos y colocadas en todos los lugares vacíos», relata en su regreso de los primeros tres meses en el frente de Huesca como miliciano del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). Pero no nos adelantemos. Su *Homenaje a Cataluña*, abierto esta mañana en el tren en las páginas ya marcadas, es una ayuda para sumergirnos en la atmósfera del pasado, capaz de desplazar incluso al olor del café que llega del vagón-cafetería.

«Era finales de diciembre de 1936, hace menos de siete meses, y no obstante este período me parece ya encontrarse a una enorme distancia de hoy. Los hechos posteriores lo han borrado mucho más de lo que han borrado el año 1935 o el año 1905. Yo había ido a España con la vaga idea de escribir artículos para los periódicos, pero había ingresado en la milicia después porque en aquella época y aquella atmósfera parecía que esto era lo único concebible. Los anarquistas aún dominaban virtualmente Cataluña y la revolución se encontraba en su apogeo». Es el quinto o sexto párrafo de las primeras letras de *Homenaje a Cataluña,* el libro que Orwell escribe al final del verano de 1937, cuando por los pelos logra escapar de España de la represión de los estalinistas y los espías soviéticos, que entonces dominaban el PCE. ¿Qué le había sucedido a este tipo grandullón, como a tantos otros brigadistas internacionales, llegado en los primeros meses de la guerra, dispuesto a pelear en el frente contra el fascismo, convencido —como lo estaban todos— de que la guerra de España era solo el aperitivo sangriento y cruel del nazismo y del fascismo? Aquí había que parar los totalitarismos, pensaban las decenas de miles de jóvenes de todo el mundo que vinieron a alistarse, dispuestos a dejarse la vida solo por ideales.

Se ha levantado la niebla y por la ventana asoman las tierras pardas, resecas del invierno, sin árboles ya, sin los amarillos, ocres o rojos que cubren el otoño, porque por esos campos duros no abundan los chopos, ni los robles, ni las hayas. Quizá los que hubo se «limpiaron» para abrir la autovía, presente durante todo el viaje, muchas veces bien visible desde el tren, que adelanta en velocidad a los coches poderosos, a los cansados camioneros que ruedan por ese asfalto que nunca termina de estar sin baches de tanto afirmarlo arriba

y abajo sin parar.

En el tren, una siente que, quizá, el Gran Hermano nos lleva menos del ronzal, que a ratos el ritmo lo ponemos nosotros… Pero es puro espejismo. Dos horas y media es la tercera parte del tiempo en coche desde Madrid. Y mucho menos que los cinco días que le llevó a Orwell regresar en carros, algún camión y trenes —con horarios de salida y llegada nunca fiables— tras ser herido en el frente por una bala que le atravesó el cuello, rozando la carótida, con orificio de entrada y salida. Y lo más ridículo, pensaba él, era que ni siquiera había entrado en batalla, después de casi cuatro meses desde su llegada. La herida le dio unos días para descansar en Barcelona y reencontrarse con su mujer en ese mes de mayo. No podía hacer mucho más. Los médicos le habían pronosticado que nunca recuperaría la voz.

Surgen los pinos a través del cristal —algunos de vivero, plantados firmes, en líneas rectas— y unos pocos cipreses altos, que se perfilan tras los campos cuidados de viñas y olivos. Y pueblos blancos y pardos, con iglesias de torres cuadradas. Poco después, cuando, en el libro, Orwell ya cuenta su impresión de esa Barcelona que le deslumbra en sus primeros días —y a la que dentro de poco llegaremos—, aparece alguna masía restaurada, el menudeo primero de las fábricas modestas, luego de las poderosas, aparece entre humos blancos, grandes naves y huertas con verduras de invierno.

Durante sus primeros días en Barcelona, el británico está *flasheado*. «Para quien acababa de llegar de Inglaterra, el aspecto que ofrecía era impresionante y abrumador. Era la primera vez que estaba en una ciudad en la que la clase obrera tenía en sus manos el poder. Casi todos los edificios de cierta importancia habían sido ocupados y sus fachadas estaban cubiertas con banderas rojas o con la bandera roja y negra de los anarquistas; en todas las paredes se veían la hoz y el martillo, y al lado, las iniciales de los partidos revolucionarios; casi todas las iglesias habían sido saqueadas y las imágenes quemadas… Todas las tiendas y cafés ofrecían un letrero en el que se decía que habían sido colectivizadas […]. Nadie decía *señor* o *don,* ni siquiera *usted;* todo el mundo trataba a los demás de "camaradas" y de "tú", y decía *¡salud!* en vez de ¡buenos días!».

A petición propia, el taxista avanza por La Rambla al inicio de la mañana, pero cuando los niños ya están en el colegio y los oficinistas en sus lugares de trabajo. La carga y descarga obstruye las vías, de forma que da tiempo a observar ese admirable paseo central, el bulevar de la vida de la capital catalana donde ha sucedido todo en los últimos siglos. Sigue siendo «la amplia arteria central de la

ciudad», por donde «riadas humanas subían y bajaban sin cesar», que describe Orwell. Tras la pandemia, esas riadas regresan lentamente. Y, por supuesto, los altavoces que «atronaban el aire con canciones revolucionarias durante todo el día y hasta bien entrada la noche» son el pasado. Lo único que aquí atruena es alguna moto desbocada y el constante zumbido sordo de los motores, que da respiración de enferma a las grandes urbes.

Una cierta añoranza invade el espíritu de los mayores de cuarenta años por la desaparición de los puestos de periódicos y libros. Los que han sobrevivido venden ahora recuerdos para turistas, todo tipo de *merchandising* del Barça, bolas de cristal —o de plástico— que encierran a la Sagrada Familia en copos de corcho de nieve y agua… A cambio, elementos novedosos, como las bicicletas, los patinetes, los repartidores —los *riders,* y dale con los anglicismos que suenan modernos—, que se han convertido en el otro tipo de obreros maltratados de inicios de los años veinte del siglo XXI.

Y las terrazas, sí, han regresado tras la pandemia. Como las butacas individuales, que han sustituido a los viejos bancos, pero donde las palomas siguen dejando sus excrementos para indignación de los jubilados, que ya discuten esta mañana de política. No hablan de comunistas y anarquistas, ni de trotskistas y fascistas. Hablan de los puñeteros madrileños, de los pelmazos independentistas. Los extremos de siempre.

Poco que ver con aquellas Ramblas de diciembre de 1936: «A juzgar por su apariencia exterior, era una ciudad en la que las clases adineradas habían dejado de existir. Exceptuando a un reducido número de mujeres y de extranjeros, no se veía a gente "bien vestida". Casi todo el mundo llevaba ropas muy sencillas, propias de las clases trabajadoras, o monos azules o alguna variante del uniforme de los milicianos». También ahora el grueso de la gente parece vestir de la misma forma: deportivas, vaqueros, cazadoras, sudaderas con capuchas. Para encontrar traje y corbata hay que bajar aquí antes de las ocho de la mañana o esperar a la salida de los empleados de los bancos.

«Muchas de las cosas que veía no me gustaban, ni siquiera las comprendía […] yo creía que todo era como aparentaba, que aquello era, efectivamente, una república de trabajadores y que todos los burgueses, o habían huido, o habían muerto». No será esta la primera vez que Orwell se lamente de su ingenuidad cuando describe los acontecimientos de las «jornadas de mayo de 1937» («Sucesos de Mayo» o «Hechos de Mayo»), la persecución y el asesinato de los trotskistas-fascistas —que es como llamaban los comunistas a los

trotskistas del POUM— o de los anarquistas. Cumplían la orden que Stalin había dado a su siniestro jefe de espías, enviado de Moscú, Alexander M. Orlov, director del NKVD, la policía política en España, y al PSUC —Partido Socialista Unificado de Cataluña, el partido comunista catalán—, de ilegalizar y acabar con los anarquistas de la CNT y del POUM, con su líder, Andreu Nin, a la cabeza.

El personaje de Orlov ha dado juego literario y real. Varios historiadores dan por hecho que fue él quien envió el oro del Banco de España a Moscú con el visto bueno del ministro de Hacienda, Juan Negrín. Tan solo un año después de asesinar a Andreu Nin, en junio de 1937 —parece ser que, en Alcalá de Henares, tras ser torturado, aunque nunca se ha sabido la verdad—, en 1938 se largó a Canadá con la cartera repleta y la amenaza al NKVD de publicar la lista de todos los espías si le pasaba algo a él o a su familia. Pero esa es otra historia.

El hecho es que las órdenes de Orlov de ilegalizar, detener y asesinar a los líderes del partido de Nin, de la CNT y de la FAI se cumplieron. Supuso la brecha más dura y sucia entre las izquierdas mientras duró la guerra. A los idealistas venidos del extranjero a luchar por la República les resultaba inexplicable. Así lo refleja el británico en los primeros meses, repleto de ingenuidad.

Al final del libro, Orwell advierte al lector de que todo lo que allí cuenta es parcial, desde su visión subjetiva. Pero relata lo visto con sus propios ojos, no lo que la propaganda comunista hace llegar a la prensa extranjera, unos reporteros que ni siquiera han pisado el frente o que, simplemente, se han limitado a hacer los *tours* —útiles, eso sí, para ayudar a la causa republicana, organizados primero por Luis Rubio y luego por la famosa pareja Constancia de la Mora Maura e Hidalgo de Cisneros—, que recorrían tres capitales clave para la República: Barcelona, Valencia y Madrid.

Para Orwell, esos viajes casi siempre eran una comedia que alimentaba la propaganda comunista. Y cita a la «Duquesa Roja», la duquesa de Atholl, Katharine Marjory Ramsay, que describe una Barcelona que no existe o que él no ha visto por ninguna parte. Ese mismo viaje por las tres ciudades lo hizo en un par de jornadas Erika Mann —la hija de Thomas Mann—, que correspondió con unas pocas páginas y sin apenas localizaciones prácticamente. En su librito *Precisamente yo* se encuentran las notas de esos dos días. Diferente y más osada fue Ethel MacDonald: llegó, se quedó y radió los discursos de la CNT en Barcelona. Al igual que Orwell, denunció el asesinato en prisión de Bob Smillie, otro universitario internacionalista que se alistó en el POUM y que murió «de peritonitis», relata Orwell, que no

termina de creerlo.

En esta semana que estalló el 3 de mayo, al autor de *Rebelión en la granja* se dio cuenta de que el estalinismo era tan feroz, tan brutal como el fascismo y el nazismo contra el que había ido a luchar en España. Napoleón, el cerdo de la granja que sale triunfante tras echar a su otro contrincante, Snowball, es un Stalin que ha corrompido el socialismo inicial de la revolución de los animales. Lo entenderá definitivamente en el *hall* de este hotel, el Continental, al pie de La Rambla y de la Plaza de Catalunya, donde trajo a su primera mujer, la interesante Eileen O'Shaughnessy, cuando, a su regreso, gravemente herido y mudo por el tiro en la garganta, ella se le echó al cuello para murmurarle al oído que escapase.

Hay muy pocas fotos de Orwell en España. En esta, en el frente, está Eileen, la única mujer, abajo sentada. Album.

Y aquí estamos, en el Hotel Continental, abierto en 1931 en lo que había sido el palacio de la marquesa de Pallejá, según cuenta su historia. Iniciada la contienda, el hotel fue requisado a la familia Malagarriaga —que lo regenta en la actualidad— y alojó a los «observadores de la guerra». Es el pie de calle del hotel lo primero que produce un *shock* a los viajeros que buscan los pasos del escritor británico. En lo que se supone que debía ser la recepción (el *hall* donde Eileen le susurra que huya, donde un compañero miliciano le

cuchichea que no debería estar allí y donde un camarero del POUM le pide que se largue ya, antes de que le detengan), lo que hoy queda es un estrecho portal en el que, si coincides con otro par de viajeros y algunas maletas, te chocas con las puertas de acero de un ascensor de aire más que usado. La primera, la segunda y la tercera planta siguen siendo «el Continental» de Orwell, de Indira Gandhi o del joven John Kennedy, que también pasó por este lugar, pero ha desaparecido todo rastro de grandeza, salvo la foto del Salón Versalles que hay a la izquierda, pero que pertenece al Continental Palacete que los Malagarriaga tienen en otra parte de la ciudad. Las plantas cuarta y quinta del edificio histórico la ocupan otros dos hostales.

Superada la sorpresa, y una vez en la modesta recepción de la primera planta, Ana, la recepcionista, asegura que «sí, este es el hotel de George Orwell. Sí, aún hoy la gente viene preguntando por él y lo que significó el lugar, aunque cada vez menos». En una vitrina, a la izquierda, el *Homenaje a Cataluña*, abierto y en inglés, acompaña a alguna foto de la familia de hoteleros, un disco de Von Karajan y otros recuerdos que fueron sembrando la vida del hoy modesto pero aceptable hotel de tres estrellas.

Lo que no han cambiado son los balcones del primer piso sobre La Rambla, donde aún se pueden sentar los clientes, al pie de un velador, a observar, a recordar. Es imposible, confiesan primero Ana y luego Vivienne, la empleada de la tarde, saber dónde estaban las habitaciones de Orwell y Eileen; o la del comandante Jorge Kopp, el belga del POUM que fue jefe del escritor en el frente y que salvó muchas vidas en los enfrentamientos de mayo, entre los guardias que ocupaban el Café Moka, un poco más abajo —ya iremos—, y la terraza del Poliorama, justo enfrente. Durante tres noches de tiroteos la ocuparon Orwell y otros compañeros del POUM. El británico cayó en las milicias de ese partido como podía haber caído en las de otro. Él mismo cuenta que se afilió al POUM porque era lo que estaba más a mano cuando llegó a la ciudad con un pase del ILP (el Partido Laborista Independiente). Incluso hubo momentos, cuando seguía sin entender las broncas entre las izquierdas, en que pensó en dejar el partido de Nin.

Hoy, pese a la triste primera impresión del desvanecido *hall* del Continental, es emocionante tumbarse en la cama de la pequeña habitación de techos altísimos, con lámparas de araña, lágrimas de cristal y bombillas de vela que cuelgan del rosetón de escayola. Aquí es fácil imaginar el autocontrol y el asombro de la propia Eileen cuando, unos días antes de que Orwell regresara del sanatorio Maurín (hoy el colegio internacional Benjamin Franklin School, donde poco

después también se detuvo a milicianos heridos y los llevaron a la cárcel), la Policía registró la habitación:

> La Policía efectuó el registro según el estilo característico de la Gestapo —describe Orwell—. A primeras horas de la madrugada llaman a la puerta, entran seis hombres, encienden la luz y enseguida se sitúan en diversos puntos de la alcoba, evidentemente de acuerdo con un plan establecido de antemano. Luego registran las dos habitaciones (nuestra habitación tenía cuarto de baño) con una increíble escrupulosidad. Golpean las paredes, levantan las alfombras, examinan el suelo, palpan las cortinas, miran debajo del baño y del radiador, vacían todos los cajones y maletas, y sacuden todas las prendas de ropa y las miran al trasluz. Se llevan todos los papeles, incluyendo el contenido de la papelera, además de nuestros libros. Sus sospechas parecieron quedar confirmadas cuando comprobaron que poseíamos una traducción francesa de *Mein Kampf,* de Hitler. Si solo hubieran encontrado este libro, nuestro destino hubiera quedado decidido. Sin embargo, enseguida tropezaron con un ejemplar de un folleto de Stalin, *Maneras de eliminar a los trotskistas y a otros traidores*, que les tranquilizó un poco… Hicieron pedazos los librillos de papel de fumar en busca de algún mensaje […]. En conjunto, el registro duró cerca de dos horas. Sin embargo, durante todo ese tiempo *ni siquiera tocaron la cama.* [La cursiva es de Orwell]. Mi mujer estuvo echada sobre ella todo el rato. […] Hay que tener en cuenta que la policía estaba casi por completo bajo el control de los comunistas y que probablemente eran miembros del Partido Comunista. Pero también eran españoles, y echar a una mujer de la cama debió de parecerles excesivo.

Este gesto y otros, como un apretón de manos o un intercambio de cigarros con un soldado enemigo, le llevan a Orwell a hablar de «los rasgos de magnanimidad que saben tener los españoles en medio de las peores circunstancias. De España guardo los peores recuerdos, pero son muy escasos los malos recuerdos que tengo de los españoles […]. No hay duda de que tienen una generosidad, una especie de nobleza, que en realidad no corresponde al siglo XX. Esto es lo que permite esperar que en España incluso el fascismo pueda asumir una forma relativamente blanda y llevadera. Hay pocos españoles que posean la maldita eficiencia y el rigor que exige un estado totalitario moderno».

En eso último se equivocó. Orwell murió en 1950, a los cuarenta y seis años, viendo acabada la Segunda Guerra Mundial, y siempre se mantuvo informado sobre los sucesos en España, incluida la represión y los fusilamientos continuos tras el triunfo del fascismo. La cama de Eileen y el registro en este Hotel Continental nos han llevado demasiado adelante. Hay que bajar a la calle, en busca del Hotel Rivoli —en el número 128 de La Rambla— y del Café Moka, del teatro Poliorama, del edificio de la Telefónica —el origen de todo—, del mercado de La Boquería, de la plaza de San Felipe Neri y del único lugar en Barcelona dedicado, con nombre y apellido, al escritor de

distopías más grande del siglo pasado, la plaza de George Orwell.

De vuelta a este estrechado *hall*, que de nuevo cruzamos para salir a La Rambla, el 3 de mayo de 1937 el escritor se encontró con un amigo «que me dijo al pasar: "He oído decir que en la Telefónica ha habido algo de jaleo"». Aunque no le prestó mucha atención al principio, los tiros le devolvieron a la realidad. Habían estallado las muy mal embalsadas batallas y los odios entre comunistas y anarquistas ya puestos de manifiesto desde el mismo 19 de julio de 1936. Desde el Continental, tras los primeros incidentes, Jorge Kopp, el belga, y Orwell terminaron un día después en el Hotel Rivoli —hoy Serhs Rivoli Rambla—, donde se encontraban la sede central del POUM y el despacho de Andreu Nin. En la actualidad, a la izquierda de la puerta principal y sobre un local que se alquila —como tantos en La Rambla desde el estallido de la Gran Recesión de 2008—, los viejos camaradas de Nin pusieron una placa en la que se recuerda en catalán que en este lugar «sus compañeros vieron por última vez con vida a Andreu Nin, luchador por el socialismo y la libertad, víctima del estalinismo». Lleva fecha del 16 de junio de 1983, cuarenta y seis años después de los hechos y poco más de siete tras la muerte de Franco.

Orwell escribe que la sede del POUM (el Rivoli) estaba a cien metros del Continental. Puede ser: ambos están en la acera de los números pares, el primero en el 138 y el segundo en el 128. El Café Moka, que también tendrá un papel clave en los acontecimientos, está pegado al Rivoli. «El día 3 de mayo, el Gobierno decidió apoderarse de la Telefónica, que desde el comienzo de la guerra estaba principalmente en manos de la CNT; se alegó que su funcionamiento dejaba mucho que desear […]. Aquella noche y el día siguiente por la mañana se levantaron barricadas por toda la ciudad y los combates prosiguieron sin interrupción hasta la mañana del 6 de mayo. No obstante, por ambos lados la lucha fue primordialmente defensiva». Hasta que, a la caída de la tarde del 7 de mayo, «seis mil guardias de asalto enviados por mar desde Valencia llegaron a la ciudad y ocuparon sus lugares estratégicos».

Uno de esos lugares era el Café Moka, en cuya terraza Orwell asentó sus posaderas durante tres noches, observando las brasas de los cigarros de los guardias que vigilaban el café; vigilante, mirando al soldado del otro lado, con el que llegó a establecer cierta complicidad, oyendo los tiros esporádicos y sintiendo el olor del mar que llegaba Rambla arriba. Invadido a ratos por el sentimiento de lo absurdo que era todo aquello, mientras sus compañeros y la tropa, los soldados rasos, intentaban ganar la guerra contra el fascismo en el frente.

Javier, el recepcionista del Rivoli, que no pasa de los cuarenta,

sabe que el hotel fue un lugar importante, sede del POUM, y que «incluso antes del nombre de Rivoli tuvo otro, Hotel Príncipe. Lo sé porque un cliente, familia de los antiguos dueños, me lo contó. Pero hace tiempo que nadie viene preguntando por el escritor. Incluso antes de la pandemia ya venía menos gente. Y casi siempre eran los extranjeros los que preguntaban. Queda la placa de ahí afuera». Sí, la que sus compañeros pusieron en 1983. Algo anacrónico al lado de este gran hotel de cuatro estrellas, con un *hall* enorme —este sí— y similar a cualquiera de los que hay en otras capitales del mundo para turistas. «Ese mismo señor del que le hablaba me contaba que antes las cocinas estaban en la sexta planta, mientras que ahora están en la primera, enfrente del comedor», añade el recepcionista. En fin, difícil perseguir algún rastro de los meses en que aquí estuvo el POUM y saber si las comidas bajaban de la sexta planta, si es que seguían allí y había algo para comer.

«Al lado mismo del edificio del POUM —escribe Orwell— había un café, con un hotel encima, que se llamaba el Café Moka. El día anterior, veinte o treinta guardias civiles armados habían entrado en el café, y luego, al empezar la lucha, habían ocupado rápidamente el edificio y levantado una barricada en la puerta». No está la barricada, pero sí un moderno café que mantiene la terraza afuera. Tiene grabado, junto al nombre, el año en el que fue abierto —1934— y, ¡oh!, sorpresa gratificante, no solo es que en la planta de abajo haya un salón llamado Salón Orwell, sino que en sus salvamanteles están impresas las maravillosas fotos de José María Sagarra i Plana de la «Cafetería del café Moka». Fechas que recoge la data del salvamanteles: «01-01-1935-31-12-1935». Es emocionante, aunque pocos clientes, tanto de la terraza como del interior, se paran a averiguar qué significa el salvamanteles. Y mucho menos quién era el gran Sagarra i Plana.

El Café Moka, protagonista de la Semana de Mayo del 37 y de la historia de George Orwell. Album.

Sagarra no es Agustí Centelles, pero sí despegó como fotógrafo en la Semana Trágica de Barcelona (1909) y fue uno de los «Tres Reyes Magos» —Gaspar, Sagarra, Torrents—, los fotógrafos que tuvieron el estudio en Via Laietana. Trabajó para la prensa francesa y fue fotógrafo oficial de la Generalitat y de la República, pero en 1937 enfermó de una tuberculosis que le apartó de la primera línea. Acabada la guerra, fue depurado y perdió su carné de prensa, pero sobrevivió haciendo fotos a la burguesía catalana. Un bombardeo destruyó parte de su archivo en Via Laietana, aunque quedan fotos de la Barcelona del siglo XX, hasta 1937, deslumbrantes. Como la de la página anterior, con unos señores con sombrero y traje oscuro, puro en mano, en la terraza del «MOKA», justo al lado del «Palau de la Radio». Ni una mujer.

Desde la mesa del café no hay más que levantar la mirada para divisar la terraza y la cúpula redonda del teatro Poliorama. Es difícil imaginar este trayecto con el gran bulevar en el centro, cruzado por tiros de vez en cuando, por donde Jorge Kopp bajó a hablar con los guardias que aquí mismo se encontraban, en la puerta del café, para evitar una matanza. Ese Kopp que unas semanas después fue encarcelado y pasó más de un año en las prisiones españolas. Hasta el

punto de que cuando George Orwell y Eileen lograron escapar de Barcelona y de su orden de detención, se fueron pensando que Kopp podía haber sido fusilado… Quitémonos la angustia: Kopp —de pasado turbulento, pero considerado un héroe por Orwell gracias a su comportamiento en el frente y en esos días de mayo— logró escapar. Participó en la Segunda Guerra Mundial y murió después que su amigo el escritor británico.

El edificio del Poliorama es uno de esos que se denominan «singulares». Fue construido en 1883 por el arquitecto José Doménech y está incluido en el patrimonio artístico de la ciudad, y con mucha razón. Solo el artesonado del *hall* y la taquilla se mantienen. Por aquí, a la derecha, entran los trabajadores del teatro —sigue siendo eso, un teatro, en el bajo y la primera planta—. A la izquierda, la escalera que lleva a la Real Academia de Ciencias y Artes. Hay anunciada una obra de Dagoll Dagom, pero lo importante es intentar subir a la terraza del teatro que, anteriormente, en los años veinte, fue cine. La escalera, de barrotes de hierro y pasamanos de madera, igual que los peldaños de plaqueta burdeos rematados en madera, parecen originales. Están manchados de cemento blanco. Aunque un amable empleado del teatro informa de que solo dejan subir a grupos —y, antes de la pandemia, previo permiso por Internet—, la puerta está abierta; están de obras en la parte alta. A mitad de la escalera, la placa de los fundadores y el año en números romanos (1764), y la retahíla de hombres benefactores y sabios, empezando por Francisco Subirás y Jaime Bonella. Demasiados para conocerlos a todos sin ser enciclopedista o experta en cultura catalana.

Hay que seguir escalera arriba, porque perseguir ese párrafo, ese momento brutal y embrujado de Orwell en lo más alto, resulta demasiado poderoso. «Yo solía sentarme en la azotea, maravillándome de la estupidez de todo aquello. Desde los ventanucos del observatorio podía abarcar kilómetros a la redonda, una interminable sucesión de edificios altos y esbeltos, de cúpulas de cristal y de fantásticos tejados curvos, con brillantes tejas de color verde o cobrizo; a lo lejos, el centelleante azul pálido del mar…, la primera vez que veía el mar desde mi llegada a España. Y toda aquella inmensa ciudad de un millón de habitantes estaba sumida en una especie de inercia violenta, en una pesadilla de ruido sin movimiento».

En el último piso hay obras, sí, pero no en la parte de la terraza que rodea la famosa cúpula, sino en la de detrás. Si al menos pudiéramos divisar el mar… Pero no dejan pasar, no llevamos casco, no hay autorización. De todas formas, Maribel, amable oficinista del lugar, nos señala lo ya sabido. «Hay obras, no se puede enseñar ahora

la torre del Poliorama. Y sí, se siguen organizando visitas para recordar a Orwell y sus días ahí arriba». Fin de la miniexcursión.

Quedaba subir a la Plaza de Catalunya en busca del desaparecido Hotel Colón —la sede del PSUC—, que hasta la caída de Barcelona lució en su fachada los retratos de Lenin y Stalin. El edificio modernista, hermoso, levantado en 1902, fue derribado en los inicios de la dictadura para luego convertirse en sede del Banco Español de Crédito (Banesto). Hoy alberga la tienda de Apple más grande de la ciudad y en la parte superior no hace mucho que se ha abierto un hotel de una multicadena. Desde el Poliorama, Orwell veía los fogonazos de una ametralladora que los del PSUC tenían «en una ventana muy próxima a la penúltima "O" de las enormes letras del Hotel Colón».

En diagonal con el Colón estaba el edificio de la Telefónica, el comienzo de todos los jaleos, la pieza más valiosa tomada por la CNT y el POUM desde los primeros meses de la guerra, la clave de las telecomunicaciones. Telefónica sigue aquí, en la Plaza de Catalunya, entre Fontanella y Puerta del Ángel. Al otro lado está el Banco de España, pegado a un Hard Rock con una foto de Messi, mano llena de anillos posada sobre el balón de oro. Enfrente, hace décadas que manda El Corte Inglés. La que fuera compañía Telefónica del Estado ha vendido esta torre a un empresario vasco, pero se mantiene en ella de alquiler. En la primera planta, la tienda de Movistar, otro signo de los tiempos. Las páginas turísticas de la ciudad cuentan que el edificio fue obra de Francesc de Paula Nebot i Torrens, empezado en 1926. Desde ahí arriba, desde esa cúpula que es cuadrada desde los años cincuenta, se controlaba toda la plaza y las comunicaciones del bando republicano y de los sublevados, además de las de la ciudad. Hay historiadores que piensan que los franquistas derribaron el edificio del Hotel Colón porque era demasiado poderoso en el imaginario colectivo como sede comunista y los retratos de los líderes soviéticos.

Todo esto es la Plaza de Catalunya, La Rambla, el Paseo de Gràcia, las calles comerciales peatonales, el centro que distribuye esta Barcelona que hasta 1992 vivió de espaldas al mar. Aquí, una mañana sí y una tarde también, hay mítines políticos, nacionales, internacionales, sociales; mercadillos, fiestas, encuentros del mundo… Si Orwell y sus amigos regresaran, tendrían que volverse más astutos que Winston para no ser descubiertos por el Gran Hermano, que tiene cada esquina repleta de cámaras de seguridad. Las cosas tampoco son fáciles ahora y La Rambla guarda memoria reciente de atentados brutales sucedidos en este siglo XXI.

De camino a La Boquería, los recuerdos más duros son borrados

por la vida trepidante que inunda cada esquina. Este mercado que los brigadistas y periodistas internacionales vieron tan pocas veces abastecido durante los años de la contienda contrasta con el esplendor actual. La pandemia le ha descargado de las masas de turistas extranjeros que llenaban sus pasillos y hacían imposible pasar de los de la entrada. Ahora estallan los puestos de verduras surtidas, exóticas algunas, los bichos raros y curiosidades «gastro» para los que regresan tras la Covid; las barras repletas de *delicatessen,* las chacinas que cuelgan por todas partes, los olores que se escapan hacia La Rambla para mezclarse con los del *lilium* —de invernadero— que aún aguanta en los puestos de flores, tamizado con el olor a chocolate caliente y gofres que devora al de los churros. Aquí, en uno de estos puestos, compró Orwell un trozo de queso que le serviría de alimento en las noches de la azotea del Poliorama. Y aquí siempre echamos de menos a Manuel Vázquez Montalbán.

Unas semanas más tarde de la visita de Orwell, este mercado —tocado por una bomba de las muchas que en 1938 lanzaron los de Mussolini en el Raval—, que tiene actividad de madrugada en muchos de sus puestos, no pudo acoger al británico y a los dos amigos que se escondieron entre las ruinas o en descampados durante cinco noches, huyendo de la Guardia Civil y de los comunistas que arrestaban a los que quedaban del POUM, la CNT o la FAI. Fue en aquellos días cuando Orwell se enteró de que su amigo Bill Smillie había muerto. Los británicos perseguidos duermen de noche al raso, mientras el cónsul organiza sus papeles; por las mañanas esperan hasta las nueve maldiciendo a los cafés españoles que abren tan tarde, pero no pueden acercarse a esta Boquería vigilada por temor a ser capturados, aunque vayan afeitados, limpios y vestidos de burgueses extranjeros con dinero.

El Hotel Colón, sede del PSUC en Barcelona, derribado por la dictadura franquista por ¿temor al recuerdo de esta foto? Album/EFE.

Detrás del mercado que tanto gustaba a los brigadistas —unos cuantos escribieron sobre él en sus memorias— está el barrio del Raval. Y en el Raval se encuentra la sede del CIDOB (Barcelona Centre for International Affairs), el *think tank* de investigación y análisis internacional de Barcelona. Para muchos, el más prestigioso. Durante tres décadas, Carmen Claudín ha sido la directora de investigación. Brillante, sensata, con unos ojos azules que iluminan el semblante y transmiten vida intensa y vivida, la hija de Fernando Claudín quizá nos pueda dar alguna explicación a aquel odio histórico entre las izquierdas. Al fin y al cabo, para muchos investigadores, su padre, que a los veintitrés años fundó las Juventudes Socialistas Unificadas junto con Santiago Carrillo —ingresó en el Partido Comunista en 1933, cuando estudiaba arquitectura—, fue la cabeza mejor amueblada del PCE. Hasta que fue expulsado junto a su amigo Jorge Semprún, «los cabezas de chorlito», los llamó Pasionaria en 1964. Poco antes les había precedido en la expulsión un discípulo muy respetado por Semprún y Claudín, Javier Pradera.

Lo de ser la cabeza mejor amueblada lo pensaban los socialistas de la era de Felipe González. Claudín fue presidente de la Fundación Pablo Iglesias con el PSOE, uno de los personajes de referencia de González y uno de los pensadores y teóricos más reseñables, a veces injustamente aparcado. Su memoria e historia —de la que lo más conocido es la fuga, junto con Palmiro Togliatti, al final de la guerra,

colgados del ala de un avión— debería recuperarse.

Antes de charlar con Carmen Claudín, mejor releer uno de los párrafos de Orwell que aún hoy, ocho décadas después, impresiona: «Es horrible tener que entrar en los detalles de las polémicas que enfrentan a los partidos; es como meterse en una letrina. Pero es necesario tratar de establecer la verdad hasta donde sea posible».

Carmen Claudín sonríe. Ha llegado a la comida con el tomo de memorias de su padre, su última obra, aunque tiene otros libros más que notables. «No te he encontrado nada más que dos notas, la 126 y la 150, que hacen referencia al POUM y a Andreu Nin. Quizá te sirvan, pero mi padre encuadraba aquello en el concepto de "La revolución inoportuna, 1936-1939"», que escribió en los años sesenta. Es un capítulo de este libro, *La crisis del movimiento comunista*, explica Carmen, consciente de lo duro que puede resultar empezar a leer en un viaje turístico —el libro sigue siendo magnífico— para buscar una razón a la persecución de los miembros del POUM y de la FAI, que por otra parte está ya bien analizada por los historiadores profesionales.

De vuelta al Hotel Continental, tumbada en la cama para contemplar las arañas y el alto techo donde, quizá, Eileen fijaba su mirada más sosegada que la de su compañero, encuentro que la nota 150 de Claudín es la que aporta otra visión a todo lo que hemos visto y sentido a lo largo del viaje: «El comienzo de la Guerra Civil española coincidió con la iniciación de los "procesos de Moscú". Kámenev y Zinóviev fueron condenados a muerte en agosto. El POUM, al denunciar los crímenes de Stalin contra la vieja guardia bolchevique, se convirtió en la bestia negra del dictador y, en consecuencia, de la IC [Internacional Comunista] y del PCE. En noviembre impusieron a los otros partidos del Frente Popular que el POUM no estuviera representado en la Junta de Defensa de Madrid. El socialista Alber informó a los dirigentes del POUM que Rosenberg había puesto el veto […] el 28 del mismo mes, el cónsul soviético en Barcelona dio una nota a la prensa calificando a *La Batalla*, órgano del POUM, de "prensa vendida al fascismo internacional". Poco después, el POUM era excluido del Consejo de la Generalidad. El 17 de diciembre, *Pravda* escribía: "En Cataluña ha comenzado la limpieza de trotskistas y anarquistas y será llevada a cabo con la misma energía que en la URSS. Es decir [continúa la nota de Fernando Claudín] había que ir a la exterminación física de poumistas y anarquistas. La prensa del PCE desencadena una campaña virulenta con el estribillo […] de que trotskistas e incontrolados [en España no se podía escribir abiertamente "anarquistas" como en *Pravda]* son enemigos del pueblo", igual que los fascistas. El Pleno del Comité Central del PCE,

celebrado del 5 al 8 de marzo de 1937, plantea la tarea concreta de acabar con el POUM. En el informe leído por José Díaz se dice: "¿Quiénes son los enemigos del pueblo? Los enemigos del pueblo son los fascistas, los trotskistas y los incontrolados"».

Más adelante, al final de la extensa nota, el exdirigente comunista añade: «Agregamos por nuestra parte que la represión contra el POUM y, en particular, el odioso asesinato de Andreu Nin es la página más negra de la historia del Partido Comunista de España, que se hizo cómplice del crimen cometido por los servicios secretos de Stalin». Claudín termina alegando que se pidan al aún entonces PCUS los datos, que solo el Partido Comunista soviético posee, sobre las últimas horas de Andreu Nin.

Las notas del exdirigente comunista habrían devuelto la fe a George Orwell, que logró salir de España con una bota de piel de cabra y un candil como recuerdos materiales. Los otros, los que perduraron de su participación en la guerra española —él decía que bastante ineficaz—, dejaron otras cosas, como *1984* y *Rebelión en la granja*, además de la citada magnanimidad de los españoles.

Hay un momento en el que Orwell, como otros viajeros de este libro, se apunta a la imagen sembrada por los «curiosos impertinentes». Está en los alrededores de Barbastro, en un extraño día de calma en un pueblo, y siente «la sensación de captar un atisbo momentáneo, un lejano rumor de la España que vive en la imaginación de todos. Blancas sierras, mazmorras de la Inquisición, palacios morunos, oscuras y ondulantes reatas de mulas, olivos grises y limoneros, muchachas con negras mantillas…, catedrales, cardenales, corridas de toros, gitanos, serenatas…». Todo eso —idéntico a lo que buscaban los románticos— se lo arrebató la llegada a Barcelona, primero con el «triunfo de la clase obrera» y después con los trágicos días de mayo. Quedaron recuerdos que «en su mayor parte son malos, pero no hubiese querido perdérmela (la guerra y la experiencia). Cuando uno ha tenido un atisbo de un desastre como este […] el resultado no siempre es la desilusión y el cinismo. Por extraño que parezca, el conjunto de esta experiencia, en vez de disminuir, ha aumentado mi fe en la dignidad de los seres humanos».

De vuelta al barrio gótico en busca de la plaza de George Orwell —hay que callejear—, nos encontramos con la plaza de San Felipe Neri, tan hermosa y recogida, con la placa del bombardeo de 1938 donde murieron tantos niños… Ahora se prepara la VII Temporada de Música Antigua, y los niños salen del cole gritando, eufóricos; más allá, el carrer d'Avinyó y la Escuela de Artes Aplicadas, y luego el carrer de n'Arai y, por fin, la entrada en la plaza dedicada al británico

en 1996. Rodeada de terrazas con estufas. Le gustaría. Quizá se quedaría con el restaurante griego más personal, el Gyrios, frente a otro de una cadena de restauración. Vagabundea alguna persona perdida, *perroflautas*, dirían hace pocos años, que al principio del siglo dieron nombre al lugar por el monumento y el trapicheo, la «plaza del tripi», denominación de la que ahora intenta deshacerse. También le gustarían a Orwell, pienso mientras alguno de ellos avanza por la comercial Escudellers, camino de La Rambla.

Mañana, de la mano de María dos Prazeres, que llegó un día al Paralelo y al Raval tras ser vendida por su madre a los catorce años en el puerto de Manaos, volverá la sonrisa, la luz y la alegría de una Barcelona que ni en los tristes días de mayo de 1937 se permitió ser una ciudad gris. La Barcelona de Gabriel García Márquez, esa que trufa algunos de sus *Doce cuentos peregrinos,* pero María dos Prazeres y su perro Noi son únicos.

* * *

A veces los hados existen. Aunque también, a veces, personajes muy terrenales ayudan a su existencia. Los editores Carlos Barral y Esther Tusquets, o la agente Carmen Balcells, protagonistas de la Barcelona de la *gauche divine* —un grupito de geniales, gentes «bien», en su mayoría—, ayudaron a esos hados a atraer hasta esta ciudad a los escritores en castellano más importantes de la última mitad del siglo xx, los latinoamericanos. Los de la *gauche* de Bocaccio —la discoteca templo— de inicios de los sesenta, que lograron derrotar la grisura e incluso transgredir algunas normas y crear en las artes, pese a la losa brutal del franquismo. Con la muerte del dictador, en 1975, las luces de la *gauche* comenzaron a atenuarse. Pero hasta que llegó esa mitigación lenta y tibia ocurrieron muchas cosas a su alrededor. Como que dos Premios Nobel —Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa—, junto a Carlos Fuentes, Jorge Edwards o José Donoso, eligieran la capital catalana como alternativa a París. «Barcelona era la puerta de Europa», dijo alguna vez el Nobel colombiano. «Barcelona me parecía no solo bella y culta, sino, sobre todo, la ciudad más divertida del mundo», ha escrito Vargas Llosa. Pero es que aquí, además, residía la que para ellos era su madre literaria (y personal, a veces), «la Balcells», la señora a la que Barral encargó que se ocupara de los derechos literarios de los extranjeros, entre los cuales estaba incluida la cuadra de los latinoamericanos. Quizá ya entonces Carlos Barral, editor mítico, había cometido ese error grave que casi todo editor comete: no responder a tiempo al telegrama en el que Gabo le ofrecía el manuscrito de *Cien años de soledad*.

A cambio, Carmen Balcells se volcó como *mamma* de todos ellos. García Márquez llegó a Barcelona en 1967, recién publicada su gran novela, de la mano de Carmen, cuentan que buscando un poco de tranquilidad tras el enorme éxito conseguido. Vargas Llosa pasó ya por aquí en 1958, camino de Madrid y de la Universidad Complutense, pero luego regresó. A ambos la ciudad les sugería de todo, les resultaba confortable. Y puede que también fuera mucho más barata que París, algo que no se suele mencionar. Con ellos —más Fuentes y Donoso— se apuntaron a visitar estas calles otros como Julio Cortázar, desde París, o Sergio Pito y Jorge Edwards, que iban y venían.

García Márquez en la Rambla de Barcelona. En la ciudad se «escondió» del éxito de *Cien años de soledad*. Album/EFE.

Gabo y Vargas Llosa vivieron en el barrio de Sarrià-Sant Gervasi; el colombiano en el número 6 de la calle Caponata y el peruano, en el 50 de la calle Osi. Esquina con esquina, familia con familia, íntimos, *troncos*, en el castellano de los setenta y ochenta, hasta que un 12 de febrero de 1976, en el estreno de *Supervivientes de los Andes*, Vargas Llosa le lanzó un mandoble al mentón a Gabo, delante de todo el mundo. Al parecer, «por lo que le hiciste a Patricia», dijo. Patricia era su mujer hasta que conoció a Isabel Preysler. Pero nos apartamos de la historia, aunque hay que reconocer que tiene morbo y Vargas Llosa, el superviviente, no quiere contar los entresijos; los deja a la especulación de la historia literaria.

La otra parte extraña de esta historia es que, pese a los años fértiles, brillantes, *mágicos* —lástima por lo sobado del término, y más cuando se habla de ellos—, en Sarrià no hay ninguna placa, ni una ruta para mitómanos —y somos muchos— que indique dónde vivieron Gabo y Mario con sus mujeres, Mercedes Barcha y Patricia Llosa; los cafés que visitaron, los lugares, los sitios emblemáticos. ¿Razones? La placa de la casa en la que vivió García Márquez se iba a colocar en el 2020, pero quizá la pandemia… A causas políticas apunta el trasfondo de la historia de Vargas Llosa: aunque se argumenta que no se pone placa hasta que hayan pasado cinco años tras la muerte de un escritor, en el caso del Nobel peruano es un hecho que pesa su antiindependentismo y su giro hacia las posiciones conservadoras y ultraliberales de la segunda mitad de su vida.

Lo que sí se ha organizado en más de una ocasión desde la muerte de García Márquez (17 de abril de 2014) son diferentes jornadas literarias tras el rastro del Nobel por la capital catalana. Hay algún cuento donde menciona la ciudad explícitamente, como el titulado «Tramontana», de los *Doce cuentos peregrinos* que hemos metido en la mochila, y que comienza precisamente así: «Lo vi una sola vez en *Boccacio*, el cabaret de moda en Barcelona, pocas horas antes de su mala muerte». Luego la acción se traslada a Cadaqués.

Pero no hay presencias enormes, menciones significativas a sitios de encuentros, puntos que marcaran algo en sus vidas para iniciar al turista *cultureta* en una ruta por Sarriá, salvo algunos notables intentos de antes de la pandemia, con paseo por la pastelería donde Balcells compraba dulces para sus escritores, o el mercado de Gràcia, con alguna gente que conoció los gustos culinarios «del Gabo y la Gaba», como llamaban al escritor y a su esposa. También hay artículos periodísticos que citan Boccaccio y la tortillería Flash Flash, desaparecida ya, y poco más, salvo en sus memorias, pero eso ya es alejarnos mucho.

Sin embargo, sí cabe embarcarse en el barrio de Gràcia de la mano de «María dos Prazeres». El cuento de García Márquez sobre una mulata brasileña, de Manaos, cubre las ensoñaciones de encontrar otros aromas entre escritores que nos amaron. El grupo de los latinoamericanos que llevaron a la cima la lengua castellana en la segunda mitad del siglo pasado, a las cumbres más altas desde el Siglo de Oro, nos trataron de tú a tú, nos devolvieron una confianza que llegaba del otro lado del Atlántico. Venían, además, libres de los complejos ante el europeo que sufrían los progresistas resistentes al franquismo.

«María dos Prazeres» nos lleva a levitar, como los macondianos

personajes del genio, flotando en busca de un lugar adonde nunca llegue el agua o envolviéndonos en la luz mediterránea de Barcelona. Está incluido en los cuentos que el colombiano escribe durante su peregrinaje por Europa y otros lugares del mundo, libro sobre el que él mismo relata: «La primera idea se me ocurrió a principios de la década de los setenta, a propósito de un sueño esclarecedor que tuve después de cinco años de vivir en Barcelona. Soñé que asistía a mi propio entierro, a pie, caminando entre un grupo de amigos vestidos de luto solemne, pero con un ánimo de fiesta. Todos parecíamos dichosos de estar juntos. Y yo más que nadie, por aquella grata oportunidad que me daba la muerte para estar con mis amigos de América Latina, los más antiguos, los más queridos, los que no veía desde hacía más tiempo».

«María», la que vive en Gràcia y parece heredera del sueño de Gabo de asistir a su propio entierro, es una narración tan fascinante que merecería estar en una antología mundial de cuentos. Aunque ya se sabe que sobre gustos y entusiasmos no hay nada escrito, son una decena de páginas inolvidables, tanto que es una lástima reventarlo o hacer *spoiler,* que dicen los colonialistas de nuestra lengua. Pero sí se puede intentar usar la ruta de la brasileña por el barrio, la que patea con su perro Noi, para arrastrar a nuevas gentes a disfrutar de la historia.

El Premio Nobel terminó el cuento en mayo de 1979. En la acción, por tanto, han pasado cuatro años desde que ha muerto Franco y aún no están nada claras las cosas en este país. Pero unos cuantos datos de la narración permiten situar los tiempos de María a finales del franquismo, es decir, en el otoño de 1975. Como cuando el senil amante de María, el conde de Cardona, se acerca a la radio que ella tiene en la cocina para escuchar: «El general Francisco Franco, dictador eterno de España, había asumido la responsabilidad de decidir el destino final de tres separatistas vascos que acababan de ser condenados a muerte»; o como cuando, al conde, el general le parece un «hombre justo», y por eso los tiene que ejecutar; o la reacción de la mulata, aún con sangre caliente en las venas pese a la vida que ha llevado desde que fue vendida por su madre y llegó al Paralelo.

Por entonces, María dos Prazeres decide entrenar a su perro Noi para que llore sobre su tumba cuando le llegue una muerte que ha soñado, una tumba que dejará bien pagada y señalado el lugar de su descanso eterno, acostada de lado, no de pie, junto al anarquista Buenaventura Durruti, en el cementerio de Montjuic. Allí estaban también los dos compañeros del líder leonés: Francisco Ascaso, miembro de la CNT, compañero de Durruti y como él integrante de

«Los Solidarios», muerto dos días después del inicio del golpe de Estado, el 20 de julio de 1936, en el asalto al cuartel de Atarazanas, y Francesc Ferrer i Guàrdia, destacado pedagogo e ideólogo del anarquismo, ejecutado en noviembre de 1909 durante la Semana Trágica de Barcelona. María recordaba que «había asistido al entierro de Durruti, el más triste y tumultuoso de cuantos hubo jamás en Barcelona, y quería reposar cerca de su tumba». Y lejos del mar, por otras razones de su infancia.

La tumba de Durruti, siempre con flores frescas, entre Ascaso y Ferrer i Guàrdia. © Ana R. Cañil.

Así que esta mañana, cuando amanece en La Rambla y desde la cama del Hotel Continental se oyen las primeras cargas y descargas de los camiones que quizá más abajo abastecen La Boquería o las puertas que chirrían al abrirse los puestos de flores, la primera tarea es emprender el viaje al cementerio de Montjuic en busca de las lápidas de Durruti y sus compañeros, de la parcelita hermosa que la mulata «esbelta y vivaz, de cabello duro y ojos amarillos y encarnizados» se compró con los ahorros de su vida. Bastantes, pues el conde de Aranda la había aconsejado bien sobre las antigüedades con que fue amueblando el semisótano de su casa en Gràcia, «los muebles primorosos, las cosas de servicio y decoración y los arcones de sedas y brocados que los fascistas robaban de las residencias abandonadas por

los republicanos en la estampida de la derrota».

Desde La Rambla o desde Gràcia, tomar el autobús que lleva hasta el cementerio de Montjuic tiene sus complicaciones. Aun hoy, hay gente que asegura que el último tramo es peligroso porque hay viajeros enganchados que van «a pillar» a sus alrededores. Tampoco es fácil encontrar la tumba de Durruti y sus dos compañeros, porque «el cementerio es enorme, una ciudad». Sí, esa es la única verdad absoluta de la información recibida. Montjuic fue inaugurado a finales del siglo XIX, cinco años antes de la Exposición Universal de 1888, cuando Barcelona empezaba su explosión industrial. Allí están enterrados Companys, en el Fossar de la Pedrera; Macià y Cambó, Isaac Albéniz y una lista interminable de ilustres personalidades de la vida catalana.

Tras desayunar al pie de uno de los balcones del Continental que cae sobre La Rambla, al bajar al paseo las bicis y los coches han sustituido a los camiones; los cafés están abiertos —pasan de las nueve de la mañana— y José Antonio, el taxista —un aficionado a la historia militar—, asegura que no va a ser complicado encontrar las tumbas de Durruti, Ascaso y Ferrer. «No sé dónde están exactamente, conocemos la de Macià sobre todo por los homenajes, pero seguro que, pese a las restricciones, al ser día de diario, algún empleado lo conoce. Y si no, lo miramos en el teléfono». Ese trabajo ya se ha hecho, pero en las rutas que ofrecen los recorridos culturales del cementerio no se ha encontrado al líder anarquista de la CNT ni a ninguno de sus compañeros.

La subida al cementerio es extraña, entre el carrer de la Mare de Deu de Port (Santa María del Puerto) a la izquierda, repleto de los contenedores y las grúas de la zona franca, y a la derecha, las tumbas, los nichos entre paredes de cantos, algunos en mal estado, otros hermosos, formando unas faldas en la montaña que quizá algún diseñador de vanguardia termine usando como inspiración. Al fin y al cabo, es un cementerio modernista y esta montaña con faldas empedradas y nichos a menudo asombrosos —con su ventana, su virgen, sus velas, sus flores secas— y a veces deteriorados tiene un no sé qué de algo fresco y muy *vintage* pese a ser camposanto.

Hace siglo y medio ya era descrito como un lugar de luz mediterránea que ni las grúas ni los contenedores le han robado. Brilla ese cielo de la ciudad que los vientos del puerto dejan transparente y limpio, envolviéndolo en una burbuja, una bola de cristal que solo hay que agitar para que vuelen las gaviotas sobre la montaña de Montjuic y el mar. Para otro escritor elegido en este libro —el soso de Hans Christian Andersen—, el cementerio era una ciudad amurallada habitada por muertos. Esta vez acertó con la definición, solo que en

esta ciudad hay avenidas, como la conocida como «la Modernista», donde panteones y mausoleos se merecen una visita detallada. Pero hoy perseguimos la lápida de Durruti y el sueño de una entrañable mulata brasileña.

Desde aquí, a cualquiera le parece lógico que María dos Prazeres pudiera contemplar cómo se acercaba un barco que quizá venía de Pernambuco con una carta para ella, mientras arreglaba y sembraba de flores su tumba, y le gustara todo lo que había a su alrededor. Incluso que cada domingo entablara amistad con las otras gentes que llegaban a limpiar sus futuras sepulturas.

El primer guardia de seguridad con el que nos encontramos sabe dónde está Durruti: «Sigan el camino que va hacia la de Companys, que es el que está más cuidado. Luego, en la rotonda, donde hay dos columnas, miren. La tumba está en la vía de San Carlos». Nos perdemos un poco y dejamos el coche en la plaza Descans —todo dentro del cementerio—. A la izquierda del panteón familiar de los De la Hoz y frente a una fuente están las tres lápidas negras.

Como cada día desde la muerte de Franco, sobre ellas hay flores frescas —manojo de claveles rojos que no tendrán más de un día— y ofrendas: un ramito de espigas, piedras, una goma del pelo, un cordón de zapato, un pañuelo bajo la bandera roja y negra, la de Durruti. Es inevitable sentir un escalofrío. En los tiempos en que María dos Prazeres subía hasta aquí a regar su parcelita —que no tenía un ciprés que le diera sombra—, estas tres lápidas eran anónimas. Están abajo, cerca del mar, del puerto, y durante los cuarenta años de dictadura, cada día alguien escribía el nombre de Durruti y sus compañeros sobre ellas. Al día siguiente, los empleados tenían que volver a borrarlo. Fue María una de esas mujeres que, con su lápiz de labios, pintaba el nombre de Durruti sobre la tumba anónima en cuanto el guarda se alejaba. Era su momento de gloria, su segunda conquista. La primera fue el domingo en que Noi, su chucho de aguas —la única familia que ella tenía—, llegó hasta la tumba dos horas después de que le dejara en el semáforo de Gran Gràcia y Lesseps, solo, para probar si se había aprendido el camino hasta su futura cama en la eternidad.

Esta mañana, las tumbas de Ascao, Durruti y Ferrer, por ese orden, siguen limpias y cuidadas con las ofrendas de cada día. Lo que no saben muchos turistas, desde luego no sabía María dos Prazeres, es que los restos del líder de la CNT no están aquí desde los tiempos de la posguerra. No se sabe cuándo fueron exhumados, pero las tumbas originales sí estaban en este lugar, como cuentan las fotos de noviembre de 1937 y las revistas anarquistas de la época. Hay un dato: *Solidaridad Obrera*, en el número del 23 de noviembre de 1937,

habla del homenaje a Durruti en su tumba, y la numera. Más tarde, otro ejemplar de *Solidaridad Obrera* (noviembre de 1938) saca fotos de otros militares anarquistas, compañeros de Durruti, hablando a los que están alrededor del mausoleo levantado a los tres líderes, «de espaldas al mar», según cuentan los textos de la CNT.

En algún momento de la posguerra, el mausoleo se borró de la historia y los restos de Durruti se sacaron para dar sepultura a una señora que nada tenía que ver con los moradores originales. Aquí estuvo Buenaventura en los primeros años de su muerte, hasta que se perdió la guerra y, tras la caída de Barcelona, con la derrota de los republicanos por los fascistas, se lo llevaron. A día de hoy, las investigaciones sobre qué fue de los huesos del bronco y duro Durruti no han concluido con un claro final, más allá de diferentes interpretaciones de expertos e investigadores.

Aunque García Márquez y la mulata de Manaos no conocieran estos hechos, no importa. Ella «mandó a hacer una lápida de anarquista, sin nombre ni fechas, y empezó a dormir sin pasar los cerrojos de la puerta para que Noi pudiera salir con la noticia si ella muriera durante el sueño». Aquí, al pie de las tumbas, donde debe de estar María, según la imaginación bruja del Nobel colombiano, huele a salitre, a mar, al enorme ciprés que está hacia la izquierda, detrás de las tres lápidas, a la brisa que mueve los pétalos ya secos de otras flores que hay sobre las tumbas. La misma brisa que agita suavemente las páginas del libro donde habita María dos Prazeres. Durante unos segundos, cuando el murmullo de la zona franca y la calle Santa María del Puerto se arruga ante la paz del camposanto, rompe el silencio el ladrido de Noi, cansado, pero subiendo a llorar a la tumba de María. Debe de estar encajada entre las que fueron tres lápidas anónimas.

La luz de Montjuic en esta mañana limpia se traslada a las plazas que componen el barrio de Gràcia. Lo mejor es empezar por la más famosa del barrio —Gràcia era un pueblo de chalés y casitas de dos pisos que en el siglo XIX fue engullido por Barcelona—, la plaza del Diamante, nombre que dio título a la novela que Mercè Rodoreda escribió en el exilio. Quizá por eso Gabo trae hasta aquí a María y a la hija de los únicos vecinos que conoce en su edificio:

> —¿Te gustan los perros? —le preguntó.
>
> —Me encantan —dijo la niña.
>
> Entonces María dos Prazeres le hizo la propuesta que tenía preparada desde hacía mucho tiempo.
>
> —Si alguna vez me sucediera algo, hazte cargo del Noi —le dijo—, con la única condición de que lo dejes libre los domingos sin preocuparte de nada. Él sabrá lo que hace.

Solo que, como Gabo, María dos Prazeres había interpretado mal su sueño, pero eso queda para el texto del cuento.

Esta mañana, en la Plaza del Diamante, los bares y las tiendas sorprenderían a la brasileña y a su vecinita. Puede que en alguna de ellas vendan helados —es diciembre, aunque aquí el frío no sea una razón de peso—, pero lo que sí hay es multiculturalidad: una tienda de «productos cárnicos» portuguesa; una frutería; un bus eléctrico que cruza de vez en cuando; un repartidor de rasgos latinos con una mochila amarilla de una marca conocida, de los mal pagados, que toma un burrito en el banco mientras tiene el pie sobre su bici; más estudiantes y lo que pueden ser jubilados con sus periódicos. A veces, un guía al que sigue un grupito de turistas nacionales explica la estatua dedicada a *La Colometa* y sus palomas, pero parecen más interesados en el hallazgo del refugio antiaéreo de la Guerra Civil, restaurado no hace muchos años.

Es una plaza más de Gràcia, pero tiene algo. Luego, carrer de Asturies arriba en busca de la enorme plaza de Lesseps, esquina con Gràcia, donde María observa desde el autobús a Noi, esperando para cruzar y subir al cementerio, la primera tarde que lo deja solo. La angustia de la brasileña, viendo a su criatura desde las ventanas del bus, tan chico y desamparado, es conmovedora: «Dios mío —suspiró —. Qué solo se ve»… Y conmueve porque a menudo trasladamos a nuestros animales los estados de ánimo propios. Ese sentimiento no tiene nacionalidad ni continente.

Bajo el rótulo de calle de Lesseps, como en todas las calles del barrio, se explica quién fue el personaje. Sobre Ferdinand de Lesseps no les cabría añadir que fue otra española, muy andaluza y mundana, la emperatriz Eugenia de Montijo, familia del ingeniero del Canal de Suez, quien más dinero gastó en financiar la obra de su primo y terminó de confirmar su fama de derrochadora entre los franceses —fama justa—, que no sentían ninguna simpatía por *La Española*, hija de Manuela Kirkpatrick, la amiga de Mérimée que tanto paseó al francés por España y que Eugenia integró después en la Corte de Napoleón III con buenos cargos. Mérimée, al que hemos aparcado en este viaje, debe a estas mujeres su *Carmen*.

Hoy, en la gran plaza de Lesseps —limpiada, modernizada y de espacios amplios—, María dos Prazeres reconocería la iglesia y la modernista Cases Ramos, levantada en 1906 y obra del arquitecto Jaume Torres i Grau. Si acaso, también puede que entrara a comprar una postal o un sobre a la librería de Ricardo Giménez, un local de más de cien años que ha sobrevivido a todos los avatares de la historia catalana. Quizá esa carta la habría enviado a la cárcel de Pernambuco.

Desde Lesseps, Gran Gràcia abajo y luego el paseo de Gràcia, hasta entrar de nuevo en la Plaza de Catalunya y toparse otra vez con el edificio de Telefónica, ese lugar que originó este viaje, hermoso, feliz y melancólico —porque ambos sentimientos son una combinación que embarga el ánimo con cierta dulzura—, pero huyendo de la nostalgia. Porque solo hace falta echar un vistazo a cualquiera de los lugares que nuestros amantes extranjeros visitaron para comprender que cualquier tiempo pasado no fue mejor.

Y si no, que le pregunten a María dos Prazeres:

—Tengo la manía de adivinar el oficio de la gente por las cosas que hay en su casa, y la verdad es que aquí no acierto —dijo él—.

¿Qué hace usted?

María dos Prazeres le contestó muerta de risa:

—Soy puta, hijo. ¿O es que ya no se me nota?

El vendedor (de tumbas) enrojeció.

—Lo siento.

—Más debía sentirlo yo.

Agradecimientos

Estas páginas hubieran sido diferentes sin La Jefa, y a pesar de todo amiga, Pilar Portero. Cuando le conté mi idea de realizar viajes por España con los escritores guiris, me ofreció publicar los reportajes primero en guiarepsol.com, esa web que ella coordina con pasión y esfuerzo. Los compañeros de La Cantimplora que trabajan en esa redacción también creyeron en mis historias: Almudena, Edu, Yasmina, Suly y Anita. Tuve la ventaja de que la directora de guiarepsol.com, María Ritter, apoyara el proyecto muy pronto. Muchas gracias a mi gente. Pero mis compañeros de viaje, santos de paciencia y ánimo, han sido mis tres amigos fotógrafos, muy grandes, por cierto: Sofía Moro, Alfredo Cáliz y José García. Gracias, queridos míos, por el frío, el calor, las lluvias, las nevadas, las caminatas, los sustos, los disgustos y las risas, las horas de chapa, pero también las charlas interminables. ¡Y lo que hemos aprendido! Yo al menos.

Y, por supuesto, nada habría sido igual si no recupero a mi querida y primera editora, Lola Cruz, sabia y paciente, tan buena gente y amiga. Gracias, Ana Rosa Semprún, por devolverme a sus manos y creer de nuevo en mí.

Por último, gracias, como siempre, a Pili Toral, Miry, Mari Carmen (las otras «Tete» de mi vida, Estela da Silva), esas mujeres que, mientras yo pendoneo y correteo por la Península, me cubren las espaldas con los míos.

Y a todas esas gentes que nos hemos encontrado en los caminos, que aman estas tierras y ya no tienen los complejos que nos han perseguido durante siglos ante cualquier extranjero. No, no son más listos que nosotros. Ni más tontos. Y aquí, especial mención a las mujeres —la mayoría— y hombres —algunos— custodios que cuidan la cultura repartidos por todos nuestros pueblos y ciudades pequeñas: cuevas-ermitas, iglesias románicas, góticas, casas humildes de adobe o paja, caminos, humilladeros… Ni la Iglesia ni el Estado les agradecerán —ni pagarán— nunca lo suficiente. A menudo no les pagan nada.

Los escritores que me han acompañado en este viaje

Cees Nooteboom, *El desvío a Santiago*, Siruela, Madrid, 2010. Traducción de Julio Grande Morales y María Falcón Quintana.

Charles Davillier y Gustave Doré, *Viaje por España,* Miraguano Ediciones, Madrid, 1998.

Edith Wharton, *Una mirada atrás*, Ediciones B, Barcelona, 1994. Traducción de Jordi Gubern Ribalta.

— *Regreso a Compostela*, edición de Patricia Fra López, Edith Wharton, *Back to Compostela/Regreso a Compostela*, Universidade de Santiago de Compostela-Xunta de Galicia, Santiago de Compostela, 2011.

— *Del viaje como arte. Travesías por España, Francia, Italia y el Mediterráneo*, La Línea del Horizonte, Madrid, 2016. Traducción de Teresa Gómez Reus, Ana Eiroa y Patricia Fra.

Erika Mann, *Precisamente yo,* Minúscula, Barcelona, 2002. Traducción de Cristina García Ohlrich.

Ernest Hemingway, *Por quién doblan las campanas*, Editorial Diana, México, 1952. Traducción de Olga Sanz.

Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista,* Ibérica de Ediciones y Publicaciones, S. A., Barcelona, 1978.

Gabriel García Márquez, «María dos Prazeres» y «Tramontana», de *Doce cuentos peregrinos*, Mondadori, Barcelona, 1992. © Gabriel García Márquez, 1992, y herederos de Gabriel García Márquez.

George Borrow, *La Biblia en España*, Jiménez-Fraud Editor, Madrid, 1921. Traducción de Manuel Azaña.

George Orwell, *Homenaje a Cataluña*, traducción cedida por Editorial Ariel S. A., 1970. Seix Barral, primera edición, agosto de 1985. Traducción de Carlos Pujol.

George Ticknor, *Diarios de viaje por España,* Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2012. Edición, traducción, estudio preliminar y notas de Antonio Martín Ezpeleta.

Hans Christian Andersen, *Viaje por España*, Alianza Editorial, Madrid, 2004. Traducción de Marisa Rey-Henningsen.

Henry Buckley, *Vida y muerte de la República española*, Austral, Barcelona, 2013. Traducción de Ramón Buckley.

Henry Lyonnet, *La España desconocida,* Cátedra, Madrid, 2002. Edición y traducción de Félix Piñero.

Jan Morris, *Presencia de España,* Turner, Madrid, 1984. Traducción de Eva Rodríguez Halffter.

Jean-Christophe Rufin, *El camino inmortal*, Duomo Ediciones, Barcelona, 2014. © Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán. Traducción de José Ramón Monreal.

Joseph Townsend, *El reverendo Joseph Townsend y su viaje por Asturias en 1786,* Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1986. Edición de J. Tolivar Faes.

Julio Verne, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, Editorial Planeta, Barcelona, 2021. Traducción de Julio C. Acerete.

Richard Ford, *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, Turner, Madrid, 2011. Traducción de Jesús Pardo.

— *Cosas de España (el país de lo imprevisto),* Jiménez-Fraud Editor, Madrid, 1922. Traducción de Enrique de Mesa.

Stefan Zweig, *De Viaje. Francia, España, Argelia e Italia*, Ediciones Sequitur, Madrid, 2015. Traducción de Francisco Uzcanga Meinecke.

Théophile Gautier, *Viaje por España,* Espasa-Calpe, Madrid, 1920. Traducción de Enrique de Mesa.

Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*, Espasa, Madrid, 2010. Edición de Antonio Gallego Morell y traducción de J. Ventura Traveset.

Wilhelm von Humboldt, *Diario de viaje a España. 1799-1800*, Cátedra, Madrid, 1998. Edición y traducción de Miguel Ángel Vega Cernuda.

Notas

* Al cierre de este texto, abril de 2021, el AVE ya llega a Granada.

* Falsificación histórica que consiste en 223 planchas circulares, grabadas y con textos en latín y árabe.

Los amantes extranjeros
Ana R. Cañil

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447

NOTA DEL EDITOR: El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir los textos publicados en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Ilustración de la cubierta: © Luis Grañena
Imagen de la cubierta. De izquierda a derecha: George Orwell, Edith Wharton, Julio Verne, Ernest Hemingway, Washington Irving y Gabriel García Márquez
Fotografías del interior: © Alfredo Cáliz; © José García Pérez; © Sofía Moro; Album/akgImages/Liszt Collection; DEA/Biblioteca Ambrosiana/Getty; Album/Oronoz; © Samuel Magal/Album/Heritage Images; Album/akg-Images; Album; mastix/Alamy Stock Photo; Eraza Collection/Alamy Stock Photo; © Iosneisy Portelles Pérez/Ecured; Rue des Archives/Bridgeman Images/CCI/Album; Quintlox/Album; © Antonio de Obregón/Album; © Paramount Pictures/Album; © Ramón Buckley; AESA; iStockPhoto/Getty Images; © Ksado/ABC; Album/EFE y © Ana R. Cañil.

© Ana R. Cañil, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2022

ISBN: 978-84-670-6576-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!